APOLONIO DE RODAS

ARGONÁUTICAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

ARGONÁUTICAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 227

APOLONIO DE RODAS

ARGONÁUTICAS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MARIANO VALVERDE SÁNCHEZ

EDITORIAL GREDOS, S. A.

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por RICARDA CANTARERO SÁNCHEZ.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996.

Depósito Legal: M. 34399-1996.

ISBN 84-249-1827-4.

INTRODUCCIÓN

A. EL POETA

1. *Vida*

La vida de Apolonio de Rodas entraña para nosotros serias incógnitas y oscuridades, como sucede con toda la cronología literaria del s. III a. C.

Las principales fuentes para la biografía de Apolonio son dos *Vitae* transmitidas en los manuscritos del poema[1], la noticia del léxico bizantino *Suda* y un fragmento de papiro (*P. Oxy*. 1241) que contiene una lista de los bibliotecarios de Alejandría.

1) *Vida a*:

Apolonio, el poeta de las *Argonáuticas*, era nativo de Alejandría, de la tribu Tolemaica, hijo de Síleo o, según algunos, de Íleo. Vivió en tiempo de los Tolomeos[2], y fue discípulo de Calímaco. Primero frecuentaba a Calímaco, su maestro particular… finalmente se dedicó a componer poemas.

De él se dice que, siendo aún efebo, recitó públicamente las *Argonáuticas y* fracasó. No soportando la afrenta de los ciudadanos y el reproche y la burla de los otros poetas, abandonó su patria y se marchó a Rodas, donde pulió y corrigió el poema, y así lo recitó públicamente y obtuvo gran celebridad. Por ello también se denomina a sí mismo Rodio en sus poemas[3]. Allí enseñó brillantemente y fue distinguido con la ciudadanía rodia y con honores.

2) *Vida b*:

El poeta Apolonio era nativo de Alejandría, su padre Síleo o Íleo, su madre Rode. Él fue discípulo de Calímaco, que era gramático en Alejandría, y recitó públicamente estos poemas que había compuesto. Completamente desacreditado y avergonzado, se trasladó a Rodas, donde fue ciudadano y ejerció como maestro de retórica[4], por lo que también prefieren llamarle Rodio. Allí vivió y pulió sus poemas, luego los recitó públicamente y obtuvo tanta celebridad que incluso fue distinguido con la ciudadanía rodia y con honores. Algunos afirman que regresó a Alejandría y allí, tras

recitarlos de nuevo, alcanzó tan alta celebridad que incluso fue estimado digno de la Biblioteca del Museo[5] y fue enterrado junto al propio Calímaco.

3) *Suda* s.v. *Apollṓnios*:

Apolonio de Alejandría, poeta épico, que residió en Rodas, hijo de Síleo, discípulo de Calímaco, contemporáneo de Eratóstenes, Euforión y Timarco, vivió en tiempo de Tolomeo Evérgetes y fue sucesor de Eratóstenes en la dirección de la Biblioteca de Alejandría.

4) *P. Oxy*. 1241 (s. II d. C.), col. II:

Apolonio, hijo de Síleo, de Alejandría, llamado Rodio, discípulo de Calímaco. Fue también maestro del tercer[6] rey. Le sucedió Eratóstenes, y tras él Aristófanes de Bizancio, hijo de Apeles, y Aristarco[7]. Luego Apolonio de Alejandría, llamado el *Eidógrafo* [«Clasificador»], tras él Aristarco, hijo de Aristarco, de Alejandría, pero originario de Samotracia. Éste fue también maestro de los hijos de Filopátor.

Como puede apreciarse, las fuentes antiguas nos ofrecen una maraña de contradicciones que resulta difícil esclarecer. Aquí esbozaré las conclusiones que parecen más verosímiles[8].

Sobre algunos datos hay coincidencia. Apolonio era alejandrino de nacimiento[9], de la tribu Tolemaica, su padre fue Síleo o Íleo. Como discípulo de Calímaco (que aproximadamente vivió entre el 310/305 y el 240 a. C.), Apolonio sería algunos años más joven y por tanto debió de nacer hacia el 300/295 a. C.

Además parecen seguros algunos hechos notables de su vida: que en determinado momento abandonó Alejandría y marchó a Rodas, que fue director de la Biblioteca y preceptor del heredero del trono[10]. Pero a partir de aquí hay ciertas dudas que sólo pueden salvarse con un análisis crítico y ponderado de las fuentes[11]. Si, como atestigua el papiro, Apolonio precedió a Eratóstenes de Cirene al frente de la gran Biblioteca regia, entonces debió ser en torno al 260 a. C. bajo el reinado de Tolomeo II Filadelfo, cuando desempeñó su labor como bibliotecario y como preceptor del heredero del trono, Tolomeo III Evérgetes (que reinó entre los años 246-222 a. C.).

Esta cronología obliga, no obstante, a suponer que Apolonio tenía poco más de treinta años cuando fue encargado de dirigir la Biblioteca y de la educación del príncipe, mientras que tales funciones eran encomendadas normalmente a hombres de larga experiencia[12].

En cuanto a la cronología de las *Argonáuticas*, un poema al que subyace tanta erudición y tantas lecturas, sin duda habrá sido compuesto en la madurez, y es razonable pensar que esa primera recitación pública (*epídeixis*) tuviese lugar hacia el 250/240 a. C., antes de que el poeta marchara a Rodas donde haría correcciones a la obra[13]. Los paralelos con la poesía calimaquea también apuntan hacia esa cronología[14].

2. *Apolonio y Calímaco*

Las fuentes coinciden en calificar a Apolonio como discípulo de Calímaco, aunque tal expresión entre los biógrafos significa a veces dependencia en el sentido de imitación poética.

La relación posterior entre Apolonio y Calímaco es una de las cuestiones más controvertidas de su biografía[15], y alcanza también a los principios poéticos helenísticos. Durante siglos la tradición filológica ha creído en la existencia de una querella literaria entre ambos poetas, fundada en la idea de que las *Argonáuticas* responden al tipo de epopeya cíclica contra la que el poeta de Cirene expresa su rechazo en varios lugares[16]. Sin embargo, la existencia de tal querella posee en realidad fundamentos muy débiles, y bien puede haber sido una invención posterior de los biógrafos, basada en interpretaciones erróneas de la poesía de ambos autores[17].

Las referencias antiguas poseen escasa consistencia.

El único testimonio explícito es la *Suda*[18]: a propósito del *Ibis*, un poema «oscuro e injurioso» que no conservamos, dice que estaba dirigido «contra un tal Ibis, que fue enemigo de Calímaco; éste era Apolonio, el autor de las *Argonáuticas*». Pero se trata de una interpretación del biógrafo a partir de un texto poético de carácter enigmático en el que no había referencia expresa a la identidad del adversario[19].

En la *Antología Palatina*[20] conservamos un epigrama que contiene un ataque burlón contra Calímaco:

> *Calímaco: basura, juguete, cabeza de serrín.*

Motivo, Calímaco el autor de los Motivos (Aitia).

En su encabezamiento figura como autor Apolonio el Gramático, y sólo una nota marginal le llama Rodio, mientras que en la colección *Planudea* no consta el autor. Así, la atribución del epigrama a nuestro poeta es más que dudosa[21].

Las indicaciones de las *Vidas* sobre el fracaso inicial de Apolonio en Alejandría y sobre las críticas y reproches de otros poetas han alimentado también la creencia en esa disputa. Pero las noticias relativas al fracaso en la patria y al exilio constituyen un tópico en la literatura biográfica sobre poetas y por lo general carecen de base histórica[22].

El análisis de la poesía calimaquea y apoloniana tampoco permite reconocer una evidencia clara de tal rivalidad. En algunos pasajes donde Calímaco expresa sus principios poéticos se ha querido ver un velado reflejo de la disputa.

El final del *Himno a Apolo* (vv. 105-113) ha de interpretarse, a la luz de la tradición hímnica, homérica y pindárica, como un motivo de cierre dramatizado[23]. Nada hay en estos versos que permita ver un ataque a la poesía de Apolonio. Las expresiones paralelas entre el final del himno y varios lugares de las *Argonáuticas*[24] se explican perfectamente en el marco de la técnica alusiva.

El prólogo de los *Aitia*, la famosa *Respuesta a los Telquines*[25], ofrece el programa poético de Calímaco: su preferencia por el poema corto (*oligostichíē*), elaborado con refinamiento (*leptótēs) y* arte (*téchnē*), que resulta más dulce; y su rechazo del «poema unitario y continuo» (*hèn áeisma diēnekés*), de tema solemne y menos original. Los escolios señalan como adversarios de Calímaco a los epigramatistas Asclepíades y Posidipo, al peripatético Praxífanes, y además confirman las alusiones a la poesía de Mimnermo y de Filetas[26]; pero nada relativo a Apolonio, como se había pretendido.

Por lo demás, tales afirmaciones en defensa de la propia poesía constituyen un motivo convencional en la tradición (Hesíodo, Píndaro, Aristófanes, Teócrito), y han sido a veces mal interpretadas

por escoliastas y biógrafos, que trataban de identificar tras ellas a adversarios poéticos específicos.

Los miembros del Museo formaban probablemente una comunidad no muy pacífica, donde las rencillas y la rivalidad parecen haber sido habituales[27]. En diversos lugares Calímaco se manifiesta en tono polémico, vitupera a los poetas cíclicos, a Creofilo de Samos o Antímaco, y alaba la poesía de Hesíodo, de Arato o de Teócrito, entre otros[28]. Pero, al menos en la obra conservada, no hay referencia a Apolonio.

El poema de Apolonio no puede ser identificado con el tipo de epopeya cíclica rechazada por Calímaco. Para éste lo esencial en la poesía es el estilo, el *arte*, que ha de ser puro y refinado, no su magnitud: el *carmen perpetuum* no es reprobado por su extensión (los *Aitia* constaban de varios miles de versos). Precisamente las *Argonáuticas* siguen en muchos aspectos la nueva estética propugnada por Calímaco (variedad episódica, humanización de los héroes, gusto por la erudición y la etiología, estilo refinado y conciso, apóstrofe al lector o a la Musa), aunque en otros representen una mayor atención a la tradición épica y contengan más reminiscencias homéricas. Además, Apolonio se revela fiel imitador de la poesía calimaquea: conforme a la práctica del *arte allusiva*, incorpora vocablos, expresiones, incluso versos enteros de sus obras (*Himnos, Aitia, Hécale*). Esta *imitatio* o *aemulatio* ha de entenderse como un signo de reconocimiento, no de hostilidad[29].

En definitiva, ni los testimonios antiguos ni las composiciones de ambos poetas ofrecen pruebas seguras sobre la famosa querella. Si entre Apolonio y Calímaco ha existido realmente alguna diferencia, tal vez haya que pensar en recelos propios del ambiente cortesano. Tal vez la marcha de Apolonio a Rodas deba relacionarse con su relevo al frente de la Biblioteca[30]. Pero la imaginación no puede sustituir a los datos.

3. *Una «pre-edición» de las «Argonáuticas»*

La noticia de una primera recitación pública (*epídeixis*) del poema en Alejandría y de otra lectura definitiva en Rodas, después de las oportunas correcciones, ha sido puesta en relación con la existencia de una «edición preliminar» de las *Argonáuticas*. En

efecto, para seis lugares del canto I[31] los escolios citan un texto diferente que atribuyen a una *proékdosis* o «edición previa».

Sobre la extensión y el carácter de esta *proékdosis* se han emitido hipótesis diversas[32]. En todo caso conviene recordar que hablamos de una «edición» antigua, manuscrita, y que entre los alejandrinos «editar» (*ekdidónai*) una obra significaba simplemente autorizar su copia. Lo único cierto es que los filólogos antiguos disponían de dos copias diferentes del poema (o al menos de su primera parte), una considerada preliminar y otra el texto definitivo.

Las variantes atribuidas a la *proékdosis* no sirven para apoyar la tesis de un cambio de valoración del poema o de un cambio en la relación de Apolonio con Calímaco, pues en este sentido resultan poco significativas, mientras que las reminiscencias calimaqueas son homogéneas a lo largo de todo el poema. Por el contrario sí pueden servir para apreciar la evolución del arte poética de Apolonio a través de sus autocorrecciones: frente a las variantes de la *proékdosis*, el texto definitivo representa una tendencia a variar el modelo temático-léxico de Homero y una mayor atención a la literatura posthomérica, en especial a los trágicos[33].

4. *Otras obras*

Además de las *Argonáuticas*, Apolonio escribió varios poemas, también en hexámetros, sobre fundaciones (*Ktíseis*) de ciudades. En ellos narraba leyendas locales y curiosidades arqueológicas y geográficas[34]. Los relatos histórico-legendarios sobre ciudades gozaban ya de larga tradición, pero en época helenística el interés por estos temas favoreció el cultivo del género. Así, Calímaco relata la fundación de varias ciudades de Sicilia en el libro II de los *Aitia* y escribió una obra sobre *Fundaciones de islas y ciudades y cambios de nombres*.

Apolonio compuso una *Fundación de Alejandría* (frag. 4 Powell), donde ofrecía la misma genealogía de las serpientes que en *Arg*. IV 1513-17, y una *Fundación de Náucratis* (frags. 7-9 Powell), que contenía la historia de Pómpilo, un marinero milesio transformado en pez por haber salvado a una ninfa de los amorosos brazos de Apolo. En la *Fundación de Rodas* (frags. 10-11 Powell) trataba seguramente la colonización tesalia de la isla, mientras que la

Fundación de Cnido (frag. 6 Powell) recogería la historia de Tríopas, que emigró a Caria después que su hijo Erisictón sufriese la ira de Deméter[35]. En fin, la *Fundación de Cauno* (frag. 5 Powell), también situada en la costa de Caria, refería la historia de su fundador epónimo, que abandonó Mileto para evitar el amor incestuoso de su hermana Biblis[36], así como la leyenda de Lirco[37]. También suele atribuirse a Apolonio una *Fundación de Lesbos*, de la que Partenio nos ha conservado un amplio fragmento sin constancia de autor[38].

Un poema en versos coliámbicos (frags. 1-2 Powell) sobre *Canobo*, la ciudad del delta del Nilo, contaba la historia de su héroe epónimo, que fuera timonel de Menelao, y celebraba su templo de Sérapis.

De los *Epigramas*[39] nada conservamos, salvo el dístico apócrifo sobre Calímaco ya comentado.

Como Filetas o Calímaco, Apolonio responde también a la figura del *poeta doctus* helenístico, del «poeta y filólogo a la vez» según la emblemática expresión de Estrabón[40]. En el campo de la crítica[41] destaca su labor como intérprete de Homero: en su *Contra Zenódoto* expuso sus discrepancias con respecto a la edición del texto homérico de Zenódoto (los escolios citan alguna de las lecturas que defendía) y trató cuestiones de léxico e interpretación. También escribió sobre Hesíodo (defendiendo la autenticidad del *Escudo*) y sobre Arquíloco.

B) EL MITO

La aventura de los argonautas es uno de los grandes ciclos legendarios de la mitología griega. En ella participa un importante grupo de héroes griegos, y numerosos episodios jalonan la historia principal con peripecias y aventuras particulares.

He aquí un breve resumen de los acontecimientos de la saga[42]. Atamante, hijo de Eolo y rey de Beocia, tenía dos hijos, Frixo y Hele, de su primera esposa Néfele. Su segunda esposa, Ino, urdió un plan para perder a sus hijastros de modo que Atamante sacrificara a Frixo, pero éstos (por intervención de Zeus o de Hermes) se salvan huyendo a lomos de un mágico carnero que los lleva por los aires:

Hele cayó al mar en el estrecho que luego se llamó Helesponto; y Frixo llegó a la Cólquide, donde sacrificó el carnero a Zeus Fixio y entregó su vellón de oro a Eetes, quien le dio a su hija Calcíope como esposa.

En Yolco (Tesalia) reinaba Pelias, hijo de Posidón, (en alguna versión, tras haber usurpado el trono a su hermanastro Esón, hijo de Creteo, otro Eólida). Un oráculo le había advertido que se guardara del hombre «de una sola sandalia», y con tal aspecto se le presentó Jasón (hijo de Esón) tras perder una de sus sandalias en la corriente del Anauro: bien porque Jasón le reclama el trono, bien porque Pelias teme el cumplimiento del oráculo, el rey, para librarse de Jasón, le encomienda una prueba imposible, traer el vellocino de oro desde Ea.

Jasón reúne a los héroes más bravos de toda Grecia para embarcar en la Argo (nave que ayudó a construir Atenea) y bajo la protección de la diosa Hera emprende viaje hacia la Cólquide. En el curso de la navegación los argonautas viven múltiples aventuras: escala entre las mujeres de Lemnos, abandono de Heracles (junto a Hilas y Polifemo) en Misia, combate entre Ámico y Polideuces, encuentro con Fineo (que es liberado de las Harpías), paso de las Simplégades, etc.

A su llegada al país de Ea, el rey Eetes accede a entregar a Jasón el vellocino a condición de que cumpla unas pruebas: uncir dos toros de aliento de fuego, sembrar un campo con dientes de dragón y matar a los guerreros que nacerán de esa simiente. Jasón cumple tales pruebas gracias a los remedios mágicos de Medea, la hija menor del rey, que se ha enamorado de él. Luego, también con ayuda de Medea, se apodera del vellocino, que era guardado por un dragón, y huye de regreso a Grecia llevando consigo a Medea.

Para evitar la persecución de los colcos, Medea mata o colabora con Jasón en la muerte de su hermano Apsirto. En el retorno también acontecen otras aventuras: visita a Circe, paso de las Planctas, Escila y Caribdis y las Sirenas, escala en el país de los feacios, transporte de la nave por las arenas de Libia, muerte de Talos en Creta, etc.

Una vez que regresan a Yolco, Pelias muere despedazado y cocido en un caldero por sus propias hijas, a las que Medea engaña

con el pretexto de rejuvenecerlo (para convencerlas había obrado tal prodigio con Esón o con una oveja).

Luego Medea y Jasón marchan a Corinto, donde él pretende tomar como esposa a la hija del rey (Creúsa o Glauce) para ocupar el trono. Pero Medea, viéndose abandonada, causa la muerte de ésta y del rey Creonte, así como la de sus propios hijos, y huye a Atenas, donde es acogida por Egeo.

El núcleo central del mito responde a un tema folclórico bien conocido[43]: el héroe (Jasón) que viaja en busca de un objeto precioso (el vellocino) hasta un país remoto (la Cólquide), donde un rey inhospitalario (Eetes) le impone pruebas irrealizables (toros de fogoso aliento, guerreros terrígenos, dragón insomne), que logra cumplir gracias a los conocimientos mágicos de una hija del rey (Medea), la cual huye con el héroe para ser su esposa. Este país lejano es el confín del mundo (el reino del más allá, de Helios y Hécate), separado por barreras infranqueables que desaparecen al ser superadas por primera vez (Simplégades). Las cualidades maravillosas de algunos argonautas pueden relacionarse con el cuento de los «ayudantes mágicos»[44]: Linceo, de agudísima vista; Periclímeno, capaz de transformarse según su deseo; Eufemo, que podía correr sobre la superficie marina; los Boréadas, dotados de alas para volar; etc. Asimismo otros detalles del mito responden a motivos propios del cuento popular, como el héroe (Jasón) que transporta sobre sus hombros a una anciana, la cual resulta ser una diosa (Hera) y en adelante le brinda su protección (*Arg*. III 66-74); o el príncipe que regresa a su país (Yolco), donde su padre (Esón) ha sido destronado por un usurpador (Pelias), el cual, advertido por un misterioso vaticinio, le encomienda una empresa irrealizable (versión de Píndaro). El tema de la princesa que traiciona a su padre por amor a un extranjero es también conocido en otras leyendas griegas (Cometo, Escila, Ariadna, Hipodamía). A su vez, las pruebas que el joven príncipe debe cumplir representan un proceso de iniciación que le capacita para alcanzar el trono y la mano de la princesa extranjera (de modo semejante a Teseo o Perseo).

Al margen de los elementos de carácter folclórico, la significación del mito ha sido objeto de muy diversas interpretaciones[45]. Para unos en la leyenda subyace una base

religiosa, el culto a Zeus *Lafistio* o *Fixio;* y Jasón y Medea serían antiguas divinidades. Otros han querido reconocer en la saga una metáfora de naturaleza agraria: el vellocino simbolizaría la lluvia que, tras el tiempo de sequía, vuelve a Grecia. Otros lo han interpretado como un mito solar: el viaje de los argonautas sería un viaje al reino del Sol (al extremo oriental del mundo, donde reina Eetes, hijo de Helios), para conquistar su preciado tesoro, el vellocino, símbolo de la luz solar. Según una reciente interpretación, el viaje de la Argo representaría una circunnavegación de la tierra que, con sus noticias sobre diversos lugares, épocas y pueblos, describe una historia cultural del mundo antiguo[46]. También cabe recordar alguna curiosa versión antigua, como la de Dionisio Escitobraquión (s. II a. C.), que explicaba todo lo maravilloso en clave racionalista[47].

En la forma conocida del mito parecen haberse fundido dos argumentos diferentes: la historia de un grupo de marineros intrépidos que en la primera nave se aventuraron a través de peligrosas rutas y pueblos extraños hacia las regiones del oro y el ámbar; y la historia de Jasón, el príncipe que marchó a un país lejano en busca de un tesoro. Ambas leyendas, el viaje de los argonautas y la *Jasonía*, habrán confluido en un mismo relato: la lejana Ea (el griego *aîa* significa sólo «tierra») se ha identificado con una región concreta (la Cólquide); y los lugares relacionados con el paso de la Argo han determinado el itinerario. Esto explicaría por qué la intervención de Jasón posee tan escaso relieve en las aventuras del viaje, mientras que los demás argonautas no colaboran en las pruebas de la Cólquide para conquistar el vellocino[48].

Si en la leyenda de los argonautas, como en otros mitos, subyace alguna base histórica, es imposible saberlo. Ya desde antiguo se trató de buscar en ella un fundamento histórico; determinados lugares y monumentos arqueológicos fueron relacionados con el paso de la Argo, y la fundación de algunas colonias fue vinculada a héroes de la saga. Logógrafos, cronistas e historiadores en general suponían un trasfondo histórico en el viaje de la Argo: la primera empresa común de los griegos, que abrió las rutas del Mar Negro para el comercio y las colonizaciones. Heródoto recuerda la expedición a la Cólquide y el rapto de Medea como un hecho histórico[49]. También Estrabón

cree en la verosimilitud del viaje (que existió la ciudad de Ea cerca del Fasis, con su rey Eetes y la hechicera Medea), y relaciona el motivo de la expedición con la riqueza de aquella tierra en minerales nobles[50]. En todo caso, la leyenda está relacionada en principio con dos ciudades pertenecientes al ámbito de la cultura micénica: Yolco en Tesalia y Orcómeno en Beocia. Y el rey Pelias era hermano de Neleo, el padre de Néstor, soberano de Pilo.

Aunque la versión más completa que conocemos de esta famosa aventura sea precisamente el poema de Apolonio, de época helenística, la leyenda de los argonautas poseía una tradición bien antigua entre los griegos[51]. El intrépido viaje de un grupo de héroes notables (de una generación anterior a los héroes homéricos), que a bordo de la nave Argo atraviesan un mar lleno de peligros y una geografía fabulosa para rescatar el vellocino dorado con ayuda de una princesa hechicera, resultaba tan célebre para los griegos como la leyenda troyana y los viajes de Odiseo.

Los poemas homéricos mencionan ya el periplo de la Argo. En la *Ilíada*[52] es conocido el episodio de Lemnos. La *Odisea* ofrece noticias más abundantes: una referencia a la «marinera nave Argo, por todos celebrada», que al regreso de la tierra de Eetes logró cruzar entre las rocas Errantes (Planctas) con la ayuda de Hera; y también le son conocidos Eetes y su hermana Circe, cuya isla se encuentra en los confines orientales del mundo, por donde nace Helios, padre de ambos[53]. Además, determinados motivos del viaje de Odiseo guardan estrecho paralelo con la navegación de los argonautas, como ya advirtiera Estrabón[54], lo que induce a suponer que las aventuras de la Argo han servido de modelo para la configuración de algunos episodios, personajes y escenarios odiseicos[55]: la maga Medea para Circe, el país de Ea para Eea, los gigantes de Cícico para los lestrigones. En todo caso, conviene ser cauto, porque Apolonio, nuestra principal fuente para el mito, debe mucho a su vez a la *Odisea*, especialmente en el periplo de regreso (las Sirenas, Escila y Caribdis, las Planctas, Trinacia y las vacas del Sol, la isla de los feacios).

Hesíodo en la *Teogonía*[56] nos ofrece un cuadro esquemático de la leyenda: las pruebas impuestas a Jasón por Pelias, su estancia en el país de Eetes, su regreso a Yolco con Medea y la boda de ambos.

Los *Catálogos* hesiódicos contenían alusiones a Frixo y el vellocino, Fineo y las Harpías, el viaje de regreso…[57].

En otras obras de la épica arcaica el mito de los argonautas ocupa también un lugar importante[58]. Eumelo de Corinto parece haber introducido modificaciones en la saga para glorificar el nombre de su ciudad. En sus *Corintíacas*[59] Eetes habría sido rey de Corinto antes de marchar a la Cólquide; y al regreso de la expedición Medea y Jasón se establecían en Corinto. El autor de las *Naupactias* aludía también a diversos episodios como la persecución de las Harpías, la prueba de los toros impuesta por Eetes, la intervención favorable de Afrodita, y la huida de Medea con el vellocino[60]. En fin, en la versión de Epiménides de Creta[61] Eetes era también de origen corintio, como en Eumelo.

Un fragmento de Mimnermo[62] recuerda el atribulado viaje de Jasón hasta la ciudad de Eetes en busca del vellocino para cumplir la prueba ordenada por Pelias. Estesícoro celebraba en un poema los juegos en honor de Pelias[63]. Y en Simónides hay alusiones al tema del vellocino, de las Simplégades, de los juegos de Lemnos, de Talos, de los juegos en honor de Pelias, de Medea que rejuvenece a Jasón y reina en Corinto[64].

La *Pítica* IV de Píndaro (462 a. C.), una espléndida composición en honor de Arcesilao de Cirene, nos brinda una exposición de conjunto sobre el mito de los argonautas, que está vinculado a la fundación de esa ciudad. Para celebrar al rey vencedor, el epinicio recuerda su gloriosa ascendencia: la colonización de Cirene por descendientes del argonauta Eufemo, cuya estirpe, nacida de su unión con una de las mujeres de Lemnos, habría de pasar a Lacedemonia y luego a Tera para fundar finalmente Cirene (el puñado de tierra libia que Eufemo recibe del dios Tritón presagia el destino que el oráculo le tiene reservado). El relato pindárico presta especial atención a los antecedentes y motivaciones de la expedición argonáutica (vv. 70-168): Pelias ha usurpado a Esón el trono de Yolco, pero un oráculo le advierte que se guarde del hombre «de una sola sandalia», y por ello impone a Jasón la prueba de traer el vellocino como condición para devolverle la dignidad real. Algunos detalles de la versión pindárica resultan particularmente significativos, como la lucha que libran argonautas y colcos[65] en

presencia de Eetes (vv. 212-213), o el peculiar modo en que se produce la intervención de Afrodita[66] (Jasón enamora a Medea gracias al sortilegio de la rueda mágica y el torcecuello, v. 213 ss.), o el viaje de regreso, que primero discurre por una geografía mítica (por el Océano y el Mar Rojo hasta Libia) y luego recorre, en sentido inverso, las etapas de la expansión colonial que llevará a la fundación de Cirene (Libia, Tera, Lemnos).

La leyenda de los argonautas sirvió de tema para el argumento de numerosas tragedias, aunque sólo conservamos completa la *Medea* de Eurípides y fragmentos estimables de su *Hipsípila*. Esquilo compuso un *Fineo* y una tetralogía en torno al episodio de Lemnos[67]. Sófocles le consagró también diversas piezas como *Frixo, Las Lemnias, Fineo, Las Colquidenses, Las cortadoras de raíces…*[68]. Y Eurípides, aparte de las ya citadas, escribió un *Frixo* y unas *Pelíades*. Asimismo en la comedia hubo varias versiones de *Las Lemnias y* un *Amico* de Epicarmo, entre otras.

El argumento de la *Medea* de Eurípides (431 a. C.) corresponde a la parte corintia de la leyenda. El trágico final de la pareja es presentado aquí bajo el protagonismo de Medea: la heroína es ante todo una esposa abandonada, traicionada y humillada, que imagina la venganza más atroz para su esposo infiel y que adquiere una nueva dimensión trágica y humana. Sus tres famosos monólogos reflejan la lucha interior de un corazón atormentado que se debate entre la pasión y la racionalidad; mientras, Jasón aparece como el antagonista pragmático que trata de conseguir el trono y la estabilidad con un matrimonio convenido.

Los escritores en prosa, logógrafos, historiadores, geógrafos y autores de crónicas locales, se interesaron también por el periplo de la Argo, que les permitía reconstruir la historia legendaria de sus ciudades o explicar la fundación de colonias. Y trataban de conciliar las tradiciones legendarias con los conocimientos geográficos e históricos de su tiempo. Autores como Hecateo, Ferecides, Acusilao, Helánico, Heródoto, Herodoro de Heraclea, Timeo, Timageto, son citados a menudo por los escolios como fuente de Apolonio[69]. Y de ellos se alimenta el gusto por la etiología, la erudición geográfica y las curiosidades etnográficas propio de la poesía de Apolonio y de Calímaco.

En el arte arcaico y clásico aparecen representados diversos motivos del mito[70]. Uno de los testimonios más antiguos es el Monóptero del tesoro de Sición en Delfos (570-560 a. C.), que en sus metopas representa a Frixo sobre el carnero, y la proa de la nave Argo (con Orfeo a bordo) flanqueada por los Dioscuros a caballo. Entre los temas preferidos en el arte del s. VI a. C. destacan los juegos en honor de Pelias[71], en los que participaba el propio Jasón, y los Boréadas liberando a Fineo de las Harpías[72]. En la cerámica ática de figuras negras se encuentran numerosas representaciones de Medea y las hijas de Pelias[73].

En el umbral del s. IV a. C. un poeta precursor de los helenísticos, Antímaco de Colofón, trató en su poema elegíaco *Lide* diversos episodios de la saga[74], como el abandono de Heracles, la historia de Fineo, los acontecimientos de la Cólquide y el regreso a través de una geografía mítica (de la Cólquide a Libia por el Océano).

Entre los poetas helenísticos la leyenda de los argonautas fue un tema muy apreciado. Encontramos referencias en Filetas, Euforión, Nicandro, Licofrón… Teócrito desarrolla el episodio de Hilas en su *idilio* XIII y el combate de Polideuces y Ámico en el *idilio* XXII. Calímaco trata diversos aspectos del mito, especialmente los relativos al regreso, en el libro I de los *Aitia*.

Si antes de Apolonio el mito contaba con una larga tradición, con posterioridad fue también objeto de numerosos tratamientos literarios, para los que la versión del Rodio había de constituir ya siempre un modelo de obligada referencia (véase D-1: «Influjo y pervivencia»).

C. EL POEMA

1. *Composición*

En la composición de las *Argonáuticas* Apolonio, como poeta *doctus*, aprovecha todo el material que esa larga tradición del mito le ofrecía: selecciona determinadas variantes o armoniza distintas versiones. En ocasiones incluso expresa su rechazo de tal variante en favor de tal otra, como al explicar el origen del ámbar arrastrado por las aguas del Erídano (IV 597-626) o a propósito del nombre de Drépane (IV 982-992). El episodio de Cícico (I 936-1152) refleja

bien cómo el poeta construye un argumento unitario y coherente a partir de múltiples tradiciones, armonizando versiones contradictorias, una amistosa y otra hostil, del encuentro entre argonautas y doliones[75]. En la narración del periplo occidental proliferan las evocaciones homéricas (Circe, las Sirenas, las Planctas, Escila y Caribdis, la pradera de Trinada, la isla de los feacios), motivos odiseicos a los que el poeta incorpora tradiciones locales (del historiador Timeo en particular) y otras fuentes como Calímaco[76].

Como sucede con el material, así también con los elementos compositivos. En el episodio de la muerte de Apsirto (IV 338-521), junto a motivos épicos, se aprecia la influencia de la tragedia en diversos elementos: presencia de mensajeros, mención de la Erinis vengadora del sangriento crimen, y discurso de Medea cargado de reproches[77]. También hay elementos de estilo hímnico en el proemio, el epílogo y otros pasajes del poema (como las plegarias de Jasón a Apolo en I 411-424 y IV 1701-1710, o el himno de Orfeo a Apolo en II 701-714).

Heredero de una larga y fecunda tradición, Apolonio elabora un tratamiento nuevo de la leyenda, donde contrastan elementos de arcaica resonancia con otros de novedosa factura. De todo el ciclo legendario el poeta escoge para su narración sólo la parte central: el viaje. Los antecedentes son presentados en I 5-17 de manera muy concisa[78], y con el regreso al puerto de Págasas (IV 1781) el poema se cierra, como en un círculo, sin referencia a los acontecimientos posteriores. Las *Argonáuticas* relatan, pues, el viaje de los héroes hasta la Cólquide (cantos I y II), el cumplimiento de las pruebas por Jasón gracias al amor de Medea (canto III) y el regreso de nuevo a Yolco con el vellocino (canto IV). Bajo la división externa en cuatro cantos, que remonta al propio poeta, subyace una distribución temática y una estructuración de la obra en tres partes. Así lo refleja también la triple articulación de los preludios (I 1-22, III 1-5 y IV 1-5), mientras que la separación entre los cantos I y II es meramente superficial.

He aquí el argumento del poema:

Canto I

1-22: Proemio.

23-233: Catálogo de argonautas.

234-518: Preparativos para la partida.

519-608: Partida y navegación.

609-910: Lemnos. Jasón e Hipsípila.

910-935: Navegación.

936-1152: Cícico. Muerte del rey Cícico.

1153-1171: Navegación.

1172-1272: Misia. Rapto de Hilas.

1273-1362: Navegación. Disputa por el abandono de Heracles.

Canto II

1-163: Bebricia. Combate de Ámico y Polideuces.

164-177: Navegación.

178-530: Fineo y las Harpías.

531-648: Navegación. Paso de las Simplégades.

648-719: Navegación. Escala en la isla de Tinia.

720-898: Lico y los mariandinos. Muerte de Idmón y Tifis.

899-1029: Navegación. (Heracles y las Amazonas).

1030-1227: Isla de Ares. Encuentro con los hijos de Frixo.

1228-1285: Navegación hasta la Cólquide.

Canto III

1-5: Preludio.

6-166: En el Olimpo. Hera y Atenea. Afrodita y Eros.

167-439: Embajada al palacio de Eetes. Intervención de Eros.

439-615: Los argonautas deciden buscar la ayuda de Medea.

616-824: Angustia de Medea. Medea y Calcíope.

828-1172: Encuentro de Jasón y Medea.

1172-1277: Preparativos para las pruebas.

1278-1407: Pruebas de Jasón.

Canto IV

1-5: Preludio.

6-240: Huida de Medea y rescate del vellocino.

241-337: Navegación de regreso. Persecución de los colcos.

338-521: Asesinato de Apsirto.

522-658: Navegación del Mar de Crono al Mar Ausonio.

659-752: Circe. Purificación de Medea y Jasón.

753-981: Navegación. Paso de las Planctas.

982-1222: Drépane (isla de los feacios). Boda de Jasón y Medea.

1223-1240: Navegación y tempestad.

1240-1622: Libia. Transporte de la nave. Muerte de Canto y Mopso.

1622-1693: Navegación. Creta: el gigante Talos.

1694-1772: Navegación. Escala en Ánafe. Sueño de Eufemo (Tera).

1773-1781: Epílogo.

El proemio se caracteriza por una estructura simétrica[79]. Tras la invocación a Febo, el poeta enuncia el objeto de su canto y menciona uno de los episodios más famosos, el paso de las Simplégades (1-4). La parte central resume las motivaciones de la expedición (5-17). Luego el poeta propone de nuevo el tema de su narración y, tras anunciar el catálogo, cierra el proemio con otra invocación a las Musas (18-22).

El epílogo a su vez constata que se ha cumplido el plan de la obra anunciado en el proemio (IV 1775-1778). Este cierre formal de la epopeya es un elemento novedoso, pues la épica de tradición oral dejaba el final abierto a sucesivas recitaciones.

El catálogo, un elemento de rancia tradición épica, está modelado sobre el catálogo de las naves homérico (*Il.* II 484-762). Pero el poeta ha introducido importantes innovaciones[80]. A diferencia del catálogo homérico, se halla situado en un lugar previo al comienzo de la acción para presentar a los protagonistas de la empresa. En general Apolonio sigue un recorrido geográfico de la Hélade,

describiendo un círculo desde el Norte (Tracia, Tesalia), por el Este (Lócride, Eubea, Ática, Beocia), hacia el Sur (regiones del Peloponeso), para volver luego por el Oeste (Etolia y Fócide) de nuevo hasta el Norte (Tracia). Sólo excepcionalmente este principio geográfico ha sido suplantado por el de la asociación de ideas: Hilas es mencionado junto a Heracles; tras Eufemo son nombrados otros dos hijos de Posidón, Ergino y Anceo, procedentes de Mileto y Samos; y Acasto y Argos, los últimos en incorporarse al grupo, se añaden como apéndice al catálogo. La composición severa y reiterativa propia de los catálogos se ve aquí atenuada: en el conjunto el poeta busca la simetría (los 54 héroes[81] se agrupan en dos bloques de 27, encabezados cada uno por dos figuras relevantes, Orfeo y Heracles); en el detalle practica la variedad en la presentación de los héroes (ya individualmente, ya agrupados en parejas o en tríadas), así como la *variatio* expresiva y los juegos verbales. Frente a Píndaro, que en su breve catálogo (*Pít.* IV 171-183) resaltaba la ascendencia divina de algunos héroes, Apolonio tiende a humanizarlos, y nos ofrece detalles sobre su genealogía (el caso de Nauplio es significativo, I 133-138), sus cualidades y los motivos de su participación en la empresa.

La narración del viaje, tanto de ida como de vuelta, se compone de una serie de episodios que por lo general se relacionan con una escala en el periplo, o también con un problema de navegación (las Simplégades o las Planctas). Los episodios alternan con referencias a la navegación y a los escenarios geográficos o marinos, lo que proporciona al relato una suerte de variedad constante. A su vez el *tempo* narrativo suele oscilar entre partes compuestas en forma dilatada (episodios o escenas) y partes narradas en forma comprimida, rápida (trechos de navegación).

En la composición de los diferentes episodios y secuencias narrativas hay notables similitudes, juegos de paralelismo y antítesis. El episodio de Cícico guarda semejanza con el de la muerte de Apsirto: en ambos, Jasón mata a un joven príncipe, mientras que los argonautas masacran a parte del ejército de los doliones y de los colcos respectivamente; en los dos casos, la matanza es producto de una situación engañosa (un error o una emboscada), y se hace precisa una purificación posterior. El paso de las Planctas ocupa en

el viaje de regreso un lugar paralelo al paso de las Simplégades en el viaje de ida, éste favorecido por la ayuda de Atenea, aquél por la de Hera, pero la atmósfera de ambos episodios contrasta de manera significativa. Tanto la escala en la isla de Tinia (II 669-719) como la escala en Ánafe (IV 1694-1730) están dominadas por sendas apariciones luminosas de Febo a los argonautas. El episodio de Cícico, cuya segunda parte está marcada por la trágica fatalidad, contrasta fuertemente con el episodio de Lemnos y su alegre solaz bajo el dominio de Afrodita. En fin, determinados motivos se repiten en muchos episodios, como el tema de la hospitalidad o del combate en grupo[82].

La misma técnica se aprecia en la configuración interna de los episodios. El episodio de Cícico, que se caracteriza por la complejidad y variedad de sus elementos integrantes (descripciones y referencias geográficas, escenas de combate, escenas religiosas, símiles, numerosos *aitia*, prodigios), se articula en dos partes a base de numerosos dobletes y contrastes: dos desembarcos, dos batallas, dos tempestades, dos ascensiones al monte Díndimo[83]. Asimismo la parte final del poema contiene una serie de motivos recurrentes, entre los que destaca la aparición sucesiva de divinidades salvadoras (diosas indígenas de Libia, Hespérides, Tritón, Apolo en Ánafe), a las que los héroes imploran su ayuda con plegarias[84].

Tales paralelismos, efectos de simetría y de contraste, constituyen un rasgo del arte helenístico, del minucioso cuidado de los detalles en la composición[85]. Asimismo la forma de composición anular, presente ya en el proemio, encuadra muchas secuencias narrativas y sirve a menudo para intercalar digresiones.

El canto III tiene por único escenario la Cólquide, como si de un amplio episodio se tratara. La invocación a la Musa del amor, que abre esta parte, determina ya la elección de una solución erótica para la epopeya en lugar del heroísmo guerrero de la épica tradicional. Desde las escenas olímpicas, donde se prepara el ingrediente amoroso, el relato avanza en una gradación ascendente hasta el cumplimiento de la prueba por Jasón, auténtico clímax del episodio. El poeta combina hábilmente escenas de carácter psicológico con otras de naturaleza épica. Su mayor originalidad reside en la fina

caracterización psicológica de los personajes y en la dramatización de la pasión amorosa de Medea.

Los ecos de la tradición que inspiran su poesía aparecen siempre bajo un prisma y un tratamiento nuevo: la visita de Hera y Atenea a Afrodita (III 43-110) recuerda la de Tetis a Hefesto en *Ilíada* XVIII 368 ss., pero si en Homero la visita de Tetis a la fragua del dios tiene por objeto procurar las armas a Aquiles, en Apolonio se trata de buscar la ayuda de Eros para encender la pasión de Medea por Jasón. El poeta describe esta escena, como la siguiente con Eros y Ganimedes, con pinceladas de fino humor y un vivo realismo genuinamente helenístico: Cipris peina sus cabellos en el tocador; recibe a las otras diosas con la cortés ironía de una dama burguesa; y, cual una madre, se queja de la desobediencia y las rabietas de su hijo Eros.

En la composición de las escenas dialogadas y los monólogos Apolonio imita la tragedia, especialmente para caracterizar el progreso de la pasión amorosa de Medea que vemos desarrollarse en los tres monólogos centrales (III 464-470, 636-644, 771-801), como también la Medea de Eurípides madura su venganza en otros tantos monólogos[86]. Incluso la configuración interna de todo el canto III se asemeja a la de una tragedia en cinco actos[87]:

I Prólogo en el Olimpo (6-166)

Deliberación de los argonautas (167-195)

II Embajada al palacio de Eetes (196-490)

Deliberación de los argonautas (491-575)

Deliberación de los colcos (576-608)

- Medea (616-668)

III Entrevista Medea-Calcíope (669-741)

- Medea (741-824)
- Partida de Medea (828-912)

Partida de Jasón (913-947)

IV Cita Medea-Jasón (948-1147)

Regreso de Medea (1147-1162)

Regreso de Jasón (1163-1172)

V Preparativos y pruebas de Jasón (1172-1407)

2. *Estructura*

La estructura de las *Argonáuticas* ha sido un aspecto problemático en cuanto a su valoración por la crítica. La composición episódica no ha sido siempre bien entendida, por lo que se ha hablado a veces de falta de unidad o de fragmentariedad en el poema[88].

Apolonio ha elaborado cuidadosamente los episodios que componen la narración del viaje como secuencias narrativas de cierta entidad y autonomía en sí mismas, casi a la manera de breves *epýllia*. En cierto modo, la elección del viaje como tema implicaba este tipo de estructura, pues el objeto de su narración son las sucesivas hazañas o aventuras (*kléa, áethla*) de los argonautas en su empeño por rescatar el vellocino y traerlo a Grecia. Asimismo el protagonismo colectivo del poema[89], que reúne a un grupo selecto de héroes, algunos más importantes que su propio jefe, permite que los sucesivos episodios destaquen a distintos héroes. Una estructura así concebida, donde cada parte adquiere cierto relieve en sí misma, no significa falta de cohesión, puesto que el poeta ha integrado perfectamente las partes en un conjunto bien articulado y homogéneo gracias a diversos procedimientos.

Precisamente el viaje y el colectivo de argonautas constituyen dos elementos fundamentales de cohesión y continuidad entre los distintos episodios, pues hay siempre unos mismos héroes como protagonistas empeñados en el cumplimiento de una empresa común. También la continuidad cronológica y geográfica sirve de nexo: el relato sigue la misma sucesión espacial y temporal que la navegación de los héroes; como el periplo, la narración avanza de lugar en lugar, de aventura en aventura, desde la partida hasta el regreso al mismo puerto de Págasas, en una línea marcada sin cesar por el poeta[90].

Un importante factor de integración dentro de las *Argonáuticas* es el tema amoroso, que domina en muchas secciones del poema[91].

Sobre todo a lo largo del canto III y parte del IV, ambos introducidos por una invocación a la Musa del amor, el poeta describe con sumo cuidado la relación amorosa entre Medea y Jasón desde las escenas olímpicas y el flechazo de Eros, que desencadenan el enamoramiento, hasta la celebración de la boda entre los feacios, que lo culmina. Pero el amor también destaca en otros pasajes: en el episodio de Lemnos, donde la unión de Jasón con Hipsípila prefigura su posterior encuentro con Medea; en el episodio de Misia, donde el amor de Heracles hacia Hilas se ve truncado por la pasión que el efebo despierta en una ninfa; así como en diversas referencias de tema erótico a lo largo del poema[92].

Otro elemento recurrente es el personaje de Heracles. Su presencia como miembro de la expedición aglutina los tres episodios del canto I (Lemnos, Cícico y Misia). En la escala de Misia el hecho relevante es el abandono de Heracles, cuyas consecuencias se prolongarán hasta el final del canto I. Además su figura será aún evocada a lo largo de los cantos II y IV en numerosas ocasiones[93]. Muchas de estas menciones aluden a trabajos de Heracles, entre los que el poeta ha intercalado la participación del héroe en la expedición argonáutica[94].

Se ha señalado que la «concordia» (*homónoia*) entre los argonautas, a la que erigen un santuario tras el paso de las Simplégades (II 715-719), es un tema repetido a lo largo de los tres primeros cantos[95]. Asimismo el poeta señala desde el comienzo (I 3) en reiteradas ocasiones que la motivación del viaje viene impuesta por la orden de Pelias[96], debida al recelo que en el soberano despierta el oráculo del *monosándalos* (I 5-17), que se justifica a su vez por la voluntad de Hera de castigar la soberbia de Pelias y premiar la piedad de Jasón (I 13-14, III 59-75, 1134-1136, IV 241-243) así como por la cólera de Zeus, que impone traer el vellocino para expiar el frustrado sacrificio de Frixo (II 1194-1195, III 333-339); de modo que esta compleja red de alusiones mantiene presente siempre la motivación del viaje y sus consecuencias, en beneficio de la cohesión narrativa.

Otros temas recurrentes a lo largo del poema, como el cumplimiento inexorable del destino, la contraposición entre el mundo civilizado de la Hélade y el mundo bárbaro, o el recurso de

los héroes a la astucia y el engaño[97], contribuyen igualmente a la coherencia interna del relato[98].

Junto a esta serie de motivos hay también elementos formales que integran las distintas secuencias narrativas en un conjunto unitario. En primer lugar, el proemio (I 1-22) y el epílogo (IV 1773-1781) que enmarcan el poema muestran que el poeta ha concebido su narración como una unidad bien delimitada de principio a fin.

En segundo lugar, un gran número de *analepsis* y *prolepsis*[99] enlazan entre sí las distintas secuencias narrativas del poema. En el episodio de Lico, por ejemplo, se nos ofrece en estilo indirecto el discurso de Jasón al rey de los mariandinos (II 762-771), en el que recuerda todos los episodios y aventuras transcurridos hasta ese momento. Un tipo particular de *prolepsis*, muy empleado en el poema de Apolonio, es el discurso-programa[100], en virtud del cual un personaje anticipa el desarrollo de la narración posterior. El caso más significativo es el discurso profético de Fineo (II 311-407), que constituye un programa detallado para la narración de todo el canto II y cohesiona esa parte del poema[101].

Una función paralela al anterior procedimiento desempeñan una serie de personajes, que a lo largo del relato de viaje se suceden uno tras otro como guías de la navegación argonáutica. Esta «cadena de informadores»[102], que orientan a los héroes en su periplo más allá del mar Egeo por una geografía poco conocida, sirve también al poeta para enlazar los diversos episodios entre sí. El rey Cícico instruye a los argonautas para la navegación en el interior de la Propóntide (I 982-986, 1112-1116); para el itinerario de regreso se aprovechan las indicaciones de Argos (IV 257-293), que aconseja la ruta fluvial, y de los hileos (IV 524-528); etc.

También hay relaciones de causalidad o dependencia entre los episodios, que contribuyen a la unidad del relato. Así ocurre en el episodio de Ámico (II 1-163), cuyo núcleo de acción, la derrota de los bebrices y la muerte de su rey a manos de los argonautas, determina el desarrollo del futuro episodio de Lico (II 720-898). El episodio de la isla de Ares (II 1030-1227), que parece ser una invención de Apolonio, prepara los acontecimientos de la Cólquide. A su vez la huida de Medea y el rescate del vellocino (IV 6-240)

desencadenan la persecución de los colcos: el asesinato de Apsirto, al tiempo que elimina la amenaza del primer grupo de colcos, justifica la accidentada navegación de los héroes hasta Eea y el episodio mismo de Circe (IV 659-752), donde el crimen debe ser purificado; la persecución del segundo grupo y el conflicto amoroso confluyen en el episodio de los feacios (IV 982-1222).

3. *Técnica y elementos narrativos*

La originalidad de Apolonio respecto de la poesía homérica se manifiesta notablemente en su técnica narrativa y en su novedosa utilización de elementos tradicionales.

El relato épico de Apolonio es en general menos *mimético*, menos dramático, que el de Homero: el discurso directo se utiliza de forma mucho más reducida y restrictiva[103]. Las secuencias *escénicas* se desarrollan particularmente en el canto III, con numerosas escenas dialogadas y los monólogos de Medea, así como en torno a otros núcleos episódicos o temáticos. Un tipo de escena épica tradicional, como la asamblea de héroes, que en Homero presenta siempre el sucesivo fluir de los discursos, en Apolonio se dilata con un rico diálogo en III 489-575 (para decidir el recurso a la ayuda de la magia y del amor), pero en otras ocasiones aparece abreviada o recortada.

La narración de Apolonio es a menudo sintética y meramente alusiva, más cercana a la técnica del epilio helenístico que al torrente narrativo de Homero. Esta forma selectiva y panorámica acelera el ritmo del relato y sirve a diversas funciones: para cubrir tiempos muertos sin acción relevante, como los pasajes de navegación; para motivar adecuadamente el relato recordando los antecedentes de un episodio (así en I 609-632)[104]; y para mantener la economía narrativa y evitar repeticiones. En este sentido, frente a la repetición formularia y la redundancia típica de Homero, Apolonio recurre, por ejemplo, al estilo indirecto para resumir una secuencia ya narrada: así, el discurso de Jasón a Lico sobre las aventuras del viaje (II 762-771), o el discurso de Zetes a Fineo y los demás argonautas sobre la persecución de las Harpías (II 429-434).

Si en los poemas homéricos la acción no podía desarrollarse simultáneamente en dos lugares diferentes y el poeta debía recurrir a

los tiempos muertos, Apolonio en cambio posee ya una técnica narrativa mucho más depurada que traza perfectamente la narración paralela de acciones simultáneas. Esta técnica alcanza su mayor complejidad en el canto III. La primera asamblea de los héroes en la Cólquide transcurre al mismo tiempo que las escenas olímpicas, y ambas líneas confluyen con la llegada de Eros al palacio de Eetes (III 275 ss.). Tras la entrevista con Eetes, la acción se desarrolla en cuatro líneas diferentes (III 439 ss.): retorno y deliberación de los argonautas, asamblea de los colcos, Medea se retira a su alcoba herida ya por la ansiedad del amor, y Calcíope se reúne con sus hijos en su aposento[105]. El mismo procedimiento puede apreciarse también en otras partes del poema, como el episodio de Fineo donde la velada en casa del anciano con sus profecías es contemporánea de la persecución de las Harpías por los Boréadas (II 273-300; 301-425; 426-435).

Por más que el relato sigue la sucesión temporal de los acontecimientos, el poeta rompe continuamente esa linealidad mediante *prolepsis* y *analepsis*, digresiones, descripciones y comentarios. En las *Argonáuticas* las anticipadones efectuadas por el narrador o personajes divinos y dirigidas sólo al lector son mucho menos frecuentes que en Homero; en cambio, es mayor el uso de signos proféticos y de personajes humanos como medios de anticipación dirigidos simultáneamente a lector y personajes: por ejemplo, la profecía de Idmón en I 440-447 y las de Fineo en II 311-407 y 420-425. Apolonio, más que anunciar el resultado final de la acción, suele anticipar de un modo general el desarrollo posterior de los acontecimientos en el relato, como en el caso de los discursos programáticos, una peculiar forma de *prolepsis* muy aprovechada en el poema[106]. En cuanto a las *analepsis*, aparte de las que recuerdan los antecedentes de la expedición o de episodios particulares, son más bien escasas[107].

La narración incluye numerosas digresiones que suponen un desvío del tema de la expedición argonáutica. El poeta incorpora un vasto material, de carácter mitológico, geográfico y etnográfico, y trata de integrarlo funcionalmente en el relato mediante diversos procedimientos[108]. El *excursus* sobre el intento frustrado de inmortalizar a Aquiles (IV 867-879) sirve, tras las palabras de Tetis a

Peleo, para motivar la actitud de ambos personajes. La leyenda de Faetonte y las Helíades (IV 596-626) aparece enmarcada en el contexto narrativo del viaje, de modo que los propios argonautas resultan inmersos en su atmósfera. Si en Homero (*Il.* IX 529-599) la historia de Meleagro es contada como *exemplum* en un discurso del anciano Fénice, en Apolonio encontramos también digresiones integradas en el discurso de un personaje, que así resultan funcionales para la narración, como el mito de Parebio contado también como ejemplo por el anciano Fineo (II 468-489), o las conquistas de Heracles relatadas por Lico (II 775-791). Los *excursus* de tema etnográfico, ausentes por completo en la epopeya tradicional, siguen el modelo herodoteo de la inversión de formas de vida: en la secuencia narrativa de acercamiento a la Cólquide (II 962-1029 y III 200-209) el poeta presenta las costumbres de las Amazonas, de los colcos y otros pueblos de la costa sur del Ponto, en contraste con el mundo cultural griego.

Bajo la forma de *excursus* o de comentarios del poeta Apolonio incorpora también a su relato numerosos *aitia*, que explican el origen de un culto, un monumento, una costumbre, determinados fenómenos naturales y nombres de lugar, a partir del propio mito argonáutico o de otros mitos[109]. Se trata de un elemento innovador, genuinamente helenístico y ajeno a la tradición épica, que refleja el realismo científico de la época al otorgar a la materia legendaria un tratamiento pretendidamente histórico. Los *aitia* relacionan el pasado heroico legendario con el presente histórico del poeta, de modo que suponen una ruptura de la ilusión de pasado absoluto, propia de la épica tradicional, y una mayor presencia del narrador e implicación del lector en el propio texto narrativo.

En la poesía homérica las descripciones son convencionales, el paisaje tiene escasa presencia y se limita generalmente a una naturaleza idealizada. En las *Argonáuticas* las descripciones ocupan un lugar mucho más importante[110], el paisaje y el entorno geográfico encuadran siempre la actuación de los héroes[111]. A menudo el paisaje descrito resalta la situación anímica de los personajes: la descripción de la Sirte refleja la desolación de los argonautas (IV 1237-1249); y la profunda calma nocturna se contrapone a la inquietud interior de Medea (III 744-750). En consonancia con la

estética helenística, Apolonio busca el realismo, un efecto de realidad por la acumulación de detalles[112]. Ello se manifiesta en descripciones de carácter técnico o científico (la botadura de la nave en I 363-393, la desembocadura del Termodonte en II 972-984), así como en la representación del padecimiento humano[113] o de lo deforme como objeto estético (la patética figura del anciano Fineo en II 197-207). Algunos cuadros escénicos del poema reflejan una técnica pictórica[114]: la partida de la nave Argo contemplada por los dioses (I 542-558), Eros y Ganimedes jugando a las tabas (III 117-124). El llamado *realismo pictórico* se aprecia también en la descripción de objetos artísticos, un lugar común en la poesía épica. La *ékfrasis* del manto de Jasón (I 725-767) tiene por modelo la descripción del escudo de Aquiles (*Il.* XVIII 478-613), pero entraña un valor y una significación diferentes: mientras en Homero preludia la *aristía* guerrera del héroe ante Héctor, en Apolonio destaca la belleza del héroe y prepara su *aristía* amorosa ante Hipsípila[115].

Los símiles constituyen un elemento característico del género épico desde Homero. En la poesía homérica adquieren vida propia, evocando cuadros que se desligan del relato principal; en Apolonio, en cambio, el símil mantiene estrecho paralelismo con la narración y una mayor pertinencia semántica respecto del término parangonado (por ejemplo, en IV 1682-1688). De este modo la imagen se integra plenamente y su dimensión connotativa adquiere significado en el contexto: la comparación de Jasón con el astro Sirio (III 956-961), por su belleza y su carácter siniestro, anuncia el sufrimiento de Medea, al tiempo que evoca el modelo homérico (Aquiles parangonado con Sirio antes de su encuentro con Héctor, *Il.* XXII 26-32), marcando la distancia entre el registro bélico y el amoroso. En determinados pasajes los símiles se acumulan creando la propia textura narrativa, sustituyendo incluso a la narración directa, como en el combate de Ámico y Polideuces o en la prueba de Jasón contra los terrígenos[116].

Frente al distanciamiento de la narración en la épica homérica, donde el aedo es un mero portavoz de la Musa, Apolonio recurre con frecuencia al presente y a la primera persona, la voz del narrador interviene en su relato de manera significativa[117]. En las convencionales invocaciones a la Musa, que en Apolonio representa

la tradición literaria, el narrador se manifiesta en primera persona (I 2, 20; III 1 ; IV 2, 4; IV 985, 1381). El narrador muestra también su control sobre la materia narrativa en frecuentes intervenciones: para recusar un tema (I 18-20), para silenciarlo (*reticentia*) por motivos religiosos (I 919-921, IV 248-250), para cortar digresiones (I 648-649,1 1220,1 1309, IV 1216, IV 1764), para expresar su preferencia por una variante del mito (IV 596-626, IV 984-992), para poner énfasis en el relato mediante una interrogación retórica (II 1090-1092, IV 450-451). En los comentarios del poeta sobre la propia narración se hace patente su ideología: el apóstrofe a Eros (IV 445-449), el apóstrofe a Zeus (IV 1673-1677), y en particular el comentario de IV 1165-1167 reflejan un sentimiento de inseguridad sobre la condición humana. Por otro lado, tanto el empleo de la segunda persona en determinados pasajes[118] como las numerosas cláusulas etiológicas[119] remiten al presente de la enunciación y al receptor. De este modo se rompe en el texto el tradicional distanciamiento narrativo y la ilusión de pasado propios de la épica homérica.

En las *Argonáuticas*, como en los poemas homéricos, el narrador es en general omnisciente. Pero la técnica de Apolonio es más avanzada en el manejo del punto de vista narrativo. A veces el narrador adopta la perspectiva de un personaje: la pasión de Medea es presentada desde la óptica de la propia heroína (III 453-462); en el descenso de Eros desde el Olimpo se nos describe, como en un picado cinematográfico, el panorama que el personaje divisa desde arriba (III 160-166). Otras veces la perspectiva de un personaje contrasta con la del narrador, como en el doble relato de los acontecimientos de Lemnos (I 609-626 y 793-826), o en el mito de Ariadna, que primero es *manipulado* por Jasón (III 997-1004) y luego recordado por el poeta (IV 423-434). De manera inversa, el narrador transfiere a veces su propio papel a un personaje: así en el discurso de Argos sobre las campañas de Sesostris (IV 257-293) se refleja el interés del poeta por la erudición histórico-geográfica y la etiología.

4. *Geografía y cronografía*

Un importante rasgo de la técnica narrativa de Apolonio es su constante fijación del espacio y el tiempo en el que transcurre la

acción[120]. Sus precisas indicaciones describen al detalle las coordenadas espaciales y temporales en que se desarrolla el viaje y los acontecimientos. Los numerosos *aitia* integrados en la narración del periplo, donde se mencionan testimonios y vestigios del paso de los héroes por diversos lugares (un nombre, un culto, una costumbre, un altar, un objeto), justifican el itinerario de la expedición y conectan la antigua leyenda con la realidad geográfica y cronológica del poeta y del lector[121]. En este rasgo, localización geográfica y fijación cronológica de los hechos legendarios, puede verse una faceta del realismo típicamente helenístico[122].

En las versiones más antiguas el viaje de la Argo, que era un viaje más allá de los límites del mundo conocido, transcurría en parte por una geografía fabulosa. Los historiadores y geógrafos intentaron encuadrar el periplo argonáutico en una geografía más real y verosímil. Apolonio, que en época helenística maneja ya un copioso material sobre la saga, trata de situar la leyenda en un marco espacial acorde con los avances geográficos de su tiempo[123].

El viaje de ida transcurre por una ruta bien conocida y las noticias del poeta nos permiten seguir el itinerario de la Argo: Págasas, costa de Magnesia, Lemnos, Samotracia, Helesponto, Propóntide (Cícico, Misia, Bebricia, Bitinia), Bósforo, costa sur del Ponto (Heraclea, Paflagonia), Cólquide. En todo caso la fijación del itinerario no carecía de problemas. La versión de Píndaro, por ejemplo, situaba la escala de Lemnos en el viaje de regreso, pero Apolonio sigue una tradición diferente y la encuadra en el viaje de ida para hacerla más verosímil geográficamente y que la unión de Jasón e Hipsípila, ya conocida desde Homero, no resultase comprometida con la presencia de Medea.

La geografía de la Cólquide también es objeto de precisas indicaciones[124]: el río Fasis, a un lado las estribaciones del Cáucaso y la ciudad de Ea, al otro la llanura de Ares, además de numerosos detalles topográficos.

La geografía del viaje de regreso plantea mayores dificultades. Apolonio ha intentado armonizar las diferentes rutas que se habían propuesto[125]. Una antigua tradición imaginaba el retorno de los argonautas por el Fasis hasta el Océano exterior y luego por el Mar

Rojo hasta Libia y el Mediterráneo. Esta ruta fabulosa, que describen autores como Hesíodo, Píndaro, Hecateo y Antímaco, estaba ya desacreditada por los nuevos conocimientos geográficos. Otros, como Calímaco, escogían una solución más simple, haciendo volver a los argonautas a través del Bósforo, por el mismo camino de ida; pero esta opción, como la anterior, no permitía explicar las estaciones argonáuticas del Adriático y el Tirreno, cuya tradición remontaba a Homero. Para salvar tales contradicciones, Apolonio sigue una tercera vía, un periplo occidental diseñado a partir de Timeo, Timágeto y otras aportaciones de la ciencia geográfica helenística. Así, desde el Mar Negro conduce a los argonautas hasta el Adriático a través de una conexión fluvial por el Istro (Danubio), que era aceptada en su tiempo; y luego desde el Adriático al Tirreno por otra conexión fluvial entre el Erídano (Po) y el Ródano. A partir de aquí la navegación por el Mediterráneo occidental evoca escenarios odiseicos: isla de Eea, isla de las Sirenas, las Planctas (¿islas Lípari?), Escila y Caribdis (estrecho de Mesina), pradera de Trinacia (Sicilia), isla de los feacios (Corcira). Después se añade Libia y, desde la laguna Tritónide, la travesía final con localizaciones más precisas (Creta, Ánafe, Egina y Págasas). Tanto para la navegación fluvial como para el periplo por el Tirreno y el Adriático, el poeta contaba con datos geográficos menos seguros y, consciente de la dificultad, ha creído necesario justificar su elección: tal es el sentido de la extensa digresión puesta en boca de Argos (IV 257-293), y de la invocación a las Musas para recordar las huellas que atestiguan el paso de la Argo (IV 552-556).

De igual modo que la geografía, la cronología del viaje es descrita con detalle[126]. Los acontecimientos del libro I ocupan un mes, sin contar el tiempo de estancia en Lemnos que el poeta no precisa. El desarrollo del libro II también abarca unos treinta días, además de otros cuarenta de estancia obligada en casa de Fineo debido al soplo de los vientos etesios (II 498-530). Así, el viaje de ida en su conjunto dura al menos cien días, de los que diecinueve se dedican a la navegación.

Los acontecimientos del canto III se desarrollan en sólo cuatro jornadas, dos dedicadas a la embajada y el enamoramiento de Medea

(1-827 y 828-1172) y otras dos a los preparativos y las pruebas de Jasón (1172-1223 y 1223-1407).

La cronología del viaje de retorno es más vaga, sobre todo en su primera fase desde la navegación por el Istro hasta la isla de Circe (IV 303-658), en consonancia con la menor precisión del itinerario en esta parte. Además, ciertas referencias cronológicas del regreso constituyen una mera convención literaria: la tempestad que arroja a los argonautas sobre las costas de Libia dura nueve días y nueve noches (IV 1232-1235), como en Homero[127]; el transporte de la Argo por el desierto de Libia dura doce días y doce noches (IV 1381-1392), como en Píndaro[128]. En todo caso, el viaje de regreso ocupa en conjunto más de cincuenta días, una duración inferior a la del viaje de ida a pesar de recorrer una extensión mucho mayor, lo que en parte se explica por la prolongada demora en casa de Fineo a la ida.

Apolonio trata de fijar también la cronología relativa de la empresa argonáutica respecto de otros acontecimientos legendarios. Los argonautas pertenecen a una generación anterior a la de los héroes homéricos, como nos indican numerosas referencias genealógicas. Cuando Peleo navega en la Argo, ya han tenido lugar sus bodas con Tetis y su posterior desavenencia conyugal (IV 805-809, 866-879), y Aquiles aún es un niño, en brazos de la esposa del centauro Quirón (I 553-558). A una generación anterior corresponde la lucha entre centauros y lapitas, en la que habían participado el argonauta Polifemo en su juventud (I 40-44) y Ceneo, padre del argonauta Corono (I 57-64). La expedición se reúne justo mientras Teseo y Pirítoo se hallaban retenidos en el Hades (I 101-104). La participación de Heracles en la empresa queda intercalada en medio de sus trabajos[129]. Muchas de estas indicaciones cronológicas implican una elección frente a los datos tradicionales, ya que, por ejemplo, en algunas fuentes Teseo participaba como argonauta, o según ciertas tradiciones el matrimonio de Tetis era posterior a la expedición.

En definitiva, las precisiones geográficas y cronológicas, las curiosidades etnográficas, el gusto por la etiología, reflejan la faceta erudita de la poesía de Apolonio.

5. *Personajes*

Los héroes homéricos, como Aquiles o Ayante, destacan ante todo por su *andreía*, por su valor y arrojo en el combate. Odiseo, con su habilidad y múltiples recursos, representa ya un cierto cambio de valores. Las *Argonáuticas* narran hazañas de héroes pertenecientes a un remoto pasado, pero su autor está lejos ya de los ideales arcaicos e imprime a sus personajes una caracterización más cercana a lo humano, más acorde con el realismo helenístico.

La expedición argonáutica se presenta como una empresa heroica donde caben las hazañas guerreras (I 242-245). La partida de Jasón evoca la típica escena de la despedida del guerrero al que los esclavos traen sus armas (I 261-267). Los argonautas y el propio Jasón en particular son calificados a veces de «marciales» (*arḗioi*)[130]. Pero las escenas de batalla se reducen básicamente a tres en todo el poema: contra los doliones, contra los bebrices y contra un grupo de colcos[131]. Los argonautas pierden seis compañeros en el curso de la expedición, pero ninguno de ellos en combate. En la Cólquide el poeta descarta la opción bélica, y Jasón lleva a cabo su *aristía* y consigue el vellocino ayudado por la magia de Medea. Todo ello acentúa el contraste con el heroísmo guerrero a la manera homérica.

Por otra parte, en las epopeyas homéricas como en la *Eneida* hay un héroe principal (Aquiles, Odiseo, Eneas), que es nombrado o aludido al comienzo del poema, mientras que en la empresa argonáutica el protagonismo es compartido por un grupo de héroes, que Jasón encabeza como un *primus inter pares*. Lejos de la actuación individual del héroe homérico, los argonautas poseen un sentimiento de solidaridad colectiva, que se plasma en el santuario a la Concordia (II 714-719); y su comportamiento se rige por pautas en cierto modo democráticas, como advierte el propio Jasón: puesto que la empresa es común a todos, comunes deben ser también las decisiones (I 336-337, III 171-175).

Entre los personajes de Apolonio hay diferentes tipos de caracteres heroicos: héroes de fuerza, como Heracles; héroes de destreza, como el piloto Tifis o Polideuces; héroes de impetuoso valor, como Peleo y Telamón; héroes de piedad, como Idmón[132]. El

relato de ambos periplos nos ofrece intervenciones destacadas de distintos héroes, mientras en el canto III Jasón ejerce el protagonismo con escasa participación de sus compañeros. Sin embargo, muchos de los argonautas no adquieren apenas relieve en la narración.

El poeta ha trazado con perfiles más nítidos la psicología de algunos personajes. En la figura de Fineo, por ejemplo, hay una profunda carga de humanidad por su filantropía y su piedad, por su fe en la bondad de los hombres y en la generosidad de los dioses. Particularmente en el caso de Medea y Jasón ha representado con especial fortuna la experiencia interior, los entresijos del alma humana, en contraste con el mundo externo.

En diversos lugares del poema Jasón es calificado de *amḗchanos*. Su falta de decisión y de recursos ante determinadas situaciones ha sido interpretada por algunos como una deficiencia del personaje: un ser vacilante y oportunista, ensombrecido por el grupo de notables héroes que dirige y por el vigoroso carácter de Medea[133]. Para unos se trataría de un anti-héroe, cuya personalidad experimenta, en los sucesivos episodios del viaje, un proceso de maduración que le lleva a una actitud pragmática y hasta inmoral, reflejo del pesimismo del poeta[134]. Para otros el personaje representaría una actitud escéptica, un compromiso entre lo heroico y lo no heroico[135].

Al margen de estas y otras etiquetas, lo cierto es que Jasón se presenta como una figura compleja, un personaje que entraña una gran riqueza de matices, muy distinto al tipo de héroe épico tradicional[136]. Las situaciones en que se siente desbordado, presa de *impotencia*, exceden los límites de lo humano[137]. Ante la exigencia de Eetes, queda indeciso, desamparado, pero la prueba en verdad resulta «irrealizable», como reconocen luego todos sus compañeros, que también quedan mudos y abatidos (III 502-504 y 422-425). A pesar de todo acepta la prueba con resignación, igual que había asumido la orden de Pelias: Jasón es un héroe involuntario, que no ha emprendido la expedición para adquirir gloria o demostrar valor[138]. Sus indecisiones, su actitud reflexiva, muestran su responsabilidad y sensatez[139], consciente de las limitaciones humanas y de la necesidad del auxilio divino para tan descomunales empresas.

Así pues, en los momentos críticos Jasón no se muestra inferior a sus compañeros. En cambio les aventaja en otras cualidades. En distintas ocasiones demuestra su prudencia, capacidad de persuasión y diplomacia. Su piedad le procura el favor divino, de Hera y Apolo sobre todo, en beneficio de la expedición. El encuentro con Fineo refleja su humanidad y filantropía. El poeta destaca también su porte delicado y su espléndida belleza, especialmente en sus encuentros con Hipsípila y Medea[140].

En vivo contraste con Jasón, Heracles representa en el poema un modelo antiguo de héroe, solitario e insociable, que obtiene su objetivo por la fuerza (II 145-153). La descripción que las Hespérides hacen de él como un ser violento y salvaje (IV 1432-1449) resulta muy esclarecedora en este sentido. El abandono de Heracles en Misia significa, pues, el abandono del heroísmo al modo tradicional. También la caricaturesca figura de Idas, que simboliza un tipo de heroísmo anacrónico e irreflexivo, sirve de contraste para matizar el carácter de Jasón[141].

En la caracterización de Medea se ha querido ver una doble personalidad: «doncella enamorada» en el canto III y «maga asesina» en el canto IV. Pero un análisis más profundo permite ver que el poeta ha trazado con arte y fina sensibilidad la evolución del personaje: el amor romántico de Medea en el canto III es calificado ya de «funesto» como premonición de sus trágicas consecuencias[142]. Cuando Medea, en su entrevista con Jasón, concibe la posibilidad de que éste un día la olvide, su reacción agitada y amenazante (III 1111-1117) anuncia ya las imprecaciones que proferirá luego al sentir traicionadas las promesas de Jasón (IV 350-393, 1030-1052). La cruel asesina de Apsirto y la implacable heroína de Eurípides anidan ya en la joven enamorada del canto III[143]. En el conflicto interior de Medea la afirmación del deseo amoroso, lenta y tortuosa, se ve refrenada por el pudor y por la represión que supone la autoridad del padre. Luego, una vez cumplida la ayuda a Jasón y traicionados los lazos con el padre, el temor a su autoridad se une al deseo como impulso que precipita la huida y que llevará al asesinato de su hermano.

Eetes representa, en efecto, la figura del déspota oriental, que inspira temor a sus súbditos e incluso a su propia familia. Su

carácter, irritable y cruel, lleno de hipocresía, se contrapone al de Jasón. La joven Medea encarna y vive en sí misma ese conflicto entre el mundo bárbaro de la Cólquide y el mundo de la Hélade: sacerdotisa de Hécate, maga terrible, y princesa de rango, se deja seducir por el mundo civilizado y hospitalario que representa Jasón con su distinguido porte (III 454-458, 1105-1108)[144].

La presencia de los dioses[145] en el relato épico de Apolonio es menor que en Homero. En general los olímpicos aparecen más lejanos y distantes en su trato con los humanos y se relacionan con los héroes de manera indirecta, a través de determinados signos y presagios (III 931, IV 294-297) o por mediación de divinidades menores como Glauco, Iris, Tetis o Tritón.

El caso más significativo es la figura de Zeus[146], que ha originado la expedición (II 1194-1195, III 336-339), así como algunos de sus principales acontecimientos (encuentro de los argonautas con los hijos de Frixo; desvío en la ruta de regreso y visita a Circe a causa del asesinato de Apsirto, IV 557-591), pero queda siempre en el trasfondo, como un dios lejano y misterioso, garante de la justicia y el destino.

Eros, el Amor, que es un elemento central en el desarrollo de la acción épica, aparece bajo una doble perspectiva, un gracioso niño descarado (III 92, 120, 286) y un mal temible y funesto (III 129, 297; IV 445-449). Si al inicio del canto III es un personaje, el más joven de los dioses, que alcanza con su dardo el corazón de Medea, luego será sólo una metáfora del amor que consume y atormenta a la muchacha[147].

Apolo, Atenea y Hera son las divinidades que principalmente favorecen a los argonautas. Apolo ha motivado la expedición con el oráculo dictado a Pelias y luego ha prometido guiar la navegación de Jasón (I 360-362, 412-414): se aparece a los héroes en dos epifanías, a la ida en la isla de Tinia y a la vuelta en Ánafe; y sus dos trípodes ayudan a los argonautas a encontrar el camino de regreso entre los hileos y en la laguna Tritónide. Atenea, que ha colaborado en la construcción de la nave, interviene decisivamente en el paso de las Simplégades. A su vez la diosa Hera[148] interviene en la acción reiteradamente a lo largo de los cantos III y IV, de manera destacada

al promover, con Atenea y Afrodita, la intervención de Eros y en el paso de las Planctas.

Algunas intervenciones divinas guardan el halo maravilloso de la épica tradicional, como la niebla que Hera esparce por la ciudad para que los héroes pasen inadvertidos en su marcha al palacio de Eetes (III 210-214). Sin embargo, lo característico de Apolonio es haber integrado la maquinaria divina, un elemento tradicional de la épica, en una nueva dimensión otorgada a la psicología humana, donde el poeta aprovecha la rica experiencia del teatro. Las acciones de los personajes aparecen motivadas tanto en el plano divino como en el plano de la psicología humana: tras el abandono de Heracles, los Boréadas impiden el retorno en su busca, al tiempo que la aparición de Glauco revela que tal es la voluntad de Zeus (I 1298 ss.); la ayuda de Atenea en el paso de las Simplégades no libra a los héroes de sus fatigas[149]. El recurso a la ayuda de Medea en lugar de la solución guerrera es decidido por los argonautas en sus deliberaciones (III 179-184, 475-540), mientras la diosa Hera en el Olimpo determina buscar la intervención de Eros en el mismo sentido; ambos planos, divino y humano, marchan paralelos. Los dioses rigen el destino de los hombres y con frecuencia inspiran su actuación, pero las acciones humanas poseen también sus propias motivaciones psicológicas, a las que el poeta concede enorme relieve. Al margen de la intervención divina, Medea se enamora de Jasón a la vista de su belleza (III 454-458, 956-961), y destierra la idea del suicidio por miedo al Hades y por el recuerdo de los dulces encantos de la vida (III 806-819). De este modo los personajes no resultan marionetas de la voluntad divina o del destino.

6. *Lengua, metro y estilo*

La lengua de Apolonio tiene como base la lengua homérica en todos sus niveles: vocabulario, morfología, rasgos dialectales, sintaxis y prosodia[150]. En el texto de las *Argonáuticas* resuenan constantemente ecos expresivos de la épica arcaica[151]. Pero Apolonio enriquece esta base de material lingüístico mediante vocabulario de otros géneros poéticos, especialmente lírica y tragedia, y mediante usos sintácticos más desarrollados, como una fraseología de estructura muy sintética. Además crea nuevas formaciones léxicas por analogía con precedentes homéricos. Como

el resto de la épica posthomérica, emplea formas homéricas con una significación diferente[152]. Asimismo reproduce *rarezas (hápax y dìs legómena) y* utiliza variantes del texto homérico, todo ello en el marco de las investigaciones que sobre el mismo realizaban los gramáticos alejandrinos como Zenódoto o Aristarco[153]. Pues, igual que Calímaco y otros helenísticos, Apolonio es «poeta y filólogo a la vez».

Los poetas helenísticos llevaron a cabo un refinamiento de la estructura del hexámetro homérico orientado a la regularización de los *miembros* y a la reducción del número de espondeos[154]. En este ámbito, como en su concepción poética y en la lengua, Apolonio se muestra menos radical que Calímaco en su distanciamiento de Homero. El hexámetro de Apolonio es en general más dactílico que el de Homero y algo menos que el de Calímaco. Tanto la cesura *femenina* como la diéresis bucólica son también más frecuentes que en Homero. En la épica homérica, de composición oral, el hexámetro desempeña un papel más importante que en Apolonio para la estructuración del sentido. Así, en las *Argonáuticas* se da con mayor frecuencia que en Homero el encabalgamiento, que puede tener un efecto estilístico de énfasis o de tensión expresiva, igual que otros recursos como las cesuras, la ruptura del orden de palabras habitual o la aliteración. No olvidemos que se trata de poesía compuesta para ser recitada en voz alta.

El rasgo más significativo del estilo de Apolonio es sin duda el gusto por la variación temática y expresiva. Si la épica de tradición oral practicaba la repetición formularia de epítetos, hemistiquios, versos o escenas típicas, tal como podemos leer en los poemas homéricos, Apolonio evita constantemente la repetición[155]: no emplea epítetos fijos[156]; el número de versos repetidos es mínimo; no hay escenas típicas repetidas, sino una escena de intriga en el Olimpo (III 7 ss.), una escena completa de sacrificio (I 402 ss.), etc.; cuando un mensaje debe repetirse, el poeta practica habitualmente la variación expresiva mediante sinonimia y otros procedimientos, como en III 27-29 ≃ 86-89, en las profecías de Fineo (II 311-407) y el correspondiente relato posterior, o en las instrucciones de Medea (III 1026-1062) y su posterior ejecución por Jasón[157].

En la épica arcaica la composición oral determinaba el estilo formulario que facilita la recitación de largas tiradas de versos por parte del aedo. La épica de Apolonio es poesía escrita, elaborada por un poeta culto que conoce bien la tradición literaria y que en sus versos ofrece a un público selecto ecos de Homero, de Hesíodo, de Píndaro o Safo, de Eurípides, de Antímaco, del propio Calímaco, etc. Este juego de frases, expresiones y motivos que evocan otros textos, pero sin reproducirlos exactamente, esta *imitatio cum variatione* u *oppositio in imitando*, es un rasgo característico de toda la poesía helenística, lo que se ha llamado el *arte alusiva*[158]. El poeta busca la originalidad en su imitación de Homero de otros precedentes épicos, como Antímaco de Colofón[159], y en general de toda la literatura anterior.

Otro aspecto interesante es la fina ironía y humor que Apolonio despliega en algunas escenas: el ambiente y las relaciones entre los dioses tal como se describen al inicio del canto III; la excitación de las mujeres de Lemnos a la llegada de los argonautas. Pero más significativa es la ironía trágica que se desprende de algunas situaciones: el poeta llama «hospitalarios» a los doliones en el momento de su ataque a los argonautas (I 1018); los héroes dejan Misia «contentos» cuando han abandonado a Heracles (I 1279); Jasón manipula ante Medea la historia de Ariadna (III 957-1004, 1096-1101), cuyo final recuerda luego el poeta (IV 430-434).

7. *Las «Argonáuticas» y la poesía helenística*

En época helenística se produjo un extraordinario florecimiento de la poesía en diferentes lugares del mundo griego, y la ciudad que Alejandro había fundado sobre el delta del Nilo se convirtió bajo el mecenazgo de los Tolomeos en el principal foco de este renacer. Apolonio representa, junto a Calímaco y Teócrito, el máximo exponente de la poesía helenística durante la primera mitad del s. III a. C.

Después de las dos grandes epopeyas homéricas, la *Ilíada* y la *Odisea*, fruto de la tradición oral arcaica, las *Argonáuticas* de Apolonio son el tercer poema heroico de la literatura griega, que sirvió de puente, en la modernización del género, para la *Eneida* virgiliana. Aunque la poesía épica fue cultivada en Grecia a lo largo de toda la Antigüedad, las *Argonáuticas* son la única epopeya

extensa que conservamos del vasto período entre Homero y la épica tardoantigua (Quinto de Esmirna, Nono de Panópolis). En el período helenístico (además de la épica didáctica, heredera de la tradición hesiódica, como los *Fenómenos* de Arato) hubo una importante producción tanto de épica mitológica como de épica histórica[160]. También floreció la épica breve, el epilio[161], cuyo máximo exponente fue la *Hécale* de Calímaco.

La valoración del poema en el marco de la tradición épica y de la poética helenística ha sido una cuestión problemática. Se trata de un poema épico extenso, en varios miles de versos, sobre una materia tradicional, el único de su género conservado de entre toda la producción helenística. El nuevo estilo de poesía, representado por Calímaco y su escuela, prefería el poema breve (*epýllion* o *eidýllion*), si bien lo fundamental no era la dimensión[162]. Con respecto a la teoría de Aristóteles sobre el género épico, la dimensión del poema parece atenerse a lo aconsejado en la *Poética*[163], pero la exigencia aristotélica de «una sola acción completa y abarcable», de una unidad *orgánica*, no se ve cumplida en la estructura episódica, que confiere mayor relieve a las partes[164]. El poema tampoco responde al tipo de epopeya cíclica, censurada tanto por Aristóteles como por Calímaco: la narración se circunscribe a una parte del mito, evita la prolijidad sobre una misma materia y su continuidad experimenta constantes rupturas. En fin, el poema no representa un nostálgico intento de revivir la epopeya tradicional, sino que se halla inmerso en las corrientes poéticas innovadoras de su época.

En efecto, las *Argonáuticas* presentan muchos puntos de confluencia con el programa poético de Calímaco[165] y suponen una renovación del género épico en múltiples aspectos: la humanización de los personajes, el relieve de la temática amorosa, el realismo, la incorporación de los *aitia*, el tipo de narración selectiva y entrecortada, la variedad y el refinamiento estilístico, el arte alusiva, la erudición. Apolonio practica en diferentes niveles una recreación del modelo épico homérico. Así, el poema constituye una reescritura moderna, alejandrina, del género épico, una solución distinta al epilio, pero en la misma línea renovadora. Su imitación por los poetas latinos del círculo *neotérico* también apunta en ese sentido.

La cronología de Apolonio con relación a los otros dos grandes poetas alejandrinos, Calímaco y Teócrito, resulta controvertida. Teócrito trató dos episodios correspondientes a la leyenda argonáutica en sus idilios XIII (*Hilas) y* XXII (*Dioscuros*). Los lugares paralelos entre ambos autores parecen implicar que ha habido imitación, pero el análisis de los textos no ha permitido extraer una conclusión definitiva sobre el sentido de esta imitación y la prioridad de uno u otro poeta. Si se acepta una fecha tardía para la composición de las *Argonáuticas*, sería más lógico pensar en la prioridad de Teócrito[166], cuyos idilios deben ser anteriores al 270 a. C. En todo caso hay sensibles diferencias en el tratamiento del mismo tema por ambos poetas, diferencias que responden al género literario y también a su arte poética.

En Teócrito la leyenda de Hilas es un ejemplo para ilustrar la fuerza del amor, que domina incluso a Heracles; se trata de un relato corto, de atmósfera bucólica, donde la expedición argonáutica proporciona sólo el marco. En Apolonio el rapto de Hilas ocupa el núcleo de una escala de viaje (I 1172-1272), con rasgos de escena típica, realismo descriptivo y una composición anular, pero el hecho esencial del episodio es el abandono de Heracles, eje de una amplia secuencia narrativa (I 1153-1357).

El combate de Ámico y Polideuces se caracteriza en Teócrito (XXII 27-134) por su variedad de registros: motivos bucólicos, descripción de Ámico, diálogo estíquico, descripción de los sucesivos asaltos. En Apolonio el episodio (II 1-163), descrito con mayor sobriedad y realismo, se compone de escenas construidas a base de simetrías y antítesis, donde el poeta despliega procedimientos típicamente épicos, como los símiles, que desempeñan una importante función en el relato y en la caracterización de los adversarios, o la escena típica de batalla (vv. 98-136)[167].

Los paralelos entre las *Argonáuticas* y la obra de Calímaco son también importantes, en particular entre el canto IV y fragmentos del libro I de los *Aitia* relativos al regreso de los argonautas[168]. Tanto el *Prólogo* (frag. 1) de los *Aitia* como las dos elegías sobre Berenice (frag. 110 y *Suppl. Hell*. 254-269) deben ser posteriores al 247/246 a. C. Sin embargo, cabe pensar que parte de los *Aitia* circularan ya

desde antes como elegías sueltas o como una primera colección, lo que limita el valor de aquéllas para la cronología[169]. El *Himno a Apolo*, cuyo final posee paralelos muy estrechos con el poema de Apolonio[170], parece que también debe fecharse en torno a estos años. Para uno y otro caso la opinión más afianzada sostiene la prioridad de Calímaco[171], en consonancia con una redacción tardía de las *Argonáuticas*. En todo caso, en el ambiente literario alejandrino la imitación alusiva de otros poetas era una práctica habitual.

D. PERVIVENCIA Y TRANSMISIÓN

1. *Influjo y pervivencia*

...y que estos cantos

de año en año sean más dulces de cantar

para los hombres (Arg. IV 1773-1775).

Así expresa el poeta, en la salutación final a los héroes, el deseo de un éxito perdurable para su obra. Mas su fortuna literaria ha sido en realidad diversa según las épocas.

El poema de Apolonio gozó de notable difusión en la Antigüedad, como lo prueba el número de papiros encontrados y las abundantes citas de la tradición indirecta. En el s. I a. C. fue traducido al latín por Varrón Atacino, versión de la que sólo nos quedan algunos breves fragmentos[172]. La obra de Apolonio constituyó la principal fuente para las epopeyas posteriores sobre el mismo tema: las *Argonáuticas* latinas de Valerio Flaco (finales del s. I) y las *Argonáuticas Órficas*[173] (s. IV). Más tarde el poeta bizantino Mariano (s. V-VI) realizó una paráfrasis de las *Argonáuticas* en yambos[174].

La influencia del poema fue considerable en toda la épica griega posterior: así en la *Europa* de Mosco y en la producción épica tardía, Quinto de Esmima, Nono de Panópolis, Trifiodoro, Coluto y Museo. La síntesis del mito reunida en la *Biblioteca* de Apolodoro también debe mucho a Apolonio. Asimismo, en Filóstrato el Joven (*Descripciones de cuadros* 7, 11) hay algunos cuadros míticos inspirados en él.

Entre los poetas latinos resulta patente su influencia sobre la *Eneida* virgiliana[175], especialmente en la figura de Dido, modelada a partir de Medea, y en la incorporación de los *aitia* al relato épico, así como en determinados pasajes. También fue un importante modelo para el *carmen* LXIV de Catulo, el epilio sobre las bodas de Peleo y Tetis. Y entre la restante épica latina, la *Tebaida* de Estacio y la *Farsalia* de Lucano contienen ecos de las *Argonáuticas*. Otros poetas latinos reflejan influencia de Apolonio en su tratamiento de la historia de Medea[176], como Ovidio en *Metamorfosis* (VII 1-403) y en *Heroidas (VI Hipsípila a Jasón y XII Medea a Jasón), y* Séneca en su célebre tragedia.

Entre los críticos antiguos la valoración del poema fue positiva. El autor del tratado *Sobre lo sublime* (33, 4) califica a Apolonio como poeta «impecable» (*áptōtos*), infalible en los detalles, aunque

no alcance la altura y el gran genio de Homero. Quintiliano señala que, si bien Apolonio no es incluido por Aristarco y Aristófanes de Bizancio en el canon de los grandes poetas (porque era su contemporáneo), su obra no es despreciable y posee «un nivel medio homogéneo»[177].

Por otra parte, la vasta erudición y las dificultades que ofrece el texto de Apolonio suscitaron ya desde muy pronto la aparición de glosas y comentarios al mismo: así puede verse en algunos papiros del s. I y II. En este sentido merece una mención especial la tarea filológica llevada a cabo entre los siglos I a. C. y II d. C. por Teón de Alejandría, Lucilo de Tarra y Sofocleo, cuyos *hypomnḗmata* están en la base del valioso *corpus* de escolios (y seguramente de las *Vitae* I y II) que hoy conservamos.

El conocimiento de la obra de Apolonio en el Occidente europeo tiene un eje fundamental en la Florencia del *Quattrocento*. Allí llegaron, procedentes de Constantinopla, dos de sus principales manuscritos. En 1423 G. Aurispa trajo el prestigioso *cod. Laur*. 32.9. En el mismo año F. Filelfo adquirió el códice que luego, en 1481, pasaría a formar parte de la Biblioteca Medicea con el nombre de *Laur*. 32.16. En ese ambiente cultural de la Florencia renacentista se fraguó también, en el último tercio del siglo, la primera traducción latina de las *Argonáuticas*, obra del humanista Bartolomeo della Fonte, que trabajó sobre una primera versión escolar de su maestro Andronico Callisto, el cual había introducido en sus clases la lectura y exégesis del texto apoloniano junto al homérico[178]. Y también allí se imprimió en 1496 la *editio princeps* de Apolonio en el taller de L. F. De Alopa.

El tema de los argonautas mantuvo su vigencia a lo largo de la literatura medieval desde Draconcio (*Medea*) hasta el propio Dante[179]. En época moderna cabe recordar una comedia de Lope de Vega (*El vellocino de oro*, 1623), un auto sacramental de Calderón (*El divino Jasón*), la *Medea* de Corneille (1635) en el teatro clásico francés, y los ecos del tema presentes en la obra de Goethe. Incluso en nuestro siglo la leyenda de los argonautas, Medea y el vellocino han sido objeto de diversos tratamientos literarios que reflejan un vivo interés por el tema: el poema de William Morris, *The Life and Death of Jason (*1867); la novela de Robert Graves, *The Golden*

Fleece (1945), que puede leerse en traducción española de Lucía Graves (Barcelona, 1983); la *Lunga notte di Medea* de Corrado Alvaro (1949); la *Medea* de Alfonso Sastre (1963).

Pero, a pesar de la pervivencia del tema mítico, en realidad el poema de Apolonio ha tenido escasa difusión e influencia en la cultura literaria moderna y ha sido poco apreciado por la crítica, al contrario de lo que sucediera en la Antigüedad.

Tan sólo en el transcurso de nuestro siglo, especialmente en su segunda mitad y sobre todo a raíz del extraordinario impulso que han supuesto las ediciones de H. Fränkel y de F. Vian, un número creciente de estudios han contribuido a un conocimiento más profundo y una mejor valoración del poema de acuerdo con su calidad literaria, como queda patente en la bibliografía.

2. *El texto griego y su transmisión*

El texto de las *Argonáuticas* se nos ha transmitido en más de cincuenta manuscritos medievales y renacentistas[180]. Su testimonio es completado por un número considerable de papiros (más de treinta) de época romana[181] y por una importante tradición indirecta[182], en la que destacan las numerosas citas recogidas en obras de la filología bizantina, especialmente el *Etymologicum Genuinum* y el *Etymologicum Magnum*.

Los principales manuscritos se agrupan en tres familias:

Familia *m*:

Laurentianus Graecus 32.9 (L), el más antiguo (960-980) manuscrito de las *Argonáuticas*, que además contiene ricas glosas y variantes, así como abundantes escolios.

Ambrosianus Graecus 120 (A), de comienzos del s. xv, que también aporta algunas glosas y escolios.

Familia *w*:

Laurentianus Graecus 32.16 (S), que data de 1280.

Guelferbytanus Aug. 4° 10.2 (G), del s. XIV.

Familia *k*:

Scorialensis Graecus ∑ III 3 (E), de *circa* 1480-1485.

Algunos mss. de esta familia, también llamada *cretense*, reproducen un *corpus* de escolios (*Parisinos*), que procede de una reelaboración de los de L y A.

La *editio princeps* fue obra de J. Láscaris (Florencia, 1496). En los tres siglos posteriores se suceden diversas ediciones, algunas de

ellas con traducción latina. Pero el primer intento de edición verdaderamente crítica se debe a R. F. P. Brunck (Estrasburgo, 1780). Notable fue también la de A. Wellauer (Leipzig, 1828), acompañada de escolios y de un *index verborum*. La *editio maior* de R. Merkel (Leipzig, 1854) ofrece un texto basado casi exclusivamente en el testimonio de L. Ya en nuestro siglo cabe destacar las de R. C. Seaton (Oxford, 1900) y G. W. Mooney (Dublín, 1912), esta última con comentario. La edición de H. Frankel (Oxford, 1961), que muestra una desconfianza excesiva con respecto a L, altera en demasiados lugares el texto transmitido. Por último, la excelente edición de F. Vian (París, 1974-1981), con traducción francesa de É. Delage y F. Vian, mantiene un ponderado eclecticismo en la valoración de los manuscritos y conserva preferentemente el texto transmitido frente a correcciones o conjeturas innecesarias.

Conviene reseñar también las ediciones parciales del canto I, a cargo de A. Ardizzoni (Roma, 1967) con traducción italiana y comentario; del canto III, a cargo de M. M. Gillies (Cambridge, 1928) con comentario, A. Ardizzoni (Bari, 1958) con traducción italiana y comentario, F. Vian (París, 1961) con comentario, y R. L. Hunter (Cambridge, 1989) con excelente comentario; del canto IV, a cargo de E. Livrea (Florencia, 1973) con traducción italiana y doctísimo comentario. En fin, la traducción italiana de G. Paduano (Milán, 1986) reproduce el texto de la edición de F. Vian con algunas discrepancias y aporta interesantes notas elaboradas por G. Paduano y M. Fusillo.

Aparte de los comentarios citados, para la comprensión del difícil texto apoloniano son muy útiles las voluminosas notas de H. Frankel (*Noten*…, Múnich, 1968), las interpretaciones críticas de G. Giangrande (*Zu Sprachgebrauch*…, Amsterdam, 1973) o de M. Campbell (*Studies*…, Hildesheim, 1983), el exhaustivo comentario al canto III de M. Campbell (Leiden, 1994-), y por supuesto las abundantes notas que acompañan a la edición de F. Vian.

3. *La traducción*

Hasta fecha reciente las *Argonáuticas* de Apolonio han sido difícilmente asequibles en traducción española. El prolífico humanista valenciano Vicente Mariner de Alagón, gran helenista que

fuera director de la Real Biblioteca del Escorial, realizó en el s. XVII una versión latina del poema de Apolonio, que al parecer comenzó a imprimirse en Amberes y que hoy nos es desconocida[183]. Tres siglos después, el obispo mejicano Ignacio Montes de Oca y Obregón, de pseudónimo Ipandro Acaico, llevó a cabo una curiosa versión de los dos primeros cantos en octavas reales[184], estrofa que Alonso de Ercilla había consagrado para la épica en *La Araucana*. En un volumen colectivo[185] el jesuita R. Ramírez Torres ofrece una traducción completa del poema, nada desdeñable a pesar de algunas imprecisiones.

En todo caso, para la lectura en español de la obra de Apolonio ha sido primordial la versión de C. García Gual (Madrid, 1975)[186], realizada sobre la edición de H. Fränkel. La traducción de M. Brioso (Madrid, 1986), basada ya en la edición de F. Vian, es fiel y muy precisa. Con posterioridad ha aparecido la de M. Pérez López (Madrid, 1991), que pretende ser una versión rítmica.

La presente traducción es literal y trata de reflejar en lo posible los matices del difícil texto griego. He querido incluso mantener en cierto grado el tono arcaizante y la concisión expresiva propios del original, aunque puedan producir un efecto de extrañamiento en el lector y exigirle mayor atención para la comprensión del texto.

Las notas no pretenden ser originales, en general son deudoras de una larga tradición filológica que arranca de los escoliastas antiguos. La omisión de esas fuentes no ha de verse por tanto como ingratitud, sino como afán de aligerar la carga erudita, ya de por sí abrumadora en el texto de Apolonio.

Para la traducción sigo el texto de la edición de F. Vian. No obstante, en algunos lugares me ha parecido mejor mantener el texto de los manuscritos frente a correcciones o conjeturas aceptadas por Vian. He aquí una tabla de las discrepancias:

	VIAN	NOSOTROS
I 166	γηράσκων (SCHNEIDER)	γηράσκοντ' (mss.)
I 721	Ἰτωνίδος (E *Schol.*[L])	Τριτωνίδος (mss.)
I 768	Ἰτωνίδος (HÖLZLIN)	Τριτωνίδος (mss.)
I 802	μῆνις (Π[9sl] L[2sl])	μῆτις (Π[9] mss.)
I 1328	κοίλης (CAMPBELL)	κοίλην (mss.)
III 527	ὀλέσθαι (FRÄNKEL)	ἑλέσθαι (mss.)
III 672	κρύψεν (ARDIZZONI)	δρύψεν (mss.)
III 710	ἀσχαλόωσαν (FRÄNKEL)	ἀσχαλόωσα (mss.)
III 931	βουλαῖς (CHRESTIEN)	βουλάς (mss.)
III 1050	αὐτῆμαρ ὁμῶς· (FRÄNKEL)	αὐτῆμαρ· ὅμως (mss.)
III 1192	ἑσπερίων (FRÄNKEL)	ἑσπέριος (mss.)
III 1277	ἑλισσομένου (HERWERDEN)	ἑλισσόμενον (mss.)
III 1304-5	ἄμφεπε... / βάλλον (MERKEL)	ἀμφί τε.../βάλλεν (mss.)
IV 391	ἀναζείουσα (RUHNKEN)	ἀνιάζουσα (mss.)
IV 392	ἀμφαδά (CAMPBELL)	ἔμπεδα (mss.)
IV 452	νηῷ (FRÄNKEL)	νήσῳ (Π[16] mss.)
IV 680	αἰνυμένου (WILAMOWITZ)	αἰνυμένη (mss.)
IV 1178	λαοί (*ed. princeps*)	πολλοί (mss.)
IV 1214	νήσου (PFEIFFER)	νῆσον (mss.)
IV 1410	στὰς (E) δέ σφε (BRUNCK)	τὰς δέ σφι (mss.)
IV 1656	ἀθάνατος (VIAN)	ἀκάματος (mss.)
IV 1715	στιόεντα (CAMPBELL)	σκιόεντα (mss.)
IV 1773	ἀριστῆες (FRÄNKEL)	ἀριστήων (mss.)

[1] Para el texto de las *Vitae* sigo la edición de C. WENDEL, *Scholia in Apollonium Rhodium vetera*, Berlín, 1974 (= 1935), págs. 1-2.

[2] Así los mss.; Wendel corrige el texto para que se lea «de Tolomeo tercero» (Evérgetes).

[3] Alusión al hecho de que el poeta inscribe *(anagráphei)* su nombre junto al título de la obra para señalar su autoría. Recuérdese el «sello» *(sphrēgís)* del autor en TEOGNIS, 22-23 o en CALÍMACO, *Epigr*. XXI.

[4] Puede tratarse de una confusión con Apolonio de Alabanda, un rétor que entre los siglos II-I a. C. enseñó en Rodas y que alguna fuente llama Apolonio «Rodio» (TEÓN, *Rhet. Gr*. II 61, 29 SPENGEL).

[5] Entiéndase que sus poemas fueron considerados dignos de figurar en la Biblioteca. Cf. R. PFEIFFER, *Historia de la Filología Clásica* I, Madrid, 1981, págs. 258 sigs.

[6] El texto del papiro dice «del primer rey» (Tolomeo Sóter), pero debe tratarse de un error.

[7] Error: Aristarco figura dos veces. La segunda mención es la correcta.

[8] Para una discusión técnica de las diferentes interpretaciones puede verse H. HERTER, *Bursian's Jahresbericht* 285 (1944-55), 221-236; F. VIAN, I, *Apollonios de Rhodes. Argonautiques*, t. I, págs. VII sigs.

[9] Cf. también ESTRABÓN, XIV 2, 13. Por su parte, ATENEO (VII 283d) y ELIANO (*Hist. An*. XV 23) le llaman Apolonio Rodio o Naucratita: como escribió un poema sobre la fundación de Náucratis (frags. 7-9 POWELL), pudo ser nombrado ciudadano honorífico, igual que lo fue de Rodas.

[10] Ambos cargos iban con frecuencia aparejados: Zenódoto fue preceptor de los hijos de Tolomeo Sóter; Eratóstenes, de Tolomeo Filopátor; y Aristarco, de los hijos de Filométor. Sobre el funcionamiento de la Biblioteca y el Museo de Alejandría, cf. R. PFEIFFER, *Hist. Fil. Clás*. 1, págs. 181-91; P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972, vol. I, págs. 312-335; R. BLUM, *Kallimachos und die Literaturverzeichnung bei den Griechen*, Frankfurt, 1977, págs. 140-170.

[11] Cf. H. HERTER, «Zur Lebensgeschichte des Apollonios von Rhodos», *Rhein. Mus*. 91 (1942), 310-326; P. HAENDEL, «Die Zwei Versionen der Viten des Apollonios Rhodios», *Hermes* 90 (1962), 429-443. Tras un estudio minucioso, se concluye que las dos *Vidas* recogen una versión principal y una secundaria, diferenciadas en la *Vida a*, pero contaminadas en la *Vida b*. De modo que parece razonable seguir la versión más autorizada, transmitida en la *Vida* a, que permite concordancia con los datos del papiro, cuyo testimonio también merece crédito.

[12] Algunos críticos suponen que la protección de Calímaco, que gozaba del favor real, pudo ser determinante. Para otros resulta sorprendente que no haya estado al frente de la Biblioteca el propio Calímaco, quien elaboró un catálogo *(Pínakes)* de sus volúmenes. Según J. SMOLARCZYK-ROSTROPOWICZ («Comments on the controversy between Apollonius of Rhodes and Callimachus», *Eos* 67 [1979], 75-79) el nombramiento de Apolonio se explica por la política de

integración de los pueblos vencidos llevada a cabo por los Tolomeos: era el único poeta alejandrino nacido allí y el más ligado a Egipto.

[13] Las noticias relativas a una composición del poema en edad adolescente y de su retorno final a Alejandría deben ser descartadas, pues derivan seguramente de una confusión entre Apolonio Rodio y Apolonio *Eidógrafo* (que fue bibliotecario años después, según confirma el papiro). Cf. H. HERTER, «Zur Lebensgeschichte…», págs. 315-320.

[14] Véase C-7: «Las *Argonáuticas* y la poesía helenística».

[15] Un tratamiento completo del tema puede verse en E. EICHGRÜN, *Kallimachos und Apollonios Rhodios*, T. Doct., Berlín, 1961.

[16] Por ejemplo, *Epigr*. XXVIII 1 : «Odio el poema cíclico …».

[17] Cf. T. M. KLEIN, «Callimachus, Apollonius Rhodius and the Concept of the 'Big Book'», *Eranos* 73 (1975), 16-25; M. R. LEFKOWITZ, «The quarrel between Callimachus and Apollonius», *Zeit. Pap. Epigr*. 40 (1980), 1-19.

[18] S.v. *Kallímachos*.

[19] El *Ibis* de OVIDIO, inspirado en el poema calimaqueo, tampoco arroja luz sobre el tema.

[20] XI 275 (= APOLONIO, frag. 13 POWELL; CALÍMACO, *Test*. 25 PFEIFFER).

[21] Cf. D. N. LEVIN, «Apolloniana minora», *Trans. Amer. Phil. Assoc*. 93 (1962), 159-162. F. VIAN (I, pág. XVII, n. 2) sugiere que el autor del dístico puede ser el gramático que CALÍMACO ataca en sus *Yambos* (frag. 195 PFEIFFER).

[22] Cf. M. R. LEFKOWITZ («The quarrel…», págs. 12 sigs.), que ofrece paralelos en las *Vidas* de otros poetas (Esquilo, Eurípides…).

[23] Cf. E. L. BUNDY, «The 'Quarrel between Kallimachos and Apollonios'. Part I. The Epilogue of Kallimachos' *Hymn to Apollo», Cal. Stud. Class. Ant*. 5 (1972), 39-94.

[24] Cf. F. VIAN I, págs. XIV sigs.

[25] Cf. R. PFEIFFER, *Callimachus* I, Oxford, 1949, frag. 1; N. HOPKINSON, *A Hellenistic Anthology*, Cambridge, 1988, págs. 85-98.

[26] Para una discusión de los problemas y la bibliografía, cf. R. PRETAGOSTINI, «Fileta, Mimnermo e il 'fantasma' di Antimaco nel prologo degli *Aitia* di Callimaco», *Ricerche sulla poesia alessandrina*, Roma, 1984, 121-136.

[27] El poeta satírico TIMÓN DE FLIUNTE se burla de las disputas entre poetas librescos «en la jaula de las Musas» de Alejandría (*Suppl. Hell*. 786 = ATENEO, I 22d).

[28] *Epigr*. VI, VII, XXII, XXVII, XXVIII; *Yambos* (frags. 194, 203); frags. 380, 398, 465, 604.

[29] Como alusiones polémicas las entendía U. von WILAMOWITZ, *Hellenistische Dichtung* II, Berlín, 1924, págs. 168-183; y C. CORBATO, *Riprese callimachee in Apollonio Rodio*, Trieste, 1955.

[30] Tolomeo III Evérgetes, que se había educado bajo su tutela y accedió al trono en el 247/6 a. C., nombró para el cargo a Eratóstenes de Cirene.

[31] Vv. 285 ss., 516-523, 543, 726-727, 788-789, 801-803. Que las citas de los escolios correspondan sólo al canto I puede deberse a un hecho accidental, el acortamiento del *corpus* de escolios para los siguientes libros. Por lo demás, resulta imposible saber si otras variantes no se deben al proceso de transmisión y también remontan al autor.

[32] H. FRÄNKEL (*Einleitung zur kritischen Ausgabe der Argonautika des Apollonios*, Gotinga, 1964, págs. 7-11) supone que hubo una circulación clandestina de las sucesivas redacciones del texto sin autorización del poeta (tal como sucedió con las *Metamorfosis* de OVIDIO). También puede pensarse en ediciones sucesivas corregidas por el autor; o en una edición parcial de la obra (canto I o cantos I-II).

[33] Cf. M. FANTUZZI, «Varianti d'autore nelle *Argonautiche», Ricerche su Apollonio Rodio*, Roma, 1981, 87-120.

[34] Cf. B. SCHMID, *Studien zu griechischen Ktisissagen*, T. Doct., Friburgo, 1947, págs. 64 sigs.

[35] Cf. CALÍMACO, *Himno* VI 24 ss.; DIODORO SÍCULO, V 61, 2.

[36] Cf. OVIDIO, *Met*. IX 450-665.

[37] Cf. PARTENIO, *Narr. Am*. I. Sobre la *Fundación de Cauno*, cf. F. CASSOLA, *Par. del Pass*. 12 (1957), 192-209.

[38] *Narr. Am*. XXI = frag. 12 POWELL.

[39] Citados en ANTONINO LIB., 23.

[40] XIV 657.

[41] Para este aspecto de su actividad, cf. R. PFEIFFER, *Hist. Fil. Clás*. I, págs. 262-270.

[42] Una exposición más completa de la leyenda puede verse en los mitógrafos antiguos (por ej. APOLODORO, *Bibl*. I 9, 1-28) y en tratados o diccionarios de mitología: H. J. ROSE, *Mitología griega*, Barcelona, 1973[2]; A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, Madrid, 1975; P. GRIMAL, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, 1965.

[43] Cf. C. GARCÍA GUAL, «El argonauta Jasón y Medea. Análisis de un mito y su tradición literaria», *Habis* 2 (1971), 85-107 (págs. 97 sigs.); M. CAMPS, «Apolonio de Rodas y el cuento popular», *Actas del VII Congr. Esp. Est. Clás*. II, Madrid, 1989, 111-115; A. MOREAU, *Le mythe de Jason et Médée*, París, 1994, págs. 251 sigs.

[44] Cf. K. MEULI, *Odyssee und Argonautika*, Berlín, 1921, págs. 1-24; y la crítica de L. RADERMACHER, *Mythos und Sage bei den Griechen*, Viena, 1938,

págs. 187 sigs.

[45] Cf. *RE* II 1, cols. 786 sigs.; L. RADERMACHER, *Mythos und Sage*…, págs. 139-213; C. GARCÍA GUAL, «El argonauta Jasón y Medea…»; F. DESBORDES, *Argonautica. Trois études sur l'imitation dans la littérature antique*, Bruselas, 1979, págs. 7-41 ; A. MOREAU, *Le mythe*…

[46] CH. PELLECH, *Die Argonauten. Eine Weltkulturgeschichte des Altertums*, Frankfurt, 1992. Si esta idea general puede resultar sugerente, su desarrollo es un ejercicio de la más disparatada imaginación, que hace el libro nada recomendable.

[47] Escolios a APOLONIO DE RODAS, I 256-259, II 1144-1145a; IV 115-117b; DIODORO SÍC, IV 40-55. Para Dionisio, *Kriós* («carnero» en griego) sería el nombre de un pedagogo de Frixo que, enterado del peligro, le sugirió que huyera; *Drákōn* («dragón» en griego) sería en realidad el nombre del guardián que custodiaba el vellocino; etc. En la misma línea, cf. PALÉFATO, 30.

[48] Cf. L. RADERMACHER, *Mythos und Sage*…, págs. 187 sigs.

[49] I 2, 2-3. En IV 145 ss. narra la fundación de Cirene por descendientes de los argonautas.

[50] I 2, 39. En la misma línea está la curiosa noticia de APIANO (*Mitrídates* 103): los ríos de la Cólquide arrastran pepitas de oro que las gentes recogen poniendo vellones en la corriente (así el áureo vellocino de Eetes).

[51] Sobre la tradición literaria del mito, cf. F. VIAN I, págs. XXVI-XXXIX; C. GARCÍA GUAL, *Mitos, viajes, héroes*, Barcelona, 1981, págs. 77-120; P. DRÄGER, *Argo Pasimelousa*, Stuttgart, 1993.

[52] VII 467-471, XXI 40-41, XXIII 745-747.

[53] XII 69-72 y X 135-139, respectivamente.

[54] I 2, 38-40.

[55] Cf. K. MEULI, *Odys. und Arg.*, págs. 82 sigs.

[56] Vv. 956-962, 992-1002.

[57] Frags. 40, 68, 138, 150-151, 155-157, 241, 254-256, 263 MERK.-WEST, entre otros.

[58] Cf. G. L. HUXLEY, *Greek epic poetry*, Londres, 1969, págs. 60 sigs.; *Fragmentos de épica griega arcaica* [ed. A. BERNABÉ], Madrid (B. C. G. 20), 1979, págs. 246 sigs.

[59] Frags. 1, 3, 5 BERNABÉ.

[60] Frags. 1-9 BERNABÉ.

[61] Su obra se llamaba *Construcción de la Argo y navegación de Jasón a la Cólquide* (DIÓGENES LAERCIO, I 10, 5). Cf. frags. 1-2 KINKEL (y 3 B 7 DIELS-KRANZ).

[62] Frag. 11 DIEHL.

[63] Cf. *Lírica griega arcaica* [ed. F. R. ADRADOS], Madrid (B. C. G. 31), 1980, págs. 182 sigs.

[64] Frags. 544-548, 564, 568, 576 PAGE.

[65] Recuérdese la batalla que VALERIO FLACO describe en el canto VI, mientras que Apolonio prescinde de la opción bélica en su epopeya.

[66] En las *Naupactias* la diosa infundía a Eetes el deseo de yacer con su esposa, permitiendo así la huida de Jasón con Medea y el vellocino (frags. 6-7 BERNABÉ), mientras en APOLONIO es Eros, inducido por Afrodita, quien enciende con sus flechas el amor de Medea en un cuadro de gran belleza plástica (III 275-298).

[67] Cf. B. DEFORGE, «Eschyle et la légende des Argonautes», *Rev. Ét. Gr.* 100 (1987), 30-44.

[68] Cf. SÓFOCLES, *Fragmentos* [ed. J. M. LUCAS], Madrid (B. C. G. 62), 1983.

[69] Para una información más detallada, cf. É. DELAGE, *La Géographie dans les Argonautiques d'Apollonios de Rhodes*, Burdeos-París, 1930, págs. 60-67; L. PEARSON, «Apollonius of Rhodes and the old geographers», *Am. Jour. Phil.* 59 (1938), 443-459.

[70] Para las representaciones del mito en el arte arcaico puede verse el material reunido y comentado por M. VOJATZI, *Frühe Argonautenbilder*, Würzburg, 1982; para las de época imperial, V. GAGGADIS-ROBIN, *Jason et Médée sur les sarcophages d'époque impériale*, Roma, 1994; y en general R. BLATTER, *Lex. Icon. Myth. Class.* II, 1984, s.v. «Argonautai», págs. 591-599, láms. 430-433.

[71] Arca de Cípselo: PAUSANIAS, V 17, 9-11.

[72] PAUS., III 18, 15; V 17, 11.

[73] Evocan la muerte de éste a manos de Medea bajo el pretexto de rejuvenecerlo, como efectivamente había hecho con Esón (*Nostoi*, frag. 6 BERNABÉ).

[74] Cf. B. WYSS, *Antimachi Colophonii reliquiae*, Berlín, 1936, frags. 56-65. Los escolios a APOLONIO (I 77-78, 587, 623-626a) mencionan también unas *Argonáuticas* de CLEÓN DE CURIO que nuestro poeta ha seguido en varios lugares, pero nada más sabemos de esta obra.

[75] Cf. escolios a APOLONIO DE RODAS, I 1037-1038b; F. VIAN I, págs. 28-38.

[76] Cf. F. VIAN III, págs. 29-46; V. KNIGHT, *The Renewal of Epic*, Leiden, 1995, págs. 122-266. Igualmente el episodio de Libia (IV 1240-1622) combina en su relato versiones tomadas de Píndaro, Heródoto, Timeo (Diodoro Sículo) y Licofrón, así como diversas tradiciones locales. Cf. F. VIAN III, págs. 57-64; E. LIVREA, «L'episodio líbico nel quarto libro delle *Argonautiche* di Apollonio Rodio», *Quad. Arch. Libia* 12 (1987), 175-190.

[77] Cf. F. VIAN III, págs. 21-23; y en particular F. STÖSSL, *Apollonios Rhodios. Interpretationen zur Erzählungskunst und Quellenverwertung*, Berna-

Leipzig, 1941, págs. 95-126, quien ha destacado la deuda de Apolonio con la tragedia.

[78] Luego serán completados en diversos lugares del poema de acuerdo con las necesidades del lector y del propio relato, cf. FRÄNKEL, *Noten*…, págs. 24-31.

[79] Cf. A. HURST, *Apollonios de Rhodes, manière et cohérence*, Roma, 1967, págs. 37-44; J. J. CLAUSS, *The best of the Argonauts*, Berkeley-Los Ángeles-Oxford, 1993, págs. 14-25.

[80] Cf. P. HÄNDEL, *Beobachtungen zur epischen Technik des Apollonios Rhodios*, Múnich, 1954, págs. 15-26; F. VIAN I, págs. 4-10; M. VÍLCHEZ, «Estructura literaria y métrica en la poesía de catálogo helenística», *Emérita* 16 (1985), 67-94.

[81] A éstos debe sumarse Jasón (I 228). La Argo era un *pentecóntero*, un navío para cincuenta remeros, a los que se añaden el piloto Tifis, Orfeo, que actúa de cómitre, y el jefe Jasón, además de Acasto y Argos, que se unen a la expedición inesperadamente en el último momento (I 224-227, 321-328).

[82] Así lo ha señalado, a propósito del episodio de Ámico, A. R. ROSE, «Three narrative themes in Apollonios' Bebrykian episode», *Wien. Stud.* 18 (1984), 115-135.

[83] Cf. D. N. LEVIN, *Apollonius' Argonautica re-examined*, Leiden, 1971, págs. 87-109; F. VIAN I, págs. 28-38; M. VALVERDE, *El aition en las Argonáuticas de Apolonio de Rodas*, Murcia, 1989, págs. 165-184.

[84] IV 1333-1336, 1411-1421, 1597-1600, 1701-1705. Cf. F. VIAN III, pág. 55.

[85] En este aspecto han insistido trabajos como los de A. HURST, *Apollonios*…, que advierte una estructura simétrica o recurrente en los segmentos narrativos del poema; P. THIERSTEIN, *Bau der Szenen in den Argonautika des Apollonios Rhodios*, Berna, 1971, que analiza determinadas secuencias en escenas y grupos escénicos; y J. J. CLAUSS, *The best of the Argonauts*, que observa la composición anular en los episodios del canto I.

[86] Acerca del monólogo en Apolonio, como forma de confrontación entre personaje y situación, y su modelo euripideo, cf. G. PADUANO, «Struttura e significato del monologo in Apollonio Rodio», *Quad. Urb. C. C.* 9 (1970), 24-66.

[87] Para esta división, cf. F. VIAN II, pág. 4.

[88] Para más detalle cf. M. VALVERDE, «En torno a la estructura y el contenido de las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas», *Myrtia* 3 (1988), 119-156, con bibliografía.

[89] Cf. J. F. CARSPECKEN, «Apollonius Rhodius and the Homeric Epic», *Yale Class. Stud.* 13 (1952), 33-143 (págs. 108-112).

[90] Cf. F. MEHMEL, *Virgil und Apollonius Rhodius*, Hamburgo, 1940, págs. 1-30.

[91] G. ZANKER, «The love theme in Apollonius Rhodius' *Argonautica», Wien. Stud*. 13 (1979), 52-75, llega a considerar el amor como el tema principal de toda la

epopeya. Cf. también G. GIANGRANDE, «La concepción del amor en Apolonio Rodio», *La épica griega y su influencia…*, Madrid, 1993, 213-233; R. HUNTER, *The Argonautica of Apollonius. Literary Studies*, Cambridge, 1993, págs. 46-74.

[92] Cf. II 946-954, II 1231-1241, III 997-1004 y IV 430-434, IV 566-569, IV 1731-1745.

[93] En el episodio de Ámico (II 145-153), entre los mariandinos (II 772-795), durante la navegación frente a Heraclea (II 911-914, 955-957, 964-969), ante las aves de Ares (II 1052-1058) y en Libia (IV 1393-1482).

[94] Cf. P. HÄNDEL, *Beobachtungen…*, págs. 27 sigs.; M. G. PALOMBI, «Apollonio e il *Dodecathlon», Prometheus* 11 (1985), 126-136.

[95] La concordia está presente en la asamblea para elegir jefe (I 338-350), reaparece en la elección del piloto y la distribución de los bancos (I 394-401), así como en la elección más compleja del segundo piloto (II 864-898); e incluso las diferencias que surgen a veces por las violentas reacciones de Idas (como en I 462-494 y III 556-566) o a raíz del abandono de Heracles (I 1329-1344) redundan finalmente en una consolidación de la concordia entre los héroes. Cf. F. VIAN, *Gnomon* 46 (1974), pág. 349.

[96] Cf. D. N. LEVIN, *Apollonius' Argonautica re-examined*, págs. 13-23.

[97] El reciente estudio de L. NYBERG (*Unity and Coherence. Studies in Apollonius Rhodius' Argonautica and the Alexandrian epic tradition*, Lund, 1992), aunque con notables carencias bibliográficas, insiste sobre algunos de estos *leitmotifs*.

[98] Algunos autores han tratado de hallar también en las *Argonáuticas* una unidad de tipo ideal o metafísico. Así G. LAWALL, «Apollonius' *Argonautica:* Jason as anti-hero», *Yale Class. Stud*. 19 (1966), 119-169, concibe el poema entero como el proceso de formación, a través de una serie de pruebas, de un nuevo tipo de héroe, práctico e inmoral, opuesto a modelos heroicos tradicionales. Por su parte T. M. KLEIN, «Apollonius' Jason, hero and scoundrel», *Quad. Urb. C. C.* 42 (1983), 115-126, ha creído ver en Jasón el reflejo de una actitud escéptica del poeta.

[99] Un estudio sistemático de esta técnica en el poema puede verse en M. FUSILLO, *Il tempo delle Argonautiche*, Roma, 1985, págs. 23-158.

[100] Para más detalle, cf. M. VALVERDE, «El discurso-programa en la técnica anticipatoria de Apolonio Rodio», *Emerita* 56 (1988), 217-227; y «Las instrucciones de Medea como discurso-programa en A. R. III 1026-62», *Actas VII Cong. Esp. Est. Clás*. II, Madrid, 1989, 357-363.

[101] Puede verse un cuadro de correspondencias en F. VIAN I, págs. 120 sigs.

[102] Cf. F. VIAN, *Gnomon* 46 (1974), pág. 348.

[103] Para todo el epígrafe, cf. M. FUSILLO, *Il tempo delle Argonautiche;* P. H. GUMMERT, *Die Erzählstruktur in den Argonautika des Apollonios Rhodios*, Frankfurt, 1992.

[104] Sobre los antecedentes de la expedición el poeta dosifica en cada momento la información estrictamente necesaria: así en I 5-17 y en II 1141-1153, por

ejemplo.

[105] Cf. F. VIAN II, pág. 5; y P. H. GUMMERT, *Die Erzählstruktur…*, págs. 65-72.

[106] Cf. M. VALVERDE, «El discurso-programa…»; M. FUSILLO, *Il tempo delle Argonautiche*, págs. 99 sigs. Para un análisis de las anticipaciones en relación con el suspense, cf. G. E. DUCKWORTH, *Foreshadowing and suspense in the epics of Homer, Apollonius and Vergil*, Princeton, 1933.

[107] En los episodios de Lico y de Circe el poeta resume los avatares de la expedición hasta ese punto (II 762-771 y IV 730-738).

[108] P. HÄNDEL (*Beobachtungen…*, págs. 34 sigs.) señaló ya el gusto de Apolonio por los *excursus* mitológicos.

[109] Cf. M. VALVERDE, *El aition en las Argonáuticas*.

[110] Sobre la importancia de lo descriptivo en la narración de Apolonio insiste K. THIEL, *Erzählung und Beschreibung in den Argonautika des Apollonios Rhodios*, Stuttgart, 1993.

[111] Cf. M. F. WILLIAMS, *Landscape in the Argonautica of Apollonius Rhodius*, Frankfurt, 1991.

[112] Cf. G. ZANKER, *Realism in Alexandrian Poetry*, Londres, 1987.

[113] Acerca del realismo en la descripción física y biológica de los personajes, cf. M. LOMBARDI, «Aspetti del realismo nelle *Argonautiche* di Apollonio Rodio», *Orpheus* 6 (1985), 250-269.

[114] Sobre la influencia del arte helenístico en la poesía, cf. M. Á. ELVIRA, «Apolonio de Rodas y la pintura del primer Helenismo», *Arch. Esp. Arq*. 50-51 (1977-78), 33-46; T. B. L. WEBSTER, *Hellenistic Poetry and Art*, Londres, 1964 (en especial págs. 156-177).

[115] Cf. D. N. LEVIN, *Riv. Fil. Istr. Class*. 98 (1970), 17-36; H. A. SHAPIRO, «Jason's Cloak», *Trans. Am. Phil. Ass*. 110 (1980), 263-286. La descripción de obras de arte gozó de gran fortuna en la poesía helenística: cf. F. MANAKIDOU, *Beschreibung von Kunstwerken in der hellenistischen Dichtung*, Stuttgart, 1993 (para Apolonio, véanse págs. 102-173).

[116] Cf. J. F. CARSPECKEN, «Apollonius Rhodius and the Homeric Epie», *Yale Class. Stud*. 13 (1952), 33-143 (págs. 58-99); H. P. DRÖGEMÜLLER, *Die Gleichnisse in hellenistischem Epos*, Hamburgo, 1956; M. VÍLCHEZ, «La estructura formal de la comparación en las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas», *Emerita* 57 (1989), 5-35.

[117] Además de M. FUSILLO, *Il tempo delle Argonautiche*, págs. 347-396, puede verse CH. R. BEYE, *Epic and romance in the Argonautica of Apollonius*, Illinois, 1982, págs. 13 sigs.; S. GOLDHILL, *The poet's voice*, Cambridge, 1991, págs. 284-333.

[118] Por ejemplo I 765-767. Cf. C. S. BYRE, «The narrator's adresses to the narratee in Apollonius Rhodius' *Argonautica», Trans. Am. Phil. Ass*. 121 (1991),

215-227.

[119] Cf. M. VALVERDE, *El aition en las Argonáuticas*, págs. 115-143.

[120] Este aspecto ha sido destacado por H. FRÄNKEL, «Das Argonautenepos des Apollonios», *Mus. Helv*. 14 (1957), 1-19.

[121] Cf. M. VALVERDE, *El aition en las Argonáuticas*, en especial págs. 292 sigs. y 115 sigs.

[122] Cf. G. ZANKER, *Realism in Alexandrian Poetry*, cit.

[123] Sobre la geografía del poema, cf. É. DELAGE, *La géographie dans les Argonautiques d'Apollonios de Rhodes*, Burdeos-París, 1930; L. PEARSON, «Apollonius of Rhodes and the old geographers», *Am. Jour. Phil*. 59 (1938), 443-459.

[124] Por ejemplo en II 1266-1270.

[125] Cf. F. VIAN III, págs. 16-20; M. BRIOSO, «Observaciones sobre el retorno de los argonautas en Apolonio de Rodas», *Actas I C. And. Est. Clás*., Jaén, 1982, págs. 156-159.

[126] Pueden verse los cuadros de F. VIAN I, págs. 17-19, 117-119, y III, págs. 11-13.

[127] *Odisea* IX 82 s.; cf. X 28; XII 447; XIV 314.

[128] *Pítica* IV 25-27.

[129] Algunos ya han sido realizados (I 124-131, II 777-779, II 1052-1057, I 1195 y IV 1438, IV 1404) y otros habrán de serlo (I 1317-1320 y 1347-1348, IV 1396-1407 y 1433-1435). Cf. F. VIAN I, pág. 8; M. G. PALOMBI, *Prometheus* 11 (1985), 126-136.

[130] I 349, 1000; II 122.

[131] Además su significación resulta comprometida: la primera supone un trágico error; la última, un engaño. La arenga de Jasón a sus compañeros (IV 190-206), expresada en términos que recuerdan la exhortación de un jefe a sus tropas antes de la batalla, incita en realidad a una rápida huida y también encierra ironía. Cf. H. FRÄNKEL, *Noten*, págs. 468-472; KNIGHT, *The Renewal of Epic*, págs. 82-121.

[132] Cf. G. LAWALL, «Jason as Anti-Hero…», págs. 123-148.

[133] Esta visión negativa del personaje puede leerse, por ejemplo, en A. HEISERMAN, *The novel before the novel*, Chicago, 1977, págs. 3-29.

[134] G. LAWALL, «Jason as Anti-Hero…».

[135] T. M. KLEIN, «Apollonius' Jason…».

[136] Cf. H. FRÄNKEL, «Ein Don Quijote unter den Argonauten des Apollonios», *Mus. Helv*. 17 (1960), 1-20; F. VIAN, *Studi Ardizzoni*, Roma, 1978, 1023-1041; R. HUNTER, *The Arg., Lit. Stud.*, págs. 8-45; J. J. CLAUSS, *The Best of the Argonauts*.

[137] También Ulises y sus compañeros se sienten dominados por la *impotencia* ante el cíclope Polifemo (*Od*. IX 295).

[138] Él mismo declara que no posee altas ambiciones: I 901-903, III 386-390.

[139] Como jefe del grupo su responsabilidad es mayor que la de los demás (II 631-638).

[140] I 774-781; III 443-444, 919-925, 956-961. Este aspecto ha llevado a considerar a Jasón como un héroe de amor: cf. C. R. BEYE, «Jason as love-hero in Apollonios' *Argonautica», Greek, Rom. and Byz. Stud*. 10 (1969), 31-55.

[141] Cf. H. FRÄNKEL, «Ein Don Quijote…».

[142] Cf. E. PHINNEY, «Narrative unity in the *Argonautica*, the Medea-Jason romance», *Trans. Am. Phil. Ass*. 98 (1967), 325-341; G. PADUANO, *Studi su Apollonio Rodio*, Roma, 1972, págs. 61 sigs.; A. R. DYCK, «Medea in book 4 of the *Argonautica», Hermes* 117 (1989), 455-470.

[143] Cf. E. VALGIGLIO, «Motivi arcaici ed euripidei nelle figure di Giasone e di Medea nelle *Argonautiche* di Apollonio Rodio», *Riv. Stud. Clas*. 18 (1970), 325-331.

[144] Para los personajes femeninos del poema puede consultarse S. A. NATZEL, *Kléa gynaikôn. Frauen in den 'Argonautika' des Apollonios Rhodios*, Tréveris, 1992.

[145] Sobre el tema, cf. P. HÄNDEL, «Die Götter des Apollonios als Personen», *Miscellanea Rostagni*, Turín, 1963, 363-381; R. HUNTER, *The Arg., Lit. Stud*., págs. 75-100; V. KNIGHT, *The Renewal of Epic*, págs. 267-305.

[146] Cf. D. C. FEENEY, *The Gods in Epic*, Oxford, 1991, págs. 58-69.

[147] Cf. F. VIAN II, págs. 14-15.

[148] Sobre el papel de Hera en el poema, cf. M. CAMPBELL, *Studies in the Third Book of Ap. Rh'. Argonautica*, Hildesheim, 1983, págs. 50-56.

[149] Muy diferente se presenta el paso de las Planetas en IV 920 ss., donde los héroes conocen de antemano la ayuda divina y las Nereidas salvan la nave como en un juego de niñas.

[150] Cf. G. MARXER, *Die Sprache des Apollonios Rhodios in ihren Beziehungen zu Homer*, Tesis doct., Zúrich, 1935; C. MUGLER, *Rev. Ét. Gr*. 54 (1941), 1-18; G. GIANGRANDE, «Aspects of Apollonius Rhodius' language», *Scripta minora Alexandrina* I, Amsterdam, 1980, 289-309, así como otros artículos del autor reunidos en el mismo volumen.

[151] Cf. un inventario en M. CAMPBELL, *Echoes and imitations of early epic in Apollonius Rhodius*, Leiden, 1981.

[152] Por ejemplo, el llamado libre uso de los pronombres en cuanto a número y persona.

[153] Cf. A. RENGAROS, *Der Homertext und die hellenistischen Dichler*, Stuttgart, 1993, que defiende el uso de las ediciones alejandrinas de Homero por

parte de Apolonio y Calimaco, en contra de la tesis de H. ERBSE, *Hermes* 81 (1953), 163-196; A. RENGAROS, *Apollonios Rhodios und die antike Homererklarung*, Múnich, 1994; y, desde una perspectiva estilístico-literaria, P. KYRIAKOU, *Homeric hapax Legomena in the Argonautica of Apollonius Rhodius*, Stuttgart, 1995.

[154] Cf. H. FRÄNKEL, *Noten…*, págs. 6-19; H. C. R. VELLA, *Enjambement and some metrical technicalities in Apollonius of Rhodes*, Harare, 1982; L. CAÑIGRAL, *Estudios estilístico-métricos sobre Apolonio de Rodas*, Tesis doct., Madrid, 1988.

[155] Cf. G. W. ELDERKIN, «Repetition in the *Argonautica* of Apollonius», *Am. Jour. Phil.* 34 (1913), 198-201; M. G. CIANI, «Ripetizione 'formulare' in Apollonio Rodio», *Boll. Ist. Fil. Gr.* 2 (1975), 191-208; M. FANTUZZI, *Ricerche su Apollonio Rodio*, Roma, 1988.

[156] Cf. M. VÍLCHEZ, «El epíteto en Apolonio de Rodas: tradición e innovación», *Emerita* 54 (1986), 63-101.

[157] Para más detalle cf. M. VALVERDE, «Las instrucciones de Medea como discurso-programa en A. R. III 1026-62», *Actas VII Congr. Esp. Est. Clás.* II, Madrid, 1989, 357-363. Algunos ejemplos de repetición al estilo homérico, partes de discurso reproducidas literalmente por el mensajero, constituyen significativas excepciones: I 705-707 ≃ 714-716, III 409-410 ≃ 495-496, IV 1107 ≃ 1119, IV 1325-1328 ≃ 1353-1356.

[158] Cf. G. GIANGRANDE, «Arte allusiva and Alexandrian epic poetry», *Class. Quart.* 17 (1967), 85-97; M. G. CIANI, «Poesia come enigma», *Scritti C. Diano*, Bolonia, 1975, 77-111.

[159] Ahora puede verse M. LOMBARDI, *Antimaco di Colofone. La poesia epica*, Roma, 1993.

[160] Entre los poetas cabe destacar a Riano de Creta. Sobre esta producción perdida, cf. K. ZIEGLER, *Das hellenistische Epos*, Leipzig, 1966^2, volumen ahora enriquecido con otras aportaciones en la versión italiana, *L'epos ellenistico*, Bari, 1988; L. GIL, «La épica helenística», *Estudios sobre el mundo helenístico*, Sevilla, 1971, 91-120; R. HÄUSSLER, *Das historische Epos der Griechen und Römer* I, Heidelberg, 1976.

[161] Esta forma contaba ya con algún precedente, como el *Escudo* hesiódico. Acerca de la problemática y características del epilio, cf.' W. ALLEN, «The epyllion. A chapter in the history of literary criticism», *Trans. Am. Phil. Ass.* 71 (1940), 1-26; K. J. GUTZWILLER, *Studies in the Hellenistic Epyllion*, Königstein, 1981.

[162] Desde luego resulta absurdo reducir el ideario poético de Calímaco a una contraposición entre épica extensa, a la manera cíclica, y épica breve (epilio), como se ha hecho a menudo. Más información sobre el tema en A-2, «Apolonio y Calímaco». Precisiones críticas interesantes en M. BRIOSO, «Sobre la poética y los límites del Helenismo», *Excerp. Phil.* 1 (1991), 93-111.

[163] En este sentido, cf. G. SERRAO, «La genesi del *poeta doctus* e le aspirazioni realistiche nella poetica del primo ellenismo», *Studi Ardizzoni*, Roma, 1978, 909-948, si bien la conclusión del autor, que el poema supone un retorno a la épica tradicional, no es admisible.

[164] Sobre la no adecuación del poema a los principios aristotélicos, cf. P. H. GUMMERT, *Die Erzählstruktur…*, págs. 13-35.

[165] Una posición extrema en esta línea adopta el reciente estudio de M. M. DEFOREST, *Apollonius' 'Argonautica': A Callimachean Epic*, Leiden, 1994.

[166] En este sentido cf. A. KÖHNKEN, *Apollonios Rhodios und Theokrit*, Gotinga, 1965; F. VIAN 1, págs. 38-49, 133-141. A favor de la prioridad de Apolonio, cf. G. SERRAO, *Studi su Teocrito*, Roma, 1971, págs. 109-150; B. EFFE, «Die Hylas-Geschichte bei Theokrit und Apollonios Rhodios», *Hermes* 120(1992), 299-309.

[167] Además de las obras citadas, cf. H. FRÄNKEL, «Apollonius Rhodius as a narrator in *Arg*. II 1-140», *Trans. Am. Phil. Ass*. 83 (1952), 144-155.

[168] Cf. F. VIAN III, págs. 34-35, 66-67. En *Aitia* IV (frags. 108-109) se trataba también la escala de Cícico.

[169] Cf. R. PFEIFFER, *Callimachus* II, págs. XXXVI sigs.

[170] *Himno a Ap*. 97-113 ≃ *Arg*. II 705-713, III 786 s., 932 s.

[171] Para la discusión, cf. E. EICHGRÜN, *Kallimachos und Apollonios Rhodios*, págs. 110-139.

[172] Cf. M. VALVERDE-I. VÁZQUEZ, «Varrón Atacino, traductor de las *Argonáuticas», Est. Román*. 5 (*Hom. L. Rubio* II, Murcia, 1988), 1395-1401.

[173] Cf. H. VENZKE, *Die orphischen Argonautika in ihrem Verhältnis zu Apollonios Rhodios*, Berlín, 1941.

[174] Cf. *Suda*, s. v. *Marianós*.

[175] Cf. W. W. BRIGGS, «Virgil and the Hellenistic Epic», *Auf. Nied. Röm. Welt* II 31, 2, 948-984; R. HUNTER, *The Arg. Lit. Stud*., págs. 170-189. Precisamente la comparación de Apolonio con Virgilio ha acarreado con frecuencia a nuestro poeta un juicio desfavorable: ya Macrobio (*Sat*. V 17, 5) consideraba la Dido virgiliana mejor lograda que la Medea de Apolonio.

[176] Cf. A. ARCELLASCHI, *Médée dans le théâtre latin d'Ennius à Sénèque*, Roma, 1990.

[177] «Aequali quadam mediocritate» (*Inst. Oral*. X 1, 54).

[178] Cf. G. RESTA, *Apollonio Rodio e gli umanisti*, Roma, 1980.

[179] Cf. E. R. CURTIUS, «La nave de los argonautas», *Ensayos críticos sobre la literatura europea*, Barcelona, 1972^2, 504-534; F. E. DOMÍNGUEZ, *The Medieval Argonautica*, Potomac, 1979.

[180] Sobre la historia del texto, cf. H. FRÄNKEL, *Einleitung zur kritischen Ausgabe der Argonautika des Apollonios*, Gotinga, 1964, págs. 55-91; Id.,

Praefatio critica a su edición; y sobre todo F. VIAN I, págs. XL-XC.

181 Cf. M. W. HASLAM, «Apollonius Rhodius and the papyri», *Illin. Class. Stud*. 3 (1978), 47-73.

182 Puede verse el aparato de *Testimonia* en la edición de F. VIAN.

183 De ella tenemos noticia por una carta de Quevedo y por un documento del propio Mariner: *Apollonii Rhodii Argonautica, Vicentio Marinerio Valentino interprete*. Cf. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Biblioteca de traductores españoles*, III, Madrid, 1953, págs. 27, 32, 39. Por otra parte, en el ms. 9807 de la Biblioteca Nacional se conserva su traducción latina de las dos *Vitae y* de las dos *Hypotheseis*, así como la *Praefatio* a su traducción de la obra (págs. 169-174, 994-998).

184 *La Argonáutica. Poema épico de Apolonio Rodio traducido del original griego en verso castellano por Ipandro Acaico*, tomo primero, Madrid, 1919. La traducción es bastante libre, casi una recreación, como el propio autor reconoce en el prólogo (pág. XI) al justificar el metro elegido: «La *octava rima*, aunque algunos giros se trastornen, algunos epítetos se omitan, algunas frases se trasporten de una estrofa a otra, suena mejor al oído, agrada a doctos e ignorantes y, sin desdeñar la gramática, revela más los encantos de la poética». Para que el lector pueda hacerse una idea, reproducimos aquí como muestra la primera octava:

Empezando por ti, Febo divino,
Cantaré de los héroes los loores
Que a conquistar el áureo vellocino
En tiempos a estos siglos anteriores
Pasaron por la Boca del Euxino
De sus móviles rocas vencedores,
Y obedientes de Jolcos al Monarca
Zarparon en el Argo, insigne barca.

185 *Épica Helena Post-Homérica*, México, 1963, págs. 317-463. La versión está hecha sobre la edición de R. C. SEATON.

186 El mismo C. GARCÍA GUAL había publicado antes una versión del canto III (*Supl. Est. Clás*. 8, 1969, 277-321).

BIBLIOGRAFÍA

1. *Ediciones y comentarios*

R. C. SEATON, *Apollonius Rhodius. Argonautica*, Oxford, 1900.

—, *Apollonius Rhodius. The Argonautica*, Londres, 1912.

G. W. MOONEY, *The Argonautica of Apollonius Rhodius*, Dublín, 1912.

M. M. GILLIES, *The Argonautica of Apollonius Rhodius, Book III*, Cambridge, 1928.

A. ARDIZZONI, *Apollonio Rodio. Le Argonautiche, libro III*, Bari, 1958.

F. VIAN, *Apollonios de Rhodes. Argonautiques, chant III*, París, 1961.

H. FRÄNKEL, *Apollonii Rhodii Argonautica*, Oxford, 1961.

A. ARDIZZONI, *Apollonio Rodio. Le Argonautiche, libro I*, Roma, 1967.

E. LIVREA, *Apollonii Rhodii Argonauticon liber IV*, Florencia, 1973.

F. VIAN, É. DELAGE, *Apollonios de Rhodes. Argonautiques*, 3 tomos, París, 1974-1981.

G. PADUANO, M. FUSILLO, *Apollonio Rodio. Le Argonautiche*, Milán, 1986.

R. L. HUNTER, *Apollonius of Rhodes. Argonautica, Book III*, Cambridge, 1989.

M. CAMPBELL, *A Commentary on Apollonius Rhodius ' Argonautica* III, 1-471, Leiden, 1994.

—, *Index verborum in Apollonium Rhodium*, Hildesheim-Zúrich-Nueva York, 1983.

F. REICH, H. MAEHLER, *Lexicon in Apollonii Rhodii Argonautica*, vols. I-, Amsterdam, 1991-.

C. WENDEL, *Scholia in Apollonium Rhodium vetera*, Berlín, 1935.

2. *Traducciones*

I. ACAICO, *La Argonautica. Poema épico de Apolonio Rodio traducido del original griego en verso castellano por Ipandro Acaico*, tomo primero, Madrid, 1919.

R. RAMÍREZ TREJO, *Épica Helena Post-Homérica*, México, 1963.

C. GARCÍA GUAL, *Apolonio de Rodas. El viaje de los argonautas*, Madrid, 1975.

M. BRIOSO, *Apolonio de Rodas. Las Argonáuticas*, Madrid, 1986.

M. PÉREZ LÓPEZ, *Apolonio de Rodas. Las argonáuticas*, Madrid, 1991.

3. *Estudios sobre el texto*

A. BRAVO, «En torno a algunos mss. de Apolonio de Rodas conservados en bibliotecas españolas», *Emerita* 51 (1983), 97-117.

H. FRÄNKEL, *Einleitung zur kritischen Ausgabe der Argonautika des Apollonios*, Gotinga, 1964.

M. W. HASLAM, «Apollonius Rhodius and the papyri», *Illin. Class. Stud.* 3 (1978), 47-73.

F. PIÑERO, *Estudios sobre el texto de Apolonio de Rodas*, Tesis doct., Madrid, 1974.

F. VIAN, «La récension crétoise des *Argonautiques* d'Apollonios», *Rev. Hist. Text.* 2 (1972), 171-195.

4. *Interpretaciones y notas*

S. BUSCH, «Orpheus bei Apollonios Rhodios», *Hermes* 121 (1993), 301-324.

M. CAMPBELL, *Studies in the Third Book of Apollonius Rhodius' Argonautica*, Hildesheim-Zúrich-Nueva York, 1983.

J. CARRIÈRE, «En relisant le chant III des *Argonautiques*», *Euphrosyne* 2 (1959), 41-63.

M. T. CLAVO, *«Amphilaphḕs pieira nêsos* (A. R. *Arg*. IV 982-1222)», *Itaca* 4 (1988), 23-45.

H. FRÄNKEL, «Apollonius Rhodius as a narrator in *Argonautica* II 1-140», *Trans. Am. Phil. Ass*. 83 (1952), 144-155.

—, *Noten zu den Argonautika des Apollonios*, Múnich, 1968.

E. V. GEORGE, «Poet and characters in Apollonius Rhodius' Lemnian episode», *Hermes* 100 (1972), 47-63.

G. GIANGRANDE, *Zu Sprachgebrauch, Technik und Text des Apollonios Rhodios*, Amsterdam, 1973.

P. G. LENNOX, «Apollonius' *Aragonautica* III 1 ss. and Homer», *Hermes* 108 (1980), 45-73.

D. N. LEVIN, *«Díplax porphyréē»*, *Riv. Fil. Istr. Class*. 98 (1970), 17-36.

D. P. NELIS, «Demodocus and the Song of Orpheus», *Mus. Helv*. 49 (1992), 153-170.

L. E. ROSSI, «La fine alessandrina dell' *Odissea* e lo *zêlos homērikós* di Apollonio Rodio», *Riv. Fil. Istr. Class*. 96 (1968), 151-163.

H. A. SHAPIRO, «Jason's Cloak», *Trans. Am. Phil. Ass*. 110 (1980), 263-286.

5. *Estudios generales*

C. R. BEYE, *Epic and Romance in the «Argonautica» of Apollonius*, Illinois, 1982.

J. F. CARSPECKEN, «Apollonius Rhodius and the Homeric epic», *Yale Class. Stud*. 13 (1952), 33-143.

J. J. CLAUSS, *The best of the Argonauts*, Berkeley-Oxford, 1993.

É. DELAGE, *La géographie dans les Argonautiques d'Apollonios de Rhodes*, Burdeos-París, 1930.

H. FRÄNKEL, «Das Argonautenepos des Apollonios», *Mus. Helv*. 14 (1957), 1-19.

M. FUSILLO, *Il tempo delle Argonautiche*, Roma, 1985.

P. H. GUMMERT, *Die Erzählstruktur in den Argonautika des Apollonios Rhodios*, Frankfurt, 1992.

P. HÄNDEL, *Beobachtungen zur epischen Technik des Apollonios Rhodios*, Múnich, 1954.

R. HUNTER, *The Argonautica of Apollonius. Literary Studies*, Cambridge, 1993.

A. HURST, *Apollonios de Rhodes, manière et cohérence*, Roma, 1967.

V. KNIGHT, *The Renewal of Epic. Responses to Homer in the Argonautica of Apollonius*, Leiden, 1995.

D. N. LEVIN, *Apollonius' Argonautica re-examined I: The neglected first and second books*, Leiden, 1971.

L. NYBERG, *Unity and Coherence. Studies in Apollonius Rhodius ' Argonautica and the Alexandrian epic tradition*, Lund, 1992.

G. PADUANO, *Studi su Apollonio Rodio*, Roma, 1972.

F. STÖSSL, *Apollonios Rhodios. Interpretationen zur Erzählungskunst und Quellenverwertung*, Berna-Leipzig, 1941.

K. THIEL, *Erzählung und Beschreibung in den Argonautika des Apollonios Rhodios*, Stuttgart, 1993.

P. THIERSTEIN, *Bau der Szenen in den Argonautika des Apollonios Rhodios*, Berna, 1971.

M. VALVERDE, «En torno a la estructura y el contenido de las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas», *Myrtia* 3 (1988), 119-156.

—, *El aition en las «Argonáuticas» de Apolonio de Rodas*, Murcia, 1989.

F. VIAN, «Apollonios de Rhodes et le renouveau de la poésie épique», *L'infor. littér.* 15 (1963), 25-30.

M. F. WILLIAMS, *Landscape in the Argonautica of Apollonius Rhodius*, Frankfurt, 1991.

6. *Estudios particulares*

A. ARDIZZONI, «Echi pitagorici in Apollonio Rodio e Callimaco», *Riv. Fil. Ist. Class.* 93 (1965), 257-267.

M. BRIOSO SÁNCHEZ, «Observaciones sobre el retorno de los Argonautas en Apolonio de Rodas», *Actas I Congr. And. Est. Clás.*, Jaén, 1982, 156-159.

C. S. BYRE, «The narrator's adresses to the narratee in Apollonius Rhodius' *Argonautica*», *Trans. Am. Phil.* Ass. 121 (1991), 215-227.

M. Á. ELVIRA, «Apolonio de Rodas y la pintura del primer Helenismo», *Arch. Esp. Arq.* 50-51 (1977-78), 33-46.

G. GIANGRANDE, «La concepción del amor en Apolonio Rodio», *La épica griega y su influencia en la literatura española*, Madrid, 1993,213-233.

S. GOLDHILL, «The paradigms of epic: Apollonius Rhodius and the example of the past», *The poet's voice*, Cambridge, 1991, 284-333.

P. KYRIAKOU, «Empedoclean echoes in Apollonius Rhodius' *Argonautica», Hermes* 122 (1994), 309-319.

E. LIVREA, «L'episodio libyco nel quarto libro delle *Argonautiche* di Apollonio Rodio», *Quad. Arch. Libia* 12 (1987), 175-190.

M. LOMBARDI, «Aspetti del realismo nelle *Argonautiche* di Apollonio Rodio», *Orpheus* 6 (1985), 250-269.

G. PADUANO, «L'episodio di Talos. Osservazioni sull' esperienza magica nelle *Argonautiche* di Apollonio Rodio», *Stud. Class. Or.* 19-20 (1970-1971), 46-67.

M. G. PALOMBI, «Apollonio e il *Dodecathlon», Prometheus* 11 (1985), 126-136.

L. PEARSON, «Apollonius of Rhodes and the old geographers», *Am. Jour. Phil.* 59 (1938), 443-459.

A. R. ROSE, «Three narrative themes in Apollonios' Bebrykian episode», *Wien. Stud.* 18 (1984), 115-135.

T. G. ROSENMAYER, «Apollonius lyricus», *Stud. It. Fil. Class.* 10 (1992), 177-198.

M. VALVERDE, «El discurso-programa en la técnica anticipatoria de Apolonio Rodio», *Emerita* 56 (1988), 217-227.

G. ZANKER, «The love theme in Apollonius Rhodius' *Argonautica*», *Wien. Stud.* 13 (1979), 52-75.

7. *Sobre la lengua y el estilo*

M. CAMPBELL, *Echoes and imitations of early epic in Apollonius Rhodius*, Leiden, 1981.

—, «Hiatus in Apollonius Rhodius», *Struttura e storia dell' esametro greco*, vol. 1, Roma, 1995, 193-220.

L. CAÑIGRAL, *Estudios estilístico-métricos sobre Apolonio de Rodas*, tesis doct., Madrid, 1988.

M. G. CIANI, «Ripetizione ‘formulare’ in Apollonio Rodio», *Boll. 1st. Fil. Gr.* 2(1975), 191-208.

—, «Poesia come enigma», *Scritti C. Diano*, Bolonia, 1975, 77-111.

H. P. DRÖGEMÜLLER, *Die Gleichnisse im hellenistischen Epos*, tesis doct., Hamburgo, 1956.

H. ERBSE, «Homerscholien und hellenistische Glossare bei Apollonios Rhodios», *Hermes* 81 (1953), 163-196.

M. FANTUZZI, *Ricerche su Apollonio Rodio*, Roma, 1981.

G. GIANGRANDE, «Arte allusiva and Alexandrian epic poetry», *Class. Quart.* 17 (1967), 85-97.

—, «Aspects of Apollonius Rhodius’ language», *Papers Liv. Lat. Sem.* (1976), 271-291.

P. KYRIAKOU, *Homeric ‘hapax Legomena ’ in the Argonautica of Apollonius Rhodius*, Stuttgart, 1995.

E. LIVREA, «Una tecnica allusiva apolloniana alla luce dell’ esegesi omerica alessandrina», *Stud. It. Fil. Class.* 44 (1972), 231-243.

G. MARXER, *Die Sprache des Apollonios Rhodios in ihren Beziehungen zu Homer*, tesis doct., Zúrich, 1935.

A. RENGAROS, *Apollonios Rhodios und die antike Homererklärung*, Múnich, 1994.

M. VALVERDE, «Las instrucciones de Medea como discurso-programa en A.R. III 1026-62», *Actas VII Congr. Esp. Est. Clás.* II, Madrid, 1989, 357-363.

H. C. R. VELLA, *Enjambement and some metrical technicalities in Apollonius of Rhodes*, Harare, 1982.

M. VÍLCHEZ, «Estructura literaria y métrica en la poesía de catálogo helenística», *Habis* 16 (1985), 67-94.

—, «El epíteto en Apolonio de Rodas: tradición e innovación», *Emérita* 54 (1986), 63-101.

—, «La estructura formal de la comparación en las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas», *Emerita* 57 (1989), 5-35.

8. *Sobre los personajes*

C. R. BEYE, «Jason as love-hero in Apollonios' *Argonautica*», *Greek, Rom. and Byz. Stud.* 10 (1969), 31-55.

A. R. DYCK, «Medea in book 4 of the *Argonautica», Hermes* 117 (1989), 455-470.

D. C. FEENEY, *The Gods in Epic*, Oxford, 1991, págs. 57-98.

H. FRÄNKEL, «Ein Don Quijote unter den Argonauten des Apollonios», *Mus. Helv.* 17 (1960), 1-20.

P. HÄNDEL, «Die Götter des Apollonios als Personen», *Miscellanea Rostagni*, Turín, 1963, 363-381.

T. M. KLEIN, «Apollonius' Jason, hero and scoundrel», *Quad. Urb. C. C.* 42 (1983), 115-126.

G. LAWALL, «Apollonius' *Argonautica*: Jason as anti-hero», *Yale Class. Stud.* 19 (1966), 119-169.

S. A. NATZEL, *Kléa gynaikôn. Frauen in den 'Argonautika' des Apollonios Rhodios*, Trier, 1992.

M. G. PALOMBI, «Eracle e Ila nelle *Argonautiche* di Apollonio Rodio», *Stud. Class. Or.* 35 (1985), 71-92.

E. PHINNEY, «Narrative unity in the *Argonautica*, the Medea-Jason romance», *Trans. Am. Phil. Ass.* 98 (1967), 325-341.

F. VIAN, *«Ī́ēsōn Amēchanḗōn», Studi Ardizzoni*, Roma, 1978, 1023-1041.

9. *Sobre Apolonio y la poesía helenística*

C. CORBATO, *Riprese callimachee in Apollonio Rodio*, Trieste, 1955.

M. M. DEFOREST, *Apollonius ' Argonautica: A Callimachean Epic*, Leiden, 1994.

B. EFFE, «Die Hylas-Geschichte bei Theokrit und Apollonios Rhodios», *Hermes* 120 (1992), 299-309.

E. EICHGRÜN, *Kallimachos und Apollonios Rhodios*, tesis doct., Berlín, 1961.

L. GIL, «La épica helenística», *Estudios sobre el mundo helenístico*, Sevilla, 1971,91-120.

P. HÄNDEL, «Die zwei Versionen der Viten des Apollonios Rhodios», *Hermes* 90 (1962), 429-443.

H. HERTER, «Zur Lebensgeschichte des Apollonios von Rhodos», *Rhein. Mus*. 91 (1942), 310-326.

T. M. KLEIN, «Callimachus, Apollonius Rhodius, and the Concept of the 'Big Book'», *Eranos* 73 (1975), 16-25.

A. KÖHNKEN, *Apollonios Rhodios und Theokrit*, Gotinga, 1965.

M. R. LEFKOWITZ, «The quarrel between Callimachus and Apollonius», *Zeit. Pap. Epigr*. 40 (1980), 1-19.

A. RENGAKOS, «Zur Biographie des Apollonios von Rhodos», *Wien. Stud*. 105 (1992), 39-67.

G. SERRAO, «Ila in Apollonio e in Teocrito», *Problemi di poesia alessandrina* I, Roma, 1971, 109-150.

—, «La genesi del *poeta doctus* e le aspirazioni realistiche nella poetica del primo ellenismo», *Studi Ardizzoni*, Roma, 1978, 909-948.

J. SMOLARCZYK-ROSTROPOWICZ, «Comments on the controversy between Apollonius of Rhodes and Callimachus», *Eos* 67 (1979), 75-79.

10. *Sobre influjo y pervivencia*

A. ARCELLASCHI, *Médée dans le théâtre latin d'Ennius à Sénèque*, Roma, 1990.

W. W. BRIGGS, «Virgil and the Hellenistic Epic», *Auf. Nied. Röm. Welt* II 31, 2 (1981), 948-984.

W. CLAUSEN, *Virgil's Aeneid and the Tradition of Hellenistic Poetry*, Berkeley, 1987.

E. R. CURTIUS, «La nave de los argonautas», *Ensayos críticos sobre la literatura europea*, Barcelona, 1972[2], 504-534.

F. E. DOMÍNGUEZ, *The Medieval Argonautica*, Potomac, 1979.

F. MEHMEL, *Virgil und Apollonius Rhodius*, Hamburgo, 1940.

G. RESTA, *Apollonio Rodio e gli umanisti*, Roma, 1980.

M. VALVERDE, I. VÁZQUEZ, «Varrón Atacino, traductor de las *Argonáuticas», Est. Román.* 5 (*Hom. L. Rubio* II, Murcia, 1988), 1395-1401.

H. VENZKE, *Die orphischen Argonautika in ihrem Verhältnis zu Apollonios Rhodios*, Berlín, 1941.

11. *Sobre el mito*

R. BLATTER, *Lexicon Iconographicum Mythologiae Clasicae* II, 1984, *s.v.* «Argonautai», págs. 591-599 (láms. 430-433).

M. CAMPS, «Apolonio de Rodas y el cuento popular», *Actas VII Congr. Esp. Est. Clás.* II, Madrid, 1989, 111-115.

B. DEFORGE, «Eschyle et la légende des Argonautes», *Rev. Ét. Gr.* 100 (1987), 30-44.

P. DRÄGER, *Argo Pasimelousa*, Stuttgart, 1993.

K. VON FRITZ, «Die Entwicklung der Iason-Medea Sage und die *Medea* des Euripides», *Antike u. Abendl.* 8 (1959), 33-

106.

V. GAGGADIS-ROBIN, *Jason et Médée sur les sarcophages d'époque impériale*, Roma, 1994.

C. GARCÍA GUAL, «El argonauta Jasón y Medea. Análisis de un mito y su tradición literaria», *Habis* 2 (1971), 85-107.

—, «Jasón, el héroe que perdió el final feliz», *Mitos, viajes, héroes*, Barcelona, 1981, 77-120.

K. MEULI, *Odyssee und Argonautika*, Berlín, 1921.

A. MOREAU, *Le mythe de Jason et Médée*, París, 1994.

L. RADERMACHER, *Mythos und Sage bei den Griechen*, Viena, 1938.

L. SÉCHAN, «La légende de Medée», *Rev. Ét. Gr*. 40 (1927), 234-310.

M. VALVERDE, «Orfeo en la leyenda argonáutica», *Est. Clás*. 35 (1993), 7-16.

M. VOJATZI, *Frühe Argonautenbilder*, Würzburg, 1982.

12. *Repertorios*

H. HERTER, *Bursian's Jahresbericht* 285 (1944-55), 221-410.

—, «Apollonios, der Epiker», *RE*, Suppl. 13 (1973), cols. 15-56.

13. *Obras sobre poesía helenística*

P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* I-III, Oxford, 1972.

N. HOPKINSON, *A Hellenistic Anthology*, Cambridge, 1988.

G. O. HUTCHINSON, *Hellenistic Poetry*, Oxford, 1988.

A. KÖRTE, P. HÄNDEL, *La poesía helenística*, Barcelona, 1973.

F. MANAKIDOU, *Beschreibung von Kunstwerken in der hellenistischen Dichtung*, Stuttgart, 1993.

A. RENGAROS, *Der Homertext und die hellenistischen Dichter*, Stuttgart, 1993.

E. R. SCHWINGE, *Künstlichkeit von Kunst. Zur Geschichtlichkeit der alexandrinischen Poesie*, Múnich, 1986.

T. B. L. WEBSTER, *Hellenistic Poetry and Art*, Londres, 1964.

U. VON WILAMOWITZ, *Hellenistische Dichtung in der Zeit des Kallimachos* I-II, Berlín, 1924.

G. ZANKER, *Realism in Alexandrian Poetry*, Londres, 1987.

K. ZIEGLER, *Das hellenistische Epos*, Leipzig, 1966[2] (trad. it.: *L' epos ellenistico*, Bari, 1988).

ARGONÁUTICAS

CANTO I

Comenzando por ti, Febo[1], evocaré las hazañas de los antiguos héroes, que allende la boca del Ponto y a través de las Rocas Cianeas[2] por mandato del rey Pelias guiaron la sólida Argo en pos del vellocino dorado.

Pues tal oráculo había escuchado Pelias: que en el futuro un cruel destino le aguardaba, ser abatido por las intrigas de aquel hombre de su pueblo al que viera con una sola sandalia. Y no mucho después, conforme a tu profecía[3], Jasón, al atravesar a pie el curso del torrencial Anauro, salvó una del lodo, mas perdió allí en el fondo la otra sandalia, retenida en la corriente. Y se presentó a continuación ante Pelias, para asistir al banquete que ofrecía en honor de su padre Posidón y de los demás dioses, mas de Hera Pelásgide[4] no se cuidaba. Al verlo se percató al instante y para él dispuso la prueba de una atribulada navegación, a fin de que en el mar o entre gentes extrañas perdiera el regreso[5].

En cuanto a la nave los cantores de antaño ya celebran que Argos la construyó bajo instrucciones de Atenea[6]. Ahora yo quisiera contar la estirpe y el nombre de los héroes, las rutas del prolongado mar y cuanto realizaron en su errante marcha. ¡Que las Musas sean inspiradoras de mi canto[7]!

Primero mencionemos a Orfeo[8], al que en otro tiempo es fama que la misma Calíope, tras compartir su lecho con el tracio Eagro, alumbrara cerca de la atalaya de Pimplea. De él cuentan que las duras peñas en los montes hechizaba y el curso de los ríos con la armonía de sus cantos. Las encinas silvestres, testimonios aún de aquella melodía, sobre la ribera tracia de Zona se alinean frondosas, apretadas una tras otra, las que,

hechizadas por su lira, hizo él descender hasta allá desde Pieria[9]. Tal era Orfeo, a quien el Esónida, atendiendo a los consejos de Quirón[10], acogió como valedor en sus pruebas, y que reinaba en Pieria Bistónide.

Al instante llegó Asterión, al que había engendrado Cometes. Habitaba Piresias junto a las aguas del voraginoso Apídano cerca del monte Fileo, donde el gran Apídano y el divino Enipeo confluyen, viniendo ambos a reunirse de muy lejos[11].

Tras ellos acudió, dejando Larisa, Polifemo Ilátida, que en otro tiempo, cuando los lapitas se armaron contra los centauros, combatió muy joven entre los esforzados lapitas; mas entonces ya le pesaban sus miembros, pero su ánimo permanecía aún belicoso como antaño[12].

Tampoco aguardó en Fílace[13] mucho tiempo Ífielo, tío materno del Esónida; pues Esón había desposado a su hermana Alcímeda, hija de Fílaco. El parentesco y la inquietud de ésta le empujaban a enrolarse en la tropa.

Ni Admeto, soberano de Feras[14] la de abundantes rebaños, permaneció bajo la atalaya del monte Calcodonio.

Ni permanecieron en Álope[15] los hijos de Hermes ricos en mieses, Érito y Equión, sabedores de engaños. En su marcha les siguió el tercer hermano, Etálides. A éste junto a las corrientes del Anfriso lo alumbró una hija de Mirmidón, Eupolemia de Ptía; en cambio aquellos dos habían nacido de Antianira, la hija de Meneteo.

Y dejando la opulenta Girtón[16] llegó Corono Ceneida, valeroso, pero no mejor que su padre. Pues de Ceneo los cantores celebran que aún vivo sucumbió a manos de los centauros, cuando él solo, lejos de otros héroes, los rechazó, y ellos atacándole de nuevo no pudieron hacerle retroceder más allá ni matarle, sino que indestructible, inflexible, se hundió bajo la tierra golpeado violentamente con recios abetos[17].

Y llegó a su vez Mopso el titaresio, de entre todos al que mejor había enseñado el Letoida los presagios de las aves[18].

Vino también Euridamante, hijo de Ctímeno. Cerca del lago Jiniade, habitaba Ctímena en Dolopia[19]. [70]

Y también Áctor hizo partir desde Opunte a su hijo Menecio, para que marchase con los héroes[20].

Le seguían Eurición y el vigoroso Eribotes, uno hijo de Teleonte, el otro de Iro Actórida: efectivamente el afamado Eribotes era hijo de Teleonte y Eurición hijo de Iro. Con ellos también iba, el tercero, Oileo, excelente por su valor y [75] experto en arrojarse por detrás contra los enemigos, tras haber doblegado sus filas[21].

De Eubea luego vino Canto, a quien por su deseo enviaba Caneto Abantíada. No había de regresar de vuelta a Cerinto; pues era su destino que él e igualmente Mopso, experto [80] en adivinaciones, perecieran en su errante marcha en los confines de Libia[22]. Que no hay para los hombres desgracia tan remota que no alcancen, cuando a aquéllos incluso los sepultaron en Libia, tan lejos de los colcos como distantes [85] se ven los ocasos y las salidas del sol[23].

Con él se reunieron Clitio e Ífito, guardianes de Ecalia[24], hijos del cruel Éurito, de Éurito a quien procuró un arco el Flechador. Mas no se benefició del regalo, pues pretendió rivalizar con el propio donante[25].

Tras éstos se presentaron los Eácidas, ni juntos ambos ni [90] de la misma procedencia. Pues huyendo se habían establecido lejos de Egina, cuando a su hermano Foco mataron por imprudencia. Telamón residía en la isla ática y Peleo tenía su morada lejos en Ptía[26].

[95] Tras éstos llegó de Cecropia[27] el belicoso Butes, hijo del noble Teleonte, y Falero el de buena lanza. Alcón, su padre, lo enviaba; no tenía ya otros hijos que cuidaran de su

vejez y su vida, pero a su amado y único hijo no obstante lo enviaba, [100] para que entre audaces héroes se distinguiera. En cuanto a Teseo, que sobre todos los Erecteidas[28] descollaba, una invisible atadura lo retenía bajo la tierra del Ténaro, adonde había seguido a Pirítoo en un viaje inútil. Ambos por cierto habrían hecho más fácil para todos el cumplimiento de la empresa[29].

[105] Tifis Hagníada abandonó Sifas, población de Tespias[30]; era hábil en prever la ola que se encrespa del ancho mar, hábil ante las tempestades del viento y en guiar la navegación por medio del sol y de una estrella. La propia Atenea [110] Tritónide[31] lo empujó a la tropa de los héroes, y él se presentó ante ellos como deseaban. Pues ella misma también construyó la rápida nave y con ella colaboró Argos Arestórida bajo sus instrucciones. Por eso fue la mejor de todas las naves cuantas a fuerza de remos se han aventurado a la mar.

Fliante a su vez acudió tras ellos desde Aretírea, donde [115] habitaba opulento gracias a su padre Dioniso, próximo a las fuentes del Asopo[32].

Y de Argos llegaron Tálao y Areo, hijos de Biante, y el valeroso Leódoco, a los que había alumbrado Pero, la Neleide; por ella el Eólida Melampo sufrió penoso infortunio [120] en los establos de Íficlo[33].

Y tampoco, en modo alguno, sabemos que la fuerza de Heracles, de firme corazón, desatendiera el deseo del Esónida[34]. Sino que, cuando oyó la noticia de que los héroes se reunían, apenas hubo recorrido el camino de Arcadia a Argos [125] Lircea[35], por donde traía vivo el jabalí que pastaba en los valles de Lampea por la vasta marisma del Erimanto, de sus anchas espaldas lo descargó, envuelto en ataduras, a la entrada de la plaza de Micenas, y él por propia voluntad [130] contra los planes de Euristeo partió[36]. Con él

iba también Hilas, su noble compañero, muy joven, portador de sus flechas y guardián de su arco.

Tras él llegó un descendiente del divino Dánao, Nauplio. Pues era, en efecto, hijo de Clitoneo Naubólida, y [135] Náubolo a su vez de Lerno. Y Lerno precisamente sabemos que era hijo de Preto Nauplíada. Y en otro tiempo la joven Danaide Amimone, tras compartir el lecho con Posidón, alumbró a Nauplio, que sobre todos descollaba en la navegación[37].

Idmón se presentó el último de cuantos habitaban Argos, [140] pues, aun conociendo su destino por los augurios, acudía para que el pueblo no recelara de su noble fama[38]. No era él en realidad hijo de Abante; sino que el Letoida mismo lo había engendrado para que se contara entre los gloriosos Eólidas[39], y él mismo le había enseñado a cuidarse de las [145] profecías y de los augurios así como a observar las señales en el fuego.

Y también la etolia Leda hizo venir desde Esparta al robusto Polideuces y a Cástor, experto en corceles de veloces patas. En la casa de Tindáreo ella los había alumbrado en un solo parto, a sus hijos muy amados; y no desatendió sus [150] ruegos, pues imaginaba honores dignos del lecho de Zeus[40].

Y los Afaretíadas Linceo y el soberbio Idas vinieron de Arene, confiados ambos en su gran fuerza. Linceo destacaba también por su agudísima vista, si es cierta la fama de que aquel héroe fácilmente podía divisar incluso hasta debajo de [155] la tierra[41].

Con ellos se puso en camino Periclímeno Nelida, el mayor de cuantos hijos nacieron en Pilo del divino Neleo[42]. Posidón le había otorgado una fuerza inmensa y el poderse transformar, mientras luchaba, en lo que deseara en la [160] apretura del combate.

Y también Anfidamante y Cefeo vinieron desde Arcadia, que habitaban Tegea y el dominio de Afidante, hijos ambos de

Áleo. En su marcha los siguió un tercero, Anceo, a quien enviaba su padre Licurgo, el hermano mayor de [165] aquellos dos. Pero él permaneció en la ciudad para cuidar de Áleo que ya envejecía[43], y a su hijo lo confió como compañero a sus hermanos. Éste llegó blandiendo una piel de osa del Ménalo y, en su diestra, una gran hacha de doble filo[44]; pues su abuelo Áleo le había ocultado las armas en lo más [170] recóndito de una cabaña, por si de algún modo aún le impedía marchar también a él.

Acudió también Augías, de quien se cuenta que era hijo de Helios. Reinaba él sobre los eleos[45], ufano de su riqueza; [175] y mucho ansiaba ver la tierra Cólquide y al propio Eetes, jefe de los colcos[46].

Asterio y Anfión, hijos de Hiperasio, llegaron de Pelene de Acaya, ciudad que antaño fundara su abuelo Pelén en las alturas de Egíalo[47].

A su vez, dejando el Ténaro, llegó tras ellos Eufemo, el [180] más veloz de todos, a quien Europa, hija del poderoso Ticio, había alumbrado para Posidón. Aquel héroe incluso corría sobre el oleaje del glauco mar y no sumergía sus ágiles pies, sino que mojando apenas la punta de sus plantas se movía por el húmedo sendero[48].

[185] Y llegaron otros dos hijos de Posidón: uno, Ergino, tras abandonar la ciudadela del ilustre Mileto[49]; el otro, el soberbio Anceo, dejando atrás Partenia[50], residencia de Hera Imbrasia. Ambos se gloriaban de ser entendidos tanto en la navegación como en la lucha.

[190] Tras ellos acudieron el vigoroso Meleagro Eneida, procedente de Calidón, y Laoconte; Laoconte era hermano de Eneo, mas no de la misma madre, sino que lo había alumbrado una esclava. A éste, ya anciano, lo enviaba Eneo como [195] tutor de su hijo, que así, todavía un muchacho, se incorporaba a la valerosa tropa de héroes. Y creo que ningún otro habría

llegado superior a él, excepto Heracles, si permaneciendo allí tan sólo un año más hubiera continuado su crianza entre los etolios[51].

Y también su tío materno Íficlo Testíada, muy hábil en pelear con la lanza y también a pie firme, lo acompañó en su marcha por el mismo camino[52].

Con ellos iba Palemonio, hijo del olenio Lerno; hijo de Lerno por el nombre, que por el linaje era hijo de Hefesto; por eso era cojo de ambos pies[53]. Pero a su figura y su valor nadie habría osado poner tacha; por lo cual también se contaba entre todos los héroes acrecentando la gloria de Jasón.

De entre los focenses vino Ífito, nacido de Náubolo Omitida. Era su huésped desde antes, cuando aquél marchó a Pito a consultar los oráculos sobre la navegación. Pues allí lo acogió en su casa[54].

A su vez llegaron Zetes y Calais, hijos de Bóreas, a los que antaño Oritía Erecteide había alumbrado para Bóreas en el extremo de Tracia de crudos inviernos. Allí se la había llevado el tracio Bóreas desde Cecropia mientras danzaba en un coro delante del Iliso; y conduciéndola lejos, al lugar que llaman Peña Sarpedonia, junto al curso del río Ergino, la poseyó rodeándola de sombrías nubes[55]. Ellos dos, en las sienes y a cada lado de los pies, agitaban elevándose unas alas oscuras, prodigio admirable, brillantes con plumas doradas; y sobre sus espaldas, desde lo alto de la cabeza y a uno y otro lado del cuello, sus negras cabelleras ondeaban con el viento[56].

Y tampoco, en modo alguno, deseaba Acasto, hijo del mismo Pelias poderoso, permanecer en la casa de su padre, ni Argos, colaborador de la diosa Atenea[57]; sino que también ellos dos iban a enrolarse en la tropa.

Tantos se reunieron en ayuda del Esónida. A estos héroes, a todos en conjunto, los habitantes de alrededor los

llamaban Minias[58], puesto que la mayoría y los mejores se jactaban de ser de la sangre de las hijas de Minia. Y así al propio Jasón lo había engendrado su madre Alcímeda, nacida de Clímene Miníade.

Y una vez que los sirvientes dispusieron todos los preparativos [235], de cuantos se equipan en su interior las naves provistas de remos cuando la necesidad lleva a los hombres a navegar sobre el mar, entonces ya marcharon hacia la nave a través de la ciudad, adonde la costa se llama Págasas de Magnesia[59]. Mientras avanzaban, la multitud del pueblo corría a su alrededor. Pero ellos se distinguían, como estrellas rutilantes entre las nubes. Y así decía cada uno, al verlos [240] apresurarse con sus armas:

«¡Zeus soberano! ¿Cuál es la intención de Pelias? ¿Adónde empuja una tropa tan grande de héroes fuera de la tierra Panaquea?[60]. En un mismo día podrían arrasar con fuego devastador las moradas de Eetes, si no les entregara [245] de buen grado el vellón. Pero ineludibles son los caminos, y ardua la tarea en su viaje».

Así decían aquí y allá por la ciudad. Las mujeres reiteradamente alzaban sus brazos al cielo, a los inmortales, suplicando que les concedieran un feliz término del regreso. Y una a la otra, derramando lágrimas, se lamentaba: [250]

«Infeliz Alcímeda, también a ti, aunque tarde, te llegó la desgracia y no pudiste acabar tu vida en la dicha. Y para Esón, ¡qué infortunio tan grande! En verdad hubiera sido mejor para él, si desde antes, envuelto en honras fúnebres, yaciera bajo la tierra, ignorante aún de tan penosas pruebas. [255] Ojalá que también a Frixo, cuando pereció la doncella Hele, el negro oleaje lo hubiera sumergido junto con el carnero. Pero incluso emitió una voz humana el terrible monstruo[61], para ocasionar a Alcímeda luego aflicciones y dolores incontables».

Así hablaban éstas mientras ellos se dirigían a la salida. [260]

Ya se congregaban numerosos siervos y siervas, y su madre abrazada a él[62]; y un dolor agudo penetraba a cada una. Con ellos el padre, sumido en la funesta vejez, gemía arropado en el lecho. Entonces él intentaba calmar sus [265] aflicciones infundiéndoles ánimos. Ordenó a los sirvientes traer sus armas de guerra, y ellos en silencio, cabizbajos, las trajeron. Su madre, como al principio había rodeado los brazos en torno a su hijo, así lo retenía llorando más copiosamente, [270] como una muchacha que en su soledad gime con cariño abrazada a su canosa nodriza, pues no tiene ya otros que la cuiden, sino que arrastra una vida miserable bajo su madrastra. Ésta acaba de maltratarla con abundantes reproches, y en su interior el corazón, entre sollozos, encadenado [275] está por la desdicha y no puede derramar el llanto tan grande que la inflama. Tan copiosamente lloraba Alcímeda teniendo a su hijo entre los brazos. Y tales palabras decía en su angustia:

«Ojalá aquel día en que oí, infeliz de mí, al rey Pelias [280] pronunciar el terrible mandato, al instante hubiera rendido mi alma y olvidado mis cuitas, para que tú mismo me hubieses dado sepultura con tus manos queridas, hijo mío. Pues este único anhelo me quedaba ya de ti, todas las demás compensaciones por tu crianza desde hace tiempo las disfruto. Mas ahora yo, que antes era admirada por las aqueas, [285] como una esclava seré abandonada en el vacío palacio, consumiéndome, infortunada, de añoranza por ti, por quien antes tenía mucha gloria y renombre, el único por quien desaté mi cinturón por primera y última vez. Pues la diosa Ilitía me [290] negó por entero una descendencia abundante[63]. ¡Ay, qué desgracia la mía! Nunca, ni siquiera en un sueño, hubiese imaginado que la huida de Frixo sería para mí una desdicha».

Así ella sollozando se lamentaba. Las sirvientas gemían a su lado. Y él, alentándola con melífluas palabras, le habló:

«No te infundas, madre, tal exceso de tristes aflicciones por mí, ya que no apartarás la desgracia con lágrimas, sino que aún incluso a los dolores dolor podrías añadir. Pues los dioses distribuyen a los mortales sufrimientos imprevisibles, de los cuales, aunque afligida en tu ánimo, resígnate a sobrellevar tu parte. Confía en el patrocinio de Atenea y en los oráculos, ya que muy favorables los dictó Febo, y luego además en la ayuda de los héroes. Pero tú ahora quédate aquí tranquila con tus criados en la casa y no seas un ave siniestra para el navío. Hasta allí me acompañarán en mi marcha parientes y siervos»[64].

Dijo y salió de la casa para ponerse en camino. Cual desde su perfumado templo avanza Apolo por la sacrosanta Delos o por Claros o por Pito o por la anchurosa Licia junto a las corrientes del Janto[65], tal marchaba aquél entre la multitud del pueblo y un clamor surgía de ellos que lo animaban al unísono. A su encuentro vino la anciana Ifíade, sacerdotisa de Ártemis protectora de la ciudad, y le besó la mano derecha. Mas no pudo hablarle, a pesar de su deseo, por el avance presuroso de la muchedumbre, sino que ella se quedó allí a un lado, como una anciana apartada de los más jóvenes, y él muy alejado se perdió en la distancia.

Y una vez que dejó las bien trazadas calles de la ciudad, llegó a la costa de Págasas, donde lo acogieron sus compañeros que aguardaban reunidos junto a la nave Argo. Se detuvo en la salida y ellos se congregaron ante él. Divisaron a Acasto y también a Argos que a lo lejos descendían de la ciudad, y se asombraron al verlos venir derechos a toda prisa contra la voluntad de Pelias[66]. El uno, Argos Arestórida, había echado sobre sus hombros una piel de toro de negro pelaje que le llegaba a los pies, y el otro un bello manto doble[67] que le había regalado su hermana Pelopea. Pero, no obstante, se abstuvo de preguntar a ambos cada detalle, y los invitó a sentarse en asamblea. Allí mismo sobre

las velas enrolladas y sobre el mástil tumbado se sentaron todos en filas. Y el hijo de Esón les habló prudente:

«Todo cuanto conviene al equipamiento de una nave, completamente todo está en orden y dispuesto para la partida. Así que por ese motivo no podemos demorar mucho tiempo la navegación, tan pronto como soplen los vientos. Pero, amigos, puesto que común será en el futuro el regreso a la Hélade y comunes son para nosotros los caminos hacia la tierra de Eetes, por ello elegid ahora sin recelo al mejor de entre vosotros como jefe, que vele por cada cosa, por decidir las disputas y los pactos con los extranjeros».

Así habló. Los jóvenes dirigieron su mirada al valeroso Heracles, sentado en medio, y todos a una sola voz le pidieron que tomara el mando. Mas él, desde el mismo lugar donde estaba sentado, alzó su mano derecha y dijo[68]:

«Que nadie me confíe este honor. Pues yo no le obedeceré y asimismo impediré que otro se levante[69]. Que mande el grupo el mismo que nos ha reunido».

Habló de modo altanero; y ellos lo aprobaron, como exigía Heracles. Se levantó el marcial Jasón en persona, gozoso, y se dirigió así a ellos que lo deseaban:

«Si en verdad me encomendáis ocuparme de tal honor, entonces que no se detenga ya nuestra marcha como antes. Ahora ya congraciémonos a Febo con sacrificios y dispongamos el banquete al instante. Mientras vienen mis sirvientes, mayorales de los establos, que están encargados de traer aquí bueyes bien escogidos del rebaño, entretanto podríamos sacar la nave al mar y, tras depositar en ella todos los aparejos, sortead los remos por bancos. Al mismo tiempo erijamos también sobre la costa un altar en honor de Apolo Embasio[70], que en su oráculo prometió señalarme y mostrarme las rutas del mar, si comienzo mis trabajos para el rey con sacrificios en su honor».

Dijo y se aplicó a la tarea el primero. Ellos se levantaron obedeciéndole y depositaron sus ropas amontonadas sobre una roca lisa, a la que no alcanzaba el mar con sus olas, pero [365] que desde antiguo el agua salobre de las tempestades había lavado. En cuanto a la nave, según las instrucciones de Argos, primero la ciñeron fuertemente con un cable bien trenzado por dentro, que tensaban de uno y otro lado, para que los maderos quedaran bien ensamblados por las clavijas y resistieran el embate violento del oleaje[71]. En seguida cavaron [370] de ancho cuanto espacio ocupaba y, desde la proa hasta el mar, cuanto trecho debía recorrer arrastrada por sus brazos. Y progresivamente excavaban más hondo cada vez [375] desde el estrave[72]. En el surco tendieron pulidos rodillos e inclinaron la nave hacia abajo sobre los primeros rodillos, para que se dejara llevar deslizándose por ellos. De uno y otro lado invirtieron los remos hacia arriba, dejándolos sobresalir [380] un codo, y los sujetaron a los escálamos. En el intervalo entre éstos se colocaron ellos mismos por ambos lados y apoyaron a la vez el pecho y las manos. Entonces Tifis embarcó, para incitar a los jóvenes a empujar en el momento oportuno. Lanzó un grito enorme para exhortarlos y ellos al instante con el peso de su fuerza la sacaron en un [385] solo impulso del interior del varadero. Se afianzaron sobre sus piernas presionando hacia delante; la Argo del Pelión[73] los siguió velozmente y ellos desde cada lado gritaban al avanzar impetuosos. Bajo la recia quilla gemían los rodillos por el rozamiento[74] y a su alrededor fluía un humo oscuro [390] debido al peso. Se deslizó hasta el mar; y ellos al punto, tirando hacia atrás de los cables, contenían su marcha adelante. En ambos lados fijaron los remos a los escálamos y pusieron a bordo el mástil, las velas bien trabajadas y las provisiones.

Y una vez que se ocuparon hábilmente de cada detalle, [395] primero se distribuyeron los bancos por sorteo disponiendo dos hombres en cada uno[75]. Pero el de en medio lo reservaron para Heracles y, de entre los demás héroes, para

Anceo, que habitaba la ciudadela de Tegea; solamente a ellos les dejaron el banco de en medio así, sin sorteo alguno[76]. De común acuerdo encomendaron a Tifis custodiar el timón del navío de recio estrave.

Después, recogiendo piedras cerca del mar, elevaron allí mismo sobre la costa un altar en honor de Apolo, bajo la advocación de Actio y Embasio[77]; y rápidamente tendieron encima troncos de olivo seco. Entretanto los boyeros del Esónida habían sacado del rebaño dos bueyes y los traían. Los más jóvenes de los compañeros los arrastraron cerca del altar, y a continuación otros procuraron el agua lustral y los granos de cebada. Entonces Jasón suplicaba invocando a Apolo, el dios paterno:

«Escúchame, soberano que habitas Págasas y la ciudad Esónida, que de nuestro padre lleva el nombre[78], tú que me prometiste, cuando consulté tu oráculo en Pito, señalarme el cumplimiento y los términos del viaje, pues tú mismo fuiste el origen de mis trabajos[79]. Tú mismo ahora guía la nave con mis compañeros indemnes hasta allí y de retorno a la Hélade. Y luego en tu honor ofreceremos de nuevo sobre el altar espléndidos sacrificios de tantos toros como hombres hayamos regresado. Y otros presentes a Pito y otros a Ortigia[80] llevaré innumerables. Mas ahora ven, Flechador, y acógenos este sacrificio que te ofrecemos como primera muestra de gratitud por el embarque en esta nave. Ojalá que yo, soberano, suelte amarras para un destino venturoso gracias a tu designio; y que sople un viento suave, con el cual naveguemos serenos sobre el mar».

Dijo y con la plegaria arrojó los granos de cebada. Junto a los bueyes ciñeron ambos su cintura, el soberbio Anceo y Heracles. Entonces éste con la maza golpeó a uno en el centro de la cabeza, sobre la frente, y precipitándose allí mismo como una masa cayó en tierra. Anceo golpeando en la ancha cerviz del otro con su hacha de bronce le segó

los recios tendones, y se desplomó abatido sobre sus dos cuernos. Los compañeros los degollaron rápidamente y les quitaron las pieles; los despiezaron y trocearon, y cortaron los muslos consagrados. Y tras cubrirlos todos juntos con [435] abundante grasa, los quemaban sobre los leños. El Esónida vertía libaciones puras[81]. Y se alegraba Idmón al contemplar la llama que fulgía por todas partes de los sacrificios y el humo que de ella se alzaba en oscuras espirales como presagio favorable. Y al punto claramente reveló la voluntad del Letoida:

[440] «Para vosotros en verdad es designio de los dioses y necesidad regresar aquí con el vellocino; pero en medio, hasta allí y al volver acá, innumerables son las pruebas. En cambio para mí está determinado por el cruel destino de un dios [445] morir lejos en alguna parte sobre el continente de Asia. Así, conociendo ya de antemano mi suerte por funestos augurios, salí de mi patria para embarcar en la nave y que, al embarcar, noble fama quedara en mi casa».

Así habló. Los jóvenes, al oír las profecías, se alegraron por el regreso, mas el dolor les sobrecogió por el destino de Idmón.

Cuando el sol ya sobrepasa el pleno día y comienzan a [450] ensombrecerse los campos al pie de las cumbres, al declinar el sol bajo el crepúsculo de la tarde, entonces ya todos sobre la arena, tras haber esparcido espeso follaje delante de la blanca ribera, estaban reclinados uno tras otro. Junto a ellos [455] había incontables viandas y delicioso vino, que los coperas escanciaban con jarras. Después unos a otros se contaban alternativamente muchos relatos, como los jóvenes se deleitan con placer en el banquete y en el vino, cuando está ausente la perniciosa insolencia. Pero entonces el Esónida [460] aturdido meditaba en sí mismo cada cosa, semejante a un hombre abatido. Y al percatarse Idas le increpó con fuerte voz:

«Esónida, ¿qué idea es esa que revuelves en tu mente? Expresa ante nosotros tu pensamiento. ¿Acaso te invade y te domina el miedo, que asusta a los hombres sin valor? Juro [465] ahora, por mi lanza impetuosa, con la que alcanzo en los combates mayor gloria que los demás —y ni siquiera Zeus me engrandece tanto como mi lanza—, que no habrá funesta desgracia ni prueba irrealizable mientras te siga Idas, [470] aunque un dios se antepusiera[82]. Tal valedor llevas en mí desde Arene».

Dijo y, sosteniendo con ambas manos su copa rebosante, bebió el delicioso vino puro y regó con el vino sus labios [475] y su negra barba[83]. Los otros vociferaron todos a un tiempo e Idmón le replicó abiertamente:

«Desdichado, ¿tienes ya desde antes pensamientos aciagos para tí, o acaso para tu desgracia el vino puro inflama tu osado corazón en el pecho y te ha empujado a menospreciar a los dioses? Otras palabras hay alentadoras, con las que [480] podría un hombre animar a un compañero. Mas tú has dicho cosas del todo orgullosas. Parecidas injurias es fama que en otro tiempo lanzaron también contra los inmortales los hijos de Aloeo, a los que ni siquiera te igualas en hombría, y sin embargo, aunque eran valerosos, fueron ambos derribados por los veloces dardos del Letoida»[84].

[485] Así habló. Se echó a reír holgadamente Idas el de Afareo y frunciendo el ceño le respondió con improperios:

«¡Vamos!, dime, pues, con tus vaticinios si también para mí los dioses reservan una muerte semejante a la que tu padre [490] dio a los hijos de Aloeo. Pero advierte cómo podrías escapar vivo de mis manos, si fueses descubierto vaticinando una vana profecía»[85].

Le vituperaba encolerizado. Y la disputa habría llegado más lejos, si los compañeros con sus reproches y el propio Esónida no hubieran aplacado a los contendientes[86]. Y a su

vez Orfeo sosteniendo la cítara con su mano izquierda ensayaba [495] el canto.

Cantaba cómo la tierra, el cielo y el mar, otrora confundidos entre sí en una forma única, a consecuencia de una discordia funesta se disgregaron cada uno por su lado; y cómo fijada para siempre en el éter tienen su demarcación los astros y los caminos de la luna y del sol; y los montes [500] cómo surgieron y cómo nacieron los ríos sonoros con sus propias ninfas y todos los animales[87]. Cantaba cómo al principio Ofión y la Oceánide Eurínome tenían el dominio del nevado Olimpo; y cómo, ante la fuerza de sus brazos, [505] cedieron su dignidad el uno a Crono, la otra a Rea, y se precipitaron en las olas del Océano. Y aquéllos reinaron entonces sobre los Titanes, dioses bienaventurados, mientras Zeus, niño aún, alentando aún espíritu infantil, moraba bajo la gruta Dictea[88]; y los Cíclopes, nacidos de la tierra, [510] no le habían fortalecido aún con el rayo, el trueno y el relámpago; pues éstos confieren a Zeus su gloria[89].

Dijo. Y detuvo su lira a la vez que su voz inmortal; ellos, aunque había cesado, adelantaban aún con ansia sus cabezas, todos a un tiempo, con los oídos atentos, embelesados [515] por el hechizo; tal fascinación les había infundido su canto[90]. Y no mucho después, tras mezclar libaciones en honor de Zeus, según el ritual, las vertían puestos en pie sobre las lenguas ardientes de las víctimas[91], y se procuraban el sueño en la noche.

Mas cuando la resplandeciente aurora con sus ojos brillantes [520] contempló las escarpadas cimas del Pelión y, agitado por el viento, batía el mar los serenos promontorios, entonces despertó Tifis. En seguida incitó a sus compañeros a embarcar en la nave y a disponer los remos. Terriblemente bramó el puerto de Págasas y también la propia Argo del [525] Pelión, apremiándoles a partir. Pues en ella había incrustado un madero divino, que en medio del estrave ajustara Atenea de

una encina de Dodona[92]. Y ellos, subiendo a los bancos uno detrás de otro, en el lugar que se habían distribuido antes [530] para remar, se sentaron ordenadamente junto a sus armas. En medio se colocaron Anceo y la gran fortaleza de Heracles, que puso al lado su maza; y bajo sus pies se hundió la carena del navío[93]. Se recogían ya las amarras y hacían libaciones de vino sobre el mar. Entonces Jasón llorando apartó los ojos de la tierra paterna. [535]

Como los jóvenes en Pito o en Ortigia o cabe las aguas del Ismeno[94] forman un coro en honor de Febo y al son de la lira en torno al altar golpean el suelo juntos armoniosamente con sus ágiles pies; así ellos, al son de la cítara de [540] Orfeo, batían con los remos el agua impetuosa de la mar y las olas rompían con fragor[95]. A un lado y a otro chorreaba de espuma el negro oleaje borbotando terriblemente por el impulso de los vigorosos héroes. Semejantes al fuego destellaban las armas bajo el sol al avanzar la nave. Y sin cesar [545] blanqueaban los largos caminos, cual sendero que entre la verde llanura se divisa.

Los dioses todos desde el cielo contemplaban aquel día la nave y la estirpe de héroes semidivinos[96], que entonces, los más valerosos, navegaban por el mar. Sobre las más altas cumbres las ninfas del Pelión se pasmaban admirando la [550] obra de Atenea Itónide[97] y a los propios héroes que con sus manos agitaban los remos. Y desde lo alto del monte llegó junto al mar Quirón, hijo de Fílira; mojó sus pies en la blanca rompiente del oleaje, y animándolos muchas veces con [555] su robusta mano deseó un regreso indemne a los que partían. Junto a él su esposa tenía en brazos al Pelida Aquiles y lo mostraba a su padre querido[98].

Cuando ellos dejaron atrás la redondeada costa del [560] puerto gracias a la sagacidad y la prudencia del habilidoso Hagníada Tifis, que entre sus manos gobernaba con pericia el bien pulido timón para dirigirlo firmemente, entonces ya

erigieron el gran mástil en la carlinga y lo ataron con cables [565] que tensaron de uno y otro lado. Tras izar la vela en lo alto, la desplegaron mástil abajo y una sonora brisa la hinchó. Sobre la cubierta enrollaron las drizas por separado en los pulidos garruchos y sobrepasaron tranquilos el largo promontorio [570] Tiseo[99]. Para ellos el hijo de Eagro, al son de la lira, celebraba con su armonioso canto a Ártemis Salvanaves, la de noble padre, que guarda aquellas atalayas marinas y protege también la tierra de Yolco[100]. Los peces, saltando fuera del profundo mar, los enormes mezclados con los pequeños, les seguían brincando a través de los húmedos senderos[101]. [575] Como cuando tras los pasos del rústico pastor siguen incontables las ovejas, saciadas por completo de hierba, hasta el redil, y él marcha delante con su zampoña sonora tocando bellamente una pastoril melodía; así entonces aquéllos les acompañaban y sin cesar empujaba la nave una brisa impetuosa.

[580] En seguida se ocultaba en la bruma la fértil tierra de los pelasgos, pasaban de largo los acantilados del Pelión navegando siempre adelante, y se ocultaba el promontorio de Sepias. En medio del mar aparecía Escíato y aparecían a lo lejos Piresias, la costa continental de Magnesia bajo un [585] cielo apacible y la tumba de Dólope[102]. Allí al atardecer atracaron al soplar en contra el viento. Y en honor de aquél quemaron bajo el crepúsculo sacrificios de ovejas, mientras el mar se encrespaba con el oleaje[103]. Dos días permanecieron en la costa. Mas al tercero botaron la nave y tendieron [590] en lo alto la vela mayor. A esta costa la llaman todavía Partida de la Argo[104].

Desde allí navegaban adelante frente a Melibea, con su litoral y su playa desapacible a la vista. Al alba pronto divisaban Hómole, inclinada hacia el mar, y la costeaban. Poco [595] después iban ya a sobrepasar las corrientes del río Ámiro. A continuación avistaron Eurímenas y los acantilados

del Osa y del Olimpo batidos por el fuerte oleaje[105]. Y luego pasaron de noche las colinas de Palene más allá del cabo Canastro, navegando con el soplo del viento[106]. Por la mañana, [600] mientras avanzaban, surgió ante ellos el monte tracio del Atos, el cual, aunque está de Lemnos tan distante cuanto podría recorrer hasta el mediodía una nave bien equipada, la cubre de sombra con su elevadísima cumbre incluso hasta [605] Mirina[107]. Durante el día y hasta el crepúsculo les sopló una brisa muy fuerte y se mantuvieron desplegadas las velas de la nave. Pero, al tiempo que los rayos del sol, cesó el viento y a remo alcanzaron la rocosa Lemnos de los sintios[108].

Allí toda la población a la vez había sido abatida sin [610] piedad el año anterior por la acción criminal de las mujeres. En efecto los varones, tomándoles odio, repudiaron a sus mujeres legítimas y tenían un apasionado amor por las cautivas que ellos mismos traían de la costa de enfrente en sus saqueos de Tracia, desde que la terrible cólera de Cipris les [615] perseguía, porque la habían privado de honores por largo tiempo[109]. ¡Oh infelices, miserablemente desenfrenadas de celos!, no sólo aniquilaron, junto con aquéllas, a sus propios esposos en el lecho, sino a la vez a todo el linaje masculino, para no pagar en el futuro castigo alguno de su abominable [620] crimen. La única de entre todas que libró a su venerable padre fue Hipsípila, hija de Toante que a la sazón reinaba sobre el pueblo. En un cofre hueco lo arrojó para que fuera llevado sobre el mar, por si acaso lograba salvarse. Y lo rescataron [625] unos pescadores junto a la isla llamada antes Enea y más tarde Sícino[110], de Sícino al que alumbró la ninfa náyade Enea tras compartir el lecho con Toante. A estas mujeres el pastoreo de los bueyes, el vestir broncíneas armaduras y el arar los campos fértiles en trigo les era más fácil a todas que las labores de Atenea[111] en las que antes siempre se [630] ocupaban. Pero, no obstante, muy a menudo

escrutaban con sus ojos el ancho mar con un miedo terrible al momento en que vinieran los tracios.

Por ello, cuando vieron la Argo navegando a remo cerca de la isla, en seguida todas juntas, tras vestir sus armas de guerra, acudían a la playa fuera de las puertas de Mirina, semejantes a Tíades devoradoras de carne cruda[112]. Pues decían que sin duda llegaban los tracios. Con ellas Hipsípila, hija de Toante, revistió las armas de su padre. En su incertidumbre afluían silenciosas, tal era el temor que se cernía sobre ellas[113].

Y entretanto los héroes desde la nave enviaron a Etálides, raudo mensajero a quien confiaban cuidar de las embajadas y el cetro de Hermes, su padre, el cual le había otorgado memoria imperecedera de todas las cosas. Ni aún ahora, que ha partido a los sombríos torbellinos del Aqueronte, el olvido ha penetrado en su alma. Al contrario, ésta tiene asignada por el destino una alternancia siempre inmutable, unas veces se cuenta entre los subterráneos, otras veces a la luz del sol entre los hombres vivos[114]. Pero ¿qué necesidad hay de que yo relate en extenso la historia de Etálides? Él persuadió entonces a Hipsípila, al acabar el día, de acoger a los viajeros durante la noche. Mas tampoco al alba desataron las amarras de la nave debido al soplo del Bóreas[115].

Las mujeres lemnias a través de la ciudad venían a sentarse en asamblea; pues lo ordenó la propia Hipsípila. Y cuando ya todas en gran multitud se reunieron, en seguida ésta hablaba en medio de ellas exhortándolas:

«¡Ea!, amigas, procuremos a los hombres agradables regalos, cuales conviene que tengan y lleven consigo en la nave, provisiones y delicioso vino, para que en todo momento permanezcan fuera de las murallas; no sea que, viniendo por necesidad a nosotras, conozcan la verdad y una fama siniestra llegue hasta muy lejos, puesto que una grave acción

cometimos. Y tampoco a ellos ésta les resultaría grata en absoluto, si la conocieran. Tal es el plan que ahora [665] se nos ha ocurrido. Si alguna de vosotras concibe una idea mejor, que se levante; pues a causa de esto precisamente os he convocado aquí».

Así habló y se sentó en el sitial de piedra de su padre[116]. Y después se levantó su nodriza Polixo, renqueante sobre [670] sus piernas ya flacas por la vejez, apoyada en un bastón, pero muy ansiosa de hablarles. Cerca de ella estaban sentadas también cuatro doncellas no desposadas, cubiertas de blancos cabellos[117]. Se puso de pie en medio de la asamblea, lentamente con dificultad irguió el cuello de su espalda encorvada y dijo así:

[675] «Regalos, como place a la propia Hipsípila, enviemos a los extranjeros, puesto que ciertamente es mejor dárselos. Pero vosotras ¿qué plan tenéis para salvar la vida, en caso de que ataque un ejército tracio o algún otro de los enemigos, lo cual es frecuente entre los hombres, como ahora [680] mismo esa tropa se ha presentado de improviso? Y si alguno de los bienaventurados nos libra de esto, otras penalidades incontables, mayores que la guerra, nos aguardan en el futuro. Cuando ya las mujeres ancianas perezcan y las más jóvenes lleguéis sin descendencia a la odiosa vejez, ¿cómo viviréis entonces, desdichadas? ¿Acaso por sí mismos, en [685] los fértiles labrantíos, los bueyes uncidos al yugo arrastrarán para vosotras a través de la campiña el arado que surca la tierra y, apenas cumplido el ciclo anual, cosecharán la espiga? Yo en verdad, aunque ahora todavía las Ceres se horrorizan de mí[118], creo que para el año venidero probablemente [690] ya la tierra me habrá cubierto y habré obtenido mi parte de honras fúnebres, como es lícito, antes de acercarme a la desgracia. Pero a las más jóvenes os exhorto a meditar bien esto, pues ahora hay en vuestra mano un remedio eficaz, en [695] caso de

que confiéis a los extranjeros vuestras casas, la hacienda toda y el cuidado de esta ilustre ciudad»[119].

Así habló, y la asamblea se llenó de murmullos, pues les agradó el discurso. Tras ella al instante se levantó de nuevo Hipsípila y tal respuesta pronunció a su vez:

«Si a todas complace esta idea, de inmediato puedo despachar un mensajero a la nave».

Dijo y se dirigió a Ifínoe que estaba muy cerca:

«Levántate, Ifínoe, y ve al encuentro de ese hombre, que dirige la expedición, a pedirle que venga a nuestra casa, para que le anuncie una grata resolución del pueblo. Y también a ellos invítalos, si quieren, a entrar confiados en el país y la ciudad como amigos».

Dijo y disolvió la asamblea. Luego se puso en camino hacia su casa. Asimismo Ifínoe llegó ante los Minias. Ellos le preguntaban qué fin se proponía con su visita. Y pronto a sus preguntas apremiantes respondió con estas palabras:

«La hija de Toante, Hipsípila, me ha mandado venir aquí a convocar al jefe de la nave, quienquiera que sea, para anunciarle una grata resolución del pueblo. Y a vosotros también os invita, si queréis, a entrar ahora mismo en el país y la ciudad como amigos»[120].

Así habló, y a todos complacía su favorable discurso. Se imaginaron que por la muerte de Toante reinaba Hipsípila, su hija querida. Pronto enviaban a éste y también ellos mismos se disponían a ir.

Entonces él se abrochó en torno a los hombros un doble manto purpúreo, obra de la diosa Tritónide, que le regalara Palas cuando comenzaba a disponer el entablado de la nave Argo y enseñaba a medir con reglas los baos. Más fácilmente podrías fijar los ojos en el sol saliente que contemplar aquel rojo del manto. Pues el centro era rojo, los

bordes eran enteramente purpúreos[121], y en cada extremo, de un lado a otro, numerosas figuras habían sido bordadas artísticamente[122].

Allí estaban los Cíclopes entregados a su obra imperecedera, fabricando el rayo para Zeus soberano; el cual estaba ya casi acabado en todo su brillo, sólo un destello le faltaba aún, que éstos forjaban con sus férreos martillos, hálito hirviente del fuego abrasador[123].

Allí estaban los dos hijos de la Asópide Antíope, Anfión y Zeto. A su lado, sin murallas aún, se hallaba Tebas, de la que ellos afanosos acababan de echar los cimientos. Zeto llevaba sobre sus hombros la cúspide de una elevada montaña, y parecía fatigarse. Anfión marchaba tras él haciendo resonar su dorada lira y una roca el doble de grande seguía sus pasos[124].

A continuación estaba representada Citerea, la de espesos bucles, sosteniendo el ligero escudo de Ares. De su hombro se había deslizado el tirante de la túnica hasta el codo izquierdo por debajo del seno. Y enfrente su imagen, exactamente igual, aparecía visible en el broncíneo escudo[125].

Allí había un herboso prado de vacas. Y por las vacas peleaban los teléboas y los hijos de Electrión, éstos defendiéndolas y aquéllos, los piratas tafios, intentando arrebatárselas. Con su sangre se regaba la pradera cubierta de rocío, y los muchos forzaban a los pocos pastores[126].

Allí estaban labrados dos carros compitiendo. El de delante lo guiaba Pélope sacudiendo las riendas, y con él estaba Hipodamía de pie a su lado. En persecución de aquél, Mírtilo impulsaba sus caballos; y junto a él Enómao, con la lanza apuntada sujeta en su mano, caía de lado al quebrarse el eje entre los cubos, cuando se aprestaba a atravesar la espalda de Pélope[127].

Allí también estaba representado Febo Apolo, de muchacho [760], aún no muy grande, asaeteando al gigante Ticio que trataba impúdicamente de arrancar el velo a su madre, al cual había engendrado la divina Élara, pero crió y alumbró de nuevo Gea[128].

Allí también estaba el Minio Frixo, como escuchando de [765] verdad al carnero y éste parecía hablarle. Al contemplarlos enmudecerías y se engañaría tu ánimo esperando oír de ellos alguna sabia palabra, y en esa espera por mucho tiempo los admirarías[129].

Tal era, pues, el regalo de la diosa Atenea Tritónide. Él agarró con su diestra la lanza que golpea de lejos, la que una vez en el Ménalo le entregara Atalanta como obsequio de [770] hospitalidad, saliendo a su encuentro con ánimo amistoso, pues mucho ansiaba seguirle en su viaje. Pero él por propia voluntad contuvo a la joven y es que temió duras pendencias a causa de su amor[130].

Echó a andar hacia la ciudad, igual a la estrella luminosa que las desposadas contemplan, recluidas en sus nuevos [775] aposentos, cuando asciende por encima de las casas y les embelesa los ojos con su hermoso brillo rojo en el cielo oscuro[131]; y se alegra la doncella deseosa del joven que habita entre gentes extranjeras, a quien la reservan como prometida [780] sus padres. Semejante a esa estrella marchaba el héroe tras los pasos de la mensajera[132]. Y cuando ya pasaron dentro de las puertas y de la ciudad, las mujeres de la población se arremolinaban detrás llenas de gozo con el extranjero. Él, con sus ojos fijos en el suelo, avanzaba sin cuidado, hasta [785] que llegó al espléndido palacio de Hipsípila. Cuando él apareció, unas sirvientas abrieron las puertas de doble hoja, ajustadas con sólidos batientes. Entonces Ifínoe lo condujo presurosa a través del hermoso pórtico y le hizo sentarse en un sillón todo reluciente enfrente de su señora. Ésta le miró [790]

de soslayo y sus virginales mejillas se ruborizaron. Mas, a pesar de su pudor, se dirigió a él con palabras seductoras:

«Extranjero, ¿por qué permanecéis por un tiempo acampados de este modo fuera de las murallas, ya que no está [795] habitada por hombres la ciudad, sino que, emigrados al continente de Tracia, aran sus campos fértiles en trigo? Mas toda la desgracia revelaré sinceramente, para que también vosotros la conozcáis bien. Cuando mi padre Toante reinaba sobre los ciudadanos, entonces las gentes del país se lanzaban [800] con las naves a saquear las haciendas de los que allá enfrente habitan Tracia, y traían aquí un inmenso botín con muchachas incluso. Se cumplía el designio de Cipris, diosa funesta que les había infundido una perniciosa locura. Pues [805] aborrecían ya a sus mujeres legítimas y, cediendo a su insensatez, las expulsaban de sus moradas, mientras dormían con las cautivas ganadas con la lanza, ¡desdichados! En verdad mucho tiempo lo soportamos, por si al fin un día cambiaban de nuevo su actitud. Mas cada vez se acrecentaba [810] doblemente la terrible calamidad. Despreciaban a los hijos legítimos nacidos en sus casas, en tanto que surgía un linaje bastardo. Asimismo las jóvenes sin desposar y con ellas sus madres repudiadas vagaban por la ciudadela abandonadas. Ni el padre cuidaba lo más mínimo de su hija, [815] aunque la viera maltratada ante sus ojos por las manos de una madrastra orgullosa. Ni los hijos, como antes, protegían a su madre del vergonzoso ultraje, ni a los hermanos en su corazón les importaba su hermana. Sino que solamente las jóvenes cautivas les importaban en las casas, en los bailes, [820] en la plaza y en los banquetes, hasta que una divinidad[133] nos infundió el extraordinario valor de no acogerlos ya nuevamente en las murallas a su regreso de Tracia, para que o tuvieran la sensatez que es lícita o, partiendo con sus cautivas, se establecieran en otra parte. Entonces ellos reclamaron de su descendencia cuanto linaje masculino quedaba en [825] la ciudadela, y marcharon de nuevo allí donde todavía ahora

habitan la nevosa campiña de Tracia[134]. Así pues, vosotros quedaos en el país. Si aquí habitar quisieras y te agradase, en verdad tendrías entonces la dignidad de mi padre Toante. No creo que pongas tacha a la tierra; pues supera en fertilidad a las otras islas, cuantas en el mar Egeo se hallan. Pero ¡ea!, ve ahora a la nave, comunica a tus compañeros nuestras palabras y no permanezcas fuera de la ciudad».

Habló así, ocultando la realización del crimen que se había perpetrado con los hombres. Y él a su vez le respondió:

«Hipsípila, de buen grado aceptaríamos el ofrecimiento que nos haces y que necesitamos de ti. Vendré nuevamente de regreso a la ciudad, cuando les haya referido cada cosa punto por punto. Mas la realeza y la isla queden a tu cuidado. Yo las rehúso, no por desprecio, sino porque me apremian penosos trabajos»[135].

Dijo y tocó su mano derecha. Al instante se puso en camino de vuelta. En torno a él, de uno y otro lado, incontables muchachas se apiñaban alegres, hasta que sobrepasó las puertas. Luego sobre ligeros carros llegaron hasta la ribera con muchos obsequios de hospitalidad, cuando él ya les había relatado en extenso todo el discurso que Hipsípila le dirigiera al llamarle. Y afablemente los llevaban como huéspedes a sus moradas; pues Cipris les inspiró un dulce deseo por gracia del ingenioso Hefesto, para que de nuevo en el futuro Lemnos estuviera íntegra, habitada por hombres[136]. Entonces el Esónida se dirigió al regio palacio de Hipsípila. Los demás, cada cual adonde la suerte le deparó, excepto Heracles. Pues voluntariamente había permanecido junto a la nave, él y unos pocos compañeros que se mantuvieron apartados. En seguida la ciudad se regocijó con danzas y banquetes, toda llena del humo de la carne asada. Y, con preferencia sobre los demás inmortales, se propiciaban al ilustre hijo de Hera[137] y también a la misma Cipris con canciones y sacrificios.

La navegación se demoraba continuamente de día en día. Y por mucho tiempo habrían permanecido allí inactivos, si Heracles, reuniendo a sus compañeros lejos de las mujeres, no les hubiera dirigido tales palabras de reproche:

[865] «Desgraciados, ¿nos aparta de la patria la sangre de un pariente? ¿O acaso, necesitados de matrimonio, desde allá vinimos aquí, menospreciando a nuestras conciudadanas? ¿Nos complace habitar aquí y repartirnos la fértil campiña de Lemnos?[138]. En verdad no seremos muy célebres recluidos [870] así largo tiempo con unas mujeres extranjeras. Ni tampoco el vellocino lo rescatará algún dios y nos lo entregará espontáneamente porque se lo pidamos. Volvámonos de nuevo cada uno a su casa; y a él dejadle en el lecho de Hipsípila los días enteros, hasta que repueble Lemnos con su viril descendencia y una gran fama le sobrevenga»[139].

Así amonestó al grupo. Frente a él ninguno se atrevió a [875] levantar los ojos ni a replicar, sino que desde la asamblea, sin más, se disponían a partir presurosos. Las mujeres corrieron hacia ellos, apenas se enteraron. Como cuando las abejas, emanando de su peña colmenera, zumban en torno a [880] los bellos lirios, y en derredor está radiante la pradera cubierta de rocío, y ellas revoloteando de flor en flor liban su dulce fruto[140]; así aquéllas con premura se esparcían en torno a los hombres lamentándose, y con sus brazos y sus palabras despedían a cada uno, suplicando a los bienaventurados [885] que les concedieran un regreso libre de infortunios. Y así también imploraba Hipsípila cogiendo las manos del Esónida, y le brotaban lágrimas por la ausencia del que partía[141]:

«Ve, y que los dioses te traigan de nuevo, con tus compañeros indemnes, portando el dorado vellón para el rey, tal como deseas y te es grato. Esta isla y el cetro de mi padre [890] estarán a tu disposición, por si en el futuro algún día, después de tu regreso, quisieras venir otra vez. Fácilmente

podrías reunir también bajo tu mando una inmensa población de otras ciudades. Pero tú no tendrás ese propósito, ni yo [895] misma presiento que así vaya a ocurrir. Acuérdate no obstante de Hipsípila, tanto en el viaje como ya de regreso. Y déjanos una palabra que yo cumpliría gustosa, en caso de que los dioses me concedan alumbrar un hijo»[142].

A ella a su vez el hijo de Esón le respondió conmovido:

[900] «Hipsípila, así se cumpla todo eso favorablemente por parte de los bienaventurados. Pero en cuanto a mí, refrena mejor tu corazón, puesto que me basta habitar mi patria con el consentimiento de Pelias[143]. Solamente que los dioses me libren de mis pruebas. Mas, si no es mi destino volver a la [905] tierra de la Hélade desde navegación tan lejana y tú alumbras un hijo varón, envíalo en su juventud a Yolco Pelásgide como consuelo del dolor para mi padre y mi madre, si por ventura los encontrase aún vivos, para que lejos del rey, en su propia morada, reciban sus cuidados junto al hogar».

[910] Dijo y subió a la nave el primero. Asimismo subieron los demás héroes. Cogieron los remos con sus manos, sentándose uno tras otro. Y Argos les soltó las amarras de la roca batida por el mar. Entonces ellos golpeaban el agua [915] impetuosamente con sus largos remos. Al atardecer, por instrucciones de Orfeo, atracaron en la isla de la Atlántide Electra[144], para conocer, mediante piadosas iniciaciones, los ritos secretos y así navegar seguros sobre el espantoso mar. Acerca de éstos ya no extenderé más mi relato, sino que salud a la propia isla así como a sus divinidades locales, [920] quienes patrocinan aquellos misterios que no nos es lícito cantar[145].

Desde allí, avanzando a remo a través de las profundidades del Mar Negro[146], tenían a un lado la tierra de los tracios y al otro, en alta mar, Imbros situada enfrente. A poco de ponerse el sol, alcanzaron el extremo del Quersoneso. [925] Allí les soplaba impetuoso el Noto y, desplegando las velas al viento,

penetraron en las difíciles corrientes de la hija de Atamante[147]. El alta mar había quedado atrás por la mañana, y en la noche surcaban otro mar desde el interior del promontorio Reteo, teniendo a su derecha la tierra del Ida. Tras [930] dejar Dardania proseguían hasta Abido, y después de ésta pasaban de largo Percote, la arenosa ribera de Abárnide y la divina Pitiea[148]. Y así ellos durante la noche atravesaron por completo el Helesponto que a ambos lados se agitaba en [935] remolinos al avanzar la nave.

Hay en el interior de la Propóntide una isla escarpada, que a poca distancia del continente rico en mieses de Frigia se adentra en el mar cuanto su istmo es bañado por las olas, y desciende en pendiente hacia tierra firme. Sus riberas poseen una doble ensenada, y está situada allende las aguas [940] del Esepo. Monte de los Osos la llaman los habitantes de alrededor[149]. Y la poblaban los violentos y salvajes Terrígenos, gran prodigio admirable para las gentes vecinas. Pues [945] cada uno agitaba en el aire seis brazos vigorosos, dos a partir de sus robustos hombros y otros cuatro debajo unidos a sus costados formidables[150]. A su vez poblaban el istmo y la llanura los doliones, y entre ellos reinaba el hijo de Eneo, el héroe Cícico, a quien alumbró la hija del divino Eusoro, [950] Enete. A éstos nunca los dañaban los Terrígenos, por temibles que fueran, gracias a la protección de Posidón; pues de él eran descendientes los doliones en su origen.

Allí arribó la Argo impulsada por los vientos tracios. El [955] Puerto Hermoso la acogió en su navegación. Allí también, desatando la pequeña piedra del ancla por indicación de Tifís, la dejaron al pie de una fuente, la fuente Artacia; y cogieron otra pesada, que era adecuada[151]. En cuanto a aquélla, siguiendo las profecías del Flechador, los jonios Nelidas[152] la depositaron más tarde consagrada, como era [960] lícito, en el templo de Atenea Jasonia.

Los doliones y también el propio Cícico, saliendo juntos a su encuentro en amistad, cuando supieron cuáles eran la expedición y su linaje, los obsequiaron con su hospitalidad. Y los persuadieron para que avanzaran a remo más adelante [965] y ataran las amarras del navío en el puerto de la ciudad. Entonces ellos ofrendaron a Apolo Ecbasio[153] un altar que erigieron junto a la playa, y se ocupaban del sacrificio. El propio rey les entregó delicioso vino, que necesitaban, y también corderos. Pues se le había revelado un oráculo: cuando llegara una divina expedición de héroes, que al [970] punto saliera a su encuentro amablemente y no se ocupara del combate. También a él le apuntaba la barba desde hacía poco[154]; y el destino aún no le había deparado gozar de hijos, sino que en su palacio su esposa se hallaba todavía ignorante de los dolores del parto, Clite de hermosos bucles, [975] nacida de Mérope el percosio[155]. Hacía poco que la había traído, gracias a magníficos regalos[156], de la casa de su padre desde la costa de enfrente. Pero aun así, dejando la alcoba y el lecho nupcial, celebró con ellos el banquete y apartó de su alma los temores[157]. Se interrogaban unos a [980] otros alternativamente. Él se informaba por ellos sobre el fin de su navegación y las órdenes de Pelias. Y ellos se informaban sobre las ciudades de los vecinos y todo el golfo de la vasta Propóntide. Pero no sabía darles noticia de más allá, por más que deseaban enterarse.

Al alba ascendieron al alto Díndimo, para observar [985] también por sí mismos las rutas de aquel mar; en tanto que otros trasladaron la nave al Puerto Quito desde su anterior atracadero. Camino Jasonio se llama aquel por el que subieron[158]. Pero los Terrígenos lanzándose desde la otra parte de [990] la montaña trataron de bloquear la bocana del Quito con innumerables rocas arrojadas al fondo, cual si tendieran emboscada a un animal marino que está dentro[159]. Sin embargo allí había quedado Heracles con los hombres más jóvenes, el cual, tendiendo en seguida contra ellos su curvado

arco, los derribó a tierra uno tras otro. Ellos, por su parte, alzaban [995] aristadas rocas y las arrojaban; pues sin duda la diosa Hera, la esposa de Zeus, alimentaba aquellos terribles monstruos como trabajo para Heracles[160]. Entonces también los demás, los marciales héroes, viniendo de regreso a su encuentro [1000] antes de alcanzar la cumbre, acometían junto con él la matanza de los Terrígenos, recibiéndolos ya con dardos ya con lanzas, hasta que los aniquilaron a todos a pesar de sus brutales e incesantes ataques. Como cuando los leñadores arrojan en fila sobre el rompiente largos troncos recién tallados [1005] con sus hachas, para que humedecidos resistan las recias clavijas; así aquéllos en la entrada del blanquecino puerto estaban tendidos en hilera: unos, apiñados, sumergían en el agua salada sus cabezas y pechos, y extendían sus piernas sobre la tierra firme; los otros, al contrario, con sus [1010] cabezas sobre las arenas de la playa, hundían sus pies en el fondo; de suerte que unos y otros fueran a la vez presa de aves y de peces.

Los héroes, cuando su empresa quedó libre de temores, entonces ya con los soplos del viento desataron las amarras de la nave y proseguían adelante a través del oleaje marino. Ésta avanzaba con las velas todo el día. Mas al llegar la noche [1015] su impulso ya no se mantuvo firme, sino que vendavales contrarios la llevaban hacia atrás impetuosamente, hasta que arribaron de nuevo junto a los hospitalarios doliones. Desembarcaron esa misma noche; y se llama todavía Peña Sagrada[161] aquella en torno a la cual echaron presurosos las [1020] amarras del navío. Ninguno advirtió cautamente que era la misma isla; ni tampoco los doliones en la noche se percataron de que en realidad volvían de nuevo los héroes, sino que tal vez imaginaron que los abordaba el Ares pelasgo de los macrieos[162]. Y por eso, vistiendo las armas, alzaron sus brazos [1025] contra ellos.

Enfrentaron lanzas y escudos unos contra otros, semejantes al agudo ímpetu del fuego, que al prender en resecos leños aviva su cresta. El tumulto del combate, terrible y violento, prendió en el pueblo dolionio. Ni siquiera él[163], [1030] contra su destino, había de regresar de la pelea a su casa, a su alcoba nupcial y a su lecho; sino que el Esónida, atacándole cuando se había revuelto frente a él, le golpeó en medio del pecho; el hueso se quebró bajo la lanza, y rodando en la arena cumplió aquél su destino. Pues jamás es permitido [1035] a los mortales escapar a él, y en derredor por todas partes tiene desplegada su gran red[164]. Así, al que sin duda creía estar lejos de una cruel desgracia a manos de los héroes, en la misma noche lo atrapó en su red mientras luchaba [1040] con ellos. Muchos otros perecieron en su ayuda. Heracles derribó a Telecles y a Megabrontes. A Esfodris lo mató Acasto. Peleo venció a Celis y a Gefiro, ágil en la lucha. Luego Telamón, el de buena lanza, abatió a Basileo. A su vez Idas hizo perecer a Promeo, Clitio a Jacinto, y los dos [1045] Tindáridas a Megalosaces y a Flogio. Tras ellos el Eneida venció al audaz Itimoneo y también a Ártaces, príncipe de hombres[165]. A todos ellos veneran aún los habitantes del lugar con honras propias de héroes. Los demás retrocedieron amedrentados, como ante los gavilanes de rápido vuelo retroceden [1050] en bandada las palomas[166]. Con tumulto se precipitaron en masa sobre las puertas; y al punto la ciudad se llenó de griterío por la retirada del lamentable combate.

Al alba se percataron unos y otros de su error fatal e irremediable. Un espantoso dolor sobrecogió a los héroes [1055] Minias al ver al hijo de Eneo, Cícico, caído allí delante entre el polvo y la sangre. Durante tres días enteros se lamentaban y mesaban sus cabellos, tanto ellos como las gentes dolionias. Y luego, después de dar la vuelta tres veces en [1060] derredor con sus broncíneas armas, le honraron con la sepultura y practicaron torneos, según el ritual, en la llanura del Prado, donde todavía ahora está erigido ese túmulo visible

incluso a la posteridad[167]. Y tampoco su esposa Clite sobrevivió tras la muerte de su marido. A una desgracia añadió otra peor, al anudar una cuerda a su cuello. Incluso las propias ninfas de los bosques lloraron su muerte, y con todas las lágrimas que de sus ojos vertieron en tierra por ella crearon las diosas una fuente, a la que llaman Clite, nombre glorioso de la infortunada joven[168]. Aquel día resultó, por voluntad de Zeus, el más terrible para las mujeres y los hombres dolionios; pues ninguno de ellos soportaba probar la comida. Durante mucho tiempo, en su aflicción, ni siquiera se ocupaban del trabajo de la molienda, sino que vivían así comiendo alimentos crudos. Allí todavía ahora, cuando en honor de aquéllos vierten libaciones anuales los jonios habitantes de Cícico, siguen siempre moliendo las tortas de las ofrendas en la muela pública.

A partir de entonces se levantaron violentas tempestades durante doce días y doce noches, y los retuvieron allí impidiéndoles navegar. En la noche siguiente los demás héroes, vencidos ya antes por el sueño, reposaban durante la última vigilia, mientras Acasto y Mopso el Ampícida velaban su profundo sueño. Entonces sobre la rubia cabeza del Esónida revoloteó el alción, profetizando con su aguda voz el cese de los vientos tempestuosos[169]. Comprendió Mopso, al oírlo, el presagio favorable del ave costera[170]. Una divinidad la alejó de nuevo, y alzándose por el aire se posó encima del aplustre[171] de la nave. Y Mopso sacudiendo a aquél, que yacía entre blandas pieles de ovejas, lo despertó al instante y le dijo así:

«Esónida, es menester que tú asciendas a ese santuario del escarpado Díndimo para aplacar a la Madre de todos los bienaventurados, la de hermoso trono, y cesarán las impetuosas tempestades. Pues yo acabo de oír tal presagio de un alción marino, que por encima de ti, mientras dormías, ha revoloteado en derredor anunciándolo todo con

detalle. Pues de ella dependen los vientos y el mar y la tierra toda debajo y la nevada sede del Olimpo; y a ella, cuando de las montañas asciende al anchuroso cielo, el propio Zeus Crónida le cede su lugar, como también los demás inmortales bienaventurados veneran a la terrible diosa»[172].

Así habló. Y a éste, al escucharlo, le resultó grato su discurso. Se levantó gozoso del lecho, hizo levantarse a todos sus compañeros con premura y, una vez despiertos, les comunicó las profecías del Ampícida Mopso. Al punto los más jóvenes sacaron unos bueyes de los establos y de allí los condujeron a la elevada cima del monte. Los otros desataron las amarras de la Peña Sagrada y remaron hasta el Puerto Tracio[173]. También ellos ascendieron, dejando en la nave unos pocos de sus compañeros. Ante ellos las atalayas de los macrieos y toda la región situada enfrente de Tracia aparecían visibles, al alcance de sus manos. Aparecía brumosa la boca del Bósforo y las alturas de Misia[174]. Del otro lado, el curso del río Esepo, y la ciudad y la llanura Nepea de Adrastea[175].

Había una recia cepa de vid criada en el bosque, un tronco enteramente envejecido. Lo cortaron, para que fuera sagrada imagen de la diosa del monte, y Argos la talló artísticamente. Y la erigieron sobre una altura escarpada a cubierto de las encinas más elevadas, que por encima de todas han arraigado. Al lado construyeron además un altar con un montón de guijarros. Y en derredor, coronados con hojas de encina[176], se ocupaban del sacrificio, invocando a la muy venerable Madre del Díndimo, la que habita Frigia, y junto con ella a Ticias y Cileno, los únicos que son llamados guías del destino y asistentes de la Madre del Ida entre el número de cuantos son Dáctilos Ideos de Creta, a los que una vez la ninfa Anquíale hizo nacer en la cueva del Dicte, empuñando con ambas manos tierra Eáxide[177]. Mucho le imploraba con súplicas el Esónida que apartara las

tempestades, mientras vertía libaciones sobre las víctimas ardientes. Al tiempo los jóvenes, bajo la indicación de Orfeo, saltando [1135] daban vueltas en una danza armada y golpeaban los escudos con sus espadas, para que se desvaneciera por el aire el clamor siniestro que las gentes emitían aún gimiendo en su duelo por el rey[178]. Desde entonces siempre los frigios [1140] se propician a Rea con disco y tamboril[179]. La diosa prestó atención a las santas ofrendas manifestándose, y aparecieron claras señales. Los árboles producían abundante fruto y en torno a sus pies la tierra espontáneamente hacía germinar flores de la tierna hierba[180]. Las bestias abandonaron guaridas [1145] y espesuras, y acudieron halagando con sus colas[181]. La diosa originó aún otro prodigio, puesto que antes nunca manaba agua el Díndimo, pero para ellos entonces brotó sin más, inagotable, de la árida cumbre. Fuente Jasonia llaman [1150] a aquel manantial las gentes vecinas en lo sucesivo[182]. Y entonces en torno a la diosa celebraron un festín en los Montes de los Osos, cantando a la muy venerable Rea. Luego al alba, habiendo cesado los vientos, abandonaron la isla a fuerza de remos.

Entonces la rivalidad incitaba a cada uno de los héroes, por ver quién sería el último en parar. Pues en derredor el [1155] cielo sereno había apaciguado los remolinos y adormecido el mar. Ellos, confiados en la calma, impulsaban la nave hacia delante con fuerza. Y a ésta, en su marcha presurosa a través del mar, no la hubieran alcanzado ni los corceles de huracanadas patas de Posidón. Sin embargo, cuando se levantó [1160] el oleaje con las impetuosas brisas que en la tarde soplan desde los ríos, relajaron su esfuerzo agotados por la fatiga. Mas a ellos, todos extenuados, los arrastraba Heracles con el vigor de sus brazos y estremecía los ensamblados maderos de la nave. Pero cuando ya, ansiosos por alcanzar la tierra de los misios, pasaban a la vista de la [1165] desembocadura del Ríndaco y del gran túmulo de Egeón[183]

poco más allá de Frigia, entonces, mientras removía los surcos del encrespado oleaje, quebró por la mitad su remo. Con un trozo entre ambas manos cayó él de costado, y el otro lo bañó el mar llevándoselo con la resaca. Se sentó de nuevo [1170] en silencio, mirando con ansiedad, pues sus manos no estaban acostumbradas a la holganza.

A la hora en que del campo viene un hortelano o un labriego alegremente a su cabaña, deseando la cena, y allí mismo en la entrada dobla sus rodillas extenuadas, sucio de [1175] polvo, y contemplando sus manos encallecidas lanza muchas imprecaciones a su vientre[184]; a esa hora llegaron ellos a las moradas de la tierra Ciánide junto al monte Argantonio y la desembocadura del Cío[185]. A su llegada los misios, habitantes de aquella región, los acogieron hospitalariamente [1180] en amistad, y les entregaron provisiones, corderos y vino en abundancia que necesitaban. Allí entonces unos traían leños secos, otros follaje de las praderas que habían segado en abundancia para esparcirlo como lecho; otros hacían girar [1185] los palos para el fuego[186], y otros mezclaban vino en las crateras y preparaban la comida, después de sacrificar bajo el crepúsculo a Apolo Ecbasio[187].

Y tras recomendar a sus compañeros que comieran, el hijo de Zeus[188] echó a andar hacia el bosque para procurarse [1190] antes un remo apropiado a sus manos. En su marcha errante halló entonces un abeto ni cargado de muchas ramas ni muy frondoso, sino cual es el retoño de un álamo enhiesto: tan grande era a la vista en altura como en grosor. Rápidamente [1195] depositó en tierra la aljaba portadora de flechas con su arco, y se despojó de la piel del león[189]. Tras sacudir el abeto de debajo del suelo con su maza guarnecida de bronce, rodeó el tronco con ambos brazos, confiado en su fortaleza. Bien plantado, apoyó en él su ancho hombro y, asiéndolo fuertemente [1200], aunque era de profundas raíces, lo arrancó

del suelo con sus cepellones de tierra incluso. Como cuando, mayormente en la época del ocaso invernal del funesto Orión[190], de improviso una veloz ráfaga de viento se precipita desde lo alto sobre el mástil de la nave y lo arranca de los obenques [1205] con sus clavijas incluso[191]; así él lo levantó. Al tiempo, recogiendo el arco, los dardos, la piel y la maza, se puso en camino de regreso.

Entretanto Hilas[192] con un cántaro de bronce lejos del grupo buscaba la sagrada corriente de un manantial, a fin de traer agua para la cena y con prontitud prepararle convenientemente [1210] todo lo demás antes de su llegada. Pues en tales costumbres lo educaba aquél[193], desde que lo arrebatara muy niño de la morada de su padre, el divino Tiodamante, a quien mató sin piedad entre los dríopes cuando se le enfrentó por un buey de labranza. En verdad Tiodamante surcaba [1215] con el arado las tierras de una campiña, abrumado por el sufrimiento[194], y aquél le exigió contra su voluntad que le entregara el buey de labor. Pues deseaba proporcionar a los dríopes un lamentable pretexto de guerra, porque vivían sin cuidado alguno de la justicia. Pero esto me apartaría lejos de [1220] mi canto[195].

Al punto llegó éste al manantial que llaman Fontanas los habitantes vecinos. Justamente entonces se formaban los coros de ninfas. Pues todas las ninfas, cuantas allí tenían por morada la amable montaña[196], se cuidaban de celebrar [1225] siempre a Ártemis con cantos nocturnos. Cuantas ocupaban las atalayas de los montes o también los torrentes, y las de los bosques, avanzaban en filas desde lejos[197]; en tanto que del manantial de hermosa corriente otra ninfa acababa de emerger sobre el agua. Contempló a éste de cerca, arrebolado [1230] de hermosura y dulces encantos, pues la luna llena con su luz lo alcanzaba desde el cielo. Cipris estremeció el corazón de ésta y en su turbación apenas pudo recobrar el ánimo. Tan pronto como él sumergió el cántaro en la corriente, [1235]

inclinándose de costado, y el agua gorgoteó fuertemente al penetrar en el sonoro bronce, en seguida ella le echó el brazo izquierdo por encima del cuello deseando besar su tierna boca, tiró de su codo con la mano derecha y lo hundió en medio del remolino.

El único de los compañeros que oyó su grito fue el héroe Polifemo Ilátida, que iba más adelante por el camino; pues aguardaba al portentoso Heracles cuando volviera. Acudió corriendo cerca de las Fontanas, como una fiera salvaje, a la que llega de lejos el balido de unos corderos y, enardecida por el hambre, se dirige allá, mas no encuentra el rebaño —pues antes los propios pastores lo han encerrado en sus establos—, y lamentándose ruge fuertemente, hasta que se fatiga[198]; así entonces mucho se lamentaba el Ilátida y en derredor recorría el lugar llamándole, pero vanos fueron sus gritos. Al punto desenvainó su gran espada y se lanzó a buscarle, no fuese que hubiera sido presa de las fieras o que, estando solo, unos hombres le hubieran tendido una emboscada y se lo llevaran como fácil botín. Entonces, mientras blandía en su mano la espada desnuda, se encontró por el sendero con el propio Heracles; y bien lo reconoció cuando se apresuraba hacia la nave en la oscuridad. En seguida le comunicó la triste desgracia, apesadumbrado en su ánimo por el desaliento:

«Desdichado, un horrible dolor te anunciaré yo el primero. Pues Hilas, que fue al manantial, no está a salvo de regreso, sino que unos bandidos le han atacado y se lo llevan, o unas fieras lo destrozan. Yo le oí gritar».

Así habló. Y a éste, al escucharlo, por las sienes le fluía en abundancia el sudor, y en sus entrañas le hervía negra la sangre. Furioso arrojó a tierra el abeto y corría por el sendero hacia donde sus pies lo llevaban precipitado. Como cuando un toro picado por un tábano se lanza dejando atrás prados y marismas, y ni pastores ni manada le importan, y

unas veces recorre su camino sin tregua y otras, deteniéndose y alzando su ancha cerviz, lanza un mugido, acosado por el cruel aguijón[199]; así aquél, en su arrebato, unas veces agitaba sus veloces rodillas sin cesar y otras en cambio, interrumpiendo su esfuerzo, lanzaba a lo lejos con su gran voz gritos penetrantes.

Apenas la estrella matutina sobrepasó las más altas cumbres, soplaron las brisas. En seguida Tifis ordenó embarcar y aprovechar el viento. Ellos embarcaron aprisa ansiosos, levaron sobre la nave las anclas y remontaron las drizas. Con el viento se hincharon las velas por el medio, y lejos de la costa eran llevados, alegres, a lo largo del cabo de Posidón[200].

Cuando en el cielo comienza a brillar la radiante Aurora alzándose desde el horizonte, clarean los senderos y las llanuras húmedas de rocío brillan con su luminoso resplandor[201], entonces se percataron de que los habían dejado atrás sin saberlo. Entre ellos se suscitó una violenta disputa, un tumulto enorme, acerca de si al partir habían abandonado al mejor de sus compañeros[202]. El Esónida, turbado en su impotencia, no pronunciaba palabra ni en tal sentido ni en tal otro, sino que estaba sentado consumiendo su ánimo por dentro con el penoso infortunio. La cólera se apoderó de Telamón y le dijo así:

«Estás sentado tan tranquilo, porque tú habías tramado abandonar a Heracles; de ti surgió el plan, para que la gloria de aquél no te eclipse en la Hélade, en caso de que los dioses nos concedan regresar de vuelta a la patria. Pero ¿qué provecho hay en las palabras? Puesto que me volveré incluso a pesar de tus compañeros, que urdieron contigo este engaño».

Dijo y se abalanzó sobre el Hagníada Tifis[203]. Sus ojos parecían como centellas de fuego abrasador. Y sin duda habrían vuelto atrás de nuevo a la tierra de los misios,

forzando [1300] el abismo marino y el incesante silbido del viento, si los dos hijos del tracio Bóreas no hubieran detenido al Eácida con duras palabras, los desdichados. En verdad para ellos hubo más tarde un horrible castigo a manos de Heracles, porque impidieron buscarlo. Pues cuando volvían de los [1305] juegos por la muerte de Pelias en Tenos[204], rodeada por el mar, los mató y amontonó tierra sobre ellos y erigió encima dos estelas, una de las cuales, prodigio extraordinario a la vista de los hombres, se estremece bajo el soplo del bramante Bóreas. Y esto había de cumplirse así tiempo después[205].

Desde lo profundo del mar se les apareció Glauco, el [1310] muy sabio intérprete del divino Nereo[206]. Y sacando del fondo a la superficie su peluda cabeza y su pecho desde los flancos, alcanzó con su robusta mano el codaste de la nave y gritó a los ansiosos héroes:

«¿Por qué, contra la voluntad del gran Zeus, os empeñáis [1315] en conducir al valeroso Heracles a la ciudadela de Eetes? Su destino es cumplir en Argos con esfuerzo todos sus doce trabajos para el orgulloso Euristeo y compartir la morada con los inmortales, en caso de que aún lleve a cabo unos pocos[207]. Así que no sintáis añoranza alguna de aquél. [1320] Igualmente a Polifemo le está determinado, tras fundar una muy ilustre ciudad en la desembocadura del Cío entre los misios, culminar su destino en la inmensa tierra de los cálibes[208]. En cuanto a Hilas, por amor una diosa, una ninfa, lo hizo su esposo, y precisamente a causa de él aquéllos quedaron [1325] atrás extraviados».

Dijo y se ocultó bajo el abundante oleaje sumergiéndose en el fondo. En torno a él, agitada en remolinos, espumeaba el agua borbollante y a través del mar batía la cóncava nave. Se alegraron los héroes. El Eácida Telamón se acercó presuroso [1330] hasta Jasón y, estrechándole el extremo de la mano en su mano, se la besó y le habló:

«Esónida, no te irrites conmigo, si por imprudencia he errado. Pues el dolor me llevó en exceso a proferir palabras insolentes e intolerables. Pero confiemos a los vientos mi falta y tengamos la misma buena voluntad de antes».

A su vez el hijo de Esón le respondió con sensatez:

«Querido amigo, en verdad que me injuriaste gravemente con malas palabras, al afirmar en medio de todos éstos que era culpable contra un hombre de bien. Pero ciertamente no te guardo amargo rencor, aunque estuviera dolido antes, ya que no por rebaños de ovejas ni por riquezas disgustado te enfureciste, sino por un compañero. Y espero que, si tal fuera el caso alguna vez, tú con otro reñirías también en mi defensa».

Dijo y, unidos como antes, se sentaron.

En cuanto a aquellos dos, por voluntad de Zeus, el uno, Polifemo Ilátida, había de fundar y construir entre los misios una ciudad con el nombre del río; y el otro, volviendo atrás, ejecutar los trabajos de Euristeo. Amenazó con devastar inmediatamente la tierra de Misia, si no le descubrían la suerte de Hilas, vivo o muerto. Como rehenes a cambio de éste le entregaron a los mejores hijos escogidos de su pueblo e hicieron juramentos de que nunca cesarían en la tarea de buscarlo. Por ello todavía ahora los cianos preguntan por Hilas, el hijo de Tiodamante, y se cuidan de la bien edificada Traquis[209]. Pues allí estableció a los muchachos que de allá le dejaron llevarse como rehenes.

Durante todo el día y toda la noche el viento arrastraba la nave soplando con violencia. Pero ni lo más mínimo soplaba al rayar la aurora. Ellos divisaron una costa que de tierra sobresalía desde un golfo, muy ancha a la vista, y a remo abordaron allí con el sol.

[Y no mucho después apareció la aurora como deseaban][210].

[1] El comienzo del poema (apóstrofe dirigido a Apolo en segunda persona, vv. 1 y 8) imita el estilo de los himnos. La invocación a Febo se explica porque sus oráculos han motivado la expedición (v. 5 ss. y 411-414) y por la importancia del dios a lo largo del poema.

[2] El paso de las Rocas Cianeas («Oscuras») o Simplégades («Entrechocantes»), que se narra en II 549-606, era el episodio más famoso del viaje.

[3] De Apolo.

[4] Advocación de la diosa en Tesalia. Hera es la protectora tradicional de Jasón, y el que Pelias no le rinda culto motiva también su ayuda a la expedición a fin de que Medea llegue a Grecia como castigo fatal para éste: cf. III 56-75.

[5] Para más detalle sobre los antecedentes: cf. Introd. B, «El mito».

[6] Otras epopeyas arcaicas, como las *Naupactias* o un poema de Epiménides, habían cantado la construcción de la Argo. A pesar de esta *recusatio*, el poeta aludirá en repetidas ocasiones al tema añadiendo nuevos detalles.

[7] La invocación a las Musas, que en la tradición épica inauguraba el canto, cierra aquí el proemio (vv. 1-22), al tiempo que abre paso al catálogo como en el modelo homérico (*Il*. II 484-493).

[8] El personaje de Orfeo, aquí resaltado al primer lugar del catálogo (como hijo de la Musa Calíope sigue a la mención de las Musas), destaca en el poema como sacerdote y como cantor. Su papel aumenta considerablemente en las *Argonáuticas Órficas*. El hechizo del canto órfico sobre la naturaleza y las fieras era un motivo tradicional muy extendido en la poesía grecolatina.

[9] Pimplea es una montaña de Pieria consagrada a las Musas y situada al norte del Olimpo, en Macedonia, mientras que Zona se halla al este junto a la desembocadura del río Hebro, cerca del Helesponto. Al relacionar Pieria y Bistonia (también al este como Zona), dos lugares muy alejados, el poeta otorga a la región de Tracia una vasta extensión.

[10] El centauro Quirón, cuyo nacimiento se narra en II 1231-1241, era conocido como sabio consejero y educador de Asclepio, Aquiles, Aristeo y el propio Jasón (cf. I 553-558 y JENOFONTE, *Cineg*. 1).

[11] Piresias estaba en una llanura de Tesalia, en la confluencia de ambos ríos, afluentes del Peneo (cf. HERÓDOTO, VII 129).

[12] Larisa es la capital de la Pelasgiótide en Tesalia. Polifemo, hijo de Ílato, no debe confundirse con el Cíclope de la *Odisea*, hijo de Posidón. La lucha entre centauros y lapitas es un célebre episodio legendario (su representación ocupaba el friso meridional del Partenón y el frontón occidental del templo de Zeus en Olimpia).

[13] En la Ptiótide. Íficlo, famoso por su velocidad, es padre de dos héroes homéricos, Protesilao y Podarces (*Il*. II 704-710).

[14] También en Tesalia. Admeto es el esposo de Alcestis, hija de Pelias, la famosa heroína de Eurípides.

[15] Cerca de la costa septentrional del golfo de Malia. Mirmidón es el héroe epónimo de los mirmidones, el pueblo de Aquiles.

[16] Al norte de Larisa, en la ribera del Peneo.

[17] El lapita Ceneo, que había sido transformado por Posidón de mujer en hombre invulnerable, fue sepultado vivo a golpes de abeto por los centauros (cf. OVIDIO, *Met*. XII 459-532, *Arg. Órf*. 170-174).

[18] El hijo de Leto es Apolo. Mopso procede del norte de Tesalia, donde está el río Titareso, de ahí su epíteto. Junto con Idmón, es uno de los adivinos de la expedición.

[19] Región situada al oeste de Ptía, en Grecia central.

[20] Menecio es el padre de Patroclo. Opunte está en la Lócride.

[21] Los tres héroes son también locrios. Oileo es el padre de Ayante el locrio: Apolonio le atribuye las mismas cualidades que distinguen a su hijo en HOMERO (*Il*. XIV 520-522).

[22] Sobre la muerte de ambos héroes, cf. IV 1467-1536.

[23] En la concepción del poeta la Cólquide y Libia se sitúan en los dos extremos del mundo, oriental y occidental respectivamente.

[24] En Eubea, según la tradición que sigue Apolonio. Homero la situaba en Tesalia.

[25] Éurito murió por desafiar a Apolo, el dios Flechador, en el tiro con arco (cf. *Odisea* VIII 224-228).

[26] La isla ática es Salamina. Ambos argonautas son padres de célebres héroes homéricos: Telamón, de Ayante y de Teucro; y Peleo, de Aquiles.

[27] Otro nombre del Ática derivado de su legendario rey Cécrope.

[28] Descendientes del héroe ateniense Erecteo.

[29] En el Ténaro, cabo meridional del Peloponeso, situaban los antiguos una de las entradas al Hades, adonde descendieron Teseo y su amigo Pirítoo para raptar a Perséfone, pero quedaron allí atrapados hasta que Heracles logró liberar a Teseo, mas no a Pirítoo. Según otras versiones Teseo participaba en la expedición de los argonautas.

[30] En Beocia. Tifis será el piloto de la nave hasta su muerte en II 851-863. Su destreza en el arte de navegar (dominio de Atenea) se probará en II 169-176 y en el paso de las Simplégades (II 549 ss.).

[31] Atenea es llamada Tritónide porque nació, de la cabeza de Zeus, junto a la laguna Tritónide en Libia (cf. IV 1309-1311).

[32] Aretírea, antiguo nombre de Fliasia o Fliunte, al nordeste del Peloponeso, era rica por sus viñedos, de ahí la referencia a Dioniso.

[33] El adivino Melampo, hermano de Biante, sufrió cautiverio por ayudar a su hermano a obtener los bueyes de Íficlo, requisito para ganar como esposa a Pero,

hija de Neleo (cf. *Odisea* XI 281-297, XV 226-242).

[34] La participación de Heracles en la empresa no era concorde en la tradición antigua: para algunos el héroe no había participado en la expedición; para otros, era abandonado tras la desaparición de Hilas, como en Apolonio, o porque resultaba un peso excesivo para la nave; según otras versiones, en fin, había llegado hasta la Cólquide, o incluso había dirigido la expedición (cf. escolio a I 1289-1291a).

[35] Del monte Lirceo, entre Arcadia y la Argólide, o, según una variante, de Linceo, rey de Argos.

[36] La caza del jabalí del Erimanto (rio y montaña de Arcadia) constituye uno de los doce trabajos que Heracles debía cumplir para Euristeo, rey de la Argólide.

[37] Los detalles genealógicos tratan de salvar *incongruencias* de la tradición mítica.

[38] Idmón debía morir en el curso de la expedición (cf. I 443-447, II 815-834).

[39] Entre los descendientes de Eolo (Atamante era hijo de Eolo) que debían recuperar el vellocino, es decir, los argonautas. El hijo de Leto, Apolo, era el dios de la adivinación.

[40] Ambos hermanos son llamados Tindáridas y Dioscuros («Hijos de Zeus»), aunque generalmente Polideuces (o Pólux) era considerado hijo de Zeus, y Cástor hijo de Tindáreo (cf. PÍNDARO, *Nem*. X 55-90). Su exaltación como dioses protectores de la navegación será narrada en II 806-810, IV 650-653.

[41] Arene estaba en la costa occidental del Peloponeso, al norte de Pilo. Los hijos de Afareo poseen estrecha relación en el mito con sus primos los Tindáridas (cf. TEÓCRITO, XXII 138-211): de ahí la coordinación de este párrafo con el anterior. La agudeza visual de Linceo era proverbial: véase luego IV 1477-1482.

[42] Neleo era hijo de Posidón.

[43] Así en los manuscritos. Vian corrige el texto («Pero él, que ya envejecía,…») en relación con la prolongada vejez de Licurgo, que era un motivo tradicional.

[44] Anceo es un personaje similar a Heracles por su fuerza y su armamento salvajes (cf. I 396-399, 425-431). El monte Ménalo está en Arcadia.

[45] Los habitantes de Élide, en el Peloponeso.

[46] Eetes también era hijo de Helios.

[47] Zona de la «costa» norte de Acaya.

[48] Esta cualidad, que recuerda las yeguas de Erictonio (*Ilíada* XX 226-229), era un don de su padre Posidón. Sobre Ticio, cf. I 759-762.

[49] Héroe epónimo de esa ciudad costera de Asia Menor.

[50] Antiguo nombre de Samos, donde había un santuario de Hera junto al río Ímbraso (cf. PAUSANIAS, VII 4, 4). Este Anceo, distinto del hijo de Licurgo antes mencionado (v. 164), será el piloto de la nave tras la muerte de Tifis (cf. II 865 ss.).

[51] Calidón, ciudad de Etolia donde reinaba Eneo, fue escenario de la célebre cacería del jabalí (cf. *Ilíada* IX 529-599). La figura de Laoconte, como tutor de Meleagro, parece concebida sobre el modelo del anciano Fénice, mentor de Aquiles en Homero.

[52] Este Íficlo no debe confundirse con el citado en vv. 45 y 121, tío de Jasón.

[53] Como su padre Hefesto. Óleno es otra ciudad de Etolia.

[54] Jasón, cuando fue a Pito (Delfos, en Fócide) para consultar el oráculo acerca de la expedición (cf. I 360-362, 411-414; IV 529-533), se hospedó en casa de Ífito. Recuérdese la gran importancia que las relaciones de hospitalidad tenían en el mundo griego.

[55] El rapto de Oritía, hija del rey ateniense Erecteo, a orillas del río Iliso por el viento Bóreas era un leyenda muy difundida. La Peña Sarpedonia puede situarse en el monte Hemo y el río Ergino podría ser un afluente del Hebro (ambos en Tracia).

[56] Los alados hijos de Bóreas volarán luego en persecución de las Harpías (II 262-300) y en busca de Heracles (IV 1464-1484).

[57] En la construcción de la nave. Ambos héroes serán los últimos en incorporarse al grupo (I 321-328).

[58] La tradición aplicaba a los argonautas el sobrenombre de Minias. Según Apolonio (III 1093-1095), Minia era un Eólida que partió de Yolco (en Tesalia) para fundar Orcómeno (en Beocia).

[59] Págasas es el puerto de Yolco, al abrigo de la península de Magnesia.

[60] Esto es, de toda Grecia.

[61] El carnero estaba dotado de voz humana (cf. I 763-767) y reanimó a Frixo cuando Hele cayó al mar en el estrecho que llevaría su nombre (Helesponto).

[62] La acción se traslada a la casa de Jasón.

[63] La expresión «desatar el cinturón», muy usada por los poetas helenísticos, podía referirse tanto a la unión sexual como al parto. Ilitía es la diosa de los alumbramientos. El poeta acentúa el patetismo de las palabras de Alcímeda al descartar otra versión que atribuía una hermana a Jasón.

[64] Este discurso de Jasón a su madre recuerda las palabras de Héctor a Andrómaca en *Ilíada* VI 486-493, en ambos casos dentro de una escena típica de despedida del guerrero, si bien aquí el tono es más pesimista: el héroe asume la empresa *resignado*.

[65] Lugares de culto consagrado a Apolo: la isla de Delos, una de las Cíclades, era el lugar de nacimiento del dios; Claros, en Lidia, tenía un templo y un oráculo; Pito (Delfos) es el centro apolíneo por excelencia; y Licia es la región meridional de Asia Menor.

[66] Según cierta versión del mito, Pelias habría ordenado a Argos construir un navío frágil, pero éste habría desobedecido; su inesperada incorporación (junto al propio hijo de Pelias) es para los argonautas una prueba de confianza en la nave.

[67] Este tipo de manto, lo bastante amplio para llevarse doblado, igual que el doble manto de Jasón en I 722, aparece ya en HOMERO (cf. *Il.* III 126, XXII 441; *Od.* XIX 241).

[68] La actitud de Heracles contrasta con el uso heroico de levantarse para hablar ante la asamblea. Pero recuérdese el precedente de Agamenón en *Ilíada* XIX 76 ss.

[69] Para hacer otra propuesta.

[70] «Protector del embarque». Cf. luego I 402-404.

[71] Este cable que ciñe el casco era un refuerzo habitual en los navíos antiguos.

[72] Los héroes cavan una especie de canal, tan ancho como la nave y cada vez más profundo desde donde estaba varada hasta el mar, para deslizarla por él sobre rodillos.

[73] Del monte Pelión, cercano a Yolco, eran los maderos con que fue construida la nave.

[74] Detalles paralelos en EUR., *Troyanas* 537-538 y QUINTO DE ESMIRNA, XII 427-432. Toda la descripción de la botadura de la nave es notable por su precisión técnica.

[75] El esfuerzo de los remeros variaba según su posición en la nave, de ahí la conveniencia de una distribución aleatoria.

[76] Además de por su prestigio, porque requería un mayor esfuerzo y para equilibrar mejor la nave con el excesivo peso de Heracles (cf. I 531-533). Sobre Anceo, cf. I 163-171.

[77] «Protector de la costa y del embarque»: advocaciones de Apolo en Págasas instituidas por los argonautas en su partida.

[78] Puede tratarse de Yolco, en la que Esón habría reinado antes que Pelias (cf. PÍNDARO, *Pít.* IV 102-120), o bien de otra ciudad de Magnesia (escolio a 1411).

[79] Recuérdese que el oráculo de Apolo sobre «el hombre de una sola sandalia» fue el que originó la expedición (I 5-17).

[80] Antiguo nombre de Delos. La plegaria de Jasón se expresa en términos semejantes en IV 1704-1705 y en CALÍMACO (frag. 18, 6 s. PF.).

[81] La descripción del sacrificio contiene claros ecos homéricos, en particular de *Od.* III 440-463.

[82] Ya en HOMERO (*Il.* IX 558-564) Idas desafia con su arco al mismo Apolo. Aquí la mención de Zeus en particular remite implícitamente a la muerte de Idas fulminado por el dios (cf. PÍNDARO, *Nem.* X 60-72; TEÓCRITO, XXII 208-211). También Partenopeo jura por su lanza en ESQUILO (*Siete contra Tebas* 530-531).

[83] La actitud impía y soberbia de Idas, además de reflejar su carácter bravío y altanero, está motivada en el contexto por el hecho de beber vino puro contra el uso normal entre los antiguos de mezclarlo con agua.

[84] Idmón trata de refrenar a Idas con un *exemplum* mítico: los gigantes Oto y Efialtes (hijos de Posidón con la esposa de Aloeo), que entre otras insolencias

amenazaban con escalar hasta el cielo apilando montañas, perecieron castigados por los dioses: el poeta escoge la versión en que su muerte es obra de Apolo (cf. *Odisea* XI 305-320).

[85] Paradójicamente Idas será el vengador de la muerte de Idmón en II 815-834.

[86] El tema del enfrentamiento entre guerrero (Idas) y adivino (Idmón) cuenta con paralelos en el mito: la oposición entre Tideo y Anfiarao en la leyenda tebana; o la disensión entre Héctor y Polidamante en la troyana (cf. *Ilíada* XVIII 243-313).

[87] La cosmogonía cantada por Orfeo recoge, junto a otras influencias, la teoría de EMPÉDOCLES según la cual el mundo se había formado por la acción del Amor (no mencionado aquí) y la Discordia (cf. frag. 17 DIELS-KRANZ). Para la teogonía (vv. 503-511) las fuentes del poeta son FERECIDES DE SIRO y HESÍODO (*Teog*. 460-506). El pasaje contiene también ciertas analogías con un poema cosmogónico de época helenística (*Pap. Oxy*. 2816, frag. 1, 9-16).

[88] Titanes son llamados los dioses de la primera generación, descendientes de Urano. El Dicte es un monte de Creta, donde se sitúa la crianza de Zeus, que el poeta parece confundir con el Ida (cf. II 1233-1234, III 133-134), de modo similar a CALÍMACO (*Himno a Zeus* 4-6, 47-51) y ARATO *(Fen*. 33-35).

[89] Los Cíclopes eran hijos de Gea (la Tierra) y Urano (el Cielo): cf. HESÍODO, *Teog*. 139-146.

[90] Cabe notar su perfecta integración en el contexto: el canto de Orfeo, que narra cómo la discordia puso fin a la confusión inicial entre los elementos y estableció el orden Olímpico, restablece a su vez la concordia entre los argonautas. Compárese el canto de Iopas en la *Eneida* (I 740-747), inspirado sin duda en éste de Orfeo.

[91] Un ritual similar en *Odisea* III 332 ss.

[92] De una sagrada encina, dotada de voz, del bosque de Dodona (ciudad del Epiro donde había un oráculo de Zeus). El prodigio del madero parlante de la Argo, tradicional en la leyenda, se repetirá en IV 580-592.

[93] En algunas versiones la propia nave había rehusado llevar a Heracles a causa de su excesivo peso.

[94] Río de Beocia, en cuyas orillas había un santuario de Apolo.

[95] Orfeo marca el ritmo de los remeros también en VALERIO FLACO, I 470-472.

[96] Único lugar en que los argonautas son calificados de «semidioses», como linaje de los inmortales que los observan (cf. IV 1773 y PÍNDARO, *Pít*. IV 171-185). El espléndido cuadro de la partida, contemplada con admiración por los dioses, tendrá eco en CATULO, LXIV 12-21.

[97] El culto de Atenea Itónide, originario de la ciudad de Itón, se celebraba también en otras localidades de Tesalia y en Beocia.

[98] Peleo. Recuérdese que el centauro Quirón crió a Aquiles. Frente a la tradición recogida en CATULO, LXIV 12-30, Apolonio concibe las bodas de Peleo

y Tetis como anteriores a la expedición (cf. IV 783-881).

99 Cabo que encierra el golfo de Magnesia. Los héroes salen del golfo a remo para luego navegar con el Noto en dirección Norte.

100 Véase I 312.

101 Hechizados por el canto de Orfeo.

102 La isla de Escíato está situada frente al cabo Sepias, al sureste de la península de Magnesia. La navegación bordea la costa oriental de Magnesia, donde se localizan Piresias (distinta de la citada en I 37) y la tumba de Dólope.

103 Compárense luego los sacrificios en honor de Esténelo (II 911-929).

104 En la tradición más común *Afetas*, el lugar de «Partida» de la Argo, se situaba en el golfo de Magnesia (cf. HERÓDOTO, VII 193). Según otra versión, el topónimo aludía al «Abandono» de Heracles.

105 Continúa la navegación frente a la costa norte de Tesalia, donde se localizan Melibea y, ya en las estribaciones del monte Osa, Hómole y Eurímenas. En este punto la ruta gira hacia el Este.

106 De las tres penínsulas de la Calcídica, Palene es la más occidental, cuyo extremo es el cabo Canastro, mientras el Atos está en la más oriental.

107 Capital de Lemnos, a unos ochenta kms. del Atos.

108 Antiguos habitantes de la isla, de origen tracio.

109 Mantengo la ambigüedad del texto, que no explicita si la cólera de la diosa se dirige contra los hombres o contra las mujeres. Según cierta tradición, Afrodita castigó a las lemnias con un hedor desagradable, lo que impulsó a los hombres a tomar cautivas tracias como concubinas (cf. escolio a I 609-619a,e y APOLODORO, I 9, 17).

110 Una de las Cíclades, situada al oeste de los y muy lejos de Lemnos. Enea *(Oinoíē)* significa «Vinosa», como Toante es hijo de Dioniso.

111 El tejer y otras labores domésticas tradicionales.

112 Sobre la omofagia de las Tíades o Bacantes, cf. EURÍPIDES, *Bac*. 1125-1147.

113 En otras versiones llegaba a trabarse batalla entre los argonautas y las lemnias (cf. escolio a I 769-773 y ESTACIO, *Teb*. V 376-397).

114 Como los Dioscuros o Perséfone, Etálides obtuvo el privilegio de vivir alternativamente en la tierra y en el Hades; y conservó su prodigiosa memoria incluso en el más allá, en el mundo del olvido, adonde las almas acceden atravesando el río Aqueronte. Los pitagóricos creían que su alma, tras diversas metempsícosis, se había reencarnado en Pitágoras (cf. frag. 14, 8 DIELS-KRANZ = DIÓGENES LAERCIO, VIII 4-5).

115 Viento del Norte, contrario al deseado para la navegación.

116 Hipsípila ocupa el trono de su padre Toante.

[117] El detalle de las cuatro vírgenes ya cubiertas de canas refleja la situación anómala de la isla vacía de hombres.

[118] Por su decrepitud la anciana causa espanto a las Ceres, genios de la muerte (cf. IV 1665-1669).

[119] Las palabras de Polixo, como después el mensaje de Ifínoe, aluden sólo de manera velada y muy discreta a la unión amorosa con los hombres.

[120] Nótese la repetición casi formularia del mensaje, que normalmente es evitada por el poeta.

[121] Se trata de dos tonos diferentes de color: uno rojo, brillante y luminoso, y otro purpúreo, más oscuro y sombrío.

[122] La descripción del manto de Jasón, previa a su encuentro con Hipsípila, tiene por modelo la escena de armamento del guerrero antes de su *aristía* en HOMERO (cf. *Il.* XI 15-46, armamento de Agamenón) y, en particular, la descripción del escudo de Aquiles en *Il.* XVIII 478-613, luego imitada en el *Escudo* pseudohesiódico (vv. 122-320).

[123] Los Cíclopes forjaron para Zeus el rayo, el trueno y el relámpago: cf. I 509-511 y HESÍODO, *Teog.* 501-506. Para la imagen de los Cíclopes en la fragua, véase CALÍMACO, *Himno a Ártemis* 46-61.

[124] Antíope, hija del dios-río Asopo (en Beocia), tuvo de su unión con Zeus estos dos gemelos que construyeron las murallas de Tebas (cf. *Odisea* XI 260-265). El contraste entre la fuerza de Zeto y la magia musical de Anfión (semejante a la de Orfeo) era un tema tradicional (cf. EURÍPIDES, *Antíope*, frag. 48, 86-95 KAMBITSIS).

[125] La imagen de Afrodita reflejada en un escudo aparece en la iconografía clásica. Su adulterio con Ares es relatado en *Odisea* VIII 266-366.

[126] Los teléboas, pobladores de la isla de Tafos (frente a Acamania) y conocidos como piratas desde Homero, robaron los bueyes de Electrión, rey de Micenas (cf. APOLODORO, II 4, 6).

[127] El rey Enómao obligaba a los pretendientes de su hija Hipodamía a competir en una carrera, durante la cual los mataba con su lanza, hasta que Pélope lo venció gracias a la complicidad de Hipodamía y del auriga Mírtilo, quien provocó el accidente descrito (con alguna variante en PÍNDARO, *Olím.* I 66-96).

[128] El gigante Ticio, hijo de Zeus y Élara, pero nacido de la Tierra (Gea) donde Zeus había ocultado a su madre en el momento del parto para evitar los celos de Hera, murió y sufrió castigo eterno en el Hades por su ultraje a Leto, madre de Apolo (cf. *Odisea* XI 576-581).

[129] Frixo es llamado Minio por ser originario de Orcómeno (cf. I 229-233). Sobre la voz humana del carnero, recuérdese I 256-259.

[130] Según otras versiones, la bella Atalanta, virgen cazadora de Arcadia (donde está el monte Ménalo), había participado en la expedición de los argonautas.

[131] El lucero vespertino, tradicionalmente asociado al amor y al matrimonio (cf. CATULO, LXII). La imagen se adecúa fielmente a la situación de las lemnias, privadas del amor tras la muerte de los varones y recluidas en la isla. Hipsípila es la doncella que aguarda la venida del extranjero.

[132] Como ahora que marcha al encuentro de Hipsípila, Jasón será comparado también con una estrella en el momento de su encuentro con Medea (III 956-961), y durante el cumplimiento de la prueba (III 1377-1380).

[133] Hipsípila ve un origen divino tanto en la loca pasión de los hombres (Cipris) como en la audacia de las mujeres para poner fin a tal situación.

[134] Las palabras de Hipsípila, cargadas de patetismo, ocultan la masacre de los hombres bajo el engaño de una supuesta migración, en contraste con el relato «objetivo» del narrador (I 609-626 y 834-835).

[135] Jasón acepta sólo la *amable hospitalidad* de la reina.

[136] Hefesto, esposo de Afrodita, era el dios tutelar de Lemnos, donde cayó arrojado del Olimpo y fue acogido por los sintios.

[137] Hefesto, que según HESÍODO (*Teog*. 927-928) fue engendrado por Hera sin intervención de Zeus. El texto podría aludir a los ritos anuales que se celebraban en la isla como purificación del legendario crimen de las lemnias.

[138] Además del sentido propio, la expresión entraña en griego un sentido metafórico: «la fértil campiña de Lemnos» son sus mujeres.

[139] El discurso, cargado de mordaz ironía, recuerda en algún punto los reproches de Tersites a Agamenón (cf. *Ilíada* II 235-238), y censura la pasividad complaciente de Jasón y la mayoría de los argonautas (cf. I 853-856). Heracles aparece como un héroe austero y tradicional, que empeñado en su deber rechaza los placeres, tal como lo concebían los filósofos desde la famosa alegoría de Pródico.

[140] La imagen posee connotaciones eróticas, y alude tal vez a la promiscuidad sexual que reinaría en Lemnos entre los pocos varones y la multitud de mujeres.

[141] Esta escena de despedida posee ciertas similitudes con el encuentro de Jasón y Medea (cf. III 1061 s., 1069 s., 1110 s.).

[142] Un hijo de Jasón e Hipsípila, Euneo, fue rey de Lemnos en tiempo de la guerra de Troya (cf. *Ilíada* VII 467-471, XXI 41, XXIII 747). Otras fuentes añadían un segundo hijo, de nombre Toante.

[143] Pasaje muy discutido. Interpreto «refrena mejor tu anhelo» en el sentido de que Jasón declina la invitación de volver por el trono y el dominio de la isla (I 890-894). Por otra parte, en Apolonio Jasón no reivindica el trono de Yolco, un tema fundamental en la versión de PÍNDARO (*Pítica* IV).

[144] Samotracia, donde se celebraban los famosos misterios de los Cabiros, dioses protectores de los marinos (cf. DIODORO SÍC., IV 43; *Arg. Órf.* 466-470). Electra es una de las siete hijas del gigante Atlante y madre de Dárdano, fundador de la dinastía troyana.

[145] Una reticencia similar por motivos religiosos puede verse en IV 247-250 a propósito de los ritos a Hécate.

[146] No se trata del Ponto Euxino, el actual Mar Negro, sino del Golfo Negro o Golfo de Saros, situado entre Tracia y el Quersoneso.

[147] El Helesponto o «Mar de Hele», donde ésta cayó del carnero que la transportaba junto a su hermano Frixo. Tras dos días de navegación a remo, ahora remontan las corrientes del Helesponto gracias al Noto, el viento del Sur.

[148] El poeta sólo menciona lugares de la costa asiática del Helesponto, desde el cabo Reteo (cerca de las actuales ruinas de Troya) hasta Pitiea (antiguo nombre de Lámpsaco). El monte Ida está más al interior.

[149] La «península de los Osos» o Arctoneso está unida al continente por un estrecho istmo donde se encuentra Cícico.

[150] Estos «Hijos de la Tierra» se asemejan a los gigantes descritos por HESÍODO en *Teog*. 147-153.

[151] El puerto Hermoso o de Ártace (la moderna Erdek) estaba protegido por un islote, a la entrada de la ensenada occidental de Cícico. También CALÍMACO (frag. 108 PF.) se refiere al abandono del ancla.

[152] Estos jonios (cf. I 1076), oriundos de Pilo en Mesenia (fundada por Neleo), colonizaron Cícico en el s. VII.

[153] «Protector del desembarco».

[154] Como a Jasón y otros argonautas (cf. II 43-44). La caracterización juvenil del rey Cícico acentúa el patetismo de su trágica muerte.

[155] De Percote, ciudad nombrada en I 932 y situada sobre la costa asiática del Helesponto, «enfrente» de Cícico. El adivino Mérope es mencionado en *Ilíada* II 831 y XI 329.

[156] Según la costumbre arcaica, bien atestiguada en Homero, el novio entregaba regalos a su suegro a cambio de la esposa. En época clásica la costumbre se invirtió y era la novia quien aportaba la dote.

[157] Compárese la historia de Ifidamante en *Ilíada* XI 221-247.

[158] Al monte Díndimo, de unos 800 m. de altitud, en la península de los Osos.

[159] El puerto Quito, «de los Diques», cuyo nombre se explica por el mencionado bloqueo, está en el fondo de la ensenada occidental de Cícico. El pasaje recuerda en muchos detalles el episodio homérico de los Lestrígones (*Odisea* X 80-132).

[160] Como uno más de sus famosos «trabajos».

[161] Por eufemismo, según el escoliasta, debido a las funestas consecuencias de este segundo desembarco.

[162] Pueblo pelasgo vecino de Cícico (cf. I 1112). Una perífrasis semejante utiliza CALÍMACO (*Himno* IV 173: «Ares celta») para referirse a un ataque.

[163] El rey Cícico.

[164] La idea de un destino ineludible para los mortales aparece también en I 82-85 y IV 1502-1504. La imagen de la «red» del destino está tomada del lenguaje de la tragedia.

[165] Típico catálogo de combates individuales al estilo homérico (cf. *Il.* XIV 511-516). Algunos de los héroes caídos eran epónimos de lugares próximos.

[166] Símil de inspiración homérica (cf. *Il.* XXII 139-142).

[167] El pasaje imita algunos detalles de los funerales de Patroclo en *Ilíada* XXIII. Una escena de funerales muy similar reaparece en II 835-844 (por Idmón) y IV 1532-1536 (por Mopso).

[168] Compárese PARTENIO, *Narr. Am.* XXVIII; y *Arg. Órf.* 594-600, donde la fuente se forma con las lágrimas de la propia joven.

[169] Según la tradición, estas aves anunciaban el buen tiempo y una mar bonancible (en particular durante el período en que anidan, el solsticio de invierno): cf. TEÓCRITO, VII 56-60.

[170] Recuérdese que el adivino Mopso conoce el lenguaje de las aves (I 65-66): en III 540-554 interpreta el augurio divino de una paloma y en III 927-946, el de una corneja.

[171] Adorno o grímpola de popa: cf. II 601 y III 543.

[172] Se trata de Cibeles, la Gran Madre de Frigia, diosa de la naturaleza y de la fertilidad, identificada a menudo con Rea. Su culto es originario de Asia Menor (era venerada en Pesinunte, en el Ida y le estaba consagrado el Díndimo), pero alcanzó gran difusión por todo el mundo griego y romano.

[173] Ambos en la ensenada oriental de Cícico.

[174] Al Este divisan el litoral asiático de la Propóntide, con el Bósforo a lo lejos. En Misia tendrá lugar el episodio de Hilas.

[175] Al Oeste, también en el litoral asiático entre Frigia y la Tróade (cf. *Ilíada* II 825-828 y CALÍMACO, frag. 299 PF.). Además de una ciudad, Adrastea es una diosa, emparentada con la diosa Madre de Frigia, y a veces identificada con Némesis (cf. escolio a I 1116, 1126-113 Ib; ESTRABÓN, XIII 1, 13).

[176] Árbol consagrado a Rea-Cibeles.

[177] Los Dáctilos del Ida eran unos genios divinos, magos y artesanos de los metales, que acompañaban a la diosa Rea-Cibeles. Generalmente eran diez, como los «dedos» de ambas manos (la leyenda de su nacimiento es etiológica), y sus nombres varían según las regiones. En ocasiones se les asocia con los Curetes, que cuidaron de la infancia de Zeus. El poeta los considera originarios de Creta, aunque otras tradiciones los relacionaban con el Ida de Tróade (cf. escolio a I 1126-1131).

[178] Esta danza armada, de finalidad apotropaica, recuerda la danza de los Curetes alrededor de Zeus niño.

[179] En el culto frigio a Cibeles (cf. CATULO, LXIII), como en otros ritos a Hécate o Dioniso, se hacía girar, con finalidad mágica, un disco o rombo de madera o metal que emitía un sonido cada vez más agudo (cf. TEÓCRITO, II 30-31; EUR., *Bacantes* 58-59).

[180] Estas prodigiosas manifestaciones reflejan el carácter de Rea-Cibeles como diosa de la fertilidad natural, similar a Eteméter. Compárense los fenómenos descritos en *Ilíada* XIV 346-351 y, a propósito de la edad de oro, en HESÍODO, *Trabajos y días* 116-119.

[181] Una escena semejante en *Himno Hom, a Afrod*. 68-74 y *Odisea* X 212-218.

[182] En CALÍMACO (*Himno* I 15-41) Rea también hace brotar un río.

[183] El islote de Besbicos (frente a la desembocadura del Ríndaco), bajo el que Posidón había enterrado al gigante Egeón.

[184] El tópico del vientre maldito que acarrea muchas desgracias está ya en HOMERO: cf. *Odisea* XV 344-345 y XVII 286-289. Esta clase de perífrasis temporales, cercanas a los símiles, son frecuentes en la épica (cf. *Ilíada* XI 86-90; *Odisea* XIII 31-35). En APOLONIO describen paisajes (cf. I 1280-1283) o cuadros de la vida cotidiana, y marcan un relieve en la narración o encuadran un episodio: cf., por ejemplo, III 1340-1345; IV 109-114.

[185] El río Cío desemboca junto a la ciudad del mismo nombre, en el golfo que abriga la península del monte Argantonio.

[186] Se refiere a la primitiva forma de encender fuego: cf. TEÓCRITO, XXII 33.

[187] «Protector del desembarco».

[188] Heracles, naturalmente.

[189] Del león de Nemea, uno de sus «trabajos».

[190] El ocaso invernal de Orión tiene lugar en noviembre y la tradición lo asociaba a la tempestad: cf. HESÍODO, *Trabajos y días* 619-622.

[191] La correspondencia entre los dos términos de la comparación es muy estrecha. El símil destaca la acción de Heracles como la de una fuerza de la naturaleza.

[192] La leyenda de Hilas gozó de gran popularidad en época helenística: véase TEÓCRITO, XIII, EUFORIÓN (frags. 74-76 POWELL), NICANDRO (*Ant. Lib*. 26).

[193] Heracles aparece como educador de Hilas también en TEÓCRITO (XIII 8-15).

[194] La expresión responde al tópico de la penosa dureza de la vida campesina: cf. I 1172-1176, IV 1630.

[195] La historia de Heracles y Tiodamante se encuentra en CALÍMACO (*Aitia*, frags. 24-25 PF.), con notables diferencias de tratamiento.

[196] El monte Argantonio, mencionado en I 1178.

[197] El poeta distingue tres clases de ninfas, como en otros lugares (III 881-883;IV 1149-1151). Compárese *Odisea* VI 123-124.

[198] Una comparación análoga es aplicada a Heracles en su búsqueda de Hilas en TEÓCRITO, XIII 61-63. En otras versiones (cf. EUFORIÓN, frag. 76 POWELL) Hilas era el amado de Polifemo.

[199] La imagen alude al efecto de la pasión en Heracles, de igual modo que en III 275-277 el propio Eros es comparado con un tábano.

[200] Extremo de la península del monte Argantonio.

[201] La descripción de la aurora en IV 1170-1174 también precede a un acontecimiento decisivo.

[202] Es decir, se acusaban unos a otros de haberle abandonado. Compárese TEÓCRITO, XIII 67-75.

[203] Telamón pretende obligar al piloto a volver por Heracles.

[204] Una de las islas Cíclades, en el Egeo.

[205] Sobre la muerte de los Boréadas (Zetes y Calais) la tradición ofrecía explicaciones diversas (cf. escolio a I 1300-1305).

[206] Glauco era un mortal que se convirtió en dios marino. Con sus dotes proféticas sirve al dios Nereo, «el viejo del mar». Sobre esta aparición, cf. FILÓSTRATO, *Descripciones de cuadros* II 15; DIODORO SÍC., IV 48.

[207] Heracles ha realizado ya algunos de sus trabajos: el jabalí del Erimanto (I 124-131); el cinturón de Hipólita (II 777-779); las aves del Estinfalo (II 1052-1057); la hidra de Lerna (IV 1404); el león de Nemea (I 1195, IV 1438); y luego conseguirá las manzanas de las Hespérides (IV 1396-1407, 1433-1435). Pero aún le quedan otros, como la liberación de Teseo (I 101-103); o el águila de Prometeo (II 1248-1259).

[208] Polifemo fundó la ciudad de Cío (cf. I 1345-1347) y murió entre los cálibes (sobre este pueblo véase II 374-376, 1000-1008) cuando marchaba a través del continente para reunirse con los argonautas (cf. IV 1472-1477).

[209] Hilas fue divinizado en Cío: además de sacrificios, se practicaban en su honor ritos en los que se voceaba su nombre. Traquis es una ciudad de Tesalia.

[210] Verso idéntico a II 1285, que parece su lugar correcto.

CANTO II

Allí estaban los establos de los bueyes y el albergue de Ámico, el orgulloso rey de los bebrices, al que en otro tiempo, tras compartir el lecho con Posidón Engendrador[211], alumbrara una ninfa Melia de Bitinia[212], el más arrogante de los hombres. Éste incluso había impuesto a los extranjeros una norma indigna, que ninguno se marchara antes de haber probado con él el pugilato, y a muchos de sus vecinos había matado[213]. También entonces, viniendo hasta la nave, en su soberbia no se dignó preguntarles el motivo de su navegación ni quiénes eran[214], y en medio de todos al instante tal discurso pronunció:

«Escuchad, errantes marinos, lo que os conviene saber. Es preceptivo que ninguno de los forasteros, que se acerque a los bebrices, vuelva a partir antes de haber alzado sus puños contra mis puños. Así que proponed al mejor, a uno solo escogido de la tropa, para combatir conmigo aquí mismo al pugilato. Pero si, desatendiendo mis leyes, las pisoteáis, en verdad una dura coacción os perseguirá terriblemente»[215].

Habló altanero. Al oírlo se apoderó de ellos una salvaje cólera y la amenaza hirió sobre todo a Polideuces. Al punto se erigió en adalid de sus compañeros y exclamó:

«Detente ahora, y no manifiestes, quienquiera que te ufanes de ser, tu malvada violencia contra nosotros. Pues nos someteremos a tus leyes, según proclamas. Yo mismo, voluntario, prometo enfrentarme a ti de inmediato».

Así habló sin cuidado. Aquél le miró revolviendo los ojos, como un león herido por un dardo, al que unos hombres acosan en los montes; el cual, aunque acorralado por el grupo,

ya no se preocupa de éstos y dirige su mirada únicamente a un solo hombre, aquel que lo hirió el primero y no lo abatió[216].

Entonces el Tindárida dejó el fino manto bien tejido, que le entregara como obsequio de hospitalidad una de las lemnias. El otro arrojó su doble capa oscura con sus broches y el tosco cayado que portaba de silvestre acebuche[217]. Apenas vieron cerca un lugar adecuado, hicieron sentarse a todos sus compañeros de una y otra parte en la arena. Ni en figura ni en aspecto eran semejantes al contemplarlos. Sino que el uno parecía ser un monstruo, vástago del funesto Tifoeo o incluso de la propia Gea, como los que antaño engendrara irritada contra Zeus[218]. Y el otro, el Tindárida, igual a la estrella celeste que luce los más hermosos destellos cuando aparece en el crepúsculo de la tarde. Tal era el hijo de Zeus, echando aún su incipiente barba, aún radiante en sus ojos; pero su fortaleza y su vigor eran grandes como los de una fiera. Agitó los brazos probando si se movían ligeros como antes y no estaban pesados a la vez por la fatiga y el remar. En cambio Ámico no hizo pruebas; en silencio, plantado a distancia, fijaba sus ojos en él, y su corazón palpitaba ansioso por derramarle la sangre del pecho. En medio de ellos un sirviente de Ámico, Licoreo, puso ante sus pies dos correas a cada lado, sin curtir y resecas, que estaban muy endurecidas. Luego él[219] se dirigió a éste con insolentes palabras:

«De éstas yo te concederé voluntariamente la que quieras, sin sorteo, para que no me reproches después. ¡Vamos!, póntela en torno al puño; y tras la experiencia podrás decir a otro cuánto sobresalgo yo en cortar pieles secas de bueyes y empapar de sangre las mejillas de los hombres»[220].

Así habló. Pero éste nada replicó a sus amenazas. Sonriendo ligeramente, cogió sin más las que se hallaban a sus pies. A su encuentro vino Cástor y el gran Tálao Biántida, rápidamente le ataron en derredor las correas y mucho lo exhortaban al combate. Al otro acudieron a su vez

Areto y Ómito; no sabían, ¡insensatos![221], que eran aquéllas las últimas que le ataban en su triste sino.

Y una vez que ellos, por separado, estuvieron dispuestos con sus correas, en seguida, levantando por delante del rostro sus pesados puños, lanzaban su ímpetu acometiéndose el uno contra el otro[222]. Entonces el rey de los bebrices, como la ola agitada del mar se encrespa sobre la rápida nave y ésta, gracias a la pericia de su sagaz timonel, escapa a ella por poco, mientras el oleaje se afana en penetrar dentro del casco[223]; así él perseguía al Tindárida para atemorizarlo y no le dejaba reposar. Mas éste gracias a su habilidad siempre esquivaba indemne el asalto. Apenas se percató de su rudo pugilato, del modo en que por su fuerza era invencible y del modo en que era inferior, se plantó firmemente y cruzó los puños contra sus puños. Como cuando unos carpinteros ajustan los maderos de una nave encajándolos a presión con puntiagudas clavijas, los golpean con sus mazos y uno tras otro resuena el zumbido sin cesar; así de ambos lados sus mejillas y mandíbulas resonaban, y un rechinar inmenso surgía de sus dientes. Y no cesaron de golpearse frente a frente, hasta que un pernicioso jadeo los dominó a ambos por igual. Apartándose un poco los dos, se enjugaron de sus frentes el abundante sudor, resoplando con fatigoso aliento. Y de nuevo arremetieron el uno contra el otro, como dos toros furiosos disputan por una ternera que pace. Entonces Ámico alzándose sobre la punta de sus pies, cual matador de bueyes, se abalanzó y descargó contra él su pesado puño. Mas éste resistió el ataque, desviando la cabeza, y en el hombro apenas recibió su brazo. Y cerca de él, mudando lateralmente una rodilla por otra[224], lo golpeó con violencia sobre la oreja y le quebró por dentro los huesos. El otro cayó de rodillas por el dolor. Los héroes Minias gritaron; y su espíritu entero se deslizó fuera de él[225].

Los bebrices ciertamente no desampararon a su rey, sino [100] que en masa avanzaban contra Polideuces sosteniendo en alto duras mazas y dardos. Delante de él se colocaron sus compañeros, tras sacar de las vainas sus puntiagudas espadas. Y Cástor el primero alcanzó a un atacante sobre la cabeza; ésta se partió de uno y otro lado, aquí y allá, sobre [105] ambos hombros. Y él mismo[226], al gigantesco Itimoneo y a Mimante; al uno lo golpeó bajo el pecho acometiéndole de una patada con su raudo pie y lo arrojó en el polvo; y al otro, cuando se acercaba, lo alcanzó con su puño derecho sobre la ceja izquierda, le desgarró el párpado y el ojo quedó [110] desnudo. Orites, compañero de Ámico, orgulloso de su fuerza, hirió en el costado a Tálao Biántida, pero no lo mató, el bronce sólo traspasó el cinturón ligeramente sobre la piel sin tocar las entrañas. Asimismo Areto golpeó alcanzando con su dura maza al aguerrido hijo de Éurito, Ífito, [115] que aún no estaba destinado a una suerte funesta; en verdad que pronto iba él mismo a perecer bajo la espada de Clitio[227].

Y entonces Anceo, el valeroso hijo de Licurgo, al instante mismo enarbolando su gran hacha y sosteniendo delante [120] con su izquierda la negra piel de oso, se lanzó en medio, lleno de furor, entre los bebrices. A la vez que él se precipitaron los Eácidas y con ellos acometió el marcial Jasón. Como cuando en los establos un día invernal los canosos lobos espantan innumerables ovejas, asaltándolas a escondidas [125] de los perros de buen olfato y de los propios pastores, y buscan cuál capturar primero en su ataque, mirando con ansia a muchas a la vez, y éstas en vano se aprietan de todas partes precipitándose unas sobre otras; así entonces ellos espantaron terriblemente a los insolentes bebrices[228]. Como los pastores o los apicultores ahúman en [130] una peña un gran enjambre de abejas, y éstas entre tanto apiñadas en su colmena se agitan zumbando, mas luego sofocadas por la densa humareda se lanzan lejos de la peña[229]; así ellos no resistieron ya mucho tiempo con firmeza, sino [135] que se dispersaron por el

interior de Bebricia, anunciando la suerte de Ámico. ¡Insensatos!, no sabían que estaba ya cerca para ellos otra desgracia imprevista. Pues tanto sus sembrados como sus aldeas eran destruidos entonces por la lanza enemiga de Lico y de los mariandinos, al estar ausente su [140] rey. Pues siempre guerreaban por una tierra productora de hierro[230]. Aquéllos, los héroes, ya saqueaban establos y majadas, ya cercaban y mataban incontables ovejas. Y entonces uno entre ellos dijo estas palabras:

[145] «Imaginad lo que en su cobardía habrían hecho, si por ventura un dios hubiera traído aquí también a Heracles. Pues en verdad yo creo que, de estar presente aquél, ni se hubiera dirimido mediante el pugilato; sino que, cuando vino a promulgar sus normas, al momento, junto con las propias [150] normas que proclamaba, le hubiera hecho olvidarse de su arrogancia con la maza. Sí, le dejamos en tierra abandonado y nos hicimos a la mar. Y cada uno de nosotros bien conocerá en sí mismo la funesta desgracia por estar lejos aquél»[231].

Así habló. Mas todo esto se había cumplido por los designios [155] de Zeus. Y entonces permanecían allí durante la noche, curaban las heridas de los hombres lastimados y, tras ofrecer sacrificios a los inmortales, dispusieron una gran cena. Y a ninguno dominó el sueño junto a la cratera y las ardientes víctimas. Coronadas por encima sus rubias frentes [160] con el laurel ribereño[232], en torno al cual habían atado las amarras, cantaban armoniosamente un himno a los acordes de la lira de Orfeo; y alrededor de ellos se alegraba la serena ribera con sus melodías: celebraban al hijo Terapneo de Zeus[233].

Cuando el sol ilumina las cumbres húmedas de rocío, alzándose desde el horizonte, y despierta a los pastores, entonces [165] ya desataron las amarras del pie del laurel, embarcaron cuanto botín necesitaban llevarse y se dirigieron con el viento hacia el voraginoso Bósforo. Allí una ola semejante a escarpada montaña surge por delante como si

fuera a precipitarse [170] encima, siempre elevada sobre las nubes[234]. Y creerías no poder escapar a un destino fatal, puesto que se cierne violenta, como una nube, justo sobre el centro del navío, pero se aquieta no obstante, si éste goza de un excelente timonel. Así también ellos, gracias a las habilidades de [175] Tifis, avanzaban indemnes, aunque atemorizados. Al otro día ataron amarras enfrente, en la tierra de Tinia[235].

Allí en la ribera tenía su morada el Agenórida Fineo, quien de entre todos los hombres sin duda padecía las desgracias más funestas a causa del don profético que antaño le [180] concediera el Letoida. Ni lo más mínimo se recataba en revelar con exactitud a los hombres incluso la sagrada voluntad del propio Zeus. Por ello precisamente le envió una prolongada vejez y le arrebató de sus ojos la dulce luz[236]. Y [185] tampoco le dejaba disfrutar de los incontables manjares que siempre los vecinos acumulaban en su casa cuando consultaban sus vaticinios, sino que las Harpías, precipitándose de repente a su lado a través de las nubes, se los arrancaban de la boca y de las manos con sus picos continuamente. Unas [190] veces no le quedaba ni lo más mínimo de alimento; otras veces un poco, para que siguiera viviendo en su aflicción. Y por encima esparcían un hedor repugnante. Nadie soportaba no ya llevárselo a la boca, sino mantenerse a distancia; tal hedor exhalaban los restos del banquete[237].

[195] Apenas oyó el griterío y el rumor de la tropa, adivinó que pasaban esos mismos, a cuya venida le fuera anunciado por parte de Zeus que gozaría de su comida. Se levantó de su lecho, cual fantasmal ensueño, y apoyado en su bastón llegó a la puerta con sus piernas enflaquecidas, tanteando los muros. Le temblaban los miembros al andar, de debilidad [200] y vejez. Su cuerpo, negruzco de suciedad, estaba reseco y su piel recubría solamente huesos[238]. Al salir de la estancia, rendidas

sus rodillas, se sentó en el umbral del patio. Un oscuro vértigo lo envolvió, le pareció que la tierra daba vueltas debajo de él y en un lánguido sopor se reclinó enmudecido. Ellos, cuando lo vieron, se agruparon en derredor asombrados. Entonces él, tomando aliento a duras penas de lo alto del pecho[239], les habló con sus profecías:

«Escuchad, los más eminentes de todos los griegos, si en verdad sois vosotros aquellos a quienes por el terrible mandato de un rey conduce Jasón en la nave Argo en pos del vellocino. —Vosotros sin duda; que aún mi mente conoce todo por sus vaticinios. ¡Gracias te doy, oh soberano hijo de Leto, incluso en mis penosas fatigas!—. Por Zeus Suplicante, que es el más temible para los hombres culpables, por Febo y por la propia Hera, la que entre los dioses sobre todo vela por vuestro viaje, os lo ruego[240]: socorredme, librad de la afrenta a un hombre desdichado y no partáis abandonándome sin compasión en tal estado. Pues no sólo en mis ojos pisó la Erinis[241] con su pie y arrastro una vejez que se devana interminablemente[242]. Además de estas desgracias se cierne sobre mí otra desgracia, la más amarga. Las Harpías me arrebatan la comida de la boca, precipitándose desde algún lugar imprevisto para mi perdición[243]. Y no tengo recurso alguno de auxilio, sino que a mi propia mente pasaría inadvertido el deseo de comer más fácilmente que a aquéllas, tan rápido vuelan por los aires. Y si acaso alguna vez me dejan un poco de alimento, éste exhala un fuerte hedor repugnante e insoportable. Ninguno de los mortales resistiría acercarse ni un instante, ni aunque su corazón estuviera forjado de acero. Pero a mí, ciertamente, la amarga y funesta necesidad me obliga a quedarme y, quedándome, a llevarlo a mi maldito estómago. Mas está predestinado que las detengan los hijos de Bóreas; y no son extraños quienes me protegerán, si en verdad yo soy Fineo, el otrora famoso entre los hombres por su prosperidad y su arte adivinatoria, y fue Agénor el padre que me engendró, y a la hermana de éstos,

Cleopatra, cuando yo reinaba entre los tracios, la llevé a mi casa como esposa a cambio de regalos».

[240] Habló el Agenórida. Y una profunda compasión se apoderó de cada uno de los héroes, y en especial de los dos hijos de Bóreas. Tras enjugar sus lágrimas se acercaron ambos, y Zetes dijo así, tomando en su mano la mano del afligido anciano:

«¡Ay, desdichado! Ningún otro de los hombres, lo afirmo [245], es más infeliz que tú. ¿Por qué tantas desventuras te tienen encadenado? Sin duda faltaste a los dioses con funesta imprudencia, por conocer las adivinaciones. Por ello están muy enojados contra ti. A nosotros el espíritu se nos llena por dentro de espanto, aunque ansiamos socorrerte, si realmente la divinidad nos ha reservado este privilegio a [250] nosotros dos. Pues bien claros son para los humanos los castigos de los inmortales. Y no podríamos detener a las Harpías cuando vengan, por mucho que lo deseemos, antes de que hayas jurado que a causa de esto no seremos odiados por los dioses».

Así habló. El anciano elevó hacia él, abiertas, sus pupilas [255] vacías y le respondió con tales palabras:

«¡Calla! No pongas en tu pensamiento esas cosas, hijo mío. Por el hijo de Leto, que benévolo me enseñó las adivinaciones; por el Hado[244] de maldito nombre que me tocó, y [260] esta nube cegadora sobre mis ojos, y los dioses del infierno —que éstos no me sean propicios tampoco en la muerte—, juro que no habrá cólera alguna de parte de la divinidad a causa de vuestra ayuda».

Ellos dos entonces, tras los juramentos, ansiaban protegerlo. Al punto los más jóvenes tuvieron dispuesto el banquete para el anciano, última presa de las Harpías. Cerca se colocaron ambos, para atacarlas con sus espadas cuando se [265] abalanzaran. Y tan pronto como el anciano tocó la comida, al instante aquéllas, cual inesperados vendavales o

como relámpagos, saltando de las nubes de improviso se lanzaron con su aullido, ávidas de alimento. Los héroes al verlas gritaban entre tanto. Y ellas con sus alaridos, tras devorarlo todo, volaban sobre el mar allá lejos. Y quedó allí un hedor insoportable. A su vez en pos de ellas los dos hijos de Bóreas, apuntando sus sables, corrían detrás. Pues Zeus les había infundido un vigor infatigable; pero sin Zeus no las hubieran seguido, ya que siempre volaban raudas como los vendavales del Céfiro[245], cuando iban junto a Fineo y volvían del lado de Fineo. Como cuando en las montañas perros de caza adiestrados corren siguiendo el rastro ya de cornudas cabras ya de corzos y, afanándose detrás a escasa distancia, en el extremo de sus quijadas entrechocan inútilmente los dientes; así Zetes y Calais, apresurándose muy cerca de ellas, las acosaban en vano con la punta de sus manos. Y sin duda, contra la voluntad de los dioses, las habrían destrozado tras alcanzarlas muy lejos sobre las islas Plotas, si no los hubiera visto la rápida Iris[246] y hubiera saltado desde el cielo a través del éter y con tales advertencias los hubiera detenido:

«No es lícito, hijos de Bóreas, atacar con vuestras espadas a las Harpías, perras del gran Zeus. Yo misma os prestaré juramento de que nunca más irán a acercársele».

Así habló, y juró por la libación de la Estigia, que para los dioses todos es la más temible y venerada[247], que éstas ya no se aproximarían de nuevo a las moradas del Agenórida Fineo, puesto que así también estaba destinado. Ellos, cediendo ante su juramento, dieron la vuelta para regresar salvos a la nave. A causa de esto los hombres llaman Estrófades a las islas que antes llamaban Plotas[248]. Las Harpías e Iris se separaron: las unas se ocultaron en una caverna de la Creta de Minos[249]; la otra ascendió al Olimpo a través del aire con sus rápidas alas.

Entre tanto los héroes, tras haber limpiado por completo en derredor la sucia piel del anciano, sacrificaron ovejas escogidas que habían traído del botín de Ámico. Y después de [305] preparar una gran cena en el palacio, se sentaron a comer. Y con ellos comía Fineo ávidamente, como en sueños, regocijando su ánimo. Entonces, una vez que se saciaron de comida y bebida, durante toda la noche aguardaban despiertos a los hijos de Bóreas. En medio de ellos, junto al hogar, estaba [310] sentado el propio anciano y les indicaba los términos de su navegación y el fin de su viaje[250]:

«Escuchad, pues. No os es lícito conocer todo con exactitud. Mas, cuanto parece grato a los dioses, no os lo ocultaré. Ya antes cometí falta al revelar con imprudencia la voluntad de Zeus detalladamente y hasta el final. Pues así lo quiere él, desvelar incompletas a los hombres las profecías [315] de la adivinación, para que también necesiten algo de la voluntad de los dioses[251].

Tras partir de mi lado veréis, lo primero de todo, las dos Rocas Cianeas en los estrechos del mar; os aseguro que nadie las ha esquivado atravesándolas, pues no están afianzadas [320] sobre profundas raíces; sino que repetidamente van a juntarse chocando la una contra la otra, por encima abundante agua del mar se encrespa borbotando, y con fragor brama en torno la escarpada ribera[252]. Así que ahora obedeced mis advertencias, si de verdad marcháis con ánimo prudente [325] y respeto de los bienaventurados, y no os encaminéis de modo insensato a perecer inútilmente en una muerte voluntaria, llevados por vuestra juventud. Os recomiendo que probéis antes con una paloma como augurio, soltándola de lejos por delante del navío. En caso de que a través de las rocas mismas escape a salvo hacia el Ponto[253] con sus alas, [330] tampoco vosotros os detengáis ya por mucho tiempo en vuestro camino. Sino que, afirmando bien los remos en vuestras manos, surcad la angostura del mar, ya que la salvación no estará tanto en las

plegarias como en la firmeza [335] de vuestras manos. Y así, dejando lo demás, esforzaos del modo más eficaz con valor. Pero antes no os prohibo que supliquéis a los dioses[254]. Mas si volando derecha pereciese allí en medio, disponeos a volver, ya que es mucho mejor ceder ante los inmortales. Pues no escaparíais al funesto sino [340] de las rocas, ni aunque la Argo fuera de hierro. ¡Desdichados!, no oséis ir contra mis profecías, aunque me creáis tres veces más odioso para los Uránidas de cuanto lo soy, y aun más aborrecible. No oséis atravesar ya con la nave en contra del augurio.

[345] En cuanto a esto, como suceda, así será. En caso de que escapéis al choque de las rocas, indemnes hacia el interior del Ponto, en seguida con la tierra de los bitinios a la derecha navegad evitando los rompientes, hasta que, tras doblar [350] el río Reba de rápido curso y el cabo Negro, lleguéis luego al puerto de la isla de Tinia[255]. Y desde allí a no mucha distancia, avanzando a través del mar, abordad en la tierra de los mariandinos, situada enfrente. Allí hay un sendero que desciende al Hades; el prominente cabo del Aqueronte [355] se erige en lo alto; y el voraginoso Aqueronte corta a su través el promontorio mismo hasta el fondo y vierte sus corrientes por una enorme garganta[256]. A corto trecho de éste, pasad de largo las numerosas colinas de los paflagones, sobre los que reinó al principio Pélope Eneteo, de cuya sangre precisamente se ufanan de ser[257]. Hay un promontorio enfrente [360] de la Osa Hélice, por todas partes escarpado, al que llaman Carambis; y encima del cual las borrascas del Bóreas se escinden en derredor: hasta tal punto alcanza el éter al adentrarse en el mar[258]. Tras doblar éste, se extiende ya a lo largo la Gran Costa. En los confines de la Gran Costa, [365] tras un cabo prominente[259], las corrientes del río Halis braman terriblemente. Después de éste el cercano curso del Iris, más pequeño, rueda hasta el mar en blancos remolinos. Luego más adelante el gran y eminente Recodo sobresale del continente[260]. Y después la desembocadura del Termodonte

[370] afluye en un golfo sereno bajo el promontorio de Temiscira[261], luego de atravesar un vasto territorio. Allí está la llanura de Deante; en su proximidad las tres ciudades de las Amazonas; y después los más miserables de los hombres, los cálibes, que poseen una tierra escabrosa y dura, [375] obreros que se dedican a los trabajos del hierro. Cerca habitan los tibarenos ricos en rebaños, más allá del promontorio Geneteo de Zeus Hospitalario[262]. Tras éstos sus vecinos los [380] mosinecos ocupan el boscoso territorio contiguo y las laderas del monte; sobre postes de madera construyen sus casas de tablas y sólidas torres a las que llaman *mosinas*[263], de donde precisamente reciben ellos su nombre.

Tras pasarlos de largo, abordad en una isla pelada, luego de haber expulsado con toda clase de ardides a las muy osadas [385] aves que, al parecer, frecuentan innumerables la desierta isla, en la que construyeron un templo de piedra en honor de Ares las reinas de las Amazonas Otrera y Antíope, cuando marchaban a una expedición[264]. Pues allí del áspero mar os vendrá una ayuda que no puedo revelar. Por eso mismo con [390] ánimo amistoso os digo que arribéis. Pero ¿qué necesidad hay de que yo cometa falta de nuevo refiriendo en mi profecía todo con detalle?

Más adelante de la isla y del territorio de enfrente viven los fílires. Por encima de los fílires están los macrones, y [395] luego a su vez las inmensas tribus de los bequires. A continuación tras ellos habitan los sapires, y después de éstos sus vecinos los biceres, más allá de los cuales se encuentran ya los propios colcos belicosos. Pero avanzad en la nave, hasta que alcancéis lo más recóndito del ponto, donde, a través [400] del territorio Citeo y de lejos desde los montes Amarantos y la llanura de Circe, el voraginoso Fasis arroja al mar su ancho caudal[265]. Impulsando la nave por la desembocadura de aquel río, veréis las murallas de Eetes Citeo y el sombrío bosque de Ares, donde el vellocino, extendido en lo alto de una encina, lo

custodia un dragón acechando alrededor, [405] monstruo terrible de ver. Ni de día ni de noche el dulce sueño domina sus ojos implacables».

Así habló; y en seguida el temor se apoderó de ellos al escucharlo. Largo rato quedaron dominados por un mudo estupor. Y al fin el héroe hijo de Esón, desamparado en su [410] infortunio, dijo:

«Anciano, ya has enumerado los términos de los trabajos de nuestra navegación y el presagio conforme al cual a través de las horribles rocas penetraremos en el Ponto. Mas si de nuevo, escapando de éstas, alcanzaremos después el regreso a la Hélade, también esto aprendería de ti con agrado. [415] ¿Cómo haré? ¿Cómo recorreré otra vez tan larga travesía marina, siendo yo inexperto con inexpertos compañeros? Y Ea de la Cólquide está situada en la extremidad del mar y de la tierra»[266].

Así habló; y el anciano le dijo en respuesta:

«Hijo, tan pronto como hayas escapado a través de las [420] funestas rocas, ten confianza. Puesto que un dios os conducirá por otra ruta desde Ea, y hasta Ea tendréis suficientes guías[267]. Pero, amigos, pensad en la astuta ayuda de la diosa Cipris. Pues en ella reside el éxito glorioso de vuestros trabajos. Y ya no me preguntéis más sobre esto». [425]

Así habló el Agenórida. Y cerca los dos hijos del tracio Bóreas, precipitándose desde el éter, posaron sobre el umbral sus veloces pies. Los héroes se alzaron de sus asientos, en cuanto los vieron aparecer. Ante su ansiedad Zetes, todavía [430] exhalando un incontenible jadeo por la fatiga, les relataba cuán lejos las persiguieron y cómo Iris les impidió matarlas y les prestó juramentos la benévola diosa, y aquéllas se ocultaron por temor en la inmensa gruta del monte [435] Dicte[268]. Entonces en la casa todos los compañeros y el propio

Fineo estaban alegres con la noticia. De inmediato el Esónida con ánimo muy bondadoso le dijo:

«En verdad que fue seguramente algún dios, Fineo, el que se compadeció de tu penosa desgracia y nos trajo aquí [440] desde lejos, para que los hijos de Bóreas te defendieran. Si también otorgara luz a tus ojos, de veras creo que me alegraría tanto como si llegara de vuelta a casa»[269].

Así habló. Y aquél bajando la cabeza le respondió:

«Esónida, esto no es ya reparable ni hay remedio alguno [445] para el futuro; pues mis pupilas se han consumido lentamente y están vacías. En lugar de ello, que la divinidad me conceda pronto la muerte y, muerto, gozaré de todas las dichas».

Así hablaban ellos dos replicándose mutuamente. Y en seguida, al poco tiempo de estar conversando, apareció la [450] Aurora[270]. En torno a él se reunían las gentes vecinas, que antes también solían acudir allí por el día llevándole cada vez igualmente una parte de su comida. A todos ellos, incluso al más humilde que llegara, el anciano manifestaba solícito sus vaticinios y a muchos libró de penalidades con [455] la adivinación. Por eso precisamente le visitaban y le cuidaban. Con ellos vino Parebio, que era el más querido para él. Se llenó de gozo al verlos en la casa; pues ya antes en una ocasión aquél había anunciado que una expedición de héroes, que de la Hélade marchara hacia la ciudad de Eetes, ataría sus amarras en la tierra de Tinia, los cuales por orden [460] de Zeus detendrían para él los ataques de las Harpías. A los otros entonces, confortándolos con palabras prudentes, los despedía el anciano, y sólo a Parebio lo invitó a permanecer allí con los héroes. Al punto lo envió pidiéndole que trajera [465] el mejor de sus corderos. Y cuando éste salió de la estancia, dirigía amables palabras a los remeros agrupados:

«Amigos, ciertamente no todos los hombres son soberbios ni olvidadizos de una buena acción. Y así este hombre, de tal condición, vino aquí para conocer su destino. Pues, en efecto, cuando más trabajaba y más se fatigaba, entonces mucho más apremiante le consumía la necesidad de sustento. Día tras día se encontraba más aperreado, y no había respiro alguno para su fatiga. Mas él pagaba el penoso castigo por una falta de su padre. Pues éste en una ocasión, cortando árboles solo en las montañas, desatendió las súplicas de una ninfa Hamadríade, la cual sollozando le rogaba con insistentes palabras que no cortara el tronco de un roble de su edad, en el que había pasado ininterrumpidamente su dilatada existencia[271]. Pero él en su insensatez lo cortó con la arrogancia de la juventud. Y por ello la ninfa le procuró en lo sucesivo un pernicioso destino a él y a sus hijos. Yo, en cuanto llegó, reconocí la falta; y le ordené construir un altar a la ninfa de Tinia y realizar sobre él sacrificios expiatorios implorando poder eludir la suerte paterna. Entonces, desde que escapó a la desgracia enviada por los dioses, nunca de mí se olvidó ni me desatendió. Y apenas puedo enviario a su pesar de puertas afuera, ya que está deseoso de asistirme en mi aflicción»[272].

Así habló el Agenórida. Y aquél en seguida volvió a su lado con dos corderos del rebaño[273]. Se levantó Jasón, y también los hijos de Bóreas por indicaciones del anciano; y rápidamente, invocando a Apolo Mántico, sacrificaban sobre el hogar a poco de acabar el día. Los más jóvenes de los compañeros preparaban la reconfortante comida. Entonces, tras haber comido bien, unos se acostaron junto a las amarras del navío, los otros allí mismo en la casa reunidos.

Al alba se levantaban los vientos etesios, que en toda la tierra soplan por igual gracias al siguiente favor de Zeus. Se cuenta que una tal Cirene[274] junto a la alberca del Peneo apacentaba sus ovejas en tiempos de los hombres antiguos;

pues le agradaba su virginidad y su lecho intacto. Pero Apolo la raptó cuando pastoreaba cerca del río y, lejos de Hemonia, la confió a las ninfas locales que moraban en Libia junto a la cumbre Mirtosa[275]. Allí para Febo alumbró a Aristeo, al que llaman Agreo y Nomio[276] los hemonios ricos en mieses. Pues a ella, por amor, el dios la hizo allí ninfa de larga vida y cazadora[277]. Y a su hijo lo llevó, muy niño, para que se criara en la cueva de Quirón. Y una vez crecido, las divinas Musas le concertaron matrimonio y le enseñaron el arte de curar y la adivinación[278]. Y lo hicieron guardián de sus rebaños, de cuantos pacían en la llanura Atamancia de Ptía y alrededor del escarpado Otris y del sagrado curso del río Apídano[279]. Mas cuando desde el cielo Sirio abrasaba las islas de Minos y durante largo tiempo no había remedio para sus habitantes, entonces por indicaciones del Flechador lo llamaron como protector ante la plaga[280]. Éste abandonó Ptía por orden de su padre y se estableció en Ceos, reuniendo al pueblo Parrasio que desciende de la estirpe de Licaón[281]. Y construyó un gran altar a Zeus Icmeo, y celebró sacrificios rituales en los montes en honor de aquel astro Sirio y del propio Zeus Crónida[282]. Gracias a esto los vientos etesios enviados por Zeus enfrían la tierra durante cuarenta días, y en Ceos todavía ahora los sacerdotes celebran sacrificios antes de la salida del Can[283]. Y así se cuentan estas cosas. Los héroes allí permanecían retenidos[284]; y los tinios cada día, en agradecimiento a Fineo, les enviaban incontables obsequios de hospitalidad.

Después de esto, tras erigir un altar a los doce bienaventurados en la orilla opuesta del mar y depositar ofrendas[285], embarcaban en la rápida nave para remar. Y no se olvidaron de llevar consigo una trémula paloma, sino que, agazapada de miedo, la llevaba cogida en su mano Eufemo. Soltaron de tierra las amarras dobles; y al partir hacia delante no pasaron inadvertidos a Atenea. En seguida, posando

con premura sus pies sobre una nube ligera, que la llevara deprisa a [540] pesar de ser robusta, se lanzó en dirección al Ponto con ánimo amistoso hacia los remeros. Como cuando alguno errante lejos de su patria (cual muchas veces vagamos los hombres en nuestras penalidades, y ninguna tierra es lejana y todos los caminos están visibles) piensa en su propia casa [545] y se le muestran a la vez el húmedo sendero y el de tierra firme, y en su apresurada inquietud examina con los ojos unas veces uno y otras otro[286]; así entonces precipitándose velozmente la hija de Zeus puso sus pies sobre la costa Tinia del Axino[287].

Cuando ellos llegaron a la angostura del tortuoso paso[288], estrechado por ásperos escollos de uno y otro lado, y [550] la voraginosa corriente por debajo batía la nave en su avance, y con gran temor seguían adelante, y ya el fragor de las rocas al chocar violentamente golpeaba sus oídos y resonaban las riberas bañadas por el mar; entonces se levantó Eufemo [555] con la paloma cogida en su mano para subir a la proa, y los otros por orden de Tifis Hagníada hicieron una boga lenta, a fin de encaminarse luego a través de las rocas confiados en su fuerza. Apenas doblaron el último recodo, las [560] vieron cuando se abrían; y se les sobresaltó el corazón. Eufemo soltó la paloma para que se lanzara con sus alas, y todos ellos a un tiempo alzaron sus cabezas mirando. Ésta voló entre ellas. Y ambas a la vez viniendo a juntarse de nuevo la una contra la otra chocaron entre sí con estrépito. [565] Se levantó, como una nube, abundante agua salobre borbotando. Retumbaba el mar terriblemente; y por todas partes en derredor bramaba el espacioso éter. Las cóncavas grutas zumbaban al batir el mar en su interior bajo los ásperos escollos, y a lo alto del acantilado salpicaba la blanca espuma [570] del hirviente oleaje. Después la corriente hizo girar la nave. Las rocas cortaron la punta de las plumas caudales de la paloma, pero ésta salió indemne, y los remeros lanzaron grandes gritos. El propio Tifis les voceó que remaran vigorosamente; [575] pues

de nuevo se abrían separándose. Mientras avanzaban los dominaba el estremecimiento, hasta que el mismo flujo de la resaca en su retroceso los arrastró en medio de las rocas. Entonces el más horrible pavor se apoderó de todos; pues sobre su cabeza se cernía irremediable la muerte. Ya por un lado y por otro se divisaba a través el anchuroso Ponto, y de improviso ante ellos surgió una gran ola encrespada, igual a una recortada atalaya. Ellos al verla se protegieron agachando sus cabezas, pues parecía que precipitándose sobre la nave entera la cubriría por completo. Pero se le anticipó Tifis aligerando la nave, entorpecida por la acción de los remos, y en su mayor parte rodó bajo la quilla. Mas desde la popa sacó la nave hacia atrás lejos de las rocas, y ésta suspendida en lo alto era arrastrada. Eufemo dirigiéndose a todos sus compañeros les gritaba que aplicaran a los remos toda su fuerza, y ellos entre alaridos golpeaban el agua. Pero la nave retrocedía el doble de cuanto hubiera debido obedecer a los remeros. Y se doblaban los remos, como curvados arcos, con la fuerza de los héroes. De allí luego se abalanzó en seguida una ola en dirección contraria; y el navío de inmediato, como un rodillo, corría sobre la ola impetuosa precipitado hacia delante por el cóncavo mar[289]. En medio de las Plégades[290] lo detuvo la voraginosa corriente; éstas de uno y otro lado al estremecerse bramaban, y quedó atrapado el maderamen del navío. Y entonces Atenea se apoyó contra una sólida roca con la izquierda, y con la derecha lo impulsó para que las sobrepasara. Éste, semejante a una flecha alada, se lanzó por el aire. No obstante, segaron el extremo de los adornos del aplustre[291], al chocar violentamente la una contra la otra. Luego Atenea ascendió al Olimpo, cuando ellos escaparon indemnes. Y las rocas en un mismo lugar, muy cerca la una de la otra, se arraigaron firmemente. Lo cual también estaba decretado por los bienaventurados, en cuanto alguien tras haberlas visto las atravesara en su nave[292].

Ellos ya respiraban del espantoso temor de poco antes, observando a la vez el cielo y la alta mar que se extendía a lo lejos. Pues sin duda, decían, se habían salvado del Hades. Y Tifis, el primero, comenzó a hablar: [610]

«Creo que sólo gracias a la nave nos hemos librado de esto ciertamente; y ningún otro es responsable tanto como Atenea, quien le insufló una fuerza divina, cuando Argos la ensambló con clavijas; y no está permitido que sucumba[293]. Esónida, la orden de tu rey, una vez que la divinidad nos [615] concedió escapar a través de las rocas, tú ya no la temas así, puesto que el Agenórida Fineo aseguró que en lo sucesivo las pruebas se cumplirían con éxito».

Dijo, y al tiempo impulsaba la nave hacia delante frente a la tierra de Bitinia por el medio del mar. Y éste le respondió [620] fingidamente[294] con dulces palabras:

«Tifis, ¿por qué de este modo me exhortas en mi aflicción? Me equivoqué y cometí una fatal e irreparable locura. [625] Pues debía, contra el mandato de Pelias, haber rehusado al punto esta expedición, aunque hubiera tenido que morir cruelmente despedazado en trozos. Ahora estoy expuesto a una enorme angustia y a insoportables inquietudes, temeroso de surcar en la nave las espantosas rutas del mar, temeroso [630] de cuando marchemos sobre tierra firme; pues por todas partes hay hombres hostiles. Tras el día siempre velo durante la noche entre lamentos, desde que al principio os reunisteis en mi favor, y medito cada cosa. Tú hablas fácilmente, al preocuparte sólo de tu propia vida. Pero yo por mí mismo [635] no estoy asustado en absoluto; sino que por éste y por aquél, igual que por ti y por los demás compañeros temo, por si no os devuelvo indemnes a la tierra de la Hélade».

Así habló para probar a los héroes; y éstos gritaron a un tiempo con alentadoras palabras. Él se alegró por dentro en [640] su corazón con las aclamaciones, y de nuevo les habló sinceramente:

«Amigos, con vuestro valor acreciento mi confianza. Por eso ahora, ni si a través de los abismos del Hades me encaminara, sentiría ya temor, puesto que permanecéis firmes [645] en los terribles peligros. Pero cuando hemos atravesado las rocas Plégades, creo que ya en adelante no habrá otro horror tal, si de verdad marchamos siguiendo la advertencia de Fineo».

Así habló. Y al punto se dejaban de tales palabras y emprendían [650] el duro trabajo de remar. En seguida ellos pasaban de largo el río Reba de rápido curso y la atalaya de Colona, y no mucho después el cabo Negro, y tras éste la desembocadura del Fílide, donde antaño Dípsaco acogiera en sus moradas al hijo de Atamante, cuando con el carnero huía de [655] la ciudad de Orcómeno. Lo había alumbrado una ninfa de las praderas. Y no le agradaba la insolencia, sino que apacible habitaba con su madre junto a las aguas de su padre, apacentando rebaños en la ribera[295]. En seguida, después de avistarlo, sobrepasaban el santuario de éste y las anchurosas orillas del río y la llanura y el Calpe[296] de curso profundo. [660] Tras el día igualmente por la noche, en ausencia de viento, se aplicaban a los remos infatigables. Como unos bueyes de labor se afanan surcando la húmeda campiña, y muy abundante sudor se derrama de sus flancos y cuello, y tuercen sus ojos en oblicuas miradas bajo el yugo, mientras el resuello [665] seco de sus bocas rebrama con vehemencia[297], y ambos hundiendo en la tierra sus pezuñas se esfuerzan todo el día; semejantes a ellos los héroes tiraban de los remos del mar hacia fuera.

Cuando todavía no hay luz inmortal ni es ya completa la oscuridad, y un ligero resplandor se expande en la noche, [670] por lo que al despertarse lo llaman media luz; entonces entraron en el puerto de la desierta isla de Tinia y, agotados por la fatiga[298], desembarcaron a tierra. Y ante ellos el hijo de Leto, que ascendía desde Licia allá lejos al inmenso [675]

pueblo de los hiperbóreos[299], se apareció. Sus dorados bucles, a uno y otro lado de las mejillas, le ondeaban arracimados al avanzar. En la izquierda portaba su arco plateado, y sobre sus espaldas se extendía la aljaba colgada por el [680] hombro. La isla entera se estremecía bajo sus pies y las olas batían sobre la ribera. Un pasmo irresistible se apoderó de ellos al verlo y ninguno osó mirar de frente a los hermosos ojos del dios[300]. Se detuvieron bajando la cabeza hacia el suelo, mientras él marchó lejos en dirección al mar a través [685] del aire[301]. Finalmente Orfeo pronunció tal discurso para ilustrar a los héroes:

«¡Ea! Llamemos a esta isla de Apolo Matinal, consagrada a él[302], puesto que a todos se nos apareció viniendo en la mañana. Hagámosle un sacrificio como podamos, tras [690] erigir un altar sobre la orilla. Y si más tarde nos concediere un regreso indemne a la tierra Hemonia, entonces ya le ofreceremos muslos de cornudas cabras[303]. Ahora os invito a congraciárnoslo así, con grasa y libaciones. ¡Ea, sénos propicio, soberano, sénos propicio, tú que te nos has aparecido!».

Así habló. Y unos al instante construyeron un altar con [695] piedras. Los otros deambulaban por la isla, explorando si veían algún cervatillo o cabra salvaje, cuales pacen abundantes en la espesura del bosque. Les proporcionó caza el Letoida; y de toda ella piadosamente quemaron dos muslos sobre el altar sagrado, invocando a Apolo Matinal. En torno [700] a las ardientes víctimas formaron un ancho coro, celebrando al hermoso Hiepeán, a Febo Hiepeán. Con ellos el noble hijo de Eagro, al son de su lira Bistonia[304], comenzó un armonioso canto: cómo una vez, al pie de la rocosa cumbre [705] del Parnaso, mató con sus flechas al monstruoso Delfine[305], siendo todavía un muchacho desnudo[306], todavía gozoso con sus bucles —¡séme benévolo!, que siempre, soberano, están intonsos tus cabellos, siempre incólumes; pues así es la ley;

solamente la propia Leto, nacida de Ceo[307], los acaricia [710] en sus manos amorosas—. Y muchas veces las ninfas Coricias[308], hijas del Plisto, le animaban con sus palabras, gritando «¡lanza, lanza!», de donde le vino a Febo esta hermosa invocación[309]. Luego, una vez que lo hubieron celebrado con el canto y la danza, juraron firmemente, con libaciones [715] puras y tocando las ofrendas, ayudarse unos a otros por siempre en espíritu concorde. Y todavía ahora está erigido allí un santuario de la benévola Concordia, que ellos construyeron entonces para honrar a la muy ilustre diosa[310].

[720] Cuando llegó la luz del tercer día, entonces ya con un fuerte Céfiro abandonaron la escarpada isla. Desde allí, avistándolas enfrente, sobrepasaban la boca del río Sangario[311] y la fértil tierra de los mariandinos y las corrientes del [725] Lico y el lago Antemóiside. Bajo el soplo del viento se agitaban las drizas y todos los aparejos del navío en su avance. Al amanecer, calmado el viento por la noche, llegaron con alegría al puerto del cabo Aqueronte. Éste se eleva en [730] acantilados inaccesibles, mirando hacia el mar de Bitinia. A sus pies están arraigadas unas rocas lisas, batidas por el mar, en torno a las cuales el oleaje revolviéndose brama fuertemente. Y arriba en lo más alto han crecido frondosos plátanos. Desde allí hacia tierra adentro desciende en pendiente [735] un profundo valle, donde está la caverna de Hades[312], recubierta de bosque y rocas; desde donde un hálito glacial, que sopla continuamente del espantoso fondo, condensa en derredor una y otra vez blanquecina escarcha, que se ablanda [740] con el sol de mediodía. El silencio jamás invade este imponente promontorio, sino que a la vez gime por el resonante mar y por las hojas agitadas con los soplos del fondo. Allí también está la desembocadura del río Aqueronte, que a través del promontorio se arroja con estrépito en el mar [745] Oriental[313], y una profunda garganta lo encauza desde arriba. Entre las generaciones posteriores los megarenses Niseos lo llamaron Salvamarinos[314], cuando iban a poblar la

tierra de los mariandinos —pues los salvó a ellos con sus naves al ser alcanzados por una mala tempestad—. Allí en [750] seguida abordaron ellos, adentrándose con la nave por el cabo Aqueronte, a poco de cesar el viento.

No por mucho tiempo pasó inadvertida a Lico, jefe de aquel territorio, y a los mariandinos la arribada de los que mataran a Ámico, según la fama que antes habían oído; sino [755] que precisamente trabaron alianza con ellos gracias a esto, y al propio Polideuces lo acogieron como a un dios[315], congregándose de todas partes, puesto que ellos ciertamente guerreaban desde largo tiempo contra los insolentes bebrices[316]. Y ya todos juntos, marchando a la ciudadela, dentro [760] del palacio de Lico aquel día en amistad se ocupaban del banquete y deleitaban su ánimo con palabras. El Esónida le contaba la estirpe y el nombre de cada uno de sus compañeros, y las órdenes de Pelias, y cómo recibieron hospitalidad entre las mujeres lemnias, y cuanto llevaron a cabo en [765] relación a Cícico y Dolionia, y cómo llegaron a Misia y a Cío, donde abandonaron involuntariamente al héroe Heracles. Y le reveló la profecía de Glauco, y de qué modo mataron a los bebrices y a Ámico; y le relató los vaticinios de Fineo y su desdicha, y cómo escaparon a las rocas Cianeas, [770] y cómo se encontraron con el Letoida en una isla. Al escuchar sus relatos uno tras otro, aquél estaba fascinado en su ánimo[317]. Pero sintió aflicción por el abandono de Heracles y tal discurso dirigió a todos:

«Amigos, ¡de qué hombre habéis perdido el auxilio, encaminándoos [775] hacia Eetes en tan larga navegación! Pues bien lo conozco yo, que lo vi aquí mismo en el palacio de mi padre Dáscilo, cuando acá vino a pie a través del continente de Asia, para obtener el cinturón de la belicosa Hipólita[318]. Y me encontró cuando apenas me apuntaba la barba [780]. Entonces compitiendo en los juegos por la muerte de mi hermano Príolas a manos de los misios, a quien el pueblo aún

llora desde entonces en lamentables trenos, venció en el pugilato al vigoroso Ticias[319], que entre todos los jóvenes [785] descollaba por su figura y su fuerza, y le echó a tierra los dientes. Luego, junto con los misios, sometió para mi padre a los mígdones, que habitan campiñas colindantes a las nuestras, y conquistó las tribus de los bitinios con su territorio hasta las corrientes del Reba y la atalaya de Colona. [790] Tras éstos se rindieron sin más los paflagones, descendientes de Pélope, en torno a los cuales serpean las negras aguas del Bileo[320]. Mas ahora los bebrices y la soberbia de Ámico, mientras Heracles habita lejos, nos han despojado arrebatándonos con el tiempo un amplio territorio[321], hasta poner sus fronteras en los prados del Hipio de curso profundo. Sin [795] embargo, de vosotros recibieron castigo. Y os aseguro que no sin la voluntad de los dioses llevé la guerra contra los bebrices, Tindárida, ese día en que mataste al hombre aquel[322]. Por eso ahora la gratitud que os pueda yo pagar, la pagaré de grado. Pues es de ley para los hombres débiles, [800] cuando otros más fuertes les ayudaron primero. A todos vosotros dispondré que os acompañe mi hijo Dáscilo en la misma expedición. Yendo él, ciertamente encontraréis a través del mar gentes hospitalarias hasta la boca del propio [805] Termodonte. Además para los Tindáridas, en lo alto del cabo Aqueronte, fundaré un santuario elevado, que desde muy lejos sobre el mar todos los navegantes verán y honrarán. Y luego delante de la ciudad, como a dioses, les consagraré [810] fértiles campos de un llano de buena labranza»[323].

Así entonces en torno al banquete se deleitaban todo el día. Mas al alba descendieron presurosos hasta la nave; y el propio Lico iba con ellos, después de haberles entregado incontables regalos para llevar; al tiempo que de palacio mandaba partir a su hijo.

Entonces su predestinado sino alcanzó al Abantíada Idmón, [815] que destacaba en las adivinaciones. Pero las

adivinaciones no lo salvaron, ya que la necesidad lo llevó a perecer[324]. Pues en la vega del río, entre el cañaveral, refrescando sus flancos y su enorme vientre en el cieno, yacía un jabalí de blancos colmillos, monstruo funesto, al que temían incluso las propias ninfas moradoras del pantano. Ningún hombre lo había visto, y pacía solitario en la espaciosa marisma. Mientras el Abantíada marchaba por las escarpas del cenagoso río, aquél desde algún lugar imprevisto, saltando arriba de entre las cañaveras, le golpeó el muslo violentamente y le cortó por el medio los músculos con el hueso. Éste lanzó un grito penetrante y cayó al suelo. Y ellos, todos juntos, al herido respondieron con sus voces. Al punto arrojó Peleo su venablo contra el funesto jabalí que se precipitaba en su huida hacia el pantano. Y de nuevo se lanzó contra él; pero Idas lo hirió, y rugiendo se espetó en su rauda lanza; y lo dejaron allí mismo caído en tierra. Al otro, agonizante, sus compañeros lo llevaban a la nave afligidos, y en los brazos de sus compañeros murió.

Entonces se abstenían de pensar en la navegación y permanecían en duelo para el funeral del muerto. Tres días enteros lo lloraron; y al siguiente ya lo sepultaron con magnificencia. Participó en las exequias el pueblo junto con el propio rey Lico. A su lado, según es ritual para los desaparecidos, degollaron innumerables ovejas como ofrenda funeraria. Y aún está erigida en aquella tierra la tumba de este héroe; un túmulo hay encima, visible también a las generaciones posteriores, un rodillo naval de acebuche —que verdeguea con sus hojas—, un poco más abajo del cabo Aqueronte[325]. Y si es menester que yo cante también esto abiertamente bajo el dictado de las Musas, a los beocios y Niseos prescribió Febo que expresamente invocaran a éste como protector de su ciudad y que en torno a ese rodillo de antiguo acebuche fundaran su poblado. Mas ellos, en lugar de al piadoso Eólida Idmón, todavía ahora honran a Agaméstor[326].

¿Qué otro murió luego? Puesto que aún una vez más los héroes erigieron entonces la tumba de un compañero fallecido. En efecto, se ven todavía dos túmulos de aquellos hombres[327]. Fama es que murió el Hagníada Tifis. No era su destino navegar ya más lejos; sino que también a él allí [855] mismo lejos de su patria una corta enfermedad le postró, en tanto que el grupo rindió exequias al cadáver del Abantíada. Y tras la funesta desgracia sintieron un dolor insoportable. Pues, una vez que también a éste rindieron exequias de inmediato, allí delante del mar abatidos en su desamparo, envueltos [860] en sus mantos en silencio, no se acordaban de la comida ni de la bebida. Estaban decaídos en su ánimo por los pesares, ya que muy lejos de su esperanza quedaba el regreso[328]. Y aún más se habrían demorado en su aflicción, si Hera no hubiese infundido un extraordinario valor a Anceo, [865] al que junto a las aguas del Ímbraso[329] alumbrara Astipalea para Posidón —ciertamente destacaba sobre todo en pilotar—, y precipitándose junto a Peleo le habló:

«Eácida, ¿cómo puede estar bien que descuidando los trabajos permanezcamos largo tiempo en una tierra extraña? [870] No tanto por ser diestro en la guerra me lleva Jasón en pos del vellocino lejos de Partenia[330], cuanto por experto en naves. Así que no haya el más pequeño temor por la nave. De igual modo también hay aquí otros varones entendidos, y de [875] ellos, a cualquiera que subamos a la popa, ninguno arruinará la navegación. ¡Vamos!, diles pronto todo esto e incítalos a acordarse de la empresa con valor».

Así dijo; y el ánimo de éste se colmó de alegría. En seguida, sin tardanza, en medio de ellos habló:

[880] «Desdichados, ¿por qué así mantenemos un duelo vano? Pues en cierto modo éstos perecieron conforme al destino que les correspondió. En verdad tenemos en el grupo timoneles, y muchos. Así que no aplacemos el probarlos. ¡Vamos, levantaos, al trabajo, y desechad las penas!».

[885] A éste a su vez el hijo de Esón le respondió indeciso:

«Eácida, ¿dónde están esos timoneles? Pues aquellos de los que antes proclamábamos que eran entendidos, cabizbajos están, más afligidos que yo. Así que también, junto con [890] la muerte de éstos, presiento una triste desgracia, si ya no es posible llegar hasta la ciudad del funesto Eetes ni de nuevo a la tierra de la Hélade allende las rocas[331]. Aquí mismo sin gloria nos cubrirá un triste destino, envejeciendo en vano»[332].

Así dijo. Mas Anceo, con gran ímpetu, prometió conducir [895] la rápida nave; pues estaba movido por el impulso de un dios[333]. Tras él se levantaron Ergino y Nauplio y Eufemo, ansiosos de pilotar[334]. Pero a éstos los contuvieron, y la mayoría de los compañeros dio su aprobación a Anceo.

Luego, al amanecer, en el duodécimo día embarcaron; [900] pues ya les soplaba una fuerte brisa de Céfiro. Rápidamente atravesaron el Aqueronte con los remos y, confiados en el viento, extendieron los paños, y a todo avante con las velas desplegadas navegaban en calma. Pronto pasaron ante la desembocadura del río Calícoro, donde cuentan que el hijo [905] Niseo de Zeus[335], cuando tras dejar las tribus de los indios vino a establecerse en Tebas[336], celebró sus ritos y formó coros delante de la gruta en que moraba durante las estremecedoras noches sagradas; por lo cual los habitantes de alrededor, como sobrenombre, llaman al río Calícoro y a la [910] gruta Aulion[337].

Desde allí avistaron la tumba de Esténelo Actórida, quien al regresar de la muy audaz guerra de las Amazonas —pues había marchado con Heracles—, herido allí por una flecha, sobre la marina orilla murió. Y por cierto no siguieron [915] ya más adelante; pues la propia Perséfone envió el alma muy llorosa del Actórida, que suplicaba ver, por un instante al menos, a sus compatriotas. Subido en el coronamiento de la tumba observaba el navío, tal cual partió a la guerra[338], y

[920] en derredor su hermoso yelmo de cuatro penachos resplandecía con la cimera púrpura. Aquél se sumergió de nuevo en la oscura tiniebla, y ellos al contemplarlo se pasmaron. Revelando su vaticinio el Ampícida Mopso los incitó a abordar y propiciarlo con libaciones. Ellos a prisa recogieron la vela [925] y, tras echar amarras en la playa, se ocupaban de la tumba de Esténelo; en su honor vertieron libaciones y consagraron sacrificios de ovejas[339]. Además, aparte de las libaciones, en honor de Apolo Salvanaves[340] construyeron un altar y quemaron muslos. Y encima ofrendó Orfeo su lira; por lo cual es Lira el nombre del lugar.

[930] En seguida ellos, como el viento arreciaba, embarcaron en la nave e, izando el velamen, lo tendieron hasta ambas escotas. Ésta era llevada mar adentro impetuosamente, como un gavilán que por el aire allá en lo alto desplegando su ala al viento es llevado veloz y, sin impulsar su movimiento [935], planea en el cielo con las alas quietas. Y ya sobrepasaban las corrientes del Partenio, río que a la mar fluye mansamente, en el cual la doncella Letoide[341], cuando de la caza asciende al cielo, refresca su cuerpo en las plácidas aguas. [940] Luego por la noche, navegando adelante sin cesar, pasaban de largo Sésamo, los escarpados Eritinos, Crobíalo, Cromna y la boscosa Citoro[342]. Desde allí a su vez, con los rayos del sol, doblaban el Carambis y luego avanzaban con los remos a lo largo de la Gran Costa durante todo el día y, tras el día, [945] igualmente por la noche.

En seguida pisaron la tierra de Asiria[343], donde Zeus, engañado por sus propias promesas, estableció a Sinope, la hija de Asopo, y le concedió la virginidad. Pues él deseaba su amor y accedió a otorgarle lo que en su corazón anhelara. [950] Mas ella con astucia le pidió la virginidad. Así también burló a Apolo que ansiaba compartir su lecho y, tras ellos, al río Halis. Tampoco ninguno de los hombres la domeñó en amorosos abrazos[344]. Allí los hijos del ilustre Deímaco de

Trica[345] —Deileonte, Autólico y Flogio— a la sazón habitaban aún, tras haberse extraviado lejos de Heracles. Ellos entonces, cuando vieron la expedición de los héroes, saliendo a su encuentro se dieron a conocer abiertamente. Ya no querían quedarse para siempre, sino que, apenas sopló el Argestes[346], embarcaron en la nave.

Luego en compañía de éstos, llevados por una ligera brisa, dejaban el río Halis, dejaban la cercana corriente del Iris y también el aluvión de la tierra de Asiria. En el mismo día doblaron desde lejos el promontorio de las Amazonas[347] que tiene su puerto, donde una vez el héroe Heracles tendió emboscada a Melanipa, la hija de Ares, que había hecho una incursión; y, como rescate por su hermana, Hipólita le entregó su cinturón policromado, y él la devolvió indemne después[348]. En el golfo de éste, junto a la desembocadura del Termodonte, abordaron ellos, puesto que el mar justamente se encrespaba a su paso. Ningún río hay semejante a éste ni que eche sobre la tierra tantos caudales arrojándolos por separado lejos de sí. Le faltarían cuatro para cien, si se contara cada uno de ellos. Mas una sola es la verdadera fuente, la cual desde las altas montañas que, según dicen, se llaman Amazonias desciende hasta la llanura; y desde allí se escinde al adentrarse en el territorio más elevado de enfrente. Por eso mismo sus cauces son sinuosos. Continuamente serpea cada cual por su lado, allá por donde encuentra terreno más hondo, el uno a lo lejos, el otro cerca; y muchos son cursos innominados allí donde desaguan. Mas aquél de modo visible, en unión de unos pocos, desemboca con estrépito en el Ponto Axino bajo el curvado promontorio[349]. Y ciertamente al demorarse habrían trabado combate con las Amazonas y no habrían luchado sin derramar sangre —pues las Amazonas, que poblaban la llanura de Deante, no eran muy acogedoras ni respetuosas de las leyes, sino que les ocupaba la deplorable violencia y las obras de Ares; pues en efecto eran de la estirpe de Ares y de la ninfa Harmonía, la cual le

alumbró a Ares unas hijas belicosas, tras compartir su lecho en los valles del bosque de Acmón[350]—, si por obra de Zeus no hubieran llegado de nuevo los soplos del Argestes y ellos con el viento hubieran dejado atrás el redondeado promontorio, donde las Amazonas de Temiscira [995] se armaban. Pues no habitaban reunidas en una sola ciudad, sino repartidas por su territorio en tres tribus. Por un lado estas mismas a las que entonces acaudillaba Hipólita; por otro lado residían las de Licasto; y por otro lado las flechadoras [1000] de Cadesia[351].

Al otro día y la noche siguiente pasaron ante la tierra de los cálibes. A éstos no les ocupa ni la labor de los bueyes ni ningún otro cultivo de fruto delicioso, ni tampoco ellos apacientan rebaños en un prado cubierto de rocío; sino que, [1005] minando una tierra áspera productora de hierro, obtienen a cambio el precio de su sustento. Nunca les despunta la aurora lejos de sus trabajos, sino que entre el negro hollín y el humo soportan un penoso trabajo[352].

Después de éstos, tras doblar en seguida el promontorio de Zeus Geneteo, costeaban a salvo la tierra de los tibarenos. [1010] Allí, cuando las mujeres les alumbran hijos a sus maridos, son ellos quienes gimen postrados en los lechos, con sus cabezas vendadas; mientras ellas cuidan bien a sus maridos con alimento y les preparan los lavatorios del parto[353].

[1015] Tras éstos pasaban a su vez la Montaña Sagrada y la tierra en que los mosinecos habitan en los montes las *mosinas*, de donde precisamente reciben ellos su nombre[354]. Una costumbre y unas leyes diferentes rigen entre éstos. Cuanto [1020] es lícito hacer abiertamente, o en público o en la plaza, todo eso lo practican en sus casas. Y cuanto realizamos en nuestras estancias, aquello sin reproche lo hacen de puertas afuera en medio de las calles. Ni siquiera tienen pudor de compartir el lecho en público; sino que, como cerdos que pacen, [1025] sin turbarse en absoluto por los presentes, copulan en el suelo en promiscua relación amorosa con las

mujeres. Y el rey, sentado en la más alta *mosina*, dicta sentencias rectas a sus numerosas gentes. ¡Infeliz!, pues si acaso al juzgar yerra en algo, aquel día lo tienen encerrado con hambre[355].

[1030] Tras pasarlos de largo y ya cerca de la isla de Ares, situada enfrente, navegaban a fuerza de remos todo el día; pues la suave brisa les había abandonado con el crepúsculo[356]. Ya incluso divisaron un ave de Ares, pobladora de la [1035] isla, que desde lo alto se precipitaba por el aire, la cual, sacudiendo sus alas sobre la nave presurosa, lanzó contra ella una puntiaguda pluma. Ésta cayó en el hombro izquierdo del divino Oileo, quien herido soltó de sus manos el remo. Ellos se pasmaron al contemplar el dardo alado. Y Eribotes, [1040] que a su lado se sentaba, se lo arrancó y le vendó la herida, tras desatar de su vaina el tahalí del que pendía. Apareció otro volando tras el primero; pero el héroe Clitio Euritida —pues de antemano había tendido su curvado arco y lanzado su dardo veloz contra el pájaro— en seguida lo hirió; y [1045] dando vueltas cayó cerca de la rápida nave.

A ellos Anfidamante, el hijo de Áleo, les habló:

«Tenemos próxima la isla de Ares —lo sabéis también vosotros por haber visto esas aves—. Yo no creo que las flechas nos ayuden lo bastante para el desembarco. Pero dispongamos alguna otra artimaña eficaz, si pensáis abordar [1050] acordándoos de que lo prescribió Fineo. Pues ni siquiera Heracles, cuando vino a Arcadia, pudo con su arco rechazar las aves nadadoras del lago Estinfalo —y esto yo mismo lo vi—[357]. Pero él, agitando en sus manos un crótalo de bronce [1055], lo hizo sonar sobre una elevada atalaya; y aquéllas se ahuyentaron lejos chillando bajo un miedo espantoso. Así que también ahora planeemos alguna artimaña tal. Yo mismo podría deciros una que he planeado de antemano. Colocando [1060] sobre nuestras cabezas los yelmos de enhiestos penachos, la mitad alterna[358] remad y la

otra mitad con pulidas lanzas y escudos resguardad la nave. Además con gran fuerza levantad inmenso griterío todos juntos, para que con la sorpresa se espanten del tumulto, de los penachos que se [1065] agitan y de las lanzas alzadas en alto. Y si llegamos a la propia isla, entonces ya junto al clamor levantad luego enorme ruido con los escudos».

Así dijo. Y a todos agradó la eficaz artimaña. Sobre sus cabezas colocaron los broncíneos cascos que relucían terriblemente [1070], y encima se agitaban sus penachos purpúreos. Y de modo alterno los unos remaban, mientras los otros cubrieron la nave con lanzas y escudos. Como cuando un hombre recubre con teja el recinto de su casa, para que sea [1075] ornamento y protección de la lluvia, y una con otra se ajustan sólidamente entre sí, así ellos con sus escudos acoplados cubrieron la nave. Cual surge de la tropa enemiga el clamor al avanzar los hombres, cuando entrechocan las falanges, tal griterío de lo alto de la nave se esparcía por el aire[359]. Ya no [1080] vieron ningún pájaro; sino que, cuando al llegar a la isla golpearon ruidosamente los escudos, en seguida aquéllos, incontables, se alzaron aquí y allá ahuyentados. Como cuando el Crónida arroja desde las nubes una espesa granizada [1085] sobre la ciudad y las casas, y debajo sus habitantes escuchan el repicar sobre los techos y permanecen en calma, puesto que no les cogió de improviso la estación invernal, sino que antes habían reforzado el tejado; tan espesas eran las alas que sobre ellos arrojaron precipitándose muy alto por el mar hacia las montañas del confín de la tierra.

[1090] ¿Cuál era, pues, la intención de Fineo, para que la divina expedición de los héroes abordara allí? ¿Y qué ayuda iba a llegarles luego según su deseo?

Los hijos de Frixo marchaban desde Ea, del lado de Eetes [1095] Citeo, hacia la ciudad de Orcómeno embarcados en un navío colco, a fin de recuperar la inmensa riqueza de su padre. Pues éste al morir les encomendó ese viaje. Y estaban ya muy

cerca de la isla aquel día. Zeus agitó la fuerza del viento Bóreas para que soplara, indicando con la lluvia el húmedo curso de Arturo[360]. Durante el día su ligero soplo apenas sacudía las hojas en las montañas sobre las más altas ramas. Mas por la noche cayó violentamente sobre el mar y levantó el oleaje silbando con sus ráfagas. Negra tiniebla envolvía el cielo, por ninguna parte las estrellas rutilantes aparecían visibles entre las nubes, y en derredor se había cerrado una sombría oscuridad. Empapados y temerosos de una muerte horrible, los hijos de Frixo eran llevados por las olas a la deriva. La fuerza del viento arrancó las velas y también quebró en dos partes la propia nave sacudida por la marejada. Entonces, por designio de los dioses, los cuatro que eran alcanzaron un madero enorme, como los que, ajustados con puntiagudas clavijas, se habían dispersado muchos al naufragar. Y hacia la isla, en el trance casi de la muerte, los llevaban angustiados las olas y los embates del viento. En seguida estalló una tormenta indescriptible; llovía sobre el mar y la isla y todo el territorio de enfrente de la isla, cuanto poblaban los soberbios mosinecos[361]. A los hijos de Frixo, junto con el robusto madero, los arrojó el impulso del oleaje hasta las orillas de la isla bajo la noche tenebrosa. La inmensa lluvia enviada por Zeus cesó con el sol. Pronto vinieron de cerca unos al encuentro de otros. Y Argos[362] el primero tomó la palabra:

«Por Zeus Providente[363] os imploramos, quienesquiera que seáis de entre los hombres, que benévolos nos socorráis en nuestra indigencia. Pues violentas tempestades que descargaron sobre el mar destrozaron todo el maderamen de la miserable nave, en la que embarcados por necesidad atravesamos las ondas. Por eso ahora os rogamos, si consentís en damos alguna vestidura para el cuerpo y en acogemos, por compasión hacia hombres de la misma edad sumidos en el infortunio. ¡Vamos!, respetad a unos huéspedes suplicantes por Zeus Hospitalario y Suplicante[364]. Que de

Zeus son ambos, suplicantes y huéspedes, y él sin duda también ha sido para nosotros providente».

A éste a su vez el hijo de Esón le interrogaba sagazmente [1135], presintiendo que se cumplían las profecías de Fineo:

«Todo esto en seguida os lo procuraremos de buen grado. Pero ¡ea!, dime sinceramente en qué lugar de la tierra habitáis y qué necesidad os impulsa a viajar sobre el mar, y vuestro célebre nombre y linaje»[365].

[1140] Y Argos le contestó desamparado en su infortunio:

«Que un tal Frixo, un Eólida, vino a Ea desde la Hélade, sin duda creo que tal vez lo hayáis oído vosotros ya antes; Frixo, que llegó a la ciudadela de Eetes montado en un carnero [1145], al que Hermes hizo de oro[366] —y su vellón todavía ahora podríais verlo extendido sobre las frondosas ramas de una encina—. Luego, según sus indicaciones[367], lo sacrificó en honor de Zeus Crónida, entre todas sus advocaciones, como Protector de los fugitivos[368]. Y Eetes lo acogió en su palacio y le entregó a su hija Calcíope sin regalos a cambio con ánimo gozoso[369]. De ellos dos somos la descendencia. [1150] Pero Frixo ya murió anciano en la casa de Eetes. Y nosotros en seguida, atendiendo las órdenes de nuestro padre, viajamos hacia Orcómeno a causa de los bienes de Atamante. Y si también nuestro nombre deseas conocer, el nombre de [1155] éste es Citisoro, el de éste Frontis, el de éste Melas, y a mí mismo podéis llamarme Argos»[370].

Así habló. Los héroes se alegraron del encuentro y los rodeaban asombrados. Y Jasón le respondió de nuevo oportunamente con estas palabras:

«Ciertamente sois nuestros parientes paternos quienes [1160] venís a suplicar que benévolos socorramos vuestro infortunio. Pues Creteo y Atamante eran hermanos, y yo, nieto de Creteo, con estos compañeros viajo desde la Hélade misma hacia la ciudad de Eetes[371]. Pero de esto hablaremos más

tarde entre nosotros, ahora vestíos lo primero. Por designios de los inmortales creo que en vuestra indigencia llegasteis a mis manos».

Dijo, y de la nave les dio vestidos que ponerse. Luego todos juntos marcharon hasta el templo de Ares para sacrificarle unos corderos. Con prontitud los colocaron en torno al altar que, hecho de guijarros, estaba fuera del templo sin techumbre —dentro se hallaba erigida una piedra negra sagrada, a la que en otro tiempo todas las Amazonas dirigían sus plegarias. No era su costumbre, cuando venían de allá enfrente, quemar en ese altar ofrendas de corderos y bueyes; sino que inmolaban caballos, después de criarlos durante un año—[372]. Y una vez que comieron del banquete preparado tras el sacrificio, entonces ya les habló el Esónida y comenzó sus palabras:

«Zeus en verdad todo lo ve, y nunca los hombres le pasamos inadvertidos, ni los piadosos ni los injustos[373]. Pues como a vuestro padre libró de la muerte urdida por su madrastra y le procuró lejos una inmensa riqueza; así también a vosotros esta vez os salvó indemnes de una tempestad funesta. Podemos viajar sobre esta nave aquí y allá, adonde nos sea grato, bien hasta Ea, bien hasta la rica ciudad del divino Orcómeno. Pues la ingenió Atenea y cortó con el bronce los maderos de la cumbre del Pelión, y con su ayuda la construyó Argos. Por el contrario aquélla una ola maldita la destrozó, antes incluso de llegar cerca de las rocas que en la angostura del Ponto se juntan todo el día la una contra la otra. Pero ¡ea!, de igual modo vosotros sed valedores y guías de la navegación para nosotros que ansiamos llevar a la Hélade el vellocino dorado, ya que realizo la expedición para calmar la cólera de Zeus contra los Eólidas por los sacrificios de Frixo»[374].

Dijo exhortándolos. Mas ellos se horrorizaron al escucharlo. Pues decían que no serían acogidos

favorablemente por Eetes si deseaban llevarse el vellón del carnero. Así habló Argos, reprochándoles emprender tal expedición:

«Amigos, toda nuestra fuerza nunca faltará ni lo más [1200] mínimo en auxilio vuestro, cuando una necesidad se presente. Pero Eetes está terriblemente dotado de funestas crueldades. Por eso temo sobremanera navegar allí. Se ufana de ser vástago de Helios, y en derredor habitan los innumerables pueblos de los colcos. Y por su espantosa voz y su gran [1205] fuerza podría igualarse a Ares. Tampoco es fácil apoderarse del vellón al margen de Eetes: tal es el dragón que lo guarda alrededor en torno suyo, inmortal e insomne, al cual engendró la propia Gea en las laderas del Cáucaso bajo la roca Tifonia, [1210] donde cuentan que Tifón, herido por el rayo de Zeus Crónida cuando extendió contra él sus robustos brazos, de su cabeza derramó ardiente sangre; y llegó así a las montañas y la llanura de Nisa, donde todavía ahora yace sumergido [1215] bajo las aguas de la laguna Serbónide»[375].

Así habló. Y la palidez invadió en seguida las mejillas de muchos, cuando oyeron tal prueba. Al punto Peleo le respondió animosamente con sus palabras y dijo:

«No nos atemorices tanto, amigo, con tu discurso. Pues [1220] no carecemos de valor hasta el punto de ser inferiores a Eetes en medirnos con las armas; sino que también nosotros, creo, vamos allí como expertos en la guerra y nacidos casi de la sangre de los bienaventurados. Por ello, si no nos entrega [1225] amistosamente el vellón dorado, confío que no le valdrán los pueblos de los colcos».

Así entre ellos conversaban mutuamente, hasta que de nuevo, saciados de comida, se durmieron.

Por la mañana al despertar soplaba una brisa bonancible. Izaron las velas y éstas bajo el embate del viento se extendieron [1230]. Rápidamente dejaban atrás la isla de Ares.

A la noche siguiente pasaban la isla de Fílira, donde el Uránida Crono, cuando reinaba en el Olimpo sobre los Titanes y Zeus aún se criaba en la caverna de Creta entre los Curetes del Ida[376], se acostó con Fílira engañando a Rea. La diosa los descubrió mientras yacían, y él de un salto se precipitó fuera del lecho semejante en figura a un caballo de larga crin; ella por vergüenza, la Oceánide Fílira, abandonó el lugar y las moradas aquellas, y vino a las altas montañas de los pelasgos, donde alumbró al portentoso Quirón, igual en parte a un caballo, en parte a un dios, a causa de su mutada unión[377].

Desde allí a su vez pasaban de largo a los macrones, el inmenso territorio de los bequires, a los arrogantes sapires y, tras éstos, a los biceres. Pues sin cesar avanzaban adelante presurosos, llevados por un viento suave.

Y ya en su navegar se divisaba la ensenada del Ponto, y ya apuntaban las elevadas cumbres de las montañas del Cáucaso, donde Prometeo, con sus miembros sujetos en torno a ásperas rocas por infrangibies ataduras de bronce, alimentaba con su hígado un águila que una y otra vez se lanzaba contra él. En el crepúsculo la vieron sobrevolar con agudo silbido por encima de lo más alto del navío cerca de las nubes; pero, no obstante, sacudió todo el velamen al batir las alas a su paso. Pues ésta no tenía la naturaleza de un pájaro de los aires y agitaba sus rápidas alas cuales bien pulidos remos[378]. No mucho después oyeron el quejumbroso grito de Prometeo, desgarrado en su hígado. Resonó el éter con su gemido, hasta que de nuevo observaron al águila carnicera que se lanzaba desde la montaña por el mismo camino[379].

De noche con la experiencia de Argos llegaron al Fasis de ancho curso y a los últimos confines del Ponto. En seguida, tras recoger las velas y la verga, las dispusieron dentro de la cóncava horqueta, donde también abatieron de inmediato el propio mástil poniéndolo tendido. Rápidamente

con los remos penetraron en la gran corriente del río; y ésta cedía ante ellos borbotando por todas partes. Tenían a mano izquierda el Cáucaso escarpado y la ciudad Citea de Ea, y del otro lado a su vez la llanura de Ares y los bosques sagrados del dios, donde el dragón vigilante guardaba el vellocino extendido sobre las frondosas ramas de una encina. El propio Esónida con una copa dorada vertía en el río melifluas libaciones de vino puro a Gea, a los dioses locales y a las almas de los héroes difuntos. Rogaba que fueran sus favorables protectores con benevolencia y acogieran de modo propicio las amarras del navío. En seguida Anceo les dirigió tal discurso:

«Ya llegamos a la tierra Cólquide y a las corrientes del Fasis. Tiempo es de meditar entre nosotros si probaremos a Eetes con amabilidad, o si algún otro intento será eficaz».

Así habló. Y a su vez Jasón, según los consejos de Argos, ordenó mantener la nave a flote sobre las áncoras, tras introducirla en una umbrosa laguna, que estaba muy cerca de donde pasaban[380]. Allí ellos acamparon durante la noche. Y no mucho después apareció la aurora como deseaban.

[211] *Genetlio* es una advocación del dios (en Esparta, por ejemplo: cf. PAUSANIAS, III 15, 10), que aquí lo designa como progenitor de la raza de los bebrices.

[212] También cabe entender Melia como epíteto, una clase de ninfa (cf. HESÍODO, *Teog*. 187), y «Bitínide» sería su nombre como epónima de la región.

[213] La leyenda de Ámico entraña un motivo folclórico: el rey-ogro que obliga a sus huéspedes a competir en determinada prueba, cuya derrota significa la muerte, hasta que un héroe le vence (en este caso Polideuces). El episodio fue tratado también por TEÓCRITO (XXII 27-134), y antes por EPICARMO en una comedia y por SÓFOCLES en un drama satírico.

[214] Normas de cortesía y hospitalidad que eran habituales en la poesía homérica (incluso entre adversarios) y en el mundo griego en general.

[215] Ámico amenaza con un ataque de los bebrices. El combate impuesto por Ámico y sus amenazas prefiguran la prueba que el rey Eetes impondrá a Jasón en el canto III.

[216] La imagen, de inspiración homérica (*Il*. XX 164-175), describe la rabia de Ámico ante la intrépida e irónica aceptación de su desafío por Polideuces.

[217] También Heracles lleva un manto doble y una maza de acebuche en TEÓCRITO, XXV 254-255.

[218] Los Gigantes, nacidos de la Tierra (Gea), lucharon contra Zeus y los Olímpicos para vengar la derrota de los Titanes (cf. APOLODORO, I 6, 1-3). Tifoeo o Tifón es otro hijo monstruoso de la Tierra que también luchó contra Zeus (cf. II 1208-1215).

[219] Ámico es quien habla a Polideuces.

[220] Estas correas, enlazadas en torno a los dedos y el puño, servían en el pugilato antiguo como nuestros guantes de boxeo. Según la tradición, Ámico había perfeccionado este sistema de correas.

[221] Este tipo de comentarios del poeta sobre sus personajes (véase luego II 137-138) era frecuente en la épica homérica (cf. *Il*. II 38, XXII 445).

[222] La siguiente descripción se encuadra en una tradición de escenas de pugilato: *Ilíada* XXIII 653-699; *Odisea* XVIII 89-107; *Eneida* V 400-460; además de TEÓCRITO, XXII 80 ss.

[223] La imagen contrapone la técnica de Polideuces y la brutalidad de Ámico, semejante a una fuerza de la naturaleza; como otros dos símiles (II 38-42) habían resaltado su diferente aspecto.

[224] Polideuces practica un *juego de rodillas* que le permite, tras esquivar el asalto de su adversario, golpearle por el lado «sobre la oreja».

[225] En Teócrito la derrota de Ámico no acarrea su muerte, sino la promesa de abandonar en adelante su actitud inhospitalaria, un final más en consonancia con las versiones de la comedia (Epicarmo) o el drama satírico y con las representaciones de la cerámica, en las que Ámico era atado tras su derrota.

[226] Polideuces.

[227] La descripción reproduce, por única vez en todo el poema, el crudo realismo en los detalles típico de las escenas de combate homéricas (cf. *Ilíada* V 37-84).

[228] La comparación de los guerreros con lobos es tradicional en la épica (cf. *Ilíada* XVI 352-355).

[229] La imagen de las abejas es recreada en *Eneida* XII 587-592 y QUINTO DE ESMIRNA, III 221-226.

[230] La comarca fronteriza entre Bitinia y Heraclea (cf. II 786-795). Véase luego el episodio de Lico y los mariandinos (II 752 ss.).

[231] La añoranza de Heracles, expresada por una voz anónima del grupo, reaparece en IV 1457-1460. Esta forma de comentario anónimo se empleaba ya en la épica homérica (cf. *Il.* II 271-277).

[232] Ámico está asociado en la leyenda a un laurel, bien porque fue atado a él tras su derrota, bien porque la planta había crecido sobre su tumba.

[233] En Terapne, cerca de Esparta, había un santuario y la tumba de los Dioscuros. Esta escena, con el himno en honor de Polideuces, prefigura la apoteosis de los Dioscuros y la institución de su santuario en Heraclea (II 806-810).

[234] El fenómeno descrito, una especie de tromba marina, se produce debido a las corrientes del Bósforo.

[235] Sobre la orilla europea del Bósforo, donde luego estaría Bizancio. Otras versiones situaban la residencia de Fineo sobre la costa asiática, en Bitinia (cf. *Arg. Órf.* 668).

[236] Frente a otras versiones donde Fineo aparecía como un rey cruel que había cegado a sus hijos (cf. SÓFOCLES, *Ant.* 966-987; *Arg. Órf.* 671-679), en Apolonio es culpable sólo por su imprudente y excesiva filantropía, lo que le convierte en una figura semejante a Prometeo.

[237] Las Harpías o «Rapaces» eran monstruos alados femeninos, hijas de Taumante y la Oceánide Electra (cf. HESÍODO, *Teog.* 265-269; VIRGILIO, *Eneida* III 210-218).

[238] La descripción realista de la vejez es un rasgo propio de la estética helenística: recuérdese la figura de la anciana Polixo (I 669-670) y de Hécale en el poema de Calímaco.

[239] La respiración de Fineo es difícil y superficial a causa de su extrema debilidad.

[240] Fineo implora en nombre de Zeus como dios protector de los suplicantes (cf. II 1131-1133, IV 700-703), en nombre de Apolo, su patrono como dios de la adivinación, y en nombre de Hera que protege a los argonautas.

[241] Las Erinis, identificadas con las Furias romanas, eran divinidades vengadoras, especialmente de los crímenes familiares.

[242] Expresión basada en la imagen de la vida como un hilo que las Moiras enrollan.

[243] Verso de discutida interpretación.

[244] «Por la Cer». Las Ceres son representaciones divinas del Hado o Destino.

[245] Viento del Oeste, considerado el más veloz (cf. *Il.* XIX 415-416). Céfiro, unido a la Harpía Podarge, había engendrado los caballos de Aquiles (*Ilíada* XVI 149-150).

[246] Hermana de las Harpías y habitual mensajera de los dioses.

[247] El agua de la Estigia, el río del Hades, constituía el juramento solemne de los dioses (cf. HESÍODO, *Teog.* 400, 775-807).

[248] Las islas Plotas o «Flotantes», luego llamadas Estrófades o «del Retorno», se sitúan en el mar Jonio al oeste del Peloponeso.

[249] En el monte Dicte, según se precisa luego en II 434.

[250] La persecución de las Harpías por los Boréadas (II 273-300) y las profecías de Fineo (II 311-425) son acciones simultáneas. En VALERIO FLACO (IV 537 ss.) Fineo emite sus vaticinios sólo después de conocer que ha sido liberado definitivamente de las Harpías.

[251] Las profecías de Fineo tienen por modelo las instrucciones de Circe a Ulises en *Odisea* XII 37-141. El extenso discurso de Fineo constituye un programa que guía el periplo de los argonautas hasta la Cólquide y anuncia los sucesivos episodios del canto II:

II 317-345	paso de las Simplégades	II 549-648
II 345-350	periplo (geografía)	II 648-721
II 351-356	episodio de los mariandinos	II 722-898
II 357-381b	periplo (geografía)	II 899-1029
II 382-391	episodio de la isla de Ares	II 1030-1227
II 392-396	periplo (geografía)	II 1228-1259
II 396-407	llegada a la Cólquide	II 1260-1285

[252] Compárese la descripción paralela de las Planctas en *Odisea* XII 59-72.

[253] El Ponto Euxino o Mar Negro.

[254] Los argonautas construirán, en efecto, un altar a los doce dioses Olímpicos antes de iniciar el paso de las Simplégades (II 531-532). Pero nótese cómo en la concepción del poeta los héroes no son simples marionetas: aunque necesiten la ayuda divina, ellos deben poner todo su esfuerzo.

[255] La navegación seguirá, pues, la costa sur del Mar Negro.

[256] Véase una descripción más detallada en II 727-751.

[257] Los énetos eran una población de Paflagonia. Pélope es considerado más habitualmente de origen lidio.

[258] El cabo Carambis, que forma un elevado promontorio sobre la costa sur del Ponto, está frente al Quersoneso Táurico, es decir, mira hacia el Norte, a la Osa Mayor o Hélice.

[259] Este saliente, el cabo Lepte, marca el límite entre Paflagonia y Asiria.

[260] El Recodo o *Ancón* es un cabo formado por los aluviones del río Iris (cf. II 963-964).

[261] Llamado promontorio de las Amazonas en II 965. En ese golfo los argonautas se resguardarán de una tempestad (II 970-995).

[262] El cabo Geneteo o de Zeus Geneteo (cf. II 1009), que recibe su nombre del río Geneto, puede identificarse con el cabo Jasonio (cf. JENOFONTE, *Anáb.* VI 2, 1) o con el moderno cabo Boôn. Allí había un santuario en honor de Zeus Hospitalario.

[263] El texto transmitido es defectuoso. El término *mosina*, de origen persa, equivale a «torre». Sobre los cálibes, tibarenos y mosinecos, véase luego II 1000-1029.

[264] Otrera y Antíope no serán mencionadas luego al citar las tres ciudades de las Amazonas (II 995-1000, donde sólo se recuerda a Hipólita) ni a propósito del templo de Ares (II 1169-1176).

[265] Cita es otro nombre, poético, de la Cólquide. Los montes Amarantos, donde el Fasis tiene su fuente, deben de situarse en Armenia. Sobre la llanura de Circe, véase III 200-209.

[266] Ea es la capital de la Cólquide, que Jasón imagina en el extremo oriental del mundo (cf. I 84-85).

[267] Estos guías serán Dáscilo, el hijo de Lico (cf. II 802-805) y sobre todo los hijos de Frixo (cf. II 1260-1261). La divinidad que guiará el viaje de regreso es Hera (cf. IV 294-297, 576-580, 640-648).

[268] El poeta resume en estilo indirecto el discurso de Zetes a los demás personajes sobre la persecución de las Harpías, ya narrada al lector (II 273-300), evitando así el estilo repetitivo de la épica homérica.

[269] El regreso a la patria como felicidad suprema es un motivo homérico (cf. *Odisea* X 415-420).

[270] *Ērigenḗs:* «la Hija de la Mañana».

[271] Las Hamadríades o Dríades son ninfas de los robles, cuya vida está ligada a un determinado árbol (cf. *Himno Hom. a Afrod*. 256-272; CALÍMACO, *Himno* IV 79-85).

[272] La historia de Parebio, que constituye un *exemplum* de piedad y gratitud en el contexto del episodio, recuerda la de Erisictón en CALÍMACO, *Himno* VI 31-115 y OVIDIO, *Met*. VIII 738-878.

[273] Fineo había pedido *un* cordero (II 465) y Parebio trae *dos*, probablemente como un gesto más de gratitud.

[274] La leyenda de Cirene, ninfa epónima de esta ciudad de Libia, era narrada por HESÍODO (frags. 215-217 MERK.-WEST) y PÍNDARO, *Pit*. IX 1-70. Sobre la fundación de Cirene, cf. nota a IV 1764.

[275] Hemonia es Tesalia, por donde discurre el Peneo. En el monte Mirtoso, cerca de Cirene, había un templo de Apolo del Mirto.

[276] «Agreste/Cazador» y «Pastoril», advocaciones tradicionales de Aristeo.

[277] Compárese CALÍMACO, *Himno* II 91-92.

[278] La esposa de Aristeo es Autónoe, de quien tuvo un hijo, Acteón. Aristeo es un héroe civilizador: pastor de rebaños, como su madre; inventor de la apicultura y la oleicultura (cf. IV 1132-1133; VIRGILIO, *Geórg*. IV 315-558); la adivinación y la medicina, saberes que le son aquí atribuidos, convienen a un hijo de Apolo y discípulo de Quirón. Compárese DIODORO SÍC., IV 81-82 y NONO, *Dion*. V 214-279.

[279] El monte Otris, como el río Apídano y la llanura de Ptía, se localizan en el sur de Tesalia. Atamante, padre de Frixo, se exilió en Ptiótide tras la muerte de sus hijos Learco y Melicertes.

[280] Las islas de Minos son las Cíclades, sobre las que éste había reinado (cf. TUCÍDIDES, I 4). La aparición de Sirio, la estrella más «luminosa» de la constelación del Can Mayor, era un presagio siniestro (cf. III 957-959); la aludida «plaga» debió de ser una epidemia del ganado.

[281] Parrasia era una población de Arcadia, fundada por Parraso, hijo del rey arcadio Licaón.

[282] El culto a Sirio y a Zeus Icmeo o «Lluvioso» en la isla de Ceos era bien conocido (cf. CALÍMACO, frag. 75, 32-37 PF.; NONO, *Dion*. V 269-279, XIII 278-285).

[283] Los vientos *etesios*, «anuales», soplan en verano durante el signo de Leo y su aparición viene a coincidir con la salida del Can (la constelación de Sirio), en la época de grandes calores o «canícula» (cf. ARATO, *Fen*. 149-155; ARISTÓTELES, *Meteor*. II 5).

[284] Los vientos etesios, que soplan del Norte (N.O.), impedían la navegación por el Bósforo hacia el interior del Ponto durante una parte del verano.

[285] Este altar o santuario *(Hieron)* de los doce dioses Olímpicos, sobre la costa asiática del Bósforo (en Bitinia), era en la Antigüedad muy conocido y ligado a tradiciones argonáuticas.

[286] La comparación del vuelo de Atenea con la rapidez del pensamiento, cuyo modelo es *Ilíada* XV 80-83, responde a un tópico de gran fortuna en la literatura clásica. La expansión de los vv. 541-543 podría aludir al exilio del propio poeta.

[287] Atenea se posa sobre la costa europea (Tinia) a la entrada del Ponto *Axino* o «Inhospitalario», llamado habitualmente por eufemismo *Euxino* u «Hospitalario». En VALERIO FLACO (IV 670-685) se produce la intervención conjunta de Hera y Atenea.

[288] El poeta distingue el paso de las Simplégades o Cianeas en el Bósforo, mencionado en PÍNDARO, *Pít*. IV 207-211, y el paso de las Planctas en Sicilia (IV 920-963), que se recuerda en *Odisea* XII 59-72.

[289] El navío es llevado en la cresta de la ola, que forma debajo una concavidad. Nótese cómo todo el pasaje describe con preciso realismo los fenómenos producidos por el choque y separación de las rocas (corriente, remolinos, oleaje, resaca).

[290] «Chocantes» o «Entrechocantes» *(Simplégades)*.

[291] Nótese el paralelo con el paso de la paloma (vv. 571-572): las rocas cortan los adornos de popa del navío, que cruza por el aire como un ser alado.

[292] El hecho constituye un motivo folclórico: quien sobrepasa un peligro insuperable, lo elimina para siempre. Sobre los dos islotes identificados con las legendarias Simplégades, cf. ESTRABÓN, VII 6, 1.

[293] El piloto Tifis no desea recibir elogios, sino que atribuye todo el éxito a la nave y a la propia Atenea.

[294] Como luego se confirma (II 638), Jasón pone a prueba la confianza de sus compañeros, en una escena que recuerda la prueba de Agamenón en *Ilíada* II 110-141.

[295] El héroe local Dípsaco, hijo de una ninfa y del río Fílide, nos es conocido sólo por este breve cuadro bucólico. El hijo de Atamante es Frixo.

[296] Otro río de Bitinia.

[297] En el texto griego (v. 665 s.) hay una marcada aliteración onomatopéyica. La imagen de los bueyes que surcan la tierra es original para ilustrar la tarea de remar.

[298] Los argonautas han cruzado las Simplégades y remado durante un día y una noche.

[299] Licia, en Asia Menor, estaba consagrada a Apolo (cf. I 309). El legendario pueblo de los hiperbóreos, «de allende el Viento Norte», está asociado a Apolo en el culto y en la leyenda (cf. IV 611-617; HERÓDOTO, IV 32-35; CALÍMACO, *Himno* IV 281-299, frag. 186 PF.).

[300] Que los mortales no deben contemplar a un dios si éste no lo desea, es norma religiosa, como bien se muestra en CALÍMACO, *Himno* V 68-120.

[301] Esta espléndida aparición de Apolo como dios de la luz, que se muestra favorable a los héroes, es paralela a su luminosa epifanía en IV 1694-1730, y contrasta con su terrible aparición, «semejante a la noche», en *Ilíada* I 43-47.

[302] La isla de Tinia, en efecto, era llamada también Apolonia.

[303] El sacrificio de cabras no era inhabitual. En Delos había un altar de Apolo hecho de cuernos de cabras (cf. CALÍMACO, *Himno* II 58-63; PLUTARCO, *Teseo* 21).

[304] Tracia.

[305] El dragón de Delfos, llamado habitualmente Pitón, cuya muerte por el dios es narrada en *Himno Hom. a Apolo* 356-374. El Parnaso es una elevada montaña cercana al valle de Delfos y asociada al culto de Apolo y de las Musas.

[306] Expresión discutida. En todo caso, Febo es evocado como «un mozuelo» de largos cabellos.

[307] Un Titán hijo de Urano y Gea.

[308] Que moraban en la cueva de Corico, en el monte Parnaso. El Plisto es un río de la región.

[309] El canto de Orfeo, un himno a Febo, explica el origen, con etimología incluida, de la advocación *Hiepeán* aplicada al dios: *híe* vendría de *híēmi*. «¡lanza (tus flechas)!», el grito de las ninfas cuando Febo asaeteaba a la serpiente Pitón. *Peán* (nombre de una antigua deidad sanadora) es un epíteto de Apolo y también el canto o himno ritual en su honor (y de otros dioses). CALÍMACO (*Himno* II 97-104) ofrece el mismo *aition* para este estribillo.

[310] Sobre la importancia de la Concordia en el poema, cf. Introd. C. 2.

[311] Frontera natural entre Bitinia y el país de los mariandinos.

[312] Los griegos situaban allí una de las entradas al Hades (y otra en el cabo Ténaro: cf. I 102). La descripción de la caverna y el promontorio, con su atmósfera infernal, presagia tal vez la muerte de dos argonautas al final del episodio (II 815-898).

[313] El Ponto Euxino.

[314] *Soonauta*: la desembocadura del río ofrece un abrigado puerto. En el s. VI a. C. los megarenses (Nisea es el puerto de Mégara, del nombre de su legendario rey Niso) fundaron, con los beocios de Tanagra, la colonia de Heraclea Póntica en este lugar (cf. II 844-850).

[315] Véase luego II 806-810 (y antes II 159-163).

[316] Sobre la hostilidad entre bebrices y mariandinos, cf. II 138-141 y II 792-798.

[317] El relato de Jasón, que refleja la función del poeta, produce en su audiencia el mismo efecto de encantamiento que el aedo Femio o que Ulises en *Odisea* I 337, XVII 521. Compárese el relato de Ulises a Penélope en *Odisea* XXIII 306-343.

[318] La obtención del cinturón de la reina de las Amazonas constituyó uno de los trabajos de Heracles (cf. II 966-969). En su honor se fundaría luego la ciudad de Heraclea (cf. II 746-749).

[319] Un héroe local de los mariandinos.

[320] De los pueblos citados, los misios habitan al sur de los mariandinos, los mígdones o frigios al oeste, y más al oeste los bitinios. A su vez los paflagones se sitúan al este.

[321] La comarca entre el río Sangario y el Hipio.

[322] Una coincidencia, fruto de la Fortuna *(Týchē)*, es atribuida también a la voluntad divina en III 248-252.

[323] La apoteosis de los Tindáridas (Dioscuros) como dioses protectores de la navegación será confirmada en IV 588-594, 650-653.

[324] Idmón sabía que era su destino perecer en el curso de la expedición (cf. I 140-141, 443-447).

[325] La pervivencia de este tipo de monumentos funerarios es notada habitualmente en el poema (cf. I 1058-1062). En este caso la tumba de Idmón está coronada por un rodillo del navío (sobre el uso de los rodillos cf. I 375-390), como el túmulo de Elpénor se identifica por un remo en *Odisea* XI 74-78, XII 10-15. Compárese también el monumento funerario de los Boréadas, compuesto de un túmulo y dos columnas (I 1302-1309).

[326] Los beocios de Tanagra y los megarenses Niseos fundaron la colonia de Heraclea en el s. VI a. C. (cf. II 746-749). Agaméstor es un héroe local, posiblemente el fundador de la ciudad.

[327] La interrogación retórica (cf. también II 1090-1092), un recurso desconocido para el narrador homérico, sirve aquí al gusto por la etiología: el poeta *reconstruye* el relato legendario a partir de huellas verificables en su tiempo (como en IV 552-556).

[328] La pérdida del timonel, que tan singular destreza acaba de mostrar en el paso de las Simplégades, sume a los argonautas en el abatimiento (cf. una escena similar en IV 1289-1297).

[329] Un río de Samos. Véase la presentación de Anceo en I 187-189.

[330] Antiguo nombre de la isla de Samos.

[331] Jasón ignora que las Simplégades han quedado fijas tras el paso de la Argo (cf. también II 1190-1191).

[332] La actitud de Jasón parece buscar una reacción animosa de sus compañeros, de igual modo que en II 620-648.

[333] La diosa Hera: cf. II 865.

[334] Los tres eran descendientes de Posidón, como Anceo. En VALERIO FLACO (V 63-66) el nuevo timonel es Ergino.

[335] La expresión, repetida en IV 1134 (cf. ARISTÓFANES, *Ranas* 215-216), lleva implícita en griego una etimología del nombre de Dioniso *(Diós Nysḗion)*: la montaña de Nisa era el lugar de crianza del dios, que el poeta parece situar entre Egipto y Siria (cf. II 1214-1215; *Himno Hom*. I frag. 1 y XXVI), y otras fuentes localizan en Eubea (cf. SÓFOCLES, frag. 255 RADT).

[336] Alusión a los dos episodios fundamentales de la expansión del culto dionisíaco: la expedición de Dioniso para conquistar la India, narrada por extenso en las *Dionisíacas* de NONO; y la introducción del culto y los ritos báquicos en Grecia (Tebas), tema de las *Bacantes* de EURÍPIDES.

[337] El texto griego deja patente la etimología de Calícoro («De bellos coros») y de Aulion («Morada»).

[338] El «fantasma» del guerrero muerto se aparece igual a su figura viva, como el alma de Patroclo ante Aquiles en *Ilíada* XXIII 65-67.

[339] El culto a los héroes muertos era una práctica frecuente en la religión griega: cf. I 587-588 (ritos sobre la tumba de Dólope en una escena similar); 1 1047-1048; II 849-850.

[340] *Neosoo:* Ártemis recibe la misma *epiclesis* en I 570.

[341] El Partenio, río «de la Doncella», es asociado a la virgen Ártemis, hija de Leto. El mismo motivo aparece en III 876-878 y en CALÍMACO, frag. 75, 24-25 PF.

[342] Lugares de la costa de Paflagonia (cf. *Ilíada* II 853-855; ESTRABÓN, XII 3, 8-10). Sobre el cabo Carambis, cf. II 360-363.

[343] Asiria (Siria o Leucosiria) es la región del río Halis.

[344] Sinope, hija del dios-río Asopo, es la heroína epónima de esta ciudad: una colonia milesia fundada en el s. VII a. C. que mantenía buenas relaciones con el Egipto de los Tolomeos. Según otra versión, Sinope tuvo de Apolo un hijo llamado Siro, epónimo de los sirios.

[345] Ciudad de Tesalia. Los tres héroes acompañaron a Heracles en su campaña contra las Amazonas (cf. VALERIO FLACO, V 113-119). En alguna versión Autólico es el fundador de Sinope.

[346] Viento del Noroeste.

[347] Habitualmente llamado cabo de Heracles (y de Temiscira en II 371).

[348] El cinturón era un regalo de Ares a su hija Hipólita. De este famoso trabajo había distintas versiones: cf. EURÍPIDES, *Heracles* 408-418; DIODORO SÍC., IV 16; APOLODORO, II 5, 9.

[349] La descripción del Termodonte (con su delta formado por noventa y seis brazos) recuerda la del río Araxes en HERÓDOTO, I 202. Compárese también la descripción del delta del Nilo en AQUILES TACIO, IV 11, 3-5.

[350] La llanura de Deante y el bosque de Acmón reciben su nombre de sendos héroes frigios.

[351] El Licasto y el Cadesio son dos ríos al oeste del Termodonte.

[352] Los cálibes eran tradicionalmente asociados con la extracción y fundición del hierro (cf. CALÍMACO, frag. 110, 48-50 PF.).

[353] La práctica de la *covada* o «incubación» era usual en algunos pueblos antiguos como rito de afirmación de la paternidad: en Córcega (DIODORO SÍC., V 14, 2); en el norte de Iberia (ESTRABÓN, III 4, 17).

[354] Véase II 379-381b.

[355] Sobre los mosinecos y sus extrañas costumbres trata en extenso JENOFONTE (*Anábasis* V 4, 1-34). Esta serie de excursos etnográficos (II 985-1029), ajenos al estilo de la épica tradicional, nos presenta en diferentes pueblos una inversión de formas de vida con respecto al mundo cultural griego (cf. también III 200-209).

[356] De la mañana.

[357] El lago Estinfaló está cerca del lugar de procedencia de Anfidamante (cf. I 161-163). Ahuyentar a estas aves fue otro de los trabajos de Heracles (cf. DIODORO SÍC., IV 13, 2; APOLODORO, II 5, 6; QUINTO DE ESMIRNA, VI 227-231).

[358] Esto es, un banco sí y otro no. La misma disposición táctica adoptarán los héroes en IV 199-202.

[359] El pasaje recrea y adapta motivos típicos de los preliminares de combate homéricos: cf. *Ilíada* XIII 340-343 (brillo de las armas); XVI 212-217 (formación compacta); III 2-7 (clamor de la tropa).

[360] El orto matutino de Arturo, estrella de la constelación del Boyero, señala el comienzo del otoño y anuncia la mar gruesa (cf. ARATO, *Fen*. 745).

[361] La descripción del temporal recuerda en algunos detalles la de *Odisea* IX 67-73.

[362] El poeta distingue entre Argos hijo de Aréstor, constructor y epónimo de la nave Argo (cf. I 111-112), y este Argos, el hijo mayor de Frixo.

[363] *Epopsio:* epíteto aplicado a Zeus como «Vigilante» de las acciones humanas (cf. CALÍMACO, *Himno* I 81-83; *Arg. Órf.* 1035). En todo el episodio se destaca la providencia divina, de Zeus en particular, como causante del encuentro favorable para ambas partes (cf. II 1133, 1179-1180; y también II 1098, 1110, 1120, 1166-1167).

[364] *Xenio* e *Hicesio* son advocaciones tradicionales de Zeus (cf. *Odisea* IX 266-271), mencionadas con frecuencia en el poema: II 215-216; III 192-193, 986-988; IV 358, 700-703.

[365] Jasón subvierte aquí las tradicionales normas de hospitalidad exigiendo información antes de prestarles socorro. Compárese *Odisea* III 67-74.

[366] La mayoría de las fuentes no aluden a esta metamorfosis.

[367] Expresión ambigua. Cabe entender «según indicaciones del carnero», o también «del propio Zeus»; si bien en IV 118-121 el narrador dice que Frixo lo sacrificó por mandato de Hermes.

[368] *Fixio*: cf. IV 118-121. El dios había propiciado la huida de Frixo desde Orcómeno.

[369] Su hospitalidad hacia Frixo no fue en realidad espontánea, sino impuesta por mandato de Zeus (cf. III 584-588). En contra del uso arcaico Eetes no recibe dote por el matrimonio de su hija, aunque asume la propiedad del vellocino. Frente a esta presentación «diplomática», Argos trazará luego un retrato menos favorable de Eetes (II 1202-1206).

[370] El discurso de Argos recuerda los antecedentes de la leyenda en relación a Frixo y el vellocino, que el poeta había omitido en el proemio. Para más detalle, cf. Introd. B.

[371] Argos repetirá esta genealogía ante Eetes en III 356-361.

[372] El sacrificio de caballos era habitual entre los pueblos nómadas: cf. HERÓDOTO, IV 61-62 (escitas), I 216 (maságetas).

[373] Zeus como guardián de la justicia es un motivo bien antiguo: cf. *Ilíada* XVI 386-388; HESÍODO, *Trabajos y días* 249-274; CALÍMACO, *Himno* 181-83.

[374] El rescate del vellocino es exigido a los Eólidas como reparación del sacrilegio cometido por Atamante, el cual, inducido por su segunda esposa Ino, pretendió inmolar sobre el altar de Zeus a Frixo y Hele, nacidos de su primera esposa Néfele (cf. III 336-339).

[375] Tifón o Tifoeo es un hijo monstruoso de la Tierra (Gea) que luchó contra Zeus: cf. HESÍODO, *Teog*. 820-880. La montaña de Nisa y la laguna Serbónide deben situarse entre Egipto y Siria (cf. HERÓDOTO, III 5).

[376] Sobre el reinado de Crono y la infancia de Zeus en Creta, cf. I 505-511.

[377] La metamorfosis de Crono durante su unión con Fílira explica la doble naturaleza del centauro (cf. VIRGILIO, *Geórg*. III 92-94). Las «montañas de los pelasgos» son el Pelión de Tesalia, residencia de Quirón.

[378] La comparación de un velero con el vuelo de un ave era un tópico literario (cf. II 931-935; ESQUILO, *Suplicantes* 734), que el poeta invierte aquí.

[379] El castigo de Prometeo por su ayuda a los humanos es un mito bien conocido: en especial cf. HESÍODO, *Teog*. 521-616; ESQUILO, *Prometeo*.

[380] Por precaución la nave no es varada ni amarrada en lugar visible (como lo será luego en III 568-575), sino anclada en una laguna al margen del río.

CANTO III

¡Vamos!, Erato, asísteme ahora y cuéntame cómo Jasón desde allá trajo el vellocino hasta Yolco por el amor de Medea. Pues tú también participas del destino de Cipris, y con tus cuidados hechizas a las virginales doncellas. Por ello incluso un nombre amable te corresponde[381].

Así ocultamente entre los espesos cañaverales permanecían los héroes emboscados. Mas los vieron Hera y Atenea, y marchando a un aposento lejos del propio Zeus y de los demás dioses inmortales[382], deliberaban. Y Hera se anticipó a probar a Atenea:

«Tú misma ahora la primera, hija de Zeus, comienza la deliberación. ¿Qué debemos hacer? ¿Planearás acaso algún ardid con el que puedan obtener el dorado vellocino de Eetes y llevarlo hasta la Hélade? A éste no le persuadirían exhortándole con dulces palabras, que es en verdad terriblemente soberbio; sin embargo no conviene descartar ningún intento».

Así habló. Y al punto Atenea le respondió:

«También yo misma revolvía en mi espíritu tales pensamientos, cuando tú, Hera, me preguntaste abiertamente. Pero aún no sabría proponerte ese ardid que beneficiará el ánimo de los héroes, aunque he sopesado muchas decisiones».

Dijo. Y ellas fijaron los ojos en tierra delante de sus pies, meditando cada una por su lado. En seguida Hera concibió la primera un plan y tal discurso pronunció:

«¡Ea!, vayamos en pos de Cipris; y al llegar a su lado incitémosla ambas a que hable a su hijo[383], por si consiente en

hechizar de amor por Jasón a la hija de Eetes, la de muchas pócimas[384], flechándola con sus dardos. Creo que éste con los consejos de ella traería el vellocino a la Hélade».

[30] Así habló. El ingenioso plan agradó a Atenea, y luego a su vez le respondió con dulces palabras:

«Hera, ignorante de sus dardos[385] me engendró mi padre, y no conozco hechizo alguno que infunda el deseo. Si a [35] ti misma te agrada la idea, ciertamente yo podría acompañarte y tú tomar la palabra al llegar a su encuentro».

Dijo, y alzándose presurosas marcharon a la gran mansión de Cipris, la que le construyera su marido el patizambo[386], cuando al principio se la llevó del lado de Zeus como esposa. Después de entrar en el recinto, se detuvieron bajo el pórtico del aposento donde la diosa solía disponer el lecho [40] de Hefesto. Pero él de mañana había partido hacia su fragua y sus yunques, al anchuroso refugio de la isla Planeta, en el que forjaba todas sus artísticas obras al soplo del fuego[387]. Ella estaba, pues, sola en la casa, sentada en un trono labrado enfrente de las puertas. Dejando caer los cabellos [45] de uno y otro lado sobre sus blancos hombros, los separaba con un broche dorado y se disponía a trenzar sus largas trenzas[388]. Mas, al verlas delante, se detuvo y las llamó adentro, y se levantó del trono y las hizo sentarse en sillones. Luego a su vez también ella se sentó y con sus manos [50] se recogió arriba las despeinadas melenas. Y sonriendo les habló con insinuantes palabras:

«Queridas, ¿qué intención o qué necesidad os trae aquí después de tan largo tiempo? ¿Por qué venís las dos, que antes casi nunca me visitabais, ya que sobresalís entre las diosas?»[389].

Y Hera en respuesta le dirigió tales palabras: [55]

«Te burlas, pero a nosotras dos el corazón se nos conmueve por una desgracia. Pues ya en el río Fasis ha detenido su nave

el Esónida y los otros cuantos le siguen en pos del vellocino. Por todos ellos en verdad, ya que la acción [60] está cerca, tememos de manera terrible, y mayormente por el Esónida. A éste, aunque navegara hacia el Hades para desatar allí debajo a Ixión de sus broncíneas cadenas[390], yo lo protegeré con cuanta fuerza haya en mis brazos, para que Pelias no se regocije de haber escapado a su miserable [65] suerte, el cual en su arrogancia me privó del honor de los sacrificios[391]. Y además ya antes Jasón también me era muy querido, desde que, junto a las corrientes del Anauro bastante crecido, cuando yo probaba la justicia de los hombres, vino a mi encuentro al regresar de la caza. Estaban cubiertas [70] de nieve todas las montañas y las enormes atalayas; de ellas descendían los torrentes rodando con estrépito. Se compadeció de mí, que tenía la apariencia de una anciana, y levantándome sobre sus hombros él mismo me llevó al otro lado a través del agua impetuosa. Por ello me es siempre muy [75] estimado[392]. Y Pelias no pagaría su ultraje, si tú no le concedes el regreso».

Así habló. A Cipris le invadió un mudo estupor. Estaba turbada al ver a Hera suplicarle, y luego ella le respondió con amables palabras:

«Venerable diosa, no haya para ti ninguna otra cosa peor que Cipris, si desatiendo tu deseo en cualquier palabra [80] u obra que estas débiles manos puedan realizar. Y no tenga yo gratitud alguna a cambio».

Así dijo. Y Hera a su vez cautelosamente le habló:

«No venimos necesitadas de tu fuerza ni de tus manos. Sino que, sin más cuidado, pide a tu hijo que hechice a la [85] doncella de Eetes con el amor del Esónida. Pues si aquélla le aconseja benévola, creo que él fácilmente rescatará el dorado vellón y regresará a Yolco, ya que es astuta».

Así dijo. Y Cipris respondió a ambas: [90]

«Hera y Atenea, os obedecería a vosotras más que a mí. Pues de vosotras, aun siendo desvergonzado, tendrá al menos un poco de vergüenza en sus ojos. Pero por mí no se inquieta, y nada le importa reñir continuamente[393]. Y ya, [95] abrumada en mi desdicha, he estado a punto de romperle en su presencia las malsonantes flechas junto con su arco. Pues tal amenaza profería en su enojo: que si no mantenía lejos mis manos, mientras aún refrenaba su ánimo, luego me lo reprochara a mí misma».

Así habló. Sonrieron las diosas y se miraron de frente [100] entre sí. Ella a su vez añadió afligida:

«A los demás mis penas les dan risa, y yo no tengo ninguna necesidad de contárselas a todos. Basta que las sepa yo misma. Ahora, ya que esto os es grato a vosotras dos, lo intentaré; lo ablandaré y no desobedecerá». [105]

Así habló. Hera le tomó su delicada mano y, sonriendo levemente, le dijo en respuesta:

«Así ahora, Citerea, como dices, haznos este favor sin [110] tardanza. Y no te enojes ni riñas con tu hijo irritada; pues cambiará en el futuro».

Dijo y abandonó su asiento. Atenea la acompañó. Salieron ambas camino de regreso. Ella misma también marchó en dirección a los valles del Olimpo, por si lo encontraba. Y [115] lo encontró lejos, en el florido vergel[394] de Zeus, no solo sino con Ganimedes, al que Zeus una vez estableciera en el cielo como huésped de los inmortales, enamorado de su belleza[395]. Con tabas doradas jugaban los dos como jóvenes compañeros. Y Eros descarado[396] sostenía ya la palma de su [120] mano izquierda completamente llena contra su pecho, puesto de pie. En ambas mejillas un dulce rubor florecía en su piel. El otro se hallaba cerca en cuclillas, silencioso y cabizbajo. Tenía dos, que aún lanzó en vano una tras otra, y [125] estaba irritado con las risas de aquél[397]. Y tras perderlas al instante como las

anteriores, se marchó con las manos vacías desamparado, y no vio a Cipris que se acercaba. Ella se detuvo delante de su hijo, y al punto cogiéndolo por la barbilla le dijo:

«¿Por qué te ríes, indecible pícaro? ¿Acaso como siempre [130] le has engañado y con trampa le ganaste porque es inocente? ¡Ea! Cúmpleme de buen grado el favor que yo te diga; y te regalaré un precioso juguete de Zeus, aquel que le hizo su querida nodriza Adrastea[398] en la cueva del Ida cuando aún era muy niño, una pelota ligera; mejor que ésta [135] no podrías tú conseguir otro juguete de manos de Hefesto. Sus círculos están formados de oro, y a cada uno por ambos lados lo ciñen dos anillos redondos. Las costuras están ocultas y una espiral esmaltada las recorre todas. Además, si [140] la lanzas para recogerla en tus manos, como una estrella describe por el aire un trazo luminoso[399]. Yo te la regalaré. Mas tú hechiza a la doncella de Eetes flechándola de amor por Jasón. Y no haya tardanza, pues entonces mi gratitud sería menor»[400].

Así habló. Y a él, al escucharla, le resultó grato su discurso[401]. [145] Arrojó todos sus juguetes, y con ambas manos de uno y otro lado tenía a la diosa fuertemente agarrada por su túnica. Le suplicaba que se la diera pronto, al instante mismo. Mas ella, rogándole con amables palabras, atrajo hacia sí sus mejillas, lo besó abrazándolo y le contestó sonriente: [150]

«Lo juro ahora por esta querida cabeza tuya y por la mía propia[402]: de veras te entregaré el regalo y no te engañaré, si disparas tu dardo sobre la hija de Eetes».

Dijo. Él recogió las tabas y las depositó en el brillante [155] regazo de su madre, después de contarlas bien todas[403]. En seguida con su dorada bandolera se ciñó en derredor la aljaba que estaba apoyada en un tronco, y tomó su curvado arco. Marchó a través del vergel lleno de frutos del gran Zeus, [160] y luego traspasó las puertas etéreas del Olimpo[404].

Desde allí hay un sendero celeste que desciende. Sostienen la bóveda dos cumbres de elevadas montañas, cimas de la tierra, donde el sol naciente enrojece con sus primeros rayos. Allá abajo se le aparecía unas veces la tierra nutricia y las ciudades de los hombres y los sagrados cursos de los ríos, y otras veces en cambio las alturas y el mar alrededor, en su larga marcha por el éter[405].

Los héroes, aparte, sobre los bancos de su nave celebraban asamblea emboscados en el río dentro de la laguna[406]. El propio Esónida les hablaba, y ellos le escuchaban en calma sentados en su lugar uno tras otro:

«Amigos, yo ciertamente expondré lo que a mí mismo me parece bien, pero a vosotros corresponde determinar su cumplimiento. Pues común es la necesidad, y comunes son las palabras igualmente para todos[407]. Quien en silencio guarde su opinión y su consejo, sepa que él solo priva también del regreso a esta expedición. Los demás permaneced en la nave con las armas tranquilos. Y yo me encaminaré al palacio de Eetes llevándome a los hijos de Frixo y, además de ellos, a dos compañeros. Probaré con razones primero al llegar a su encuentro, por si quiere amistosamente entregarnos el vellón dorado, o no, y confiado en su fuerza desprecia nuestros planes. Pues así, conociendo de antemano su maldad, pensaremos si entablamos la guerra o si, absteniéndonos de ella, habrá algún otro plan eficaz. Y no le arrebatemos sin más por la fuerza, antes de probar con razones, este bien suyo; sino que primero es mejor conciliario de palabra según un plan. Muchas veces por cierto, lo que apenas conseguiría el valor, fácilmente la palabra lo realiza cabal, apaciguando del modo apropiado[408]. Él también una vez acogió al intachable Frixo, que huía del engaño de su madrastra y de los sacrificios de su padre[409]; puesto que todos en todas partes, incluso el más cínico de los hombres, respetan la ley de Zeus Hospitalario y la acatan».

Así habló. Los jóvenes aprobaron el discurso del Esónida por unanimidad, y no hubo nadie que otra cosa diferente propusiera.

Y entonces invitó a los hijos de Frixo, a Telamón y a Augías a seguirle. Él mismo tomó el cetro de Hermes[410]. Rápidamente, por encima de los cañaverales y el agua, bajaron de la nave a tierra sobre un relieve de la llanura que se llama de Circe. Allí en hilera crecen muchos tamarindos y sauces[411], sobre lo más alto de los cuales justamente están suspendidos cadáveres atados con cuerdas. Pues todavía ahora resulta un sacrilegio para los colcos quemar en el fuego a los hombres difuntos. Tampoco en la tierra es lícito sepultarlos y erigir encima un túmulo, sino que, tras envolverlos en pieles de buey no curtidas, los cuelgan de los árboles lejos de la ciudad[412]. La tierra también participa de igual porción que el aire, puesto que en tierra sepultan a las mujeres. Ésa es, en efecto, la costumbre ritual establecida.

Mientras avanzaban, Hera con amistoso propósito esparció abundante niebla por la ciudad, para que pasaran inadvertidos al pueblo innumerable de los colcos al marchar junto a Eetes. Tan pronto como de la llanura llegaron a la ciudad y el palacio de Eetes, entonces de nuevo Hera disipó la nube[413]. Se detuvieron en la entrada, admirados ante el recinto del soberano, las anchas puertas y las columnas que alrededor de los muros se alzaban una tras otra. Encima del edificio un entablamento de piedra estaba ajustado sobre capiteles cincelados en bronce. Tranquilamente luego atravesaron el umbral. Cerca de éste unas parras coronadas de verdes hojas, elevadas en alto, estaban en plena lozanía. Bajo ellas fluían cuatro inagotables fontanas, que había excavado Hefesto[414]. De una brotaba leche, de otra vino, de la tercera manaba oloroso aceite; y la otra vertía un agua que, de algún modo, se calentaba al ocultarse las Pléyades y en cambio, al surgir éstas, semejante al hielo brotaba de la

cóncava roca[415]. Tales obras maravillosas había ingeniado el artesano Hefesto en el palacio de Eetes Citeo. También le [230] fabricó unos toros de broncíneos pies, sus bocas eran de bronce y exhalaban un terrible destello de fuego[416]. Y además forjó de una sola pieza un arado de duro acero, pagando así gratitud a Helios, que con su carro de caballos lo recogiera extenuado en el combate de Flegra[417]. Allí también [235] había una puerta central forjada, y junto a ella de uno y otro lado había muchas puertas dobles bien compactas y aposentos. Un decorado pórtico se había construido a lo largo por cada lado[418]. Transversalmente se erigían en ambos lados edificaciones más altas, en una de las cuales por cierto, la [240] que justamente era más elevada, habitaba el poderoso Eetes con su esposa, y en la otra habitaba Apsirto, el hijo de Eetes. A éste lo había alumbrado una ninfa del Cáucaso, Asterodea, antes de que aquél tomara por legítima esposa a Idía, [245] la más joven nacida de Tetis y Océano. Y los hijos de los colcos lo llamaban por sobrenombre Faetonte[419], porque sobresalía entre todos los jóvenes. Las otras estancias las ocupaban los sirvientes y ambas hijas de Eetes, Calcíope y Medea. A ésta precisamente (encontraron)[420] ellos cuando desde su aposento se dirigía al aposento de su hermana. [250] Pues Hera la había retenido en la casa; antes no solía estar en palacio, y todo el día se ocupaba del templo de Hécate, puesto que ella misma era sacerdotisa de la diosa. Y cuando los vio cerca, gritó. Claramente la oyó Calcíope; y las criadas [255], dejando caer delante de sus pies hilos y husos, corrieron fuera todas juntas. Ella, en compañía de éstas, al ver a sus hijos levantó los brazos en alto de alegría. Asimismo ellos saludaban a su madre y la abrazaban contentos al verla. Y llorosa tal discurso pronunció:

[260] «Después de todo no ibais a marchar lejos errantes abandonándome sin cuidado, y el destino os hizo volver. ¡Infeliz de mí, qué nostalgia de la Hélade concebisteis debido a no se qué desdichada locura por las órdenes de vuestro padre

Frixo! Él al morir impuso odiosas aflicciones a nuestro corazón. ¿Por qué habríais de ir a la ciudad de Orcómeno, quienquiera que sea ese Orcómeno, a causa de los bienes de Atamante, dejando atrás a vuestra madre apenada?»[421].

Así habló. Eetes salió el último a la puerta; la propia Idía, esposa de Eetes, había venido al oír a Calcíope. En seguida todo el recinto estaba lleno de gente. Los criados en multitud, unos se ocupaban de un gran toro, otros cortaban con el bronce leños secos, otros hervían en el fuego agua para el baño; y ninguno había que cejara en su esfuerzo sirviendo al rey[422].

Entretanto Eros, a través del aire claro, llegó invisible, excitado, como sobre recentales terneras en el pasto acomete el tábano, que los pastores de bueyes llaman moscardón[423]. Pronto bajo el dintel, en el zaguán, tendió su arco y de la aljaba sacó un dardo nuevo, portador de muchos lamentos. De allí, con sus ágiles pies, inadvertido cruzó el umbral con los ojos penetrantes. Pequeño, agazapado bajo el propio Esónida, encajó las muescas en medio de la cuerda y, tensándola con ambas manos, disparó derecho sobre Medea[424]. Un estupor dominó el ánimo de ésta. Y él, retirándose del salón de elevada techumbre, voló entre risas. Mas la flecha ardía dentro del corazón de la joven, semejante a una llama. De frente lanzaba sin cesar sobre el Esónida los destellos de su mirada; y su prudente razón le era arrebatada del pecho por la zozobra. Ningún otro pensamiento tenía y su alma se inundaba de un dulce dolor[425]. Como una obrera, que se ocupa en las labores del telar, echa ramas sobre un abrasador tizón, para procurarse luz bajo su techo durante la noche, pues se ha levantado muy temprano; y del pequeño tizón se eleva enorme un fuego que consume todas las ramas; tal, agazapado en su corazón, ardía furtivamente el funesto amor[426]; y mudaba sus delicadas

mejillas, unas veces en color pálido, otras en rojo, con el abandono de su mente.

Una vez que los criados les sirvieron el almuerzo preparado [300] y ellos se lavaron en templados baños, gustosamente saciaron su ánimo de comida y bebida. A continuación Eetes preguntaba a los hijos de su hija exhortándoles con tales palabras:

«Hijos de mi hija y de Frixo, al que sobre todos los [305] huéspedes honré en mi palacio, ¿cómo venís a Ea de regreso? ¿Acaso alguna desgracia ha truncado por medio vuestro viaje? No me hicisteis caso cuando os advertí de la inmensa longitud de la ruta. Pues yo la conocía por haber dado la [310] vuelta una vez en el carro de mi padre Helios, cuando llevaba a mi hermana Circe allá a la tierra occidental y arribamos a la costa de la región Tirrena, donde aún ahora habita, muy lejos de la Cólquide Ea[427]. Mas ¿qué provecho hay en las palabras? Lo que surgió ante vuestros pasos, decidlo claramente, [315] y quiénes son estos hombres que os acompañan, y dónde habéis desembarcado de la cóncava nave».

A tales preguntas, temeroso por la expedición del Esónida, respondió Argos dulcemente, adelantándose a sus hermanos, pues era el primogénito:

«Eetes, aquella nave pronto la destrozaron tempestades [320] violentas, y a nosotros mismos, encogidos bajo un madero, nos arrojó el oleaje hasta el firme de la isla de Enialio[428] bajo la tenebrosa noche. Algún dios nos salvó. Pues aquellas aves de Ares que antes anidaban por la desierta isla, ni [325] siquiera las encontramos ya; sino que estos hombres las habían expulsado, tras desembarcar de su nave en el día anterior. Y los había retenido, apiadándose de nosotros, la voluntad de Zeus o algún azar, ya que en seguida nos dieron en abundancia alimento y vestidos, al oír el nombre ilustre [330] de Frixo y el tuyo propio[429]. Pues a tu ciudad se encaminan. Y si quieres saber el motivo, no te lo ocultaré. A

éste un rey, deseoso de apartarlo lejos de su patria y de sus bienes, porque descollaba enormemente por su valor entre todos los [335] Eólidas, lo manda venir aquí desamparado[430]. Y asegura que la estirpe de los Eólidas no escapará al doloroso rencor y la cólera del implacable Zeus ni a la intolerable mancha y los castigos por causa de Frixo, hasta que el vellocino llegue a la Hélade[431]. Su nave la construyó Palas Atenea, y no es [340] en modo alguno tal como son las naves entre los colcos, de las cuales obtuvimos la más miserable. Pues completamente la destrozó el agua impetuosa y el viento. Ésta, en cambio, con sus clavijas resiste, aunque la embistan todas las tempestades [345]. Igual corre con el viento que cuando los propios hombres con sus brazos la impulsan firmemente a fuerza de remos. Y, reuniendo en ella lo mejor de los héroes de la tierra Panaquea[432], ha llegado hasta tu ciudad, tras vagar por muchas ciudades y abismos del espantoso mar, por si se lo [350] entregas. Mas, como a ti mismo te agrade, así será. Pues no viene para usar la violencia de sus brazos, y ansía pagarte el precio de tu donación: me oyó hablar de los muy hostiles saurómatas y los someterá bajo tu cetro[433]. Y si también deseas [355] conocer quiénes son, su nombre y su linaje, cada cosa en detalle te contaré. A éste, por quien los demás de la Hélade se reunieron, le llaman Jasón, hijo de Esón el Creteida. Si verdaderamente es de la estirpe del mismo Creteo, entonces [360] sería nuestro pariente paterno. Pues ambos, Creteo y Atamante, eran hijos de Eolo, y a su vez Frixo era hijo del Eólida Atamante. Este que ves, si has oído que había algún vástago de Helios, es Augías. Y éste otro es Telamón, nacido del gloriosísimo Éaco, y Zeus mismo engendró a Éaco. [365] Así también los demás camaradas, todos cuantos le acompañan, han nacido hijos y nietos de inmortales».

Tales cosas dijo Argos. El soberano se enfureció al escuchar sus palabras, y sus entrañas se exaltaron de cólera. Habló indignado —se irritaba mayormente con los hijos de

[370] Calcíope, pues pensaba que por su causa habían venido aquéllos—, y los ojos le brillaban bajo las cejas en su arrebato[434]:

«¿No os marcharéis al momento lejos de mi vista, canallas, de vuelta con vuestros engaños fuera del país, antes de que alguno vea un vellón y un Frixo lamentables?[435]. En seguida, [375] tras confabularos, habéis venido aquí desde la Hélade, no por el vellocino, sino por el cetro y la dignidad real. Si no hubierais participado antes de mi mesa, bien cierto que, después de cortaros la lengua y cercenaros ambas manos, os despacharía con los pies solamente, para que os [380] abstuvierais de intentarlo más tarde y por las falsedades que habéis atribuido a los dioses bienaventurados»[436].

Habló encolerizado. Mucho se inflamaban en su interior las entrañas del Eácida. Su corazón por dentro deseaba dirigirle cara a cara palabras funestas[437]. Pero lo contuvo el Esónida, pues se adelantó a responder él mismo con dulces [385] palabras:

«Eetes, refrénate, por favor, en cuanto a esta expedición. Pues no de ese modo venimos a tu ciudad y tu palacio, como seguramente piensas, ni tampoco por nuestro deseo. ¿Quién osaría voluntariamente atravesar tantos mares por un bien ajeno? Pero la divinidad y el terrible mandato de un [390] rey presuntuoso me impulsó. Otorga merced a quienes te suplican; y yo por toda la Hélade llevaré de ti una fama divina. Y además estamos dispuestos a pagarte una pronta compensación en la guerra, si en efecto deseas someter bajo [395] tu cetro ya a los saurómatas ya a cualquier otro pueblo».

Dijo halagándolo con voz amable. Mas el ánimo de aquél agitaba en su pecho un doble propósito: o acometiendo los mataría al instante mismo, o pondría a prueba su [400] fuerza. Esto le pareció mejor en su reflexión, y ya le replicó a su vez:

«Extranjero, ¿por qué relatar cada cosa en extenso? Pues si verdaderamente sois de la estirpe de los dioses, o incluso si, de otro modo, vinisteis por lo ajeno sin ser inferiores a mí, te daré el dorado vellón para que te lo lleves, si quieres, [405] tras ponerte a prueba. Pues por los hombres valerosos no siento recelo, como vosotros contáis de ese soberano de la Hélade. La prueba de tu fuerza y tu valor será un trabajo que yo mismo llevo a cabo con mis manos, por funesto que sea. En la llanura de Ares pacen dos toros míos de broncíneas [410] patas, que por su boca exhalan fuego. Tras uncirlos al yugo los guío por la dura campiña de Ares, de cuatro fanegas, que rápidamente labro hasta el lindero con el arado y no siembro en los surcos la semilla con el grano de Deo[438], sino los dientes de un terrible dragón que al crecer se transfiguran [415] en hombres armados. Allí mismo los destruyo y siego bajo mi lanza conforme vienen a mi encuentro por alrededor. De mañana unzo los bueyes y a la hora del crepúsculo finalizo la cosecha. Tú, si realizas esto así, entonces en el mismo día te llevarás el vellocino a casa de tu rey[439]. [420] Antes no te lo daría, ni lo esperes. Pues sin duda es indigno que un hombre nacido noble ceda ante un hombre infenon»[440].

Así habló. Y él en silencio, con la mirada fija delante de sus pies, se quedó así mudo, desamparado en su infortunio. Durante largo tiempo daba vueltas a su decisión, y en modo alguno podía aceptar animosamente, ya que la empresa le [425] parecía enorme[441]. Al fin habló respondiendo con palabras hábiles:

«Eetes, con perfecto derecho me obligas en extremo. Así que yo arrostraré la prueba, por excesiva que sea, aunque fuera mi destino morir. Pues nada recaerá ya sobre los [430] hombres más penoso que la triste necesidad que incluso hasta aquí me ha forzado a venir por orden de un rey»[442].

Así habló dominado por la impotencia. Y a él en su aflicción le respondió aquél con terribles palabras:

«Vete ahora junto al grupo, ya que estás dispuesto al trabajo. Pero si tú sintieras miedo de poner el yugo a los [435] bueyes o bien retrocedieras ante la funesta cosecha, yo mismo me ocuparía de todo, para que así otro hombre se espante de presentarse ante un varón mejor».

Dijo abiertamente. Jasón se levantó de su asiento, y Augías y Telamón al instante. Les siguió Argos, solo, ya [440] que había indicado a sus hermanos que se quedaran aún allí entretanto. Ellos salieron de la sala. Y entre todos sobresalía maravillosamente el hijo de Esón por su belleza y sus encantos. La joven, fijando en él su mirada de reojo, lo contemplaba[443] [445] a través del espléndido velo, con su corazón consumido de dolor; y su espíritu, deslizándose como un sueño, volaba tras los pasos del que partía[444]. Y ellos salieron, pues, del palacio afligidos. Calcíope, guardándose de la [450] cólera de Eetes, rápidamente se había dirigido al aposento con sus hijos. Asimismo Medea, a su vez, se retiró después. En su ánimo revolvía muchos cuidados, cuantos suscitan los Amores[445]. Delante mismo de sus ojos aún se le representaba [455] todo: cómo era él, qué manto vestía, de qué modo habló, cómo estaba sentado en su asiento, y cómo se dirigió a la puerta. Y en su turbación pensó que no había ningún otro hombre igual. En sus oídos sin cesar surgía su voz y las palabras dulces que pronunció[446]. Temía por él, no fuese que [460] los bueyes o bien el propio Eetes lo hiciesen perecer, y lo lloraba como si estuviera ya completamente muerto. Por ambas mejillas derramaba tiernas lágrimas de la más penosa compasión en su inquietud. Y sollozando muy quedo, suavemente profirió unas palabras:

«¿Por qué me domina, desdichada, este dolor? Si él ha [465] de perecer, ya sea el más eminente de todos los héroes, ya el peor, ¡que perezca…! Mas, en verdad, ¡ojalá saliera indemne! Sí, que así suceda, venerable diosa Perseide[447], y que regrese a su casa escapando a la fatalidad. Pero si es su

destino ser abatido por los bueyes, que antes sepa esto, que al [470] menos yo no me alegro de su triste desgracia»[448].

Así la joven se atormentaba el espíritu con sus cuitas.

Y una vez que ellos marcharon fuera del pueblo y de la ciudad por el camino que antes habían seguido desde la llanura, entonces ya Argos habló a Jasón con estas palabras:

«Esónida, reprobarás el plan que voy a exponerte. Mas [475] en absoluto conviene desechar ningún intento en nuestra desventura. Antes tú mismo oíste de mí[449] que una cierta joven sabe de pócimas por los consejos de Hécate Perseide. Si la persuadiéramos, creo que ya no tendrías miedo de ser abatido en la prueba. Pero mucho me temo que tal vez mi [480] madre no me apoye en esto. No obstante iré de nuevo a su encuentro, ya que la perdición se cierne igual sobre todos nosotros».

Díjole con buena intención. Y él respondió con estas palabras:

«Querido, si a ti mismo te agrada, no me opongo. Anda, [485] ve y con palabras sagaces exhorta a tu madre suplicándole. Pobre en verdad resulta nuestra esperanza, cuando confiamos el regreso a mujeres».

Así habló. Pronto alcanzaron el pantano. Y los compañeros, alegres, les preguntaban en cuanto los vieron aparecer. [490] A ellos el Esónida, atribulado, les dirigió su discurso:

«Amigos, el corazón del cruel Eetes está irritado contra nosotros. En efecto, los detalles no serían de ninguna utilidad, ni para mí decirlos ni para vosotros preguntarlos. [495] Afirma que en la llanura de Ares pacen dos toros de broncíneas patas, que por su boca exhalan fuego. Me ordenó arar con ellos una campiña de cuatro fanegas. Y me dará de las quijadas de un dragón una semilla que produce hombres nacidos de la tierra con broncíneas armas. En el mismo día [500] es menester

destruirlos. Lo cual desde luego, pues nada mejor podía idear, le acepté sin rodeos».

Así habló. Y a todos la prueba les pareció irrealizable. Durante largo rato, mudos y en silencio, se miraban unos a otros, abatidos por la desgracia y la impotencia. Al fin Peleo [505] entre todos los héroes dijo animosamente:

«Tiempo es de planear lo que haremos. Mas no espero que haya en la deliberación tanta ayuda como en la fuerza de nuestros brazos. Si de verdad tú, héroe Esónida, piensas [510] uncir los bueyes de Eetes y estás dispuesto al trabajo, entonces guardando tu promesa prepárate. Pero si tu ánimo no confía por entero en tu valor, ni tú mismo te precipites ni, sentado, busques con la mirada a ningún otro de estos hombres. Pues al menos yo no me echaré atrás, ya que el peor sufrimiento será en todo caso la muerte»[450].

[515] Así habló el Eácida. A Telamón se le conmovió el ánimo, y prestamente se levantó impetuoso. Luego Idas, el tercero, se alzó con espíritu soberbio, y luego los hijos de Tindáreo. Con ellos también el Eneida se contaba entre los hombres vigorosos, aunque ni siquiera una floreciente [520] barba le apuntaba[451]: con tal fuerza se le exaltaba el ánimo[452]. Los demás, dejándoles, se mantenían en silencio. En seguida Argos tal discurso dirigió a los que ansiaban la prueba:

«Amigos, ciertamente eso es lo último. Pero creo que de mi madre obtendréis vosotros algún auxilio favorable. Por [525] ello, a pesar de vuestro ímpetu, quedaos en la nave un poco todavía, como antes, ya que en todo caso es preferible contenerse que escoger por imprudencia una triste muerte[453]. En el palacio de Eetes vive una joven, a quien la diosa Hécate ha enseñado especialmente a preparar cuantas pócimas [530] produce la tierra y el abundante agua. Con ellas incluso aplaca el aliento del infatigable fuego, y detiene al momento los ríos de rumorosas corrientes, y encadena los astros y los sagrados cursos de la luna[454]. De ella nos acordamos viniendo por el

sendero desde el palacio hasta aquí, por si [535] nuestra madre, que es su hermana, pudiera convencerla de ayudarnos en la prueba. Si también a vosotros esto os agrada, ciertamente en este mismo día yo volvería de nuevo a la casa de Eetes para intentarlo. Y tal vez lo intentaría con el favor divino».

Así habló. Y a ellos los dioses, benévolos, les dieron [540] una señal. Una trémula paloma, que huía de la violencia de un gavilán, cayó desde lo alto, asustada, en el regazo del Esónida; y el gavilán se espetó en el aplustre. Al punto Mopso, revelando su vaticinio, tal discurso pronunció entre todos:

[545] «Para vosotros, amigos, se ha producido esta señal por voluntad de los dioses. Y no hay otro modo mejor de interpretarla que dirigirse a la doncella de palabra tratándola con toda clase de ardides. No creo que ella se desentienda, si de verdad Fineo anunció que el regreso estaría en la diosa Cipris [550]. Y de ésta es precisamente el dulce pájaro que ha escapado a la muerte. Como en mi ánimo presiente mi corazón según este augurio, que así suceda. ¡Venga!, amigos, invocando la protección de Citerea, ahora ya obedeced los consejos de Argos»[455].

[555] Dijo. Y los jóvenes lo aprobaron recordando las instrucciones de Fineo. Sólo Idas el de Afareo saltó, terriblemente indignado, y con potente voz gritó:

«¡Ay!, sin duda vinimos aquí como camaradas de expedición de mujeres que invocan a Cipris, para que sea [560] nuestra auxiliadora, y no ya la gran fuerza de Enialio. Observando palomas y gavilanes os abstenéis de los combates. ¡Malditos!, no os ocupéis de los trabajos de la guerra, sino de seducir con súplicas a débiles doncellas»[456].

Así exclamó en su arrebato. La mayoría de los compañeros murmuraron en voz baja, mas ninguno pronunció un [565] discurso en su contra. Él, irritado, luego se sentó. Y Jasón en seguida, exhortándoles, así les declaraba su intención:

«Que Argos, ya que eso a todos place, marche de la nave. Y nosotros en tierra, fuera del río, ataremos las amarras [570] ya a la vista. Pues en verdad no conviene ocultarse más largo tiempo, como si temiéramos la lucha».

Así habló. Y al punto envió a éste para que rápidamente marchara de nuevo a la ciudad. Los otros, a las órdenes del Esónida, levaron sobre la nave las anclas y con los remos [575] abordaron en tierra un poco más allá del pantano[457].

En seguida Eetes reunió la asamblea de los colcos, fuera de su casa, donde mismo se sentaban también antes, urdiendo aflicciones y engaños insufribles para los Minias. Proclamaba que[458], tan pronto como los bueyes hubieran destrozado al hombre aquel que aceptó realizar la dura prueba, [580] talaría el encinar de lo alto de la boscosa colina y quemaría el náutico leño con tripulación incluida[459], para que purgaran su dolorosa insolencia por maquinar acciones soberbias. Pues ni siquiera al Eólida Frixo, que mucho lo ansiaba, habría [585] acogido en su palacio junto al hogar, a él que sobre todos los huéspedes se distinguía por su dulzura y su piedad, si Zeus mismo desde el cielo no le hubiera enviado como mensajero a Hermes, para que aquél lo encontrase benévolo[460]. [590] Tampoco estarían impunes por mucho tiempo quienes venían a su país como piratas, cuya ocupación era alzar su mano sobre los bienes ajenos, tramar secretos engaños y devastar las majadas de los boyeros en tumultuosas incursiones[461]. Aparte se decía a sí mismo[462] que pagarían un justo [595] castigo los hijos de Frixo, que habían regresado acompañados de una tropa de hombres malhechores, para despojarlo sin miramientos de su dignidad y del trono, según la profecía siniestra que una vez oyera de su padre Helios: que le era menester guardarse del astuto engaño y los designios de [600] su propia familia, y de la muy versátil Desgracia[463]. Por ello justamente los enviaba conforme a su deseo a la tierra Aquea, según la orden de su padre, en un largo viaje[464]. Y de sus hijas no tenía el menor

temor[465], de que idearan acaso [605] algún odioso plan, ni de su hijo Apsirto. Sino que en la prole de Calcíope se urdían esas desventuras.

Éste, pues, revelaba intolerables acciones a sus ciudadanos, enfurecido, y con grandes amenazas les ordenaba vigilar la nave y también a ellos, a fin de que ninguno escapara [610] de la perdición. Entretanto, de vuelta en casa de Eetes, Argos exhortaba a su madre con palabras de toda índole para que suplicara a Medea su protección. Ella misma también lo había pensado antes. Mas el temor la contenía en su ánimo, no fuese que, o bien intentara en vano de modo inconveniente conciliar a aquélla, temerosa de la funesta cólera de su padre, o bien, si atendía sus ruegos, los hechos se hicieran [615] públicos y manifiestos.

A la joven un profundo sueño la aliviaba de sus penas, reclinada en el lecho. Mas de pronto, como a quien está afligida, la turbaban engañosos ensueños funestos[466]. Le pareció que el extranjero había aceptado la prueba, no tanto [620] por el afán de llevarse la piel del camero, que ni siquiera por ese motivo había venido hasta la ciudad de Eetes, sino para conducirla a ella a su casa como esposa legítima. Imaginaba que ella misma sin gran esfuerzo se ocupaba de los toros ejecutando la prueba; pero sus padres incumplían la [625] promesa, porque no a la joven sino a él personalmente le habían impuesto uncir los toros. Por lo cual surgía una disputa de incierto final entre su padre y los extranjeros. Ambas partes le confiaban a ella que fuese tal como en su corazón anhelara. Y ella al instante, sin cuidarse de sus padres, [630] escogió al extranjero. Un lamentable dolor se apoderó de éstos y gritaron enfurecidos[467]. Con el clamor el sueño la abandonó. Se alzó agitada por el miedo, y a su alrededor de uno y otro lado miró las paredes de su alcoba[468]. Apenas [635] pudo recobrar el ánimo como antes en su pecho y profirió una voz quejosa:

«¡Desdichada de mí, cómo me han asustado penosos ensueños! Temo que seguramente traiga alguna gran desgracia este viaje de los héroes. Mi alma está sobresaltada por el extranjero. Que pretenda lejos, en su pueblo, a una joven [640] aquea; y mi cuidado sea la doncellez y la casa de mis padres. Pero no obstante, revistiéndome de un corazón cínico, sin apartarme ya de mi hermana intentaré si, apenada por sus hijos, me pide que le socorra en la prueba. Eso calmaría en mi corazón el triste dolor»[469].

[645] Dijo, y tras levantarse abrió las puertas de su habitación, descalza, con la túnica sola. Ya mismo ansiaba ir junto a su hermana y cruzó el umbral del recinto[470]. Largo rato permaneció allí en el vestíbulo de su alcoba, refrenada por el pudor [650]. Luego a su vez se volvió atrás sobre sus pasos, de nuevo salió del interior, y otra vez se retiró adentro. En vano la llevaban sus pies aquí y allá. Y cada vez que se encaminaba, la retenía en su interior el pudor. Y cuando era refrenada por el pudor, la empujaba el audaz deseo[471]. Tres veces lo intentó y tres veces se detuvo[472]. A la cuarta nuevamente, después [655] de darse la vuelta, se echó de bruces en el lecho. Como cuando una novia llora en su alcoba a su lozano esposo, al que la entregaron sus hermanos o sus padres, y aún no se reúne con todas las sirvientas por pudor y recato, y apenada se sienta en un rincón; que a él alguna fatalidad lo hizo perecer, [660] antes de que ambos gozaran de sus mutuos sentimientos; y ella, desgarrada en su interior, mucho solloza en silencio contemplando el lecho vacío, no sea que con afrentas se burlen de ella las mujeres[473]; semejante a ésta se lamentaba Medea. Mientras lloraba la vio, presentándose de repente, [665] una de las criadas, que era su doncella de compañía. De inmediato lo anunció a Calcíope, que entre sus hijos estaba sentada planeando conciliarse a su hermana. Pero ni así la desatendió, cuando oyó el relato imprevisto de la sirvienta. [670] Asombrada, se apresuró directamente desde su aposento al aposento en que la joven estaba tendida en su aflicción y se

había rasgado de ambos lados las mejillas[474]. Cuando vio sus ojos bañados en lágrimas, le dijo:

«¡Ay de mí, Medea! ¿Por qué viertes esas lágrimas? ¿Qué te ha sucedido? ¿Qué terrible pesar te ha llegado al [675] corazón? ¿Acaso ha invadido tus miembros una enfermedad divina o supiste alguna funesta amenaza de nuestro padre contra mí y mis hijos? Ojalá no contemplara yo esta casa de mis padres ni la ciudad, sino que habitara en los confines de la tierra, donde ni siquiera existe el nombre de los colcos». [680]

Así habló. Y las mejillas de aquélla se ruborizaron. Durante largo rato su virginal pudor le impedía responder a pesar de su deseo. Unas veces la palabra le asomaba a la punta de la lengua, otras revoloteaba en el interior de su pecho[475]. [685] A menudo afluía hasta su boca amable para pronunciarse, pero no proseguía más adelante en su voz. Al fin dijo así con engaño, pues la acosaban los audaces Amores:

«Calcíope, mi ánimo zozobra por tus hijos, no sea que nuestro padre los haga perecer en seguida con los extranjeros [690]. Tales son las deplorables pesadillas que, dormida en un corto sueño, acabo de ver, las cuales ojalá algún dios deje incumplidas y no sientas un penoso duelo por tus hijos».

Dijo probando a su hermana, por si ella se adelantaba a [695] pedirle que protegiera a sus hijos. Un dolor terriblemente insoportable inundó a ésta en su ánimo por miedo al oír tales cosas. Y le respondió así con estas palabras:

«También yo he venido a causa de todas estas inquietudes, por si conmigo ideabas y disponías alguna ayuda. Pero [700] júrame, por Gea y Urano[476], guardar en tu ánimo lo que te diga y ser mi colaboradora. Te suplico por los bienaventurados, por ti misma y por nuestros padres: que yo no los[477] vea destruidos bajo un aciago destino miserablemente; y si no, muerta con mis hijos queridos, sea yo luego para ti desde el Hades una odiosa Erinis»[478].

[705] Así dijo, y derramó en seguida abundantes lágrimas. En el suelo, rodeaba con ambos brazos sus rodillas. Juntas dejaron caer sus cabezas sobre el pecho[479]; y entonces ambas emprendieron un lastimoso llanto la una al lado de la otra. A través de las estancias se alzó sutilmente el gemido de éstas que se lamentaban en su dolor. Y Medea, angustiada, [710] se dirigió la primera a la otra:

«Infeliz, ¿qué remedio podré ofrecerte para que así hables de odiosas imprecaciones y Erinis? Pues ojalá estuviera realmente en mi mano salvaguardar a tus hijos. Juro, por el juramento inviolable de los colcos, el que tú misma me incitas [715] a prestar, por el gran Urano y debajo por Gea, madre de los dioses, que cuanta fuerza haya en mí no te faltará, si me pides cosas realizables».

Dijo, y Calcíope le respondió con estas palabras:

«¿No osarías idear para el extranjero, que también él mismo lo desea, algún engaño o ardid para la prueba en [720] gracia de mis hijos? Precisamente de parte de aquél ha venido Argos para incitarme a buscar tu ayuda. Al acudir aquí, lo dejé entretanto en mi habitación».

Así habló. Y a ella por dentro le volaba el alma de alegría. Al tiempo se ruborizó su bello cutis, y una neblina la [725] invadió en su regocijo[480]. Y tal discurso le dirigió:

«Calcíope, como os resulte grato y gozoso, así obraré. Pues, que no brille la aurora en mis ojos ni me veas ya por largo tiempo viva, si algo antepusiera yo a tu vida o a tus [730] hijos, que son para mí hermanos, parientes queridos y compañeros de infancia. Asimismo afirmo que soy tu hermana y también tu propia hija, puesto que, igual que a ellos, me [735] criaste de tu pecho cuando era muy niña, como siempre antaño le oía yo a mi madre[481]. Ve, pues, y guarda en silencio mi favor, a fin de que sin advertirlo nuestros padres pueda cumplir mi promesa. De mañana iré al templo de Hécate para

llevar mágicas pócimas contra los toros al extranjero, por quien surgió esta disputa».

[740] Así aquélla salió de nuevo del aposento y comunicó a sus hijos la ayuda de su hermana. Mas a ésta, cuando estuvo sola, otra vez la dominó el pudor y un horrible miedo de planear tales cosas al margen de su padre por un hombre.

La noche luego traía las tinieblas sobre la tierra. En el [745] mar los navegantes miraban desde sus naves a Hélice y a las estrellas de Orión[482], y ya el caminante y el centinela anhelaban el sueño, e incluso a una madre cuyos hijos habían muerto la envolvía un profundo sopor. Tampoco había ya [750] ladrido de perros por la ciudad, ni bullicio sonoro. El silencio reinaba en la cada vez más negra oscuridad. Pero a Medea no la dominó el dulce sueño[483]. Pues, en su pasión por el Esónida, muchas inquietudes la desvelaban temerosa del furor violento de los toros, ante los que él iba a sucumbir [755] con un miserable destino en la campiña de Ares. Intensamente le palpitaba el corazón dentro de su pecho. Como un rayo de sol se agita en la casa reflejado por el agua que ha poco se ha vertido ya en un caldero ya en algún lebrillo, y con el rápido torbellino tiembla saltando aquí y allá[484]; así [760] también en su pecho se estremecía el corazón de la joven. De sus ojos fluían lágrimas de compasión. Y por dentro sin cesar la atormentaba un dolor que la consumía a través del cuerpo, por sus delicados nervios y hasta la última vértebra debajo de la cabeza, donde penetra más agudo el sufrimiento cuando los infatigables Amores arrojan sus penas en las [765] entrañas[485]. Se decía a sí misma unas veces que le daría las mágicas pócimas contra los toros; y otras que no, y que sucumbiría también ella. En seguida, que ella no moriría, ni le daría las pócimas, sino que así resignada soportaría su desgracia. Sentándose luego quedó indecisa y exclamó: [770]

«¡Desdichada de mí!, que ahora en este o en aquel infortunio me hallo, por entero mi espíritu está desamparado y

no hay remedio alguno para mi dolor, sino que de igual modo me abrasa continuamente. ¡Ay! Ojalá hubiera sido abatida por los veloces dardos de Ártemis[486], antes de ver a éste, [775] antes de que llegaran a la tierra Aquea los hijos de Calcíope[487]. A ellos la divinidad o alguna Erinis los condujo aquí desde allá como penas muy deplorables para nosotros. Que muera ejecutando la prueba, si perecer en la campiña es su destino. Pues, ¿cómo sin advertirlo mis padres podría preparar las pócimas? ¿Y luego qué explicación contaré? ¿Qué [780] engaño, qué ardid habrá para disimular mi ayuda? ¿Acaso me entrevistaré con él aparte de sus compañeros, viéndole a solas? ¡Infeliz!, no espero, ni aunque él sucumbiera, librarme [785] de mis penas. Entonces sería él mi desgracia, cuando perdiera la vida. ¡Maldito pudor! ¡Maldita gloria! Que él, salvado por mi voluntad, indemne, se marche allá donde a su ánimo le plazca. Y en el mismo día, cuando haya cumplido la prueba, muera yo, o colgando mi cuello de una viga [790], o bien tomando pócimas que destruyen la vida. Pero incluso así, muerta, se mofarán de mí después con burlas. La ciudad entera muy lejos pregonará mi destino; y llevándome de boca en boca por todas partes las mujeres cólquides [795] murmurarán cosas indignas: ‘la que murió por cuidarse tanto de un hombre extranjero; la que deshonró su casa y a sus padres por ceder a una impúdica pasión’[488]. ¿Qué deshonra no habrá para mí? ¡Ay, qué desgracia la mía! En verdad mucho mejor sería dejar la vida esta misma noche en [800] mi alcoba, con un destino insospechado, y escapar a todos los viles oprobios, antes de cometer esos actos ignominiosos e innombrables»[489].

Dijo, y fue en busca del cofre en que tenía depositadas muchas pócimas, unas benéficas, otras destructivas[490]. Poniéndolo [805] sobre sus rodillas gemía, y sin cesar mojaba su regazo con lágrimas que fluían asimismo a raudales, mientras lamentaba terriblemente su suerte. Ella ansiaba escoger pócimas mortíferas, para tomárselas. Ya incluso desataba los lazos del [810] cofre deseando sacarlas, ¡infeliz!

Pero de pronto un miedo funesto del odioso Hades le entró en el alma; y se quedó largo tiempo en un mudo estupor. En torno se le aparecían todos los atractivos de la vida, gratos al corazón: se acordó de cuantos goces hay entre los vivos; se acordó, cual muchacha, de la alegre compañía de las de su edad; y el sol le pareció más dulce [815] de ver que antes, cuando de verdad ponderaba en su mente cada cosa. Y de nuevo apartó el cofre de sus rodillas, arrepentida por los designios de Hera, y ya no dudaba entre diferentes decisiones. Deseaba que al punto brillase la naciente aurora, para [820] darle las mágicas pócimas según lo convenido y encontrarse con él cara a cara. Con insistencia abría los cerrojos de sus puertas, acechando la claridad. La Hija de la Mañana[491] le envió la ansiada luz, y por la ciudadela todos comenzaban a moverse.

Entonces Argos ordenaba a sus hermanos que aún permanecieran [825] allí, para conocer la intención y los planes de la joven; mientras él partía hacia la nave retomando con antelación.

Y la doncella, tan pronto como vio brillar la aurora, se recogió con sus manos los rubios cabellos, que flotaban cayéndole [830] en desorden, y limpió sus mejillas resecas. Luego acicaló su cuerpo con aceite fragante; vistió un hermoso manto, prendido con broches bien curvados; y por encima de su divina cabeza se echó un velo blanco[492]. Allí en sus habitaciones dando [835] vueltas deambulaba olvidada de las penas inmensas que a sus pies tenía y de otras que se le iban a acrecentar en el futuro. Había llamado a sus sirvientas, que todas, las doce de su misma edad, dormían en el vestíbulo de su perfumado aposento y [840] no compartían aún sus lechos con hombres[493], para que a toda prisa uncieran al carro los mulos que la condujesen al espléndido templo de Hécate. Entonces mientras las sirvientas disponían el carro, ella entretanto sacó del fondo del cofre una [845] pócima que,

según dicen, se llama Prometeica. Si uno, tras conciliar en sacrificios nocturnos a la unigénita Daira[494], se ungiera el cuerpo con ella, ciertamente ni sería destructible por los golpes del bronce ni cedería al ardiente fuego, sino que por [850] ese día resultaría invencible así en vigor como en fuerza. Por primera vez nació al brotar cuando en las laderas del Cáucaso el águila carnicera hizo destilar a tierra el icor sangriento del sufrido Prometeo[495]. Por cierto, su flor creció como a un codo [855] de altura, semejante en color al azafrán de Córico[496], elevada sobre tallos gemelos. Su raíz en la tierra era parecida a la carne recién cortada[497]. Y, como el negro jugo de la encina en las montañas[498], el de ésta lo había recogido ella en una concha [860] del Caspio para preparar la pócima, tras bañarse siete veces en aguas de manantial perenne, tras invocar siete veces a Brimo nutricia de jóvenes, a Brimo la noctívaga, la infernal, la soberana de los muertos, en una noche tenebrosa envuelta en oscuro manto[499]. Con un bramido se estremeció por debajo la sombría tierra, al ser cortada la raíz Titánide. Y gimió el propio [865] hijo de Jápeto, atormentado en su ánimo por el dolor[500].

Ella sacándola, pues, la puso en una banda perfumada que se había ceñido alrededor de su divino pecho. Saliendo a la puerta montó en su rápido carro; y con ella montaron dos sirvientas, [870] una a cada lado. Ella misma cogió las riendas y en su diestra el bien labrado látigo. Y marchó a través de la ciudad. Las demás sirvientas, agarradas por detrás a la caja[501], corrían por la ancha calzada, y se alzaban los finos vestidos por eneima [875] de su blanca rodilla. Como después de bañarse en las tibias aguas del Partenio, o bien en las del río Amniso[502], la hija de Leto, puesta en pie sobre su carro dorado, atraviesa las colinas con sus raudas cervatillas, acudiendo desde lejos a una humeante [880] hecatombe; y al tiempo la siguen sus compañeras las ninfas, unas congregadas desde la fuente misma del Amniso, otras habiendo dejado bosques y atalayas ricas en manantiales; y en derredor las

fieras entre gañidos hopean temblando de miedo a su paso[503]; así éstas se apresuraban a través de la ciudad, [885] y en derredor las gentes retrocedían evitando las miradas de la joven princesa[504]. Y una vez que dejó las bien trazadas calles de la ciudad, y llegó al templo atravesando la llanura, [890] entonces ya descendió al instante de su ligero carro con presteza, y tales cosas dijo a sus criadas:

«Amigas, sin duda una gran falta he cometido, y no me percaté de que no debía venir entre hombres extranjeros que rondan por nuestra tierra. Toda la ciudad está presa de impotencia. Por ello justamente no acudió aquí ninguna de las mujeres [895] que antes se reunían a diario. Pero, puesto que en fin llegamos y nadie más vendrá, ¡ea!, saciemos tranquilamente nuestro ánimo con dulces juegos y, después de coger esas bellas flores de la tierna pradera, luego regresaremos a la hora [900] habitual[505]. Además podríais llegar a palacio con muchos bienes en el día de hoy, si me complacéis en este propósito. Pues Argos trata de persuadirme con palabras, como también la propia Calcíope, — mantened en secreto en vuestra mente lo que de mí escuchéis, que la noticia no llegue a oídos de mi padre [905] —; al extranjero que se comprometió acerca de los bueyes, me piden que, aceptando regalos, lo proteja de las funestas pruebas. Y yo he asentido a su propuesta y también le he pedido que venga a mi presencia solo, sin sus compañeros[506], a fin de que repartamos entre nosotras los regalos que acaso traiga [910] para ofrecernos, y a él en cambio le entreguemos una pócima distinta, muy perniciosa. Pero alejaos de mí, cuando llegue».

Así habló. Y a todas agradó su astuto plan.

En seguida Argos, llevando al Esónida solo aparte de sus compañeros, cuando ya hubo escuchado de sus hermanos que [915] ella iría de mañana al sagrado templo de Hécate, lo condujo a través de la llanura. Y también les seguía Mopso el Ampícida, hábil en interpretar las apariciones de las aves,

hábil en aconsejar bien a sus acompañantes. Entonces aún no había habido entre los hombres de antaño, ni de cuantos eran linaje del propio [920] Zeus ni de cuantos héroes nacieron de la sangre de otros inmortales, ninguno tal cual a Jasón hizo la esposa de Zeus en aquel día, tanto al verlo de frente como al dirigir la palabra. Incluso sus propios compañeros se pasmaban al contemplarlo radiante de encantos[507]. Y se alegró del viaje el Ampícida, [925] pues tal vez ya lo presentía todo.

Hay por el sendero de la llanura cerca del templo un álamo enmelenado de incontables hojas, donde anidaban en abundancia graznadoras cornejas, y una de ellas, mientras agitaba [930] sus alas en lo alto sobre las ramas, anunció entre vituperios los designios de Hera[508]:

«Infame es este adivino, que ni cuanto los niños saben, sabe en su mente discurrir, porque ninguna palabra dulce ni amable diría una muchacha a un joven, cuando otros extraños [935] le acompañan. ¡Ojalá perezcas, mal adivino, mal consejero! Ni Cipris ni los afables Amores te inspiran con su afecto».

Dijo reprochándole. Sonrió Mopso al oír la profecía del ave, enviada por la divinidad, y habló así:

«Tú ve, pues, al templo de la diosa, donde encontrarás a la [940] joven, Esónida. La hallarás muy favorable por los designios de Cipris, que será tu aliada en las pruebas, como ya predijo también el Agenórida Fineo. Nosotros dos, Argos y yo, aguardando hasta que vuelvas, nos quedaremos aparte en este mismo [945] lugar. Y tú solo suplícale persuadiéndola con palabras sagaces».

Habló con mucha prudencia, y al instante asintieron ambos.

Mas el ánimo de Medea no se tornaba a pensar en otras cosas, a pesar de los juegos. Y cualquier juego con que se recreara [950] no le complacía por mucho tiempo para solazarse, sino que lo interrumpía desamparada. Tampoco

mantenía jamás los ojos quietos sobre el grupo de las sirvientas, y miraba a lo lejos los caminos, volviendo su rostro. Muchas veces ya se le quebró [955] de su pecho el corazón, cuando dudaba si un ruido presuroso era de pasos o del viento.

Y no mucho después apareció él ante la ansiosa joven, como Sirio cuando del Océano asciende hacia arriba, que en verdad surge hermoso y brillante a la vista, mas produce en los [960] rebaños una inmensa calamidad[509]; así de hermoso ante su vista se presentó el Esónida, mas con su aparición provocó el tormento de una infausta pasión. Entonces a ella el corazón se le precipitaba fuera del pecho, sus ojos se nublaron solos y un cálido rubor invadió sus mejillas. No podía alzar sus rodillas ni [965] hacia atrás ni hacia delante, sino que tenía los pies clavados en tierra[510]. Entretanto las sirvientas, todas absolutamente, se alejaron de ellos. Y ambos, mudos y en silencio, se quedaron el uno frente al otro, parecidos a robles o a elevados abetos, que están arraigados en las montañas, primero inmóviles por la calma, pero luego, agitados por una ráfaga de viento, resuenan [970] de modo interminable[511]; así ellos dos iban a charlar por extenso bajo los soplos del Amor[512]. Comprendió el Esónida que ella había caído en un aturdimiento de origen divino, y tal discurso pronunció halagándola:

«¿Por qué ante mí, doncella, te muestras tan tímida, si estoy [975] solo? No soy yo, por cierto, cual otros hombres orgullosos, ni tampoco lo era antes, cuando habitaba en mi patria. Así que no sientas pudor en exceso, muchacha, de preguntarme o decirme lo que te plazca. ¡Ea!, puesto que venimos bien dispuestos [980] el uno hacia el otro, en este lugar sacrosanto, donde no es lícito cometer falta, habla y pregunta abiertamente. Y no me engañes con afables palabras, puesto que antes prometiste a tu hermana darme las anheladas pócimas. Te lo ruego por la [985] propia Hécate y por tus padres y por Zeus, que tiende su mano sobre huéspedes y

suplicantes[513]: a la vez como suplicante y huésped tuyo vengo aquí, implorando de rodillas por una necesidad apremiante. Pues sin ti no superaré la lamentable prueba. Yo después te pagaré gratitud por tu ayuda, como es lícito y conviene a quienes habitan alejados, procurándote renombre y hermosa gloria. Asimismo los demás héroes te celebrarán al regresar a la Hélade, y también las esposas y madres de los héroes, las cuales sin duda ya sentadas en las riberas nos lloran. Sus penosas aflicciones podrías tú disiparlas. Ya en cierta ocasión también a Teseo lo libró de sus funestas pruebas una doncella hija de Minos, la bondadosa Ariadna, a quien alumbrara Pasífae, hija de Helios[514]. Pero ella además, una vez que Minos hubo calmado su cólera, abandonó su patria con él a bordo de la nave. A ella incluso los propios inmortales la amaron y en medio del éter, como signo suyo, una corona estrellada, que llaman de Ariadna, gira toda la noche entre las constelaciones celestes[515]. Asimismo tú obtendrás la gratitud de los dioses, si salvas tamaña expedición de hombres notables. Pues en verdad, por tu belleza, pareces brillar con amables bondades»[516].

Así dijo alabándola. Y ella, bajando su mirada, sonrió de modo angelical. Se le regocijó por dentro el ánimo, exaltada con su halago, y de nuevo le miró con sus ojos de frente. No sabía qué palabra dirigirle primero, sino que anhelaba decírselas a la vez todas juntas. Impulsivamente, sin reparo, sacó de su banda perfumada la pócima y él en seguida la recibió en sus manos gozoso. Y el alma entera incluso le habría entregado emocionada, tras arrancársela del pecho, si él lo hubiera deseado. Tal era el amor que de la rubia cabeza del Esónida refulgía con su dulce llama[517], y cautivaba los radiantes ojos de ella. Un calor derretía por dentro su corazón, como sobre las rosas se derrite el rocío al calor de los rayos de la aurora. Ellos dos unas veces fijaban los ojos en tierra, llenos de pudor, y otras en cambio se lanzaban miradas entre sí, sonriendo amorosamente bajo sus brillantes cejas. Y

al fin la joven, a duras penas, le habló así tiernamente[518]:

«Advierte ahora cómo yo te prestaré ayuda. Cuando ya vayas a su encuentro y mi padre te entregue los funestos dientes de las quijadas del dragón para sembrarlos, entonces, aguardando a la media noche en su justa mitad y tras bañarte en las corrientes de un río inagotable, tú solo lejos de los demás, envuelto en un manto negro, excava un foso circular. En él degüella una oveja y deposítala entera en una pira que hayas construido adecuadamente sobre el mismo foso[519]. Puedes propiciar a Hécate, la unigénita Perseide, libando de una copa el producto colmenero de las abejas. Luego, una vez que acordándote hayas aplacado a la diosa, retírate de nuevo de la pira. Que no te impulse a volver atrás ni ruido de pasos ni ladrido de perros, no sea que, arruinándolo todo, ni tú mismo regreses junto a tus compañeros como conviene[520]. Al alba humedece esta pócima y, desnudo, acicala tu cuerpo como con un ungüento. Con ella obtendrás una fuerza inmensa y un gran vigor, y podrías decir que te asemejas no a los hombres sino a los dioses inmortales. Además de la propia lanza también deben untarse el escudo y la espada. Entonces no te podrán herir las picas de los hombres terrígenos ni la irresistible llama que surge de los toros funestos. Mas no serás de tal condición por mucho tiempo, sino durante el mismo día. Sin embargo tú nunca retrocedas ante la prueba. Y te daré además otro consejo de provecho. En cuanto hayas uncido los poderosos toros y rápidamente con tus brazos y tu vigor hayas arado por completo la dura campiña, y ya los gigantes como espigas en los surcos se alcen de los dientes del dragón sembrados en la oscura tierra, cuando observes que surgen numerosos de la campiña, arroja a escondidas una piedra muy pesada[521]. Por ésta ellos, como perros de agudos dientes en torno a su presa, se matarán unos a otros. Y tú mismo presuroso dirígete a la pelea. Gracias a esto te llevarás

de Ea el vellocino a la Hélade, bien lejos. Marcha, no obstante, adonde te sea grato, adonde te plazca ir tras tu partida».

Así dijo, y en silencio, bajando la mirada delante de sus pies, empapaba sus mejillas divinas con tiernas lágrimas llorando porque él debía marchar errante muy lejos de ella sobre el mar. De nuevo mirándole de frente le habló con tristes palabras y tomó su mano derecha[522], pues ya el pudor había abandonado sus ojos:

«Y acuérdate, si acaso algún día llegas de regreso a tu casa, del nombre de Medea, como yo también me acordaré de ti cuando estés lejos. Dime esto de buen grado: ¿dónde está tu morada? ¿Adónde te encaminarás ahora desde aquí en la nave a través del mar? ¿Acaso irás cerca de la opulenta Orcómeno o bien a las proximidades de la isla de Eea?[523]. Háblame de esa célebre joven que nombraste, nacida de Pasífae que es hermana de mi padre».

Así dijo. A él mismo también, con las lágrimas de la joven, lo invadía el funesto amor, y tal discurso pronunció en respuesta:

«Ciertamente creo que jamás ni de noche ni de día me olvidaré de ti, si escapo a la muerte, si de verdad llego a escapar indemne hasta Acaya y Eetes no nos impone alguna otra prueba peor. Y si te agrada saber nuestra patria, te la diré; pues también a mí mismo el ánimo me incita vivamente a ello. Hay una región rodeada de escarpadas montañas, muy rica en rebaños y en pastizales, donde Prometeo, el hijo de Jápeto, engendró al noble Deucalión, que fue el primero en construir ciudades y en edificar templos a los inmortales, y también el primero en reinar sobre los hombres[524]. Hemonia la llaman los habitantes de alrededor. Allí está situada la propia Yolco, mi ciudad, y también otras muchas, donde ni siquiera se oye nombrar la isla de Eea. De allí se cuenta que Minia, el Eólida Minia, partió para fundar en otro tiempo la ciudad de Orcómeno, limítrofe

con los cadmeos[525]. Pero ¿por qué te hablo de todas estas cosas vanas, de nuestra morada y de la famosa Ariadna, hija de Minos — con ese ilustre nombre llamaban a aquella doncella amable por la que me preguntas —? Pues ojalá que, como entonces Minos se puso de acuerdo con Teseo respecto a ella, así tu padre con nosotros acorde estuviera».

Así dijo acariciándola con dulces proposiciones. Pero las más dolorosas penas turbaban el corazón de ella, y afligida le habló tiernamente con palabras quejosas:

«En la Hélade tal vez eso esté bien, respetar los compromisos. Mas Eetes no es, entre los hombres, tal como dijiste que es Minos, el esposo de Pasífae, ni tampoco yo me asemejo a Ariadna. Por ello no hables de hospitalidad[526]; sino simplemente tú, cuando llegues a Yolco, acuérdate de mí, que yo de ti, aun a pesar de mis padres, me acordaré… Y ojalá nos venga de allá lejos alguna voz profética o algún ave mensajera, cuando de mí te hayas olvidado. O a mí misma raudas tempestades me arrebaten para llevarme solbre el mar desde aquí hasta Yolco[527], a fin de echarte en cara mis reproches y recordarte que te has salvado por mi voluntad. Pues ojalá que de improviso yo me presentara entonces junto al hogar en tu palacio».

Así dijo derramando piadosas lágrimas de sus mejillas. Y él entonces le respondió a su vez:

«Infeliz, deja errar las inútiles tempestades, así como el ave mensajera, puesto que hablas de cosas vanas. Si llegas a aquellos lugares y a la tierra de la Hélade, serás hornada y respetada por mujeres y hombres. Ellos te venerarán absolutamente igual que a una diosa, porque a unos sus hijos les llegaron de regreso a sus casas por tu voluntad, en tanto que a otros sus hermanos, parientes y lozanos esposos se les salvaron de una desgracia completa. Compartirás nuestro lecho en una alcoba legítima. Y nada nos apartará de nuestro

amor, hasta que la muerte predestinada nos envuelva»[528]. [1130]

Así dijo. Y a ella por dentro se le desbordaba el ánimo al oírlo. Sin embargo se estremeció temerosa de ver acontecimientos sombríos. ¡Desdichada!, no iba a rehusar por mucho tiempo habitar en la Hélade[529]. Pues así lo tramaba Hera [1135], a fin de que a la sagrada Yolco, para perdición de Pelias, viniese Medea, la de Ea, tras abandonar su tierra patria[530].

Ya las sirvientas, vigilando desde lejos, se inquietaban en silencio; pasaba la hora del día en que la joven debía volver de nuevo a casa junto a su madre. Mas ella no se [1140] hubiese acordado aún del retorno, pues su ánimo se deleitaba igualmente con la belleza y las encantadoras palabras de aquél, si el Esónida, precavido, no le hubiera dicho al fin[531]:

«Es hora de partir, no sea que la luz del sol se nos adelante en su declinar y algún extraño se entere de todo. De [1145] nuevo nos encontraremos viniendo aquí».

Así ellos dos hasta tal punto se probaron mutuamente con amables palabras. Luego se separaron otra vez. Y Jasón, contento, se puso en camino hacia sus compañeros y la nave; ella, hacia sus siervas. Éstas vinieron cerca a su encuentro todas juntas, mas no se percató siquiera de que ellas la [1150] rodeaban, pues su alma volaba elevada entre las nubes[532]. Con un movimiento espontáneo de sus pies montó en el rápido carro, y con una mano cogió las riendas, con la otra el labrado látigo para conducir los mulos. Éstos corrieron presurosos [1155] a la ciudad hasta palacio. A su regreso Calcíope, angustiada por sus hijos, le preguntaba. Mas ella, aturdida con sus vacilaciones, ni escuchaba sus palabras ni deseaba contestar a sus preguntas. Se sentó sobre un bajo escabel al [1160] pie de su lecho, apoyando de lado su mejilla sobre la mano izquierda. En sus párpados tenía los ojos lánguidos,

turbada al pensar de cuán malvada acción se había hecho partícipe por su propia voluntad.

El Esónida, cuando ya se reunió de nuevo con sus compañeros en el lugar donde se había separado dejándolos [1165] atrás[533], emprendió con ellos el camino hacia el grupo de los héroes, explicándoles todo con detalle. Juntos se acercaron a la nave. Los otros, en cuanto lo vieron, lo rodeaban con afecto y le preguntaban. Entonces él a todos comunicó las intenciones de la joven y les mostró la terrible pócima. [1170] Sólo Idas, aislado de sus compañeros, estaba sentado aparte masticando su cólera[534]. Los demás, gozosos, entretanto, puesto que la oscuridad de la noche los retenía, se ocupaban tranquilamente de sí mismos. Pero con el alba enviaron a dos hombres para que fueran junto a Eetes a pedir la simiente [1175], en primer lugar al propio Telamón, amado de Ares, y con él a Etálides, el glorioso hijo de Hermes. Echaron a andar y no hicieron en vano el camino. A su llegada el poderoso Eetes les entregó para la prueba los temibles dientes del dragón Aonio. A éste, que era guardián de la fuente de Ares, [1180] lo mató Cadmo en Tebas Ogigia[535], cuando llegó buscando a Europa. Y allí se estableció en su peregrinar tras la novilla que Apolo en sus oráculos le confiara como guía de su camino. La diosa Tritónide se los arrancó de sus quijadas y los entregó como regalo por igual a Eetes y al propio matador. Y el Agenórida Cadmo los sembró en las llanuras Aonias y [1185] asentó allí al pueblo terrígeno, a cuantos subsistieron bajo la lanza de Ares que los segaba[536]. Los otros entonces se los entregó Eetes para que se los llevaran a la nave, de buen grado, pues no creía que él cumpliría los términos de la prueba, aunque pusiera el yugo a los bueyes. [1190]

El Sol se ocultaba a lo lejos en la oscura tierra por el occidente más allá de las últimas cumbres de los etíopes[537]. La Noche ponía el yugo a sus caballos[538]. Y los héroes

preparaban sus yacijas junto a las amarras. Pero Jasón, tan [1195] pronto como las estrellas de la rutilante Osa Hélice declinaron[539] y desde el cielo quedó en plena calma el éter, marchó hacia un lugar solitario, como un furtivo ladrón con todo lo preciso. Pues antes, durante el día, se había ocupado de cada [1200] cosa: Argos al venir le trajo del rebaño una oveja y leche; lo demás lo tomó de la propia nave.

Y cuando ya vio un lugar que estaba lejos del paso de los hombres, en limpia pradera bajo un cielo apacible, allí lo primero de todo bañó piadosamente su delicado cuerpo en [1205] el río divino, y en derredor vistió un manto negro que antes le regalara la lemnia Hipsípila como recuerdo de su apasionada unión[540]. Luego, tras excavar en el suelo un foso de un codo, amontonó leña, sobre ella cortó el cuello de la oveja y la extendió adecuadamente por encima. Encendió los leños [1210] metiendo fuego por debajo, y sobre ellos vertió libaciones mezcladas invocando a Brimo Hécate como auxiliadora de sus pruebas. Y él, tras invocarla, se alejó de nuevo. Le oyó la temible diosa y desde el fondo de su cubil acudió a las [1215] ofrendas del Esónida. En torno la coronaban horribles serpientes con ramas de encina[541]. Destellaba un inmenso resplandor de antorchas. Alrededor de ella sus perros infernales aullaban con agudos ladridos. Las praderas se estremecían todas a su paso; y gritaron las ninfas fluviales moradoras [1220] del pantano[542], que hacían su ronda en torno al prado aquel del Fasis Amarantio[543]. Del Esónida en verdad se apoderó el temor, pero aun así sus pies lo llevaban sin volverse atrás, hasta que en su caminar se unió a los compañeros. Ya por encima del nevado Cáucaso emitía su luz la naciente Aurora, hija de la mañana[544].

Y entonces Eetes en torno a su pecho vestía la firme coraza [1225] que Ares le proporcionara tras despojar con sus propias manos a Mimante de Flegra[545]. Sobre la cabeza se puso un dorado casco de cuatro penachos, resplandeciente cual aparece

en su contorno la luminosidad del Sol cuando comienza [1230] a elevarse del Océano. En alto blandía su escudo de muchas pieles, y en alto también su terrible pica, invencible; ésta no la hubiera resistido ningún otro de los héroes, una vez que dejaron atrás, muy lejos, a Heracles, el único que la hubiese combatido frente a frente[546]. Cerca de él Faetonte[547] [1235] detuvo el sólido carro de veloces caballos para que montara. Subió también él y tomó en sus manos las riendas. Salió de la ciudad por la ancha calzada para asistir a la prueba. Con ellos se apresuró una inmensa multitud. Cual marcha Posidón, [1240] montado en su carro, al certamen Ístmico, o al Ténaro, o a las aguas de Lema, o también al bosque de Onquesto de los Hiantes, y a menudo se dirige con sus caballos hasta Calauria y a la Peña de Hemonia o al arbolado Geresto[548]; tal marchaba a la vista Eetes, caudillo de los colcos. [1245]

Entretanto Jasón, según las instrucciones de Medea, tras humedecer las pócimas, embadurnaba su escudo, su lanza robusta y además su espada. En derredor los compañeros [1250] probaron con su fuerza las armas y no pudieron doblar aquella lanza ni un tanto siquiera, sino que, ya inquebrantable por sí misma, se había endurecido en sus vigorosas manos. Pero Idas el de Afareo, irritado violentamente contra ellos, la golpeó junto a la contera con su gran espada, y la punta saltó como el martillo rebotado del yunque. Los héroes [1255] gritaron jubilosos, esperanzados en la prueba. Y luego él mismo se embadurnó; le entró un vigor tremendo, indecible e intrépido; de uno y otro lado sus brazos se robustecieron pletóricos de fuerza. Como cuando un belicoso corcel [1260], ansioso del combate, con sus brincos patea el suelo relinchando, y después ufano, con las orejas tiesas, levanta en alto su cerviz; tal se regocijaba el Esónida con la fortaleza de sus miembros[549]. Muchas veces aquí y allá daba saltos en el aire, sacudiendo en sus manos el broncíneo escudo y [1265] la pica. Se diría que precipitándose del oscuro éter un relámpago proceloso brillaba repetidas veces desde las nubes que luego

traerían la más negra tormenta. Entonces no por mucho tiempo ya iban a abstenerse de las pruebas. Y sentándose muy rápidamente uno tras otro en los bancos, se [1270] apresuraban hacia la llanura de Ares. Ésta se hallaba más arriba, enfrente de la ciudad, a tanta distancia como de la salida está el poste de llegada de un carro, cuando por la muerte de un soberano sus parientes celebran competiciones para infantes y jinetes[550]. Encontraron a Eetes y a las demás [1275] gentes de los colcos, éstos situados sobre las atalayas del Cáucaso[551], aquél junto a la orilla del propio río donde traza su curva.

El Esónida, cuando sus compañeros ataron las amarras, entonces ya con su lanza y su escudo marchaba a la prueba, tras haber saltado de la nave, —al tiempo había tomado su [1280] reluciente yelmo de bronce, lleno de agudos dientes, y su espada sobre el hombro—, desnudo de cuerpo, en parte semejante a Ares, en parte a Apolo el de áurea espada[552]. Observando la campiña vio el broncíneo yugo de los toros y junto a éste el arado de duro acero, de una sola pieza. Se [1285] aproximó luego caminando, al lado clavó su recia pica, derecha sobre la contera, y dejó el casco apoyado en ella. Marchó adelante con su escudo solo, rastreando las innumerables huellas de los toros. Éstos, desde algún oculto refugio [1290] subterráneo donde tenían sus sólidos establos envueltos alrededor en espesa humareda, se presentaron ambos a la vez exhalando llamaradas de fuego. Se asustaron los héroes cuando los vieron. Pero él, bien plantado, aguardaba su acometida como un escollo rocoso en el mar aguarda las [1295] olas que se agitan con inacabables tormentas[553]. Delante de él sostuvo el escudo de frente. Y aquellos dos, entre mugidos, lo golpearon con sus poderosos cuernos, mas ni un tanto siquiera lo levantaron en sus embestidas. Como cuando [1300] en los perforados crisoles de los herreros los fuelles de cuero unas veces resuellan al encender el fuego devastador, y otras en cambio detienen su soplo y de aquél surge un terrible crepitar, cuando se aviva desde el fondo[554];

así ellos dos mugían resoplando rauda llama de sus bocas, y a él en torno lo envolvía el fuego abrasador como un relámpago. Pero las pócimas de la joven lo protegían.

Y él, agarrando por el extremo el cuerno del buey de la derecha, lo arrastró vigorosamente con toda su fuerza, para acercarlo a la broncínea gamella. Lo echó en tierra humillado, golpeando enérgicamente con el pie su broncínea pata. Asimismo al otro lo hizo caer de rodillas cuando atacaba, derribado con un solo golpe. Tras arrojar a un lado en el suelo su ancho escudo, plantado sobre las dos piernas, de una y otra parte sujetaba ambos toros, abatidos sobre sus rodillas delanteras, mientras era envuelto de repente en la llama. Pasmose Eetes ante la fuerza del héroe. Entretanto los Tindáridas —pues ya antes se les había advertido— en su proximidad le dieron el yugo del suelo para que se lo pusiera. Entonces él lo ató bien a sus nucas; y levantando entre ellos el broncíneo timón del arado, lo ajustó al yugo por su aguda anilla. Y aquellos dos[555] de nuevo se retiraron lejos del fuego hacia la nave. Él a su vez recogiendo el escudo se lo puso detrás de la espalda, y tomó su recio yelmo, lleno de agudos dientes, y su lanza irresistible, con la cual, como un labriego con su aguijada pelásgica[556], los picaba hiriéndolos en medio de los flancos. Y muy firmemente dirigía la bien soldada esteva, fabricada de acero[557].

Ellos al principio tenían enorme furor, exhalando violentas llamaradas de fuego; y su aliento se elevaba como el bramido de los vientos huracanados, ante los cuales, muy temerosos, los marinos recogen la vela mayor. Mas no mucho después, instigados por la lanza, marcharon. La árida campiña se rasgaba detrás, hendida por la fuerza de los toros y el vigoroso labrador, al tiempo que por los surcos del arado crujían terriblemente al quebrarse los terrones, pesada carga para un hombre. Él los seguía apretando sobre la reja con su firme pie, y lejos de sí arrojaba continuamente por la

gleba arada los dientes, volviéndose a menudo, no fuese que antes de tiempo le acometiera la funesta espiga de los hombres terrígenos. Y ellos se esforzaban hacia delante apoyándose en sus broncíneas pezuñas[558]. A la hora en que queda [1340] la tercera parte del día en su declinar desde la aurora[559], y los fatigados labriegos desean que al instante les llegue el dulce momento de desuncir los bueyes[560], a esa hora estaba arada la campiña por el infatigable labrador, aunque era de [1345] cuatro fanegas. Y soltó de los bueyes el arado, y los espantó para que huyeran por la llanura. Entonces él volvió de nuevo a la nave, mientras vio los surcos aún vacíos de hombres terrígenos. En derredor sus compañeros le animaban con palabras. Él, sacándola en el propio casco de las corrientes [1350] del río, apagó con agua su sed, flexionó sus rodillas ágiles, y colmó de vigor su gran corazón, ansioso como un jabalí que afila sus dientes contra los cazadores y en torno suyo abundante espuma se derrama en el suelo de su boca furiosa[561].

[1355] Los terrígenos ya por todo el campo se alzaban como espigas. En derredor se erizó de sólidos escudos, de lanzas de doble punta y de cascos relucientes el recinto de Ares, destructor de mortales. Y un resplandor fulgurante llegó desde allá abajo hasta el Olimpo a través del aire. Como [1360] cuando, tras caer abundante nieve sobre la tierra, al punto los vendavales disipan las procelosas nubes bajo una noche tenebrosa, y aparecen todos juntos los astros brillantes a través de la oscuridad; así brillaban ellos al crecer por encima de la tierra[562]. Entonces Jasón se acordó de los consejos [1365] de la muy astuta Medea. Cogió de la llanura una gran piedra redonda, terrible disco de Ares Enialio. Cuatro hombres vigorosos no la hubieran levantado ni un ápice de la tierra[563]. Mas, alzándola fácilmente, desde muy lejos la arrojó en medio de ellos con un impulso. Y él se apostó furtivo detrás de su escudo valerosamente. Los colcos lanzaron [1370] grandes gritos, como cuando el mar resuena bramando sobre los

puntiagudos escollos[564]. Pero un mudo estupor se apoderó de Eetes por el lanzamiento del pesado disco. Y aquéllos, como perros veloces, saltando alrededor se mataban unos a otros entre rugidos[565]. Sobre la tierra madre caían bajo sus propias lanzas, como pinos o encinas que las ráfagas del viento sacuden. Cual se agita en lo alto desde el cielo una estrella ardiente describiendo un trazo luminoso, prodigio para los hombres que la ven precipitarse con su destello a través del aire oscuro[566]; tal se lanzó el hijo de Esón contra los terrígenos, y portaba fuera de la vaina su espada desnuda. Los golpeaba segando indiscriminadamente, a muchos que aún hasta el vientre y la mitad de los flancos se alzaban en el aire, a otros que surgían incluso hasta las rodillas[567], a otros recién puestos en pie, y a otros que ya incluso con sus pies se apresuraban al combate. Como cuando, al suscitarse una guerra entre pueblos vecinos, temeroso el campesino de que le sieguen antes sus campos, empuña en sus manos la curvada hoz recién afilada y presuroso corta la espiga inmadura, sin aguardar a que en su tiempo se seque con los rayos del sol; así entonces cortaba la espiga de los terrígenos. Y con su sangre los surcos se llenaban como las acequias con los chorros de un manantial. Caían, unos de bruces mordiendo con sus dientes la áspera gleba, otros hacia atrás, y otros sobre su mano y su costado, a la vista semejantes en su figura a monstruos marinos. Muchos, golpeados antes de haber sacado sus plantas de debajo de la tierra, cuanto habían crecido hacia arriba en el aire, otro tanto yacían en el suelo desplomados bajo el peso de sus tiernas cabezas[568]. De igual modo que, tras una inmensa lluvia de Zeus, los retoños recién plantados en un huerto, trabajo de los labradores, caen al suelo quebrados desde la raíz, y un abatimiento y funesto dolor le sobreviene al hortelano dueño de la heredad; así entonces penosas aflicciones invadieron las entrañas del soberano Eetes. Marchaba de regreso a la ciudadela en medio

de los colcos, meditando de qué modo se les opondría más rápidamente[569].

El día se ocultaba, y para él estaba cumplida la prueba.

[381] Erato es la Musa de la poesía erótica (cf. PLATÓN, *Fedro* 259c), de ahí su invocación en este preludio al canto III donde se narra el amor de Medea. Virgilio también la invoca en *Eneida* VII 37-45. El texto griego juega con la relación etimológica entre el nombre de *Erato, Eros* «Amor», y *epḗraton* «amable» (imitado por OVIDIO, *Arte de amar* 15-16).

[382] El detalle evoca la escena olímpica del engaño de Zeus por Hera en *Ilíada* XIV 188 ss. (donde también interviene Afrodita y el amor).

[383] Eros no posee una genealogía fija. En algunas versiones aparece como un dios primigenio (cf. HESÍODO, *Teog*. 120-122; PLATÓN, *Banquete* 178a-b; SIMIAS, *Las Alas*). En Apolonio es hijo de Afrodita, un niño alado y provisto de arco.

[384] *Polyphármakos:* epíteto de la maga Circe en HOMERO (*Od*. X 276), que es aplicado a Medea aquí y en IV 1677, como ya en PÍNDARO (*Pít*. IV 233).

[385] De los dardos de Eros. Atenea es la diosa virgen por excelencia, nacida de la cabeza de Zeus sin que mediara unión amorosa de éste con diosa o mortal.

[386] La cojera de Hefesto era relacionada con su caída desde el Olimpo (cf. *Ilíada* I 590-594).

[387] El poeta sitúa la fragua de Hefesto en una de las islas *Planctas* o «Errantes», las Lípari (cf. IV 760-764), mientras que HOMERO la situaba en el Olimpo (*Il*. XVIII 369 ss.).

[388] 'Afrodita en el tocador' era un motivo frecuente en el arte, como también la imagen de la diosa con armas evocada en I 742-746. Compárese CALÍMACO, *Himno* V I 8-22.

[389] La escena tiene por modelo la visita de Tetis a Hefesto para procurar nuevas armas a Aquiles (*Ilíada* XVIII 369 ss.); en este caso, por el contrario, se busca la ayuda del Amor. El recibimiento de Afrodita, salpicado de ironía, responde a un tópico de las escenas de visita (cf. *Il*. XVIII 385-387, 424-427; y también *Od*. V 85-91; TEÓCRITO, XV 1-3; HERODAS, *Mim*. I 8-12).

[390] Ixión, que trató de violentar a Hera, sufría eterno castigo en el Hades encadenado a una rueda ardiente (cf. PÍNDARO, *Pít*. II 21-48).

[391] Véase I 13-14. El castigo por descuidar los sacrificios a un dios es un tema frecuente: recuérdese la cólera de Cipris contra las lemnias (I 614-615); y EURÍPIDES, *Hipólito* 145-147.

[392] El episodio responde a un motivo folclórico: los dioses que toman apariencia humana para probar a los hombres. Cf. *Odisea* XVII 485-487, y ejemplos paralelos en *Himno Hom. a Deméter* 90-284; OVIDIO, *Met*. VIII 611-724.

[393] El antagonismo entre Afrodita y Eros, presentado con fina ironía en esta escena, es un tema nuevo, que se convertirá en tópico literario: cf. Mosco, *Amor fugitivo; Antología Palatina* V 177, 178; LUCIANO, *Diál. dioses* XI.

[394] Un jardín florido es el lugar donde suele encontrarse Eros (cf. PLATÓN, *Banquete* 196a-b, 203b; LONGO, II 5, 4).

[395] Única referencia explícita al amor pederástico en todo el poema. Es bien conocida la leyenda de Ganimedes, joven troyano raptado por Zeus que lo convirtió en copero de los dioses en el Olimpo.

[396] La imagen de Eros «impúdico» *(márgos)* y juguetón aparece ya en la poesía arcaica (ALCMÁN, frag. 58 PAGE). El juego de las tabas o *astrágalos* estaba relacionado con Eros y Afrodita (cf. ANACREONTE frag. 398 PAGE; *Antología Palatina* XII 46, 47).

[397] La escena de ambos adolescentes jugando a las tabas, imitada por FILÓSTRATO EL JOVEN, *Descripciones de cuadros* VIII, parece inspirada en el arte: recuérdese el grupo escultórico de *Astragalizontes* de Policleto.

[398] Una ninfa hija de Meliseo. Sobre la crianza de Zeus en Creta (ya aludida en I 508-509 y II 1234), cf. CALÍMACO, *Himno* I 46-54.

[399] El gusto por la descripción de obras de arte es propio de la poesía helenística. En este caso los detalles han sido objeto de interpretaciones diversas: la singular esfera, que puede simbolizar el mundo y el poder universal de Eros, tiene ocultas bajo un esmalte las suturas entre sus piezas. Eros era representado jugando a la pelota tanto en el arte como en la poesía (cf. AÑACREONTE, frag. 358 PAGE; *Antología Palatina* V 214).

[400] Recuérdese cómo Hera trata de *sobornar* al Sueño con un trono de oro, obra de Hefesto, en *Ilíada* XIV 238-241.

[401] Verso idéntico a I 1103.

[402] El juramento por la cabeza se encuentra en *Ilíada* XV 39; *Himno Hom. a Afrodita* 27; CALÍMACO, frag. 110, 40 PF.

[403] Nótese la fina caracterización psicológica de Eros, aquí y en los vv. 146-148.

[404] En HOMERO (*Il.* V 749-751) las puertas del Olimpo eran custodiadas por las Horas.

[405] Este panorama refleja la perspectiva del personaje en su vuelo «a vista de pájaro». Compárese el panorama de la Propóntide que se ofrece a los argonautas desde la cima del Díndimo en I 1112-1116.

[406] Después de las escenas olímpicas (III 7-166), la narración retorna a la acción humana que transcurre simultánea (III 6-7/167-274).

[407] Jasón insiste en el carácter colectivo de la empresa, como ya hiciera en I 336-337.

[408] El discurso de Jasón destaca el valor de la palabra y la persuasión, tan importante entre los griegos. En contraste, el discurso inicial de Hera (III 11-16) descartaba el éxito de la palabra ante Eetes y se inclinaba por el engaño.

[409] Véase II 1181-1195.

[410] Para esta especial ocasión Jasón empuña el cetro de heraldo, que corresponde a Etálides (cf. I 640-649; III 1175). Recuérdese que Augías deseaba conocer a Eetes, hijo de Helios como él (I 172-175); y tal parentesco se aducirá en el curso de la embajada (III 362-363).

[411] Árboles típicamente funerarios para los griegos.

[412] SILIO ITÁLICO (XIII 486-487) atribuye esa costumbre a los escitas. Tales prácticas han sobrevivido largo tiempo entre los pueblos del Cáucaso.

[413] Del mismo modo Atenea envuelve a Ulises en niebla a su llegada al pueblo de los feacios (*Odisea* VII 14-17, 140-143); y Venus a Eneas en *Eneida* I 411-414, 439-440. La amplia descripción que sigue, cuyo modelo es la descripción del palacio de Alcínoo en *Odisea* VII 81-135, retarda el esperado encuentro entre Jasón y Eetes.

[414] Detalles inspirados en *Odisea* V 68-73 (morada de Calipso con su viña y sus cuatro fuentes).

[415] El ocaso y el orto helíaco de las Pléyades tienen lugar en noviembre y en mayo respectivamente; y para los antiguos señalaban el comienzo de la época invernal y estival (cf. HESÍODO, *Trabajos y días* 383-384; ARATO, *Fen.* 265-267). De manantiales prodigiosos hay paralelos en *Ilíada* XXII 148-152, HERÓDOTO, IV 181, TEÓCRITO, V 124-127, y LUCIANO, *Relatos verídicos* I 7, II 13.

[416] Toros ya mencionados en PÍNDARO (*Pít.* IV 224-226).

[417] Cerca de Palene, en la Calcídica, donde se localizaba el combate de Zeus y los Olímpicos contra los Gigantes.

[418] El palacio responde al modelo de casa antigua con un patio interior porticado, al que daban las habitaciones.

[419] «Brillante», como el célebre hijo de Helios. Según la tradición más corriente, Apsirto era menor que Medea.

[420] Parece haber una laguna en el texto.

[421] Frixo había ordenado a sus hijos que fueran a Orcómeno para recuperar la herencia paterna (II 1150-1153).

[422] Esbozo de una escena típica de recepción y banquete a los huéspedes, que seguirá en los vv. 299 ss., tras la intervención de Eros.

[423] La comparación de Eros con un tábano, apuntada ya en SIMÓNIDES (frag. 541, 10 PAGE) reaparece en *Anacreónticas* XXXIII 28.

[424] La imagen de «Amor arquero» es un tópico en la poesía erótica y en el arte.

[425] El motivo del amor dulce y amargo remonta a SAFO (frag. 130 LOBEL-PAGE). El «estupor» y otros síntomas amorosos de Medea se verán acentuados en su primer encuentro a solas con Jasón (cf. III 962-965); ambos pasajes evocan el célebre poema patográfico de SAFO (frag. 31 LOBEL-PAGE).

[426] Eros es calificado de «funesto» por los sufrimientos y desgracias que provoca (cf. III 1078 y IV 445-449).

[427] Mientras en *Odisea* XII 3-4 la isla de Circe ocupa el extremo oriental del mundo, Apolonio sigue una tradición muy difundida (desde HESÍODO, *Teog*. 1011-1016) que sitúa Eea en Occidente, concretamente en el Cabo o Monte Circeo: cf. IV 659 ss.; VIRGILIO, *Eneida* VII 10-24.

[428] Antiguo nombre de Ares.

[429] Argos resume los acontecimientos narrados en II 1030 ss.

[430] El recelo de Pelias hacia Jasón fue expresado en I 15-17 (y subyace en I 902-903). Recuérdese que en PÍNDARO (*Pít*. IV 104-168) Pelias ha usurpado el trono y el patrimonio de Esón.

[431] El rescate del vellocino es la compensación exigida por Zeus para expiar el sacrilegio que supuso el frustrado sacrificio de Frixo: cf. II 1192-1195.

[432] De toda la Hélade.

[433] Los saurómatas o sármatas habitaban cerca del lago Meotis (Mar de Azov): cf. HERÓDOTO, IV 110-117. En VALERIO FLACO, argonautas y colcos combaten juntos contra los escitas, entre los que se hallan los sármatas (VI 162).

[434] El brillo en los ojos, producto de la ira, es singularmente apropiado para un hijo de Helios (cf. IV 727-729).

[435] Expresión de amenaza: ‘antes de que alguno para su desgracia vea el vellón de Frixo’ (hendíadis).

[436] El doble castigo corresponde a la doble culpa que Eetes les atribuye: cortarles la lengua por sus mentiras, y las manos por su intento de usurparle el trono. Pues el rey, advertido por un oráculo de Helios, imagina un complot (III 594-605).

[437] El carácter impulsivo de Telamón ya se manifestó en la escena posterior al abandono de Heracles (I 1289 ss.).

[438] El grano de Deméter: el trigo.

[439] En PÍNDARO (*Pít*. IV 224-241) la prueba se limita a domar los toros y arar la campiña; pero otras fuentes añadían el combate contra los terrígenos (FERECIDES, 3 frag. 22 JAC; SÓFOCLES, frag. 341 RADT).

[440] El discurso de Eetes se cierra con una sentencia *(epifonema)*, como aconsejaba la norma retórica para reforzar la argumentación.

[441] El silencio y la impotencia dominará también a los demás argonautas al conocer los términos de la prueba (III 502-504). Y la misma actitud habían provocado las palabras de Fineo (II 408-410).

[442] Jasón acepta la prueba con resignación, pero con dignidad.

[443] El texto contiene ecos del encuentro de Ulises y Nausícaa en *Odisea* VI 237.

[444] La comparación del alma con un sueño es una imagen homérica (cf. *Od*. XI 222). El *oxímoron* «deslizándose… volaba» sugiere la impresión onírica del movimiento anhelado y dificultoso.

[445] La concepción de una pluralidad de Amores es común en la poesía helenística y posterior (cf. III 687, 765; HERODAS, VII 94).

[446] Esta forma de representación subjetiva de la imagen del amado, que refleja la interioridad de Medea y su proceso de enamoramiento, constituye una técnica nueva que luego será común (cf. CARITÓN, II 4, 3; VI 7, 1; VIRGILIO, *En*. IV 3-5).

[447] Hécate, hija del Titán Perses, de la que Medea es sacerdotisa.

[448] Este primer monólogo refleja ya el conflicto interior de Medea, expresado en figuras como la antítesis y la lítote.

[449] De tal conversación no ha dado noticia el narrador: su estilo evita repeticiones (habituales en Homero) y selecciona la información pertinente para el lector en cada contexto.

[450] Igual que en II 1216-1225, Peleo se muestra como héroe valeroso y proclive a la acción guerrera.

[451] El hijo de Eneo es Meleagro. Su presentación en el catálogo (I 190-198) ya destacaba su juventud y vigor. La metáfora de la barba en flor es frecuente (cf. *Odisea* XI 319-320; CALÍMACO, frag. 274 PF.; NONO, VI 180-181).

[452] El catálogo de voluntarios que responden a un desafío constituye un motivo típico en determinadas escenas heroicas (cf. II 878-897; *Ilíada* VII 161-169, X 227-232).

[453] La misma advertencia contra una excesiva temeridad había hecho Fineo en II 316-317.

[454] Tales poderes de Medea sobre la naturaleza (cf. OVIDIO, *Met*. VII 199-209) corresponden a los que normalmente se atribuían los magos: véase HIPÓCRATES, *Sobre la enfermedad sagrada* 4. Hécate es la diosa asociada con la hechicería y la magia (cf. III 846 ss.; TEÓCRITO, II; *Papiros Mágicos*).

[455] El gavilán simboliza la violencia de Eetes; y la paloma, el pájaro de Afrodita, representa el signo favorable: el presagio puede corresponder a la muerte de Apsirto en persecución de Medea amparada por Jasón (canto IV). Véase la imitación de VALERIO FLACO, VIII 32-35. En la poesía homérica el ave de presa comporta el presagio favorable al triunfar sobre su víctima (cf. *Odisea* XV 525-528; *Ilíada* VIII 247-252). Apolonio invierte la situación y el sentido del presagio, como también la concepción de la epopeya: triunfo del amor frente a la opción guerrera.

[456] Las palabras de Idas recuerdan los reproches de Heracles en Lemnos (I 865-874) y los sarcasmos de Tersites en *Ilíada* II 235-238. Su figura representa un tipo de héroe arcaico y trasnochado. En I 462-494 se había enfrentado al adivino Idmón; y en adelante volverá a manifestar su cólera (III 1169-1170, 1252-1255).

[457] La nave había sido anclada en el pantano por precaución (II 1281-1283).

[458] Mediante el estilo indirecto el poeta condensa, y refleja de manera más efectiva, el mensaje autoritario de Eetes ante su pueblo (como luego en IV 228-235).

[459] Su intención de quemar la nave se refleja en IV 223, donde Eetes porta una antorcha.

[460] Compárese la versión de Argos en II 1146-1149.

[461] La consideración de los forasteros como piratas, aquí demagógica, responde a un tópico: cf. *Odisea* IX 252-255; *Eneida* I 527-528.

[462] Con esta interpretación, los vv. 579-593 reproducen el discurso de Eetes ante los colcos; y los vv. 594-605 constituyen un soliloquio que se une al discurso anterior: el oráculo y las sospechas del rey con respecto a los hijos de Frixo no se hacen públicos. Pero también cabría interpretar «Aparte decía que le pagarían…»; y en tal caso todo el pasaje (vv. 579-605) sería discurso público.

[463] La noticia del oráculo remonta a HERODORO (31 frag. 9 JAC.). El tema del oráculo cuya advertencia resulta inútil, presente ya en el episodio de Cícico (I 969-971), era frecuente en la tragedia.

[464] El lector conoce ahora la hipocresía de Eetes en III 307-308.

[465] Ironía trágica, pues la *traición* vendrá de Medea.

[466] En *Ilíada* II 6, 8 el ensueño enviado por Zeus a Agamenón es calificado también de «funesto». Y en *Odisea* XIX 535-569 Penélope considera el carácter ambiguo y engañoso de los sueños.

[467] El sueño («engañoso») revela a Medea el cumplimiento de su íntimo deseo: el vellocino es sólo un pretexto, y Jasón ha venido para hacerla su esposa. En el («funesto») sueño el litigio, la elección entre el extranjero y sus padres, simboliza la dolorosa ruptura con su mundo familiar.

[468] Compárese el despertar de Clitemnestra de un ensueño angustioso en ESQUILO, *Coéf.* 535-537.

[469] Este segundo monólogo es paralelo al primero (III 464-470). En *Eneida* IV 8-29 Dido expresa también su agitación interior y la *negación del deseo* por pudor.

[470] El umbral entre su alcoba y el vestíbulo o antecámara, donde duermen sus sirvientas como se verá en III 838-840.

[471] Los movimientos de Medea reflejan la lucha interior entre dos fuerzas contrapuestas, pudor y deseo.

[472] Tal esquema numérico es frecuente (cf. *Ilíada* XVI 702-705, XX 445-447; CALÍMACO, *Himno* III 120-122). El número tres es tópico en poesía (cf. IV 75) y con valor ritual (cf. IV 478).

[473] La correspondencia del símil es estricta: Medea sueña que ha sido prometida a Jasón (III 623), pero le llora como ya muerto (III 460 s.) y teme las burlas de las mujeres (III 791-797). Se ha discutido sobre la condición de esta novia desposada: si «viuda virgen» (recuérdese la doncella prometida a un esposo lejano en I 778-780), o si «viuda recién casada» (cf. I 974-978; *Ilíada* XI 221-247).

[474] Un gesto tradicional de duelo: Medea se comporta precisamente como una viuda.

[475] El vuelo de la palabra es una imagen frecuente: recuérdense las «palabras aladas» en Homero.

[476] Cf. III 714-716. El juramento por la Tierra y el Cielo, dioses principales de los colcos, está en *Ilíada* XV 36.

[477] «A mis hijos».

[478] Las Erinis eran diosas infernales vengadoras. Calcíope amenaza con el suicidio, que en la religiosidad antigua implicaba una venganza contra los culpables (Medea en este caso). La misma amenaza dirige Medea a Jasón en IV 385-387.

[479] Cada una llora con la cabeza apoyada sobre su pecho. Compárese la escena de Príamo y Aquiles llorando en *Ilíada* XXIV 507-512. Según otra variante, el texto rezaría: «Al tiempo dejó caer su cabeza sobre el regazo (de Medea)…».

[480] La petición de ayuda provoca en Medea alegría y vértigo a la vez, tanto más porque viene del propio Jasón.

[481] Medea tiene la edad de sus sobrinos, los hijos de Calcíope.

[482] La Osa Mayor o Hélice, constelación boreal, servía de orientación a los marinos; y Orión, constelación austral, les permitía calcular la hora y las distancias (cf. ARATO, *Fen*. 37-41, 730-731).

[483] El contraste entre la calma nocturna y la agitación interior del personaje, que no puede conciliar el sueño, es un tema ya homérico (*Il*. II 1-4, X 1-4) y ha sido imitado por VIRGILIO, *En*. IV 522-532. Véase también IV 1058-1061.

[484] La comparación, reflejo del interés del poeta por los fenómenos naturales, ha servido de modelo a VIRGILIO, *En*. VIII 18-25; y reaparece en EPICTETO, III 3, 20-22.

[485] Imitación del estilo homérico en la típica descripción de heridas de combatientes: cf. *Ilíada* XIII 567-569.

[486] A ella se atribuía la muerte repentina de las mujeres: cf. *Odisea* XVIII 202-203, XX 61-63.

[487] A pesar del relato de Argos sobre su encuentro con los argonautas en la isla de Ares (III 320-331), Medea supone, como antes Eetes (III 375-376), que los hijos de Frixo han llegado hasta la Hélade.

[488] Murmuraciones parecidas imagina Nausícaa en *Odisea* VI 273-285.

[489] Compárese el monólogo de EURÍPIDES, *Medea* 1019-1080.

[490] En la iconografía Medea es representada a menudo con su cofre.

[491] La Aurora. La aparición de la luz marca la entrada en acción de Medea tras su larga noche en vela.

[492] La escena recuerda el arreglo de Hera para seducir a Zeus en *Ilíada* XIV 170-186.

[493] Las sirvientas de una doncella debían ser vírgenes también.

[494] Otro nombre de Hécate, llamada «unigénita» (cf. III 1035) por ser hija única de Perses y Asteria (cf. HESÍODO, *Teog*. 408-452).

[495] Recuérdese el suplicio de Prometeo descrito en II 1246-1259. El *icor*, la «sangre inmortal de los dioses» en HOMERO (cf. *Ilíada* V 339-342), también da vida al gigante Talos en IV 1679. El *prometeico* es comparable al *moly* homérico, que sirve a Ulises de antídoto contra los encantamientos de Circe (*Odisea* X 302-306), y que una tradición tardía consideraba nacido de la sangre del gigante Picóloo.

[496] El azafrán de Córico, en Cilicia, era renombrado en la Antigüedad.

[497] Compárese la descripción del *prometeico* en VALERIO FLACO, VII 355-365. Se trata de una planta bulbosa, para la que se han propuesto diversas identificaciones (mandrágora, acónito, cólquico).

[498] Un extracto del cascabillo de la bellota, que era usado para tintes.

[499] Brimo es otra *epiclesis* de Hécate. La acumulación de epítetos en el pasaje recuerda el estilo de los himnos. Véase la sucesión de atributos de la diosa que constituye el *Himno Óifico* I.

[500] Hay una *simpatía* entre Prometeo y la planta nacida de su sangre. Nótese cómo el excurso etiológico sobre el *prometeico* (vv. 846-866) se halla integrado en composición anular.

[501] La caja o cesta del carro, hecha de mimbre trenzado, que se fijaba sobre la *hámaxa*, de la cual era parte separable: véase *Ilíada* XXIV 190; *Odisea* XV 131.

[502] El Amniso es un río de Creta. Sobre el Partenio y su relación con Ártemis, cf. II 936-939.

[503] La comparación, inspirada en la de Nausícaa y Ártemis (*Odisea* VI 102-109), tendrá eco en el parangón de Dido con Diana (*Eneida* I 498-504).

[504] La mirada de Medea es temible por el brillo en los ojos, característico de los descendientes del Sol (IV 727-729), y por sus poderes mágicos (IV 1669-1672). VALERIO FLACO (V 329-349) acentúa el tono siniestro al comparar a Medea con Prosérpina.

[505] Todo el pasaje, desde la partida de Medea hasta los juegos, evoca el episodio de Nausícaa en *Odisea* VI.

[506] En realidad esto no es más que el deseo de Medea, que se cumplirá gracias a la intervención de Hera (III 930 ss.).

[507] El embellecimiento de Jasón por obra de Hera es también un recuerdo de la *Odisea* (VI 229-237), donde Atenea enaltece a Ulises en su encuentro con Nausícaa. El motivo reaparece en *Eneida* I 588-593 (Venus enaltece a Eneas para su encuentro con Dido) y en VALERIO FLACO, V 363-367 (Juno a Jasón). Cf. también *Odisea* XVI 172-176; *Ilíada* II 477-483.

[508] El episodio de la corneja evoca un pasaje de CALÍMACO (frag. 260, 17-62 PF.). La corneja era considerada un ave agorera, a menudo en relación con el amor.

[509] La comparación con Sirio, la estrella más luminosa de la constelación del Can Mayor y que constituía un presagio siniestro (cf. II 516-527), está inspirada en *Ilíada* XXII 25-32 (Aquiles frente a Héctor), y servirá de modelo a VALERIO FLACO (V 368-377). El pasaje tiene su contrapunto en I 774-781, donde Jasón es comparado a la estrella vespertina cuando marcha al encuentro de Hipsípila.

[510] Esta descripción de los síntomas del amor evoca el célebre poema de SAFO (frag. 31 LOBEL-PAGE). Véase también TEÓCRITO, II 106-110.

[511] El símil es imitado por VALERIO FLACO (VII 404-406).

[512] La imagen del soplo del Amor está en SAFO (frag. 47 LOBEL-PAGE) y EURÍPIDES (*Ifig. Ául*. 69).

[513] Sobre Zeus Hospitalario y Suplicante, cf. II 1131-1133.

[514] Ariadna, nieta de Helios como Medea, ayudó a Teseo a matar al monstruoso Minotauro y a salir del Laberinto de Creta.

[515] Abandonada por Teseo en la isla de Día, Ariadna se unió allí a Dioniso, quien le regaló una diadema que luego fue catasterizada: la Corona Boreal (cf. ARATO, *Fen*. 71-73; CALÍMACO, frag. 110, 59 s.; CATULO, LXVI 59-64).

[516] El mito de Ariadna es presentado como *exemplum* en el discurso de Jasón y narrado aquí desde la perspectiva del personaje, que manipula la historia a su conveniencia y omite el abandono de Ariadna por Teseo. Para el lector, que conoce la leyenda como la ofrece el narrador en IV 431-434, esta mención entraña una trágica ironía con relación al futuro destino de Medea (que será también abandonada por Jasón).

[517] En *Ilíada* V 4-7 la cabeza de Diomedes destella bélico fulgor inflamada por Atenea. Para el esplendor de la mirada en sentido amoroso, cf. SÓFOCLES, frag. 474 RADT; MOSCO, *Europa* 86.

[518] Este largo discurso es para Medea un modo de silenciar la turbación de su ánimo afianzándose sobre un tema que conoce bien. Sus instrucciones constituyen un programa que anticipa el desarrollo posterior de la narración (III 1172-1407):

vv. 1027-1041	rito a Hécate	vv. 1194-1224
vv. 1042-1045	filtro para Jasón	vv. 1256-1270
vv. 1046-1047	filtro para armas	vv. 1246-1255
v. 1052	uncir los toros	vv. 1288-1320
vv. 1052-1053	arar el campo	vv. 1320-1347
vv. 1054-1060	los terrígenos	vv. 1354-1407

[519] El texto contiene ecos de las prescripciones rituales de Circe a Ulises en *Odisea* X 517 ss.

[520] Los perros forman parte del cortejo de Hécate (cf. TEÓCRITO, II 35). La prohibición de volverse es frecuente en esta clase de ritos: cf. SÓFOCLES, *Ed. Col*. 490; TEÓCRITO, XXIV 95-96. (Recuérdese el caso de Orfeo, que perdió a Eurídice por incumplir el precepto).

[521] Estratagema usada ya por Cadmo (FERECIDES, 3 frag. 22 JAC.).

[522] El gesto y las palabras de Medea recuerdan la escena de despedida de Hipsípila en I 886 ss.

[523] La patria de Frixo y la isla de Circe son los dos únicos lugares de Occidente de los que Medea ha oído hablar.

[524] Deucalión y Pirra, únicos supervivientes del gran diluvio causado por Zeus, reinaron en Tesalia (Hemonia). Según CALÍMACO (*Himno* II 55-64) la fundación de ciudades es un saber que los hombres habrían aprendido de Apolo.

[525] Eolo, el ancestro de los Eólidas, desciende de Helen, hijo a su vez de Deucalión. Para esta genealogía el poeta sigue a HESÍODO (frags. 2-4, 9-10 MERK.-WEST). Orcómeno está en Beocia, igual que Tebas, la ciudad fundada por Cadmo (véase III 1178-1187).

[526] Eetes se caracteriza precisamente por su xenofobia (III 584-593).

[527] La expresión alude a la muerte (cf. *Odisea* XX 63-65; *Ilíada* VI 346-348): el espíritu de Medea, muerta a causa del olvido, perseguiría a Jasón. El pasaje anuncia las futuras imprecaciones de Medea en IV 355-390 y IV 1031 -1052, y remite a sus reproches en EURÍPIDES (*Medea* 465-519).

[528] Esta promesa de fidelidad encierra trágica ironía con respecto a los acontecimientos desarrollados en la *Medea* de EURÍPIDES.

[529] Este tipo de prolepsis es frecuente en HOMERO (cf. *Il.* X 336-337).

[530] Igual que en IV 241-243, Medea aparece como instrumento de la venganza de Hera contra Pelias (cf. III 64-65).

[531] El contraste entre el abandono de Medea y la precaución de Jasón denota la distinta disposición emocional de ambos en toda la escena.

[532] La imagen del alma que vuela aparecía ya en III 446-447.

[533] Argos y Mopso le aguardaban junto al álamo (cf. III 927-947).

[534] Recuérdese su airada reacción en III 556-566.

[535] Ógigo fue el primitivo rey autóctono de Beocia.

[536] El poeta resume el mito de la fundación de Tebas por Cadmo. Tras el rapto de Europa por Zeus, su hermano Cadmo fue enviado por el padre (Agénor, rey de Tiro) a buscarla. El oráculo de Delfos le ordenó seguir a una vaca y fundar una ciudad donde el animal se detuviera, lo cual sucedió en la llanura central de Beocia, llamada Aonia. Para buscar agua Cadmo debió matar al dragón que guardaba la fuente de Ares. Y, por indicación de Atenea (Tritónide), sembró los dientes de la sierpe, de los que nacieron hombres armados que se mataron entre sí («bajo la lanza de Ares» como metonimia de la guerra): los cinco *espartos* o *terrígenos* supervivientes originaron las cinco principales estirpes tebanas. La digresión ilustra y prepara el episodio paralelo de las pruebas de Jasón (III 1330-1404).

[537] Según HOMERO (*Od.* I 22-24), los etíopes habitan los dos extremos, oriental y occidental, del mundo.

[538] Como la Luna o el Sol, la Noche personificada recorre el cielo en un carro (cf. ESQUILO, *Coéf.* 660-661; TEÓCRITO, II 163-166).

[539] La Osa Mayor o Hélice como constelación circumpolar no se oculta, pero su aproximación al horizonte puede marcar la medianoche (cf. TEÓCRITO, XXIV 11).

[540] Otro regalo de Hipsípila, un peplo púrpura, servirá para engañar a Apsirto en IV 423-434. Véase también II 30-32.

[541] Hécate aparece coronada de serpientes y ramas de encina en SÓFOCLES (frag. 535 RADT).

[542] Luminosidad, estremecimiento de la tierra y gritos de temerosa veneración son rasgos comunes en la epifanía de un dios (cf. II 674-684; *Ilíada* XIII 18-19; *Himno Hom. a Apolo* 440-447).

[543] El río Fasis nace en los montes Amarantos (cf. II 399-401). Las ninfas se ocupan habitualmente en la danza (cf. I 1222-1225).

[544] La puesta de sol y la aparición de la primera luz encuadran la descripción del mágico ritual de Jasón (III 1191-1224), durante el cual observa las prescripciones de Medea (III 1029-1041).

[545] Mimante es uno de los Gigantes que combatió contra los Olímpicos en la llanura de Flegra, cerca de Palene en la Calcídica (cf. III 233-234).

[546] El poeta recrea una escena típica de armamento del guerrero (cf. *Ilíada* III 328-338; XI 16-46; XVI 130-144; XIX 364-391).

[547] Apsirto, cuyo sobrenombre y función como auriga del carro de su padre evocan la figura de Faetonte, hijo de Helios: cf. IV 219-225.

[548] Lugares relacionados con el culto a Posidón: en su honor se celebraban en Corinto los Juegos Ístmicos; en el cabo Ténaro, al sur del Peloponeso, y en el cabo Geresto, al sur de Eubea, había sendos templos del dios; le estaban consagrados una fuente y un santuario en Lema (Argólide), así como el bosque de Onquesto en Beocia (cf. *Himno Hom.* III 230-239); otro santuario había en Calauria (isla de Poros en el Golfo Sarónico), y junto al río Peneo (en Tesalia) uno de Posidón Pétreo. Como oponente de Jasón, Eetes es comparado con el poder elemental de Posidón (un dios asociado con el toro, y padre de Pelias y de Ámico).

[549] El símil del caballo es de ascendencia homérica (*Il.* VI 506-514; XV 263-269), pero con ecos añadidos de la tragedia (ESQUILO, *Siete contra Tebas* 392-394; SÓFOCLES, *Elec.* 25-27). Véase luego IV 1604-1608 y *Eneida* XI 492-497.

[550] La distancia entre la salida y el poste de llegada o de giro (meta) en un hipódromo podía oscilar alrededor de los cuatrocientos metros (el doble que en el estadio). Precisamente las pruebas de Jasón constituyen una competición cuyo premio es el vellocino.

[551] Las laderas de la montaña, que dominan la llanura de Ares, forman un graderío natural sobre el escenario de las pruebas.

[552] Protegido por el ungüento, Jasón no necesita coraza para la prueba (así ya en PÍNDARO, *Pít*. IV 232-233). Semejante a Apolo por su aspecto, como en el momento de la partida (I 307-310), por su restante equipamiento bélico es comparable a Ares (cf. PÍNDARO, *Pít*. IV 87-88).

[553] La imagen de la resistencia del escollo es homérica (*Il*. XV 618-622) y gozará de fortuna literaria (cf. *Eneida* VII 586-590).

[554] El símil recuerda la descripción de la fragua de Hefesto en *Ilíada* XVIII 470-473.

[555] Los Tindáridas (Cástor y Polideuces).

[556] Tesalia, región de origen de la aguijada.

[557] El pasaje (vv. 1305-1325) contiene reminiscencias de PÍNDARO (*Pít*. IV 224-238), y paralelos con CALÍMACO (frags. 258, 259 PF.: lucha de Teseo contra el toro de Maratón) y TEÓCRITO (XXV 145-152: lucha de Heracles contra el toro Faetonte).

[558] La fatigosa labor de los bueyes fue evocada ya en el símil de II 662-667.

[559] La división en tres partes tanto del día como de la noche era habitual desde HOMERO (cf. *Il*. X 252-253).

[560] Este tipo de indicación temporal es frecuente (cf. I 1172-1178; *Ilíada* XI 86-91; *Himno Hom*. V 168-171) y sirve a menudo, como aquí, para contrastar la acción heroica con un cuadro de la vida cotidiana. El momento de desuncir los bueyes es una indicación horaria tradicional (cf. *Ilíada* XVI 779; *Odisea* IX 58; ARATO, *Fen*. 826).

[561] El símil del jabalí furioso, de tradición épica (cf. *Ilíada* XIII 471-475; PS.-HESÍODO, *Escudo* 386-391), presenta a Jasón como héroe marcial.

[562] Esta singular descripción del campo de batalla esta elaborada a partir de varios pasajes homéricos (*Ilíada* XIII 339-343; II 457-458; XIX 357-364).

[563] Expresión hiperbólica de origen homérico (cf. *Ilíada* V 302-304; XII 447-449; XX 285-287).

[564] La imagen tiene su modelo en *Ilíada* II 394-397. Nótese el efectivo contraste entre el clamor de la multitud y el silencio de Eetes.

[565] La comparación de los *nacidos de la tierra* con perros estaba ya en el discurso de Medea (III 1057-1059).

[566] La imagen del astro o cometa prodigioso se inspira en *Ilíada* IV 75-79. El ímpetu de Jasón fue comparado ya con un relámpago en III 1265-1267.

[567] «Hasta las rodillas» es conjetura, ya que el texto de los manuscritos («hasta los hombros») rompe la gradación descriptiva creada en los vv. 1381-1385, y parece haber una laguna tras el v. 1382.

[568] Esta patética descripción recuerda la matanza de los gigantes de Cícico, también hijos de la tierra (I 999-1011).

[569] La marcha de Eetes contrasta netamente con su soberbia llegada en III 1225-1245. La *aristía* de Jasón (vv. 1278-1406), encuadrada entre el amanecer (III 1223-1224) y el ocaso (III 1407), es narrada con gran riqueza plástica gracias a la abundancia de símiles, comparable sólo a la desplegada en el combate de Ámico y Polideuces (II 67-97).

CANTO IV

Ahora tú misma, diosa, canta el sufrimiento y las intenciones de la joven de Cólquide, ¡oh Musa, hija de Zeus! Pues a mí en verdad el espíritu se me revuelve por dentro en un mudo estupor, cuando pienso si debo llamar fatal aturdimiento de la pasión o fuga vergonzosa, el modo en que abandonó las gentes de los colcos[570].

Y entre los hombres más nobles de su pueblo, toda la noche, Eetes planeaba un engaño insalvable contra ellos en su palacio[571], irritado violentamente en su ánimo por la odiosa prueba; y sospechaba que esto no sucedía del todo al margen de sus hijas.

Mas a ella en su corazón Hera le infundió el más doloroso temor. Y huyó como una ligera cervatilla, a la que en la espesura de un profundo boscaje atemoriza el ladrido de los perros[572]. Pues en seguida creyó con certeza que su ayuda no le había pasado inadvertida, y que al punto colmaría toda su desgracia. Recelaba de sus sirvientas que estaban enteradas. Sus ojos se le llenaron de fuego, y terriblemente le zumbaban los oídos. Una y otra vez se tocaba la garganta, una y otra vez arrancándose mechones de su cabello gemía en su lamentable dolor. Y allí mismo entonces en contra del destino habría perecido la joven bebiendo sus pócimas, y habría frustrado los propósitos de Hera, si la diosa no la hubiera impulsado en su turbación a huir con los hijos de Frixo[573]. En el pecho su alado corazón se le reconfortó, y luego ella, volviéndose atrás, del cofre vertió en su regazo a la vez todas las pócimas juntas. Besó su lecho y de ambos lados las jambas de la doble puerta, y acarició las paredes. Tras cortarse un

largo mechón con sus manos, lo dejó en la alcoba para su madre como recuerdo de su doncellez[574], y con voz acongojada se lamentó:

«Este largo bucle te dejo en mi lugar al partir, madre mía. Que seas feliz, aunque yo muy lejos me vaya. Que seas feliz, Calcíope, y la casa toda. ¡Ojalá que el mar, extranjero, te hubiera destrozado antes de llegar a la tierra Cólquide!»[575].

Así dijo, y de sus párpados derramaba copiosas lágrimas. Cual una cautiva que se desliza fuera de su opulenta mansión, a la que el destino acaba de alejar de su patria, y no tiene en modo alguno experiencia del penoso trabajo, sino que aún desacostumbrada a la miseria y a las serviles labores va angustiada bajo las duras manos de su dueña; tal se precipitó fuera de su casa la amable joven[576]. Ante ella cedieron por sí mismos los cerrojos de las puertas, saltando hacia atrás por sus rápidos encantamientos[577]. Con sus pies desnudos corría por las estrechas calles, llevándose con la mano izquierda el peplo por encima de las cejas en torno a su frente y sus hermosas mejillas, y con la diestra recogiendo en alto el borde inferior de su túnica. Rápidamente por una senda oscura salió con temor fuera de los muros de la espaciosa ciudad, y no la reconoció ninguno de los centinelas ni advirtieron su partida. Desde allí pensó dirigirse al templo; pues no desconocía los caminos, que también antes a menudo vagaba en busca de cadáveres y maléficas raíces de la tierra, como acostumbran las hechiceras[578]. Pero su ánimo se estremecía de tembloroso pavor. Y la diosa Titánide, la Luna[579], que acababa de surgir del horizonte, al verla errante se alegró con deleite, y tales palabras dijo para sus entrañas:

«No soy yo la única en vagar hacia la gruta Latmia, ni yo sola me abraso por el bello Endimión. ¡En verdad cuántas veces también, perra, por tus pérfidos encantamientos me acordé de mi amor, para que en la tenebrosa noche practicaras

tranquila los hechizos que te resultan gratos![580]. Ahora también tú misma, al parecer, participas de semejante desgracia, y una divinidad cruel te concedió que Jasón fuese para ti penoso tormento. ¡Ea!, ve, y resígnate no obstante, por sabia que seas, a sobrellevar tan lamentable dolor».

Así dijo. Mas a ella rápidamente sus pies la llevaban presurosa. Con júbilo ascendió sobre los ribazos del río, al divisar enfrente el resplandor del fuego que toda la noche los héroes tenían encendido por el feliz éxito de la prueba. Entonces a través de la oscuridad con voz fuerte y aguda llamó, desde la margen opuesta, al menor de los hijos de Frixo, a Frontis. Éste, junto con sus hermanos y el propio Esónida, reconoció la voz de la joven. En silencio se pasmaban los compañeros, cuando se percataron también de que ello era verdad. Tres veces gritó y tres veces, por exhortación del grupo, Frontis gritó a su vez en respuesta[581]. Entre tanto los héroes avanzaban hacia ella con los rápidos remos. Aún no habían echado las amarras del navío sobre la tierra de enfrente, y Jasón puso en suelo firme sus ágiles pies desde lo alto de la cubierta. Luego Frontis y Argos, los dos hijos de Frixo, saltaron a tierra. Ella entonces, abrazando sus rodillas con ambas manos, les habló:

«Protegedme, amigos, en mi desdicha, como también a vosotros mismos, de Eetes. Pues ya todo enteramente ha quedado descubierto, y no nos asiste remedio alguno. ¡Ea!, huyamos en la nave antes de que él monte en sus raudos caballos. Yo os daré el dorado vellón, adormeciendo al dragón guardián. Mas tú, extranjero, ante tus compañeros haz a los dioses testigos de las palabras que me prometiste, y no me dejes partir lejos de aquí menospreciada y sin honra por falta de valedores»[582].

Dijo apenada. Mas el corazón del Esónida mucho se alegraba. Y al punto a ella, que estaba postrada a sus rodillas, alzándola suavemente, le habló con ternura y la animó:

«Infeliz, que el propio Zeus Olímpico sea testigo del juramento y Hera Conyugal, esposa de Zeus: de veras te instalaré en mi morada como legítima esposa, cuando lleguemos de regreso a la tierra de la Hélade».

Así le dijo, y al instante unió la mano derecha a su mano[583]. Ella los incitó a conducir inmediatamente la rápida nave hasta el bosque sagrado, a fin de, todavía en la noche, tomar el vellocino y llevárselo contra la voluntad de Eetes[584]. Entonces palabra y acción fueron a un tiempo en su premura. Pues, subiéndola a bordo, en seguida impulsaron la nave lejos de tierra. Y grande era el fragor al apresurarse los héroes con los remos. Ella, echándose atrás, tendía sus manos hacia tierra, desamparada[585]. Pero Jasón la animaba con palabras y la contenía en su aflicción.

Cuando de sus ojos despejan el sueño los cazadores, que confiados en sus perros nunca duermen por la noche hasta el amanecer, para evitar la luz de la aurora, no sea que elimine antes el rastro de las fieras y su olor salvaje, apuntando con sus claros rayos[586]; entonces el Esónida y la joven descendieron de la nave en un herboso lugar que se llama Lecho del Carnero, donde por vez primera dobló sus fatigadas rodillas llevando en su lomo al Minio hijo de Atamante. Cerca se hallaban los ahumados cimientos de un altar que antaño el Eólida Frixo erigió en honor de Zeus de los Fugitivos al sacrificar aquel prodigio todo de oro, según le dictara Hermes acudiendo benévolo a su encuentro[587]. Allí los héroes por consejo de Argos los dejaron ir; y ellos dos por una senda llegaron hasta el bosque sagrado[588], buscando la enorme encina sobre la que estaba echado el vellocino, semejante a una nube que se enrojece con los encendidos rayos del sol naciente. Pero frente a ellos tendía su larguísimo cuello el dragón, que vigilante con sus ojos insomnes los había visto venir. Silbaba de manera espantosa, y alrededor las extensas orillas del río y el inmenso bosque resonaban. Lo

oían incluso quienes, muy lejos de la Titánide Ea[589], habitaban la tierra Cólquide junto al curso del Lico, el cual, separándose del rumoroso río Araxes, aporta su sagrada coniente [135] al Fasis, y reunidos ambos en uno van a desembocar en el mar Caucásico[590]. Con pavor se despertaron las partulientas, y a sus niños pequeños, agitados por el silbido mientras dormían en su seno, rodearon con sus brazos angustiadas[591]. Como cuando por encima de un bosque incendiado giran inmensos torbellinos de humo ennegrecidos, [140] y uno tras otro en seguida surgen sin cesar elevándose desde abajo en espirales hacia lo alto por el aire; así entonces aquel monstruo retorcía sus inmensas ondas, cubiertas de resecas escamas. Mientras éste serpenteaba, la joven se lanzó [145] ante sus ojos[592], invocando con dulce voz al Sueño protector, el supremo de los dioses, para que hechizara al monstruo. Y clamaba a la soberana noctivaga, la infernal, la misericordiosa, que le diera acceso[593]. El Esónida la seguía aterrorizado. Pero aquél ya, hechizado por el encantamiento [150], relajaba el largo espinazo de su terrígena[594] espiral y extendía sus incontables anillos, como cuando en apacibles mares rueda una ola negra, débil y silenciosa. Pero no obstante, levantando aún en alto su horrible cabeza, trataba de engullir a ambos con sus funestas mandíbulas. Mas ella con [155] una rama de enebro[595] recién cortada, que mojaba en su brevaje, entre encantamientos rociaba eficaces pócimas por sus ojos; y por encima y alrededor el intenso olor de la pócima le infundía el sueño. En el sitio mismo dejó apoyada la [160] mandíbula, y sus inmensos anillos quedaron extendidos por detrás muy lejos a través del arbolado bosque.

Entonces él cogió de la encina el vellocino dorado por indicación de la joven; y ella, manteniéndose quieta de pie, untaba con su pócima la cabeza del animal, hasta que ya el [165] propio Jasón le ordenó volverse hacia su nave. Y abandonaron el muy umbroso bosque de Ares[596].

Como una doncella recoge en su fino vestido el resplandor de la luna llena que asciende por encima de su aposento situado bajo la techumbre[597], y su corazón se alegra al contemplar su hermosa luz; así entonces Jasón, gozoso, alzaba en sus manos el gran vellocino, y sobre sus rubias mejillas y su frente el destello de la lana producía un rubor semejante a la llama[598]. Cuan grande es la piel de una ternera añal o de un ciervo, al que los cazadores llaman gamo, tan grande era el vellón, completamente de oro, y por encima su cobertura de lana lo hacía pesado. La tierra se iluminaba con vivos destellos ante sus pies a medida que avanzaba. Marchaba unas veces llevándolo echado sobre el hombro izquierdo, desde lo alto del cuello hasta los pies, y otras en cambio lo enrollaba acariciándolo. Pues mucho temía que alguno de los hombres o de los dioses se lo arrebatara saliendo a su encuentro.

La aurora se esparcía sobre la tierra, y ellos llegaron junto al grupo. Se pasmaron los jóvenes al ver el gran vellocino, brillante igual que un relámpago de Zeus. Cada uno se alzó ansioso de tocarlo y recibirlo en sus manos. Mas el Esónida contenía a los demás, y le echó por encima un manto nuevo. Subiendo a la joven, la hizo sentarse en la popa, y tal discurso pronunció en medio de todos:

«Ahora ya no rehuséis, amigos, volver a la patria. Pues la necesidad por la que soportamos esta dolorosa navegación, padeciendo fatigas, se ha cumplido ya con éxito por los designios de esta joven. A ella, si quiere, yo la llevaré a mi casa como esposa legítima. Pero vosotros, como a quien es de toda Acaya y de vosotros mismos noble defensora, socorredla. Pues sin duda, creo, Eetes vendrá con su tropa para impedimos la salida al mar desde el río. ¡Ea!, sentándoos de modo alterno un hombre de cada dos a lo largo de la nave, remad con las palas, y la otra mitad, anteponiendo los bovinos escudos como ágil protección de los disparos enemigos, salvaguardad el regreso[599]. Ahora en las manos

tenemos a nuestros hijos, nuestra querida patria y nuestros ancianos padres. En nuestra partida se apoya la Hélade para alcanzar o el deshonor o bien una gran gloria»[600]. [205]

Así habló, y vistió sus armas de guerra. Ellos gritaron llenos de extraordinario ímpetu. Y él, sacando su espada de la vaina, cortó las amarras de popa del navío. Armado de casco, iba cerca de la doncella, junto al piloto Anceo. La [210] nave era impulsada por los remos al apresurarse ellos con vigor a conducirla de inmediato fuera del río[601].

Ya para el orgulloso Eetes y para todos los colcos era conocido el amor y las acciones de Medea. Se reunieron en [215] asamblea en armas, como las olas del mar que se encrespan con un tempestuoso viento o como las hojas que a tierra caen de un frondoso bosque en la estación caducifolia —¿quién las podría contar?—, tan numerosos recorrían las [220] márgenes del río con griterío y llenos de ímpetu[602]. Eetes en su sólido carro se distinguía por los caballos que le regalara Helios, parecidos a los soplos del viento; en su mano izquierda alzaba un escudo redondo, en la otra una larga antorcha[603], y a su lado apuntando al frente se extendía su lanza [225] gigantesca. Las riendas de los caballos las había cogido Apsirto en sus manos[604]. Mas la nave ya surcaba el mar hacia delante, impulsada por los vigorosos remeros y por la corriente impetuosa del gran río.

Entonces el soberano en tan desdichada fatalidad alzando los brazos invocaba a Helios y a Zeus como testigos de [230] sus malvadas acciones, y al instante profería gritos terribles contra todo su pueblo: si no le traían a la joven capturada al punto, ya en tierra ya tras descubrir la nave aún sobre el oleaje del navegable mar, y no saciaba su ánimo, ansioso de [235] castigar todo aquello, aprenderían sufriendo en sus cabezas toda su cólera y toda su desgracia[605].

Así hablaba Eetes. En el mismo día los colcos botaron las naves y pusieron en las naves los aparejos, y en el mismo día

alcanzaban el mar. Y no se diría que fuera tan gran expedición naval, sino que una inmensa multitud de pájaros en bandada zumbaban sobre el piélago.

Y ellos, al soplar un viento ligero por los designios de la diosa Hera, a fin de que Medea la de Ea, como perdición para la casa de Pelias, llegase cuanto antes a la tierra Pelásgide, a la tercera aurora ataron las amarras del navío en las costas de los paflagones delante del río Halis[606]. Pues ella les ordenó desembarcar y propiciarse con sacrificios a Hécate. Y por cierto, cuantos preparativos hacía la joven para ofrecer el sacrificio —que nadie sea sabedor ni mi ánimo me incite a cantarlos—, no me atrevo a decirlos[607]. Pero el santuario, que los héroes edificaron a la diosa en las orillas, todavía ahora desde entonces permanece visible incluso para los hombres posteriores. En seguida el Esónida, y con él también los demás héroes, se acordó de Fineo, el cual predijo que sería otra la ruta desde Ea; mas resultaba desconocida para todos por igual. Y Argos ante su deseo les habló:

«Nosotros marchábamos a Orcómeno por donde os mandó pasar ese veraz adivino con el que os encontrasteis antes. Pues hay otra ruta que han revelado los sacerdotes de los inmortales, los nacidos de Tebe Tritónide[608]. Aún no existían todos los astros que giran en el cielo, ni aún podía, quien preguntase, oír hablar de la sagrada estirpe de los dánaos[609]. Sólo existían los arcadios apidaneos, los arcadios que, según se cuenta, vivían incluso antes que la luna, comiendo bellotas en los montes[610]. Tampoco la tierra Pelásgide era entonces gobernada por los ilustres hijos de Deucalión[611], en el tiempo en que Egipto, madre de hombres de un linaje anterior, era llamada Eeria rica en mieses, y Tritón su río de ancho curso, por el que es regada toda Eeria; la lluvia de Zeus nunca la humedece bastante, y con sus corrientes se cubren de espigas los campos[612]. Desde allí cuentan que alguien recorrió en su contorno toda Europa y

Asia, confiado en la fuerza, el poderío y el valor de sus gentes. En su marcha fundó innumerables ciudades, que unas están pobladas y otras no; pues muy largo tiempo ha transcurrido. Al menos Ea todavía ahora permanece firme, y los descendientes de esos hombres que él estableció para poblar Ea[613]. Éstos conservan inscripciones de sus padres, estelas en las que se hallan todos los caminos y los términos de la ruta marítima y terrestre para quienes se encaminen por su contorno.

Hay un río, brazo superior del Océano, ancho y muy profundo incluso para pasarlo una nave de carga. Istro lo llaman y está señalado hasta bien lejos. Éste durante cierto trecho atraviesa en un solo cauce un inmenso territorio, pues sus fuentes borbotan más allá del soplo del Bóreas muy lejos, en los montes Ripeos[614], pero cuando penetra en las fronteras de los tracios y de los escitas, entonces se divide en dos, uno de esta parte arroja sus aguas por aquí en el mar oriental, otro del lado opuesto desemboca a través de un golfo profundo que se adentra desde el mar de Trinacria, el cual está situado junto a vuestra tierra, si verdaderamente de vuestra tierra nace el Aqueloo»[615].

Así dijo. A ellos la diosa les ofreció un prodigio favorable y al verlo todos aprobaron con fervor seguir ese camino. Pues allá delante se formó el trazo de un rayo celeste, por donde justamente era transitable. Llenos de gozo, tras dejar allí mismo al hijo de Lico, navegaban sobre el mar con las velas desplegadas, teniendo a la vista los montes de los paflagones. Mas no doblaron el Carambis, puesto que los vientos y el resplandor del fuego celeste se mantuvieron hasta que alcanzaron el gran curso del Istro[616].

Los colcos por su parte, unos en vana persecución salieron del Ponto a través de las Rocas Cianeas[617], y en cambio los otros se dirigieron al río, a los cuales mandaba Apsirto. Desviándose, pasó por la Boca Hermosa; así que se les

adelantó en franquear el istmo de la región hasta el golfo más remoto del mar Jonio. Pues en el Istro se encierra una [310] isla, de nombre Peuce, triangular, que presenta su ancha base hacia la costa y su ángulo más agudo, por el contrario, hacia la corriente. A sus lados se dividen las dos desembocaduras: a una la llaman Nareco; a la otra, la inferior, Boca Hermosa. Por ésta se lanzaron más rápido Apsirto y los coleos [315], mientras ellos marchaban por arriba, por el extremo superior de la isla, muy lejos[618]. En las praderas los rústicos pastores abandonaban sus inmensos rebaños por miedo a las naves, cual si vieran unas bestias surgir de la mar, poblada de monstruos[619]. Pues nunca antes habían visto por allí naves [320] marinas ni los escitas mezclados con los tracios, ni los siginos, ni tampoco los traucenios, ni los sindos[620] que ya en torno a Laurio habitaban la gran llanura desierta. Y una vez que pasaron el monte Anguro y, lejos del monte Anguro, el promontorio de Caulíaco, en torno al cual el Istro divide [325] ya su curso para echarse por uno y otro lado al mar, y la llanura de Laurio[621], entonces al fin los colcos salieron al mar de Crono y por todas partes cortaron las rutas para que no se les escaparan.

Aquéllos detrás descendieron por el río y llegaron a las dos islas Brigeides[622] de Ártemis, muy cercanas. En una de [330] ellas, por cierto, estaba su templo sagrado, y en la otra, evitando la tropa de Apsirto, desembarcaron; ya que había dejado sin más estas islas, en medio de muchas, por respeto a la hija de Zeus, pero las demás, repletas de colcos, guardaban [335] los pasos del mar. Asimismo había dejado tropa en las costas cerca de las islas hasta el río Salangón y la tierra Néstide[623].

Allí entonces en miserable combate los pocos Minias habrían caído ante los más numerosos. Pero antes, evitando [340] con un pacto el gran enfrentamiento, estipularon que el vellocino dorado, puesto que el propio Eetes se lo prometió si

cumplían las pruebas, definitivamente lo conservarían ellos en justicia, ya si se lo arrebataron contra su voluntad con engaños, ya si fue así abiertamente; en tanto que a Medea [345] —pues era el objeto de disputa[624]— la confiaban a la hija de Leto lejos del grupo, hasta que alguno de los reyes justicieros[625] dictaminara si ella debía volver de nuevo a la casa de su padre [o ir a la opulenta ciudad del divino Orcómeno][626] o seguir a los héroes hasta la tierra de la Hélade.

[350] Entonces, una vez que la joven calculó en su mente cada cosa, agudas inquietudes le estremecieron violentamente el corazón. Al punto, llamando solo a Jasón aparte de sus compañeros, lo condujo a otro lugar hasta separarlo muy lejos, y cara a cara le dirigió lamentables palabras:

[355] «Esónida, ¿qué plan es ese que habéis tramado respecto a mí? ¿Acaso los triunfos te han hecho caer por completo en el olvido, y nada te preocupas de cuanto me decías dominado por la necesidad? ¿Dónde han ido los juramentos por [360] Zeus Suplicante, dónde las dulces promesas?[627]. Por éstas yo indecorosamente, con impúdica voluntad, abandoné mi patria, la gloria de mi casa y a mis propios padres, que eran para mí lo más querido, y lejos, sola, soy llevada por el mar con los tristes alciones[628] a causa de tus trabajos, para que, a [365] salvo por mí, cumplieras las pruebas frente a los toros y frente a los terrígenos. Y por último incluso el vellocino, una vez que ello se hizo notorio, lo cogiste por mi insensatez, y una perniciosa infamia eché sobre las mujeres. Así afirmo seguirte hacia la tierra de la Hélade como hija tuya, [370] esposa y hermana[629]. En todo, pues, protégeme benévolo; y no me dejes sola lejos de ti, para dirigirte a los reyes, sino que defiéndeme sin más. Que para ti sea inmutable el pacto y la sagrada ley que ambos acordamos juntos. O de lo contrario tú en seguida con la espada siega por el medio esta garganta, para que obtenga una justa recompensa por mi [375] desenfreno. ¡Miserable!, si ese rey, a quien

ambos confiáis estos dolorosos pactos, dictaminara que yo pertenezco a mi hermano, ¿cómo me presentaré ante los ojos de mi padre? ¡En verdad muy bien afamada! ¿Qué castigo o penosa desgracia [380] no sufriré miserablemente por las terribles acciones que cometí, mientras tú alcanzarías un feliz regreso? No lo permita la muy soberana esposa de Zeus[630], de la que te ufanas. ¡Que también algún día te acuerdes de mí, consumido en tus fatigas, y el vellón, como un sueño, se te escape [385] desvanecido al Erebo![631]. ¡Que a tí fuera de tu patria en seguida te expulsen mis Erinis[632], por cuanto yo misma he padecido a causa de tu crueldad! No es lícito que esto caiga en tierra incumplido, pues a tan gran juramento faltaste, ¡despiadado! Pero en verdad, burlándoos de mí, en lo sucesivo no estaréis por mucho tiempo tranquilos en virtud de los [390] pactos»[633].

Así dijo atormentada en su pesada cólera. Ella deseaba incendiar la nave y destruirlo todo absolutamente y arrojarse ella misma en el fuego abrasador. Mas Jasón, temeroso, le habló así con melifluas palabras:

«¡Contente, infeliz! Tampoco a mí me agrada esto, pero [395] buscamos alguna dilación del combate, tan grande es la nube de enemigos que en derredor flamea por tu causa. Pues todos cuantos pueblan esta tierra desean ayudar a Apsirto, [400] para que te lleven, cual si fueras cautiva, de vuelta a casa junto a tu padre. Nosotros incluso pereceríamos todos con horrible muerte, si trabáramos nuestras manos en la pelea. Lo cual sería para ti un dolor aún más amargo, si al morir te dejásemos como botín para aquéllos. Este pacto consumará [405] una trampa con la que lo llevaremos a su perdición. Ni los habitantes de alrededor acudirían de igual modo en tu favor, dando satisfacción a los colcos, en ausencia del príncipe que es tu valedor y hermano. Ni yo cejaría en luchar de frente contra los colcos, cuando no me permitieran pasar»[634].

[410] Dijo halagándola. Mas ella le dirigió funestas palabras:

«Atiende ahora. Pues es menester, tras mis indignas acciones, planear también ésta, una vez que desde el principio incurrí en falta, y de una divinidad ejecuté los malvados designios. Tú en el combate rechaza las lanzas de los colcos [415]; y yo seduciré a aquél para que venga a tus manos. Tú agasájalo con espléndidos regalos, por si de algún modo convenzo a sus heraldos[635], cuando se marchen, de que a solas conmigo se confabule. Entonces, si esta acción te [420] agrada, no me opongo, mátalo y entabla batalla contra los colcos».

Así ellos dos en complicidad urdieron una gran trampa para Apsirto, y le procuraron muchos regalos de hospitalidad; entre los cuales también le dieron el sagrado peplo [425] purpúreo de Hipsípila. Éste lo tejieron para Dioniso en Día, rodeada por el mar, las propias diosas Gracias[636], y él lo donó luego a su hijo Toante; éste a su vez lo dejó a Hipsípila, y ella lo entregó al Esónida con otros muchos tesoros para que se lo llevara como preciado obsequio de hospitalidad[637]. Ni de acariciarlo ni de contemplarlo podrías saciar el dulce deseo. Además su inmortal aroma permanecía aún desde [430] que el propio soberano de Nisa[638] yació en él, ebrio de vino y néctar, abrazando el hermoso pecho de la doncella hija de Minos, a la que una vez Teseo, cuando ésta lo siguió desde Cnoso, abandonara en la isla de Día[639].

Aquélla cuando comunicó a los heraldos el mensaje de [435] seducirlo para que viniera[640], tan pronto como ella, según el pacto, llegase al templo de la diosa y la negra oscuridad de la noche se extendiera, a fin de idear juntos un engaño por el que, tras apoderarse del gran vellocino dorado, marchara otra vez de vuelta a la casa de Eetes; pues muy a la fuerza [440] los hijos de Frixo la habían entregado a los extranjeros para que se la llevaran; diciendo tales mentiras,

esparcía por el aire y el viento mágicas pócimas, que a una fiera salvaje, aunque estuviese lejos, la hubieran atraído de lo alto de una escarpada montaña.

¡Pernicioso Amor, gran calamidad, gran horror para los [445] hombres; por ti se agitan funestas discordias y lamentos y fatigas y, además de éstos, otros dolores incontables. Contra los hijos de mis enemigos, dios, álzate armado, cual a Medea infundiste en sus entrañas una odiosa ofuscación![641].

[450] ¿Cómo, pues, abatió con siniestra muerte a Apsirto cuando vino a su encuentro? Eso, en efecto, está a continuación en nuestro canto.

Entonces, cuando según el pacto la dejaron en la isla de Ártemis, ellos separándose con sus respectivas naves atracaron [455] aparte. Y Jasón iba a la emboscada para aguardar a Apsirto y luego a sus compañeros. Éste a su vez, engañado por las más terribles promesas, cruzó rápidamente en su nave las olas del mar y bajo la noche tenebrosa alcanzó la sagrada isla. Solo, viniendo derecho a su encuentro, probó con [460] palabras a su hermana, cual tierno niño ante un torrente invernal que ni los adultos atraviesan[642], por si maquinaba un engaño contra los extranjeros. Y ellos dos acordaban mutuamente cada detalle. En seguida el Esónida saltó de su [465] astuta emboscada, sosteniendo en su mano la espada desnuda. Al punto la joven volvió los ojos atrás cubriéndose con el velo, para no ver la muerte de su hermano al ser golpeado. Y él, como un matador a un gran toro de recia cornamenta, lo hirió tras acecharlo cerca del templo, que antaño [470] construyeran a Ártemis los brigos habitantes de la costa de enfrente. En el vestíbulo de éste cayó de rodillas el héroe y, exhalando su último aliento, con ambas manos recogió negra sangre de la herida y enrojeció su cándido velo y su peplo, aunque ella trató de evitarlo[643]. Pronto la todopoderosa, [475] la implacable Erinis, vio con su torva mirada la criminal acción que habían cometido. El héroe

Esónida cortó las extremidades del muerto, tres veces lamió su sangre y tres veces escupió de sus dientes la impureza, como es costumbre para los homicidas expiar los crímenes alevosos[644]. Ocultó [480] en tierra el cadáver aún fláccido, donde todavía ahora yacen aquellos huesos entre las gentes Apsírteas[645].

Los héroes todos juntos, al ver delante el resplandor de la antorcha que la doncella levantaba como señal para que ellos acudieran, acercaron su nave junto al navío colco. Y [485] aniquilaron la tripulación de los colcos, como los gavilanes una bandada de palomas o los leones salvajes acosan un gran rebaño asaltándolo en sus establos[646]. Ninguno de aquéllos, por cierto, escapó a la muerte; como el fuego se lanzaron sobre toda la tropa devastándola. Al fin Jasón acudió a su encuentro, deseoso de socorrerlos, mas no necesitaban [490] su ayuda en absoluto y ya incluso se inquietaban por él.

Entonces, sentándose, meditaban un astuto plan para la navegación, y la joven vino junto a ellos mientras deliberaban. Peleo tomó el primero la palabra:

[495] «Ahora ya os exhorto a embarcar en la nave aún de noche y atravesar a remo la ruta opuesta a la que dominan los enemigos. Pues al alba, tras percatarse de todo, confío en que no habrá para persuadirlos una propuesta única que los incite a perseguirnos más adelante. Y, cual privados de su [500] soberano, se disgregarán con penosas disensiones. Al dividirse sus gentes en dos, ese camino sería más fácil para nosotros cuando volvamos después».

Así habló. Y aprobaron los jóvenes el discurso del Eácida. Pronto embarcando en la nave se esforzaban con los remos [505] vigorosamente, hasta que llegaron a la sagrada isla de Electris, la última de todas, cerca del río Erídano[647].

Los colcos, cuando supieron la muerte de su príncipe, ciertamente se lanzaban a buscar la Argo y a los Minias por

[510] todo el interior del mar de Crono, pero los detenía Hera desde el éter con sus pavorosos relámpagos. Finalmente —ya que aborrecían las moradas de la tierra Citea, por temor a la cólera salvaje de Eetes[648]— se establecieron allí definitivamente partiendo cada uno por su lado. Unos se dirigieron [515] a las mismas islas que habían ocupado los héroes y las habitan bajo el nombre de Apsirto[649]. Otros junto al río de Iliria de oscura profundidad, donde la tumba de Harmonía y Cadmo, edificaron una fortaleza, acogidos entre los enquéleos[650]. Y otros habitan en los montes que precisamente [520] se llaman Ceraunios desde que entonces los rayos de Zeus Crónida les impidieron dirigirse a la isla de enfrente[651].

Los héroes, cuando el regreso les pareció seguro, entonces ya avanzaron y ataron amarras en la tierra de los hileos[652]. Pues numerosas islas se adentraban dejando entre [525] ellas una vía difícil para los navegantes. Los hileos no tenían hacia ellos, como antes, intenciones hostiles. Además ellos mismos les facilitaron el paso ganándose como recompensa un gran trípode de Apolo. Pues dos trípodes había procurado Febo al Esónida para que se los llevara lejos en [530] su obligada travesía, cuando fue hasta la sagrada Pito para informarse sobre esta misma navegación[653]. Estaba predestinado que la tierra donde fuesen establecidos nunca sería devastada por incursiones enemigas. Por ello todavía ahora en aquel país, cerca de la amable ciudad de los hileos, éste [535] se halla oculto muy por debajo del suelo, para que resulte siempre invisible a los mortales. Allí no encontraron ya vivo a su rey Hilo, a quien la hermosa Mélite alumbrara para Heracles en el pueblo de los feacios. Pues éste se presentó en la casa de Nausítoo y ante Macris, nodriza de Dioniso, [540] para purificarse de la funesta muerte de sus hijos. Allí él, enamorado, poseyó a la hija del río Egeo, la náyade Mélite; [543] [546] y ella alumbró al vigoroso Hilo[654]. Éste, al llegar a su juventud, no deseaba ya habitar en la misma isla bajo la

autoridad del rey Nausítoo, y marchó al mar de Crono tras reunir gente autóctona de los feacios, pues con él preparó la expedición [550] el soberano, el héroe Nausítoo. Allí se estableció, y lo mataron los méntores[655] mientras protegía unos bueyes campestres.

Pero, diosas, ¿cómo allende este mar, por la tierra Ausonia[656] y las islas Ligústides, que se llaman Estécades, aparecen con certeza señales muy numerosas de la nave Argo? [555] ¿Qué fuerza o qué necesidad los llevó tan lejos? ¿Qué vientos los condujeron?[657].

Sin duda, al haber sucumbido Apsirto en su magnitud, la cólera se apoderó del propio Zeus, soberano de los dioses, por la acción que cometieron. Y determinó que regresarían [560] tras purificarse de la funesta sangre por los designios de Circe de Eea y después de sufrir incontables penalidades[658]. Mas esto ninguno de los héroes lo supo, sino que partiendo de la tierra de los hileos proseguían lejos; y dejaban atrás cuantas islas Libúrnides en el mar estaban antes una tras otra llenas de colcos: Isa, Discélados y la amable Pitiea[659]. [565] Y luego, tras éstas, llegaron hasta Cercira, donde Posidón estableció a la hija de Asopo, Cercira de hermoso cabello, lejos de la tierra de Fliunte, después de raptarla por amor. Y los navegantes, que la ven desde el mar ennegrecida por todas [570] partes de umbroso bosque, la llaman Cercira la Negra[660]. Tras ésta pasaban también Mélite, muy contentos por la suave brisa, y la escarpada Ceroso y Ninfea, que está mucho más allá, donde moraba la poderosa Calipso, la Atlántide[661]. [575] Entre la bruma creían divisar los montes Ceraunios. Y entonces Hera comprendió los propósitos de Zeus respecto a ellos y su gran cólera. Procurando el fin de esta navegación, suscitó vendavales en contra, con los que de nuevo eran llevados impetuosamente hacia la pedregosa isla de Electris[662]. [580] En seguida, mientras navegaban, de repente bramó con voz humana el madero parlante de la cóncava nave, que en mitad

del estrave ajustara Atenea de una encina de Dodona[663]. A ellos entre tanto un funesto pavor los invadió al escuchar [585] la voz y la grave cólera de Zeus. Pues anunciaba que no escaparían a las fatigas del prolongado mar ni a las terribles tempestades, mientras Circe no los purificase de la muerte cruel de Apsirto. Y ordenaba a Polideuces y Cástor[664] suplicar a los dioses inmortales que les facilitasen las rutas hacia [590] el interior del mar Ausonio, en el que hallarían a Circe, la hija de Perse y de Helios.

Así bramó la Argo bajo la oscuridad. Los Tindáridas se levantaron y alzaron sus brazos a los inmortales suplicando todo con detalle. El abatimiento dominaba a los otros héroes [595] Minias. La nave se apresuró lejos hacia delante con las velas, y penetraron muy adentro en el curso del Erídano[665], donde una vez, golpeado en su pecho por un ardiente rayo, Faetonte cayó medio abrasado del carro de Helios en las aguas de una laguna muy profunda; la cual todavía ahora [600] exhala un pesado vapor de su herida quemada, y ningún ave, tendiendo sus alas ligeras, puede cruzar por encima de aquel agua, sino que en medio de su vuelo se precipita en la llama. En derredor las jóvenes Helíades, batidas por el [605] viento en sus elevados álamos, gimen las desdichadas con un triste llanto; y de sus párpados vierten al suelo brillantes gotas de ámbar, que con el sol se secan sobre las arenas y, cuando las aguas de la sombría laguna bañan las orillas bajo [610] el soplo del rumoroso viento, entonces todas en masa ruedan hacia el Erídano con la undosa corriente[666]. Los celtas forjaron la leyenda de que son de Apolo el Letoida esas lágrimas arrastradas en los remolinos, las que antaño derramara incontables cuando llegaba al sagrado pueblo de los hiperbóreos, tras dejar el radiante cielo por la amenaza de su [615] padre, e irritado a causa de su hijo, al que la divina Corónide alumbrara en la espléndida Lacería junto a las corrientes del Ámiro[667]. Y así se cuenta esto entre aquellas gentes. Mas ellos no sentían deseo de comida ni de bebida ni

su ánimo se inclinaba a los goces. Al contrario, por el día ellos se consumían muy débiles, abrumados por el hedor espantoso que de modo insoportable desprendían del calcinado Faetonte las corrientes del Erídano. Por la noche a su vez oían el llanto agudo de las Helíades en sonoros lamentos. Y las lágrimas de sus gemidos, cual gotas de aceite, eran llevadas por las aguas.

Desde allí pasaron al profundo curso del Ródano, que afluye en el Erídano; al mezclarse en la confluencia sus aguas braman revueltas. Aquél desde la región más remota, donde están las puertas y las moradas de la Noche, naciendo de allí, por un lado desemboca con estrépito en las costas del Océano, por otro a su vez se arroja en el mar Jonio, y por otro en el mar de Cerceña y en su inmenso golfo, echando su caudal a través de siete bocas[668]. De éste luego penetraron en los lagos torrenciales, que se extienden sin fin por el territorio de los celtas. Allí ellos habrían alcanzado un destino miserable; pues uno de los brazos conducía a un golfo del Océano, en el que por su desconocimiento iban a entrar y de donde no hubieran retornado salvos. Mas Hera se precipitó del cielo y desde la atalaya Hercinia[669] les gritó, y ante su voz se estremecieron de miedo todos por igual; pues terriblemente resonó encima el espacioso éter. De nuevo volvían hacia atrás por obra de la diosa, y se percataron de la ruta por la que precisamente se les ofrecía el regreso en su viaje.

Después de largo tiempo llegaban a las costas bañadas por el mar, atravesando por los designios de Hera pueblos incontables de los celtas y de los ligures[670] sin hostigamiento; pues en derredor la diosa esparcía una tremenda niebla todos los días durante su marcha. Entonces ellos pasaron con su nave a través de la boca central y desembarcaron en las islas Estécades[671], salvos gracias a los hijos de Zeus. Por ello se les han erigido altares y templos para

siempre: no sólo acompañaron como protectores aquella navegación, Zeus les confió también las naves de los hombres venideros[672]. Tras dejar a su vez las Estécades, pasaron a la isla de Etalia, donde fatigados limpiaron con guijarros su abundante [655] sudor. Por la ribera se extienden semejantes al color de su piel; y hay allí discos y vestigios prodigiosos de aquéllos, en el lugar que se llama Puerto de la Argo[673].

Rápidamente desde allí marchaban a través de las olas del mar Ausonio, manteniendo a la vista las costas Tirrenas[674]. [660] Y llegaron al célebre puerto de Eea, y de la nave en seguida echaron las amarras sobre la orilla. Allí encontraron a Circe que purificaba su cabeza en las aguas del mar; pues de tal modo estaba asustada por sus sueños nocturnos. Los [665] aposentos y todos los recintos de su casa le parecían derramar sangre, y una llama consumía enteras las pócimas con las que antes hechizaba a los forasteros que llegaban. Ella misma apagó la ardiente llama con sangre de una víctima, que sacaba con sus manos, y calmó su funesto pavor[675]. Así [670] que al llegar el alba, una vez despierta, purificaba en las aguas del mar sus rizos y vestidos. Unas bestias, ni semejantes a bestias salvajes ni tampoco a hombres por su homogénea figura, sino mezcladas a partir de miembros de unas y de otros, marchaban agrupadas, como las ovejas van en manada [675] desde los establos siguiendo a su pastor. Criaturas tales ya antes hizo germinar del limo la propia tierra[676], compuestas de miembros mezclados, cuando aún no estaba del todo condensada por el aire sofocante ni aún había absorbido [680] tanto la humedad por los rayos del sol desecador; mas el tiempo las combinó y ordenó en especies[677]. Así aquéllas, irreconocibles en su naturaleza, la seguían, y un estupor inmenso se apoderó de los héroes. Al punto cada uno, observando el aspecto y los ojos de Circe, fácilmente aseguró que era hermana de Eetes[678].

[685] Ella, cuando despejó los temores de sus sueños nocturnos, en seguida retomó luego sobre sus pasos; y al

tiempo, haciendo un gesto con su mano, los incitaba astutamente a seguirla[679]. Entonces, mientras el grupo según órdenes del Esónida permanecía indiferente, él llevó consigo a la joven [690] de Cólquide. Ambos siguieron su mismo camino, hasta llegar al palacio de Circe. Ésta los invitaba a sentarse en espléndidos sillones, ignorando el porqué de su venida. Mas ellos dos, mudos y en silencio, se sentaron presurosos junto al hogar, según la costumbre establecida para los desventurados suplicantes, ella poniendo su frente sobre ambas manos, [695] y él clavando en el suelo su gran espada guarnecida, con la que matara al hijo de Eetes. Y jamás alzaban de frente sus ojos en los párpados[680]. En seguida conoció Circe su fugitivo destino y la culpabilidad de su crimen. Así que, [700] respetando la justicia de Zeus Suplicante, que mucho se irrita pero mucho socorre a los homicidas, realizó el sacrificio con que se purifican los suplicantes culpables, cuando acuden junto al hogar. Primero, como expiación del irreparable crimen, ella extendió por encima la cría de una cerda, [705] cuyas ubres aún estaban hinchadas del parto de su vientre, y, cortándole la garganta, regaba sus manos con la sangre[681]. Luego, también con otras libaciones, aplacaba a Zeus invocándolo como Purificador, Acogedor de los criminales[682] y Protector de las súplicas. Y todas las impurezas [710] juntas las sacaron de la casa sus sirvientas las náyades, que le procuraban todo[683]. Ella en el interior, junto al hogar, quemaba tortas y libaciones propiciatorias, después de las plegarias sin vino[684], a fin de apaciguar en su cólera a las horribles Erinis y que también él[685] se tomara favorable y [715] benévolo para ambos, ya si acudían compungidos con las manos manchadas de sangre extranjera, ya si por la de un familiar incluso.

Y una vez que realizó todo escrupulosamente, entonces ya los hizo levantarse y sentarse sobre pulidos sillones, y [720] ella misma se sentó cerca, enfrente. Al punto en su conversación les preguntaba con detalle por el motivo de su

navegación, y de dónde habían venido hasta su país y su morada para sentarse así junto a su hogar. Pues en verdad el recuerdo espantoso de sus sueños invadía su espíritu al pensar en [725] ello. Además deseaba saber el habla familiar de la joven[686], desde el momento en que la vio alzar sus ojos del suelo. Pues toda la estirpe de Helios era reconocible a la vista, porque de lejos con los destellos de sus ojos lanzaban de [730] frente un resplandor semejante al del oro. Entonces, a cada pregunta de ella, la hija del cruel Eetes, hablando la lengua de Cólquide, le relató amablemente la expedición y las rutas de los héroes, y cuánto padecieron en las rigurosas pruebas, y cómo por los consejos de su angustiada hermana cometió [735] su falta, y cómo lejos escapó a la violencia terrible de su padre con los hijos de Frixo. Evitó mencionar la muerte de Apsirto, mas a aquélla en su mente nada le pasó inadvertido[687]. Pero, no obstante, se compadecía de su llanto y tales palabras le dirigió:

«¡Desdichada, en verdad planeaste un viaje miserable e [740] indecoroso! Creo que tú no por mucho tiempo eludirás la grave cólera de Eetes. Pronto vendrá incluso a las moradas de la tierra de la Hélade para vengar la muerte de su hijo, pues intolerables acciones cometiste. Pero, ya que eres, en efecto, suplicante y pariente mía, ningún otro mal urdiré para ti, que aquí has venido. Márchate del palacio, acompañando [745] al extranjero, quienquiera que sea ese desconocido que has conquistado al margen de tu padre[688]. Y no te me arrodilles junto al hogar. Pues al menos yo no aprobaré tus determinaciones y tu indecorosa huida».

Así habló. Y una triste aflicción se apoderó de aquélla. Con el peplo echado en torno a los ojos derramaba su llanto, [750] hasta que el héroe, tomándola de la mano, la condujo fuera de las puertas del palacio, temblorosa de miedo. Y abandonaron la morada de Circe.

No pasaron inadvertidos a la esposa de Zeus Crónida; sino que Iris se lo comunicó, en cuanto los vio salir del palacio. Pues ella le había ordenado vigilar el momento en que [755] se encaminaran a la nave. Y de nuevo le dijo así exhortándola:

«Querida Iris, ahora, si alguna vez cumpliste mis órdenes, ¡ea!, partiendo con tus rápidas alas, manda a Tetis que salga del mar y venga aquí ante mí, pues de ella tengo necesidad. [760] Y luego marcha a las costas donde los broncíneos yunques de Hefesto son golpeados por sus duros martillos. Dile que apacigüe los soplos del fuego, hasta que la Argo los sobrepase[689]. Y marcha también junto a Eolo, Eolo que [765] rige los vientos nacidos del éter. Y anúnciale mi voluntad: que haga cesar todos los vientos bajo el cielo; que ninguna brisa encrespe la mar; y que sople justamente un Céfiro favorable, hasta que ellos alcancen la isla Feacia de Alcínoo»[690].

[770] Así habló. En seguida Iris precipitándose desde el Olimpo surcaba el aire, con sus ligeras alas extendidas. Se sumergió en el mar Egeo, precisamente donde están las mansiones de Nereo[691]. Primero llegó junto a Tetis y le comunicó el mensaje según las instrucciones de Hera, y la [775] incitó a presentarse ante aquélla. En segundo lugar fue junto a Hefesto, le hizo parar de inmediato sus férreos martillos, y las ardientes ráfagas contuvieron su aliento. Y en tercer lugar llegó junto a Eolo, el célebre hijo de Hípotes. Mientras también a éste anunciaba su mensaje y descansaba sus veloces [780] rodillas del camino, entre tanto Tetis, dejando a Nereo y a sus hermanas, desde el mar acudió al Olimpo ante la diosa Hera. Ésta la hizo sentarse muy cerca de ella y le manifestaba su pensamiento:

«Escucha ahora, divina Tetis, lo que deseo decirte. Sabes [785] cuánto es apreciado en mi corazón el héroe Esónida y los demás campeones de su empresa; y cómo podría salvarlos al pasar a través de las Rocas Planctas[692], donde braman temibles tempestades de fuego y las olas borbotan en torno a

los rudos escollos. Mas ahora les aguarda una ruta junto al [790] gran peñasco de Escila y a Caribdis de espantoso rugido. Pues bien, a ti ciertamente ya desde la infancia yo misma te he criado y estimado por encima de las demás que en el mar habitan, porque no osaste acostarte en el lecho de Zeus a pesar de su deseo —pues a aquél siempre le interesan estas intrigas, yacer sea con inmortales sea con mortales—, sino [795] que, por respeto a mí y temerosa en tu corazón, lo rechazaste. Y él entonces pronunció solemne juramento de que tú jamás te llamarías esposa de un dios inmortal. Sin embargo, no dejaba de espiarte contra tu voluntad, hasta que la venerable [800] Temis[693] le refirió todo con detalle, que para ti estaba destinado alumbrar un hijo superior a su padre. Así que, a pesar de su anhelo, te dejó por temor, no fuese que algún otro con su misma dignidad reinara sobre los inmortales, sino que él siempre conservara su poder. Y yo te concedí que [805] tu esposo fuera el mejor de los hombres sobre la tierra, a fin de que alcanzaras un matrimonio feliz y engendraras hijos; invité al banquete a todos los dioses igualmente, y yo misma sostuve en mis manos la antorcha nupcial, en gracia de aquella amable merced[694]. Pero ¡ea!, te anunciaré también [810] una noticia infalible. Cuando a la planicie del Elíseo llegue tu hijo, al que ahora, ansioso de tu leche, crían las náyades en las moradas del centauro Quirón, su destino es ser el esposo de la hija de Eetes, Medea[695]. Tú socorre a tu nuera, [815] por ser justamente su suegra, y al propio Peleo. ¿Por qué tu cólera persiste? Cometió un desatino[696]; pues en desatino incurren incluso los dioses[697]. Sí, por órdenes mías creo que [820] Hefesto dejará de inflamar el vigor del fuego, y que Eolo, el hijo de Hípotes detendrá las veloces ráfagas de los vientos, salvo un bonancible Céfiro, hasta que lleguen a los puertos de los feacios. Tú procúrales un regreso seguro. Tu único temor han de ser las rocas y las violentas olas, que podrías [825] apartar con tus otras hermanas. Mas no los dejes, en su ignorancia, introducirse en Caribdis, no sea que a todos se los

lleve devorándolos, ni pasar junto al odioso refugio de Escila, —la funesta Escila de Ausonia, a quien alumbró para Forco la noctívaga Hécate, a la que llaman Crateis—, no [830] sea que lanzándose con sus horribles fauces destruya a los mejores de los héroes. Al contrario, mantén la nave allí donde haya, aunque angosta, una salida de la perdición»[698].

Así habló. Y a ella Tetis le respondió con tales palabras:

«Si el vigor del ardiente fuego y las tempestades violentas [835] van realmente a cesar, en verdad yo puedo asegurarte confiada que, a pesar del adverso oleaje, salvaré la nave con el suave movimiento del Céfiro. Pero es tiempo de recorrer un largo e interminable camino, hasta llegar al encuentro de [840] mis hermanas, que serán mis auxiliares, y adonde están atadas las amarras del navío, para que al alba se acuerden de emprender el regreso».

Dijo, y lanzándose de lo alto del éter cayó en los torbellinos de la mar azulada. Llamaba en su ayuda a las demás [845] Nereidas, sus hermanas. Y ellas, al oírla, acudían al encuentro unas de otras. Tetis les dictaba las órdenes de Hera, y al punto las enviaba a todas hacia el mar Ausonio. Ella, más veloz que un destello o que los rayos del sol, cuando se alza por encima del confín de la tierra[699], se apresuró rauda en su marcha por el agua, hasta llegar a la costa de Eea en la región [850] Tirrena. Los encontró junto al navío, deleitándose con el disco y los lanzamientos de flechas. Ella, muy cerca, tocó el extremo del brazo del Eácida Peleo —pues era su esposo—; y ninguno pudo verla claramente, sino que a él solo [855] ante sus ojos se mostró y le habló[700]:

«Ahora ya no permanezcáis aguardando en las costas Tirrenas. Al alba soltad las amarras de la rápida nave, obedeciendo a Hera vuestra defensora. Pues por órdenes de ella las jóvenes Nereidas acuden en masa para proteger la nave a [860] través de las rocas que se llaman Planctas; pues aquella ruta os está destinada. Pero tú no muestres a ninguno mi

figura, cuando me veas acudir con ellas. Retenlo en tu mente, no sea que me irrites más aún de lo que antes me irritaste sin miramiento».

Dijo, y luego invisible se sumergió en las profundidades del mar. Una pena terrible hirió a éste, ya que antes no la había visto venir aún desde el instante en que abandonara su alcoba y su lecho, irritada por causa del ilustre Aquiles, todavía muy niño. Pues ella siempre en mitad de la noche quemaba por alrededor sus carnes mortales con la llama de un fuego. Y por el día, a su vez, untaba con ambrosía su delicado cuerpo, a fin de que se tornara inmortal y apartar de su piel la odiosa vejez. Pero aquél, saltando de su lecho, observó que su hijo querido se agitaba entre la llama; y lanzó, al verlo, un grito espantoso, el muy insensato. Ésta, al oírlo, agarró y echó al suelo al niño que gritaba; y ella misma, semejante en figura a un soplo, como un sueño, se marchó del palacio rápidamente y se precipitó en el mar, irritada; y después ya nunca más volvió en lo sucesivo[701]. Por eso a él la desazón le embargó el espíritu. Pero, no obstante, comunicó a sus compañeros todas las instrucciones de Tetis. Ellos entre tanto cesaron y detuvieron sus certámenes con prontitud, y se ocupaban de la cena y de sus yacijas, en las que, después de comer, pasaron la noche, como anteriormente[702].

Cuando la resplandeciente Aurora alcanzaba el extremo del cielo, entonces con la venida de un Céfiro ligero montaban desde tierra sobre los bancos. Del fondo sacaron las anclas, muy gozosos, y plegaban todos los demás aparejos debidamente. En lo alto izaron la vela tendiéndola con las drizas de la verga. Un viento bonancible llevaba la nave. Y en seguida avistaron la hermosa isla Antemóesa[703], donde las armoniosas Sirenas, hijas de Aqueloo, hacían perecer con el hechizo de sus dulces cantos a cualquiera que cerca echara amarras. Las había engendrado, tras compartir el lecho de Aqueloo, la bella Terpsícore, una de las Musas. Y en otro

tiempo habían servido a la hija valerosa de Deo, aún virginal, acompañándola en sus juegos[704]. Mas entonces eran por su aspecto semejantes en parte a aves y en parte a doncellas. Siempre al acecho desde una atalaya de buen puerto, ¡cuántas veces ya arrebataron a muchos el dulce regreso, consumiéndolos de languidez! Sin reparo también para éstos emitieron de sus bocas una voz de lirio[705]. Y ellos desde la nave ya se disponían a echar las amarras sobre la orilla, si el hijo de Eagro, el tracio Orfeo, tendiendo en sus manos la lira Bistonia, no hubiera entonado la vivaz melodía de un canto ligero, a fin de que sus oídos zumbasen con la ruidosa interferencia de sus acordes[706]. Y la lira superó su voz virginal. A un tiempo el Céfiro y el sonoro oleaje, que se alzaba de popa, llevaban la nave; y aquéllas emitían un confuso rumor. Pero, aun así, el noble hijo de Teleonte, Butes, el único entre sus compañeros, se adelantó y de su pulido banco saltó al mar, fascinado en su ánimo por la armoniosa voz de las Sirenas; y nadaba entre el borbollante oleaje, para alcanzar la orilla, el desdichado. En verdad que al instante allí mismo le hubieran privado del regreso, pero compadeciéndose de él la diosa Cipris, protectora de Érice, lo arrebató aún en medio de los torbellinos y lo salvó, acudiendo benévola, para que habitase el cabo Lilibeo[707].

Ellos, dominados por el dolor, las dejaron atrás[708], pero les aguardaban otros peligros, más destructivos para las naves, en los estrechos del mar[709]. Pues a un lado aparecía la escarpada roca de Escila; y al otro con violento bramido resollaba Caribdis. En otro lugar las rocas Planctas rugían bajo el gran oleaje, donde antes brotaba una ardiente llama de lo alto de los peñascos por encima de la abrasada roca, y con el humo se volvía tenebroso el cielo y no podían verse los rayos del sol. Entonces, aunque Hefesto había cesado en sus trabajos, todavía el mar exhalaba un cálido vapor. Allí las jóvenes Nereidas acudían de todas partes a su encuentro, y la divina Tetis por detrás agarró la aleta del timón

para protegerlos entre los escollos de las Planctas. Como cuando en la calma los delfines fuera del mar dan vueltas en bandada [935] alrededor de una nave presurosa, mostrándose a veces por delante, a veces por detrás, a veces por los lados, y a los marinos causan alegría[710]; así ellas, saltando en su carrera, apiñadas daban vueltas en torno a la nave Argo, y Tetis dirigía su ruta. Y cuando ya iban a chocar con las Planctas, en [940] seguida, recogiéndose las faldas sobre sus blancas rodillas[711], por encima de los mismos escollos y el rompiente de las olas se apresuraban a uno y otro lado separadas entre sí. La corriente sacudía la nave de costado. Y por ambos lados el fuerte oleaje que se alzaba rompía con estruendo sobre las rocas. Éstas unas veces, semejantes a promontorios, alcanzaban [945] el aire y otras veces, sumergidas, se asentaban en lo más profundo del mar y una ola enorme y salvaje las cubría. Ellas, como cerca de una playa arenosa las muchachas, con los pliegues del vestido enrollados sobre sus caderas, juegan en dos bandos con una pelota redonda; y sucesivamente [950] cada una la recibe de la otra y la echa al aire elevada por lo alto, y nunca toca el suelo[712]; así ellas alternativamente de una a otra se enviaban el navío raudo a través del aire sobre las olas, siempre lejos de las rocas; y en torno a [955] éstas borbotaba el agua rugiendo[713]. El propio soberano Hefesto, erguido sobre lo alto de una cima escarpada, con su pesado hombro apoyado en el astil del martillo, las contemplaba, y también, por encima del radiante cielo, puesta en pie, la esposa de Zeus, que a Atenea rodeaba con sus brazos: tal temor la dominaba ante su visión[714]. Cuanto excede [960] la duración de un día primaveral, por tanto tiempo se afanaron sobrellevando la nave a través de las rocas fragorosas. Ellos, aprovechándose del viento nuevamente, navegaban adelante; y pronto pasaban la pradera de Trinacia, [965] que nutre las vacas de Helios. Entonces aquéllas[715], semejantes a gaviotas, se sumergieron en el fondo, una vez que habían cumplido las órdenes de la esposa de Zeus. A ellos, a

un tiempo, les llegó por el aire el balido de las ovejas, y el mugido de las vacas, muy cercano, alcanzaba sus oídos. Por los bosquecillos cubiertos de rocío apacentaba aquéllas Faetusa, la más joven de las hijas de Helios, que en su mano portaba un plateado bastón. Lampecia, que guardaba las vacas, blandía un cayado de brillante oricalco[716]. Ellos también las divisaban mientras pacían junto a las aguas del río, por el llano y la húmeda pradera; ninguna entre ellas era de pelaje oscuro, y todas, parecidas a la leche, estaban ufanas de sus dorados cuernos[717]. Pasaban ante ellas durante el día; y al llegar la noche atravesaban contentos el gran abismo del mar, hasta que de nuevo la Aurora, hija de la mañana, envió su luz a los navegantes.

Hay delante del estrecho Jonio, en el mar Ceraunio, una isla espaciosa y fértil[718], bajo la cual es fama que se halla la hoz —sedme benévolas, Musas, sin querer menciono un relato de los antepasados— con la que Crono cortó sin piedad los genitales de su padre. Mas otros cuentan que es la guadaña, segadora de mies, de la subterránea Deo. Pues antaño Deo habitó en aquella tierra y enseñó a los Titanes a cosechar la espiga fecunda, por amor a Macris[719]. Drépane se denomina desde entonces la sagrada nodriza de los feacios. Y así también los propios feacios son descendencia de la sangre de Urano[720]. Hasta ellos la Argo, demorada por muchas fatigas, llegó con las brisas desde el mar de Trinacia. Alcínoo y sus gentes con amables sacrificios los acogieron afectuosamente al llegar, y por ellos se regocijaba toda la ciudad; diríase que por sus hijos se alegraban. También los propios héroes estaban gozosos entre la multitud, igual que si anduvieran por el centro mismo de Hemonia. Mas debían armarse para el combate, tan de repente apareció el ejército inmenso de los colcos, que por la boca del Ponto y a través de las rocas Cianeas[721] cruzaron en busca de los héroes. A Medea, reclamada, pretendían conducirla junto a su padre inexcusablemente, o con rigor inflexible amenazaban

entablar una luctuosa batalla al instante, y después con una expedición de Eetes. Pero los contuvo en sus ansias de lucha el poderoso Alcínoo. Pues deseaba resolver sin pelea la [1010] violenta disputa entre ambas partes[722].

La joven, bajo un funesto pavor, muchas veces suplicaba a los mismos compañeros del Esónida, muchas veces abrazó con sus manos las rodillas de Arete, la esposa de Alcínoo[723]:

«De rodillas te imploro, soberana. Tú sé benévola, y no me entregues a los colcos para que me lleven ante mi padre, [1015] si es que tú misma también eres de la raza de los humanos, cuya mente por sus ligeros desatinos corre muy presurosa a la desgracia, como se ofuscó mi espíritu sensato, mas no por causa de una impúdica pasión. Juro por la sagrada luz de [1020] Helios, juro por los ritos de la noctívaga doncella Perseide[724], que no por mi voluntad partí de allí con hombres extranjeros. Un odioso temor me persuadió a pensar en esta huida, después que cometí una falta y no había ningún otro remedio. Aún mi cintura permanece, como en la casa de mi [1025] padre, inmaculada e intacta[725]. ¡Ea!, apiádate, soberana, y propicia a tu esposo. Y que los inmortales te concedan una vida dilatada, felicidad, hijos y la gloria de una ciudad inexpugnable»[726].

Así imploraba de rodillas a Arete, derramando lágrimas; [1030] y así a cada uno de los héroes sucesivamente:

«Por vosotros, ¡oh con mucho los más valerosos![727], y por causa de vuestras empresas me veo angustiada yo, gracias a quien uncisteis los toros y segasteis la funesta cosecha de los guerreros terrígenos; merced a quien en seguida [1035] llevaréis a Hemonia de regreso el vellocino dorado. Yo misma, la que he perdido mi patria y a mis padres, mi casa y toda la alegría de mi vida, en cambio para vosotros he logrado que habitéis de nuevo patria y moradas, y aún veréis [1040] con ojos dichosos a vuestros padres. Pero a mí un penoso destino me arrebató la felicidad y, aborrecida, vago errante con unos

extraños. Temed los pactos y los juramentos, temed a la Erinis de los suplicantes y el castigo de los dioses, si paso a manos de Eetes para morir con dolorosa afrenta. Ni templos, ni baluarte en mi defensa, ni otro socorro, solamente os tengo a vosotros. ¡Miserables llenos de crueldad y despiadados!, no os avergonzáis en vuestro ánimo al verme, desamparada, extender mis manos ante las rodillas de una reina extranjera. Pero, ansiosos de coger el vellocino, habríais cruzado vuestras lanzas con todos los colcos y con el soberbio Eetes incluso. Mas ahora os olvidasteis del valor, cuando son un destacamento sólo».

Así dijo suplicante. Y todo aquel a quien de rodillas imploraba la animaba calmando su aflicción. Blandían las afiladas lanzas en sus manos y las espadas fuera de las vainas, y aseguraban que no le faltaría su ayuda si recibían un veredicto injusto[728]. Mientras ella se consumía en medio de la tropa, sobrevino la noche, que a los hombres adormece de sus trabajos, y apaciguó toda la tierra por igual. Mas a ella ni un instante siquiera la adormeció el sueño[729], sino que en su pecho se le revolvía su ánimo afligido, como cuando una pobre hilandera hace girar la rueca en la noche y a su alrededor lloran sus hijos huérfanos, por la pérdida de su esposo; y sobre sus mejillas derrama en su llanto lágrimas por el miserable destino que le ha tocado[730]; así se humedecían las mejillas de aquélla y su corazón se agitaba traspasado por agudos dolores.

Dentro de su casa en la ciudad, como antes, ellos dos, el poderoso Alcínoo y la muy venerable Arete, esposa de Alcínoo, deliberaban sobre la joven en su lecho en medio de la oscuridad; y cual una esposa a su marido legítimo, con insistentes palabras le hablaba afectuosamente[731]:

«Sí, querido, te lo ruego, protege de los colcos a la angustiada doncella, otorgando favor a los Minias. Cerca de nuestra isla está Argos y las gentes Hemonias. Pero

Eetes ni habita próximo, ni conocemos tampoco a Eetes, sino sólo de oídas. Esta joven desventurada, acudiendo a mí, ha conmovido mi alma. No la entregues, soberano, a los colcos para [1080] que se la lleven junto a su padre. Cometió una falta cuando al principio le proporcionó las mágicas pócimas para los toros; y luego, remediando un mal con otro mal[732], cual a menudo hacemos en nuestros desatinos, escapó a la grave cólera de un padre arrogante. Pero Jasón, según he oído, con [1085] grandes juramentos mantiene desde entonces que la tomará por legítima esposa en su palacio. Así que por tu propia voluntad, querido, no hagas que el Esónida quebrante su juramento, ni que por tu causa un padre con su ánimo irritado castigue intolerablemente a su hija. Pues demasiado severos [1090] con sus hijas son los padres, como lo que urdió Nicteo contra Antíope de bello rostro[733], como los padecimientos que también Dánae sufrió en el mar por la malicia de su padre[734]; y hace poco, no lejos, el soberbio Équeto clavó agujas de bronce en las pupilas de su hija, y ella en su lamentable sino se consume moliendo bronce en una oscura cabaña»[735]. [1095]

Así habló rogándole. El ánimo de él se llenaba de gozo con las palabras de su esposa, y tal respuesta le dirigió:

«Arete, incluso con las armas expulsaría a los colcos, otorgando favor a los héroes, por causa de la joven. Pero [1100] temo infringir la recta justicia de Zeus; y es preferible no despreciar a Eetes, como dices; pues no hay rey alguno superior a Eetes y, si quisiera, aun desde lejos, traería la guerra sobre la Hélade. Por ello me conviene dictar una sentencia que sea la mejor para todos los hombres. Y no te la [1105] ocultaré. Si es doncella, dictamino que la devuelvan a su padre; mas, si comparte el lecho con un hombre, no la apartaré de su esposo, ni confiaré a los enemigos su descendencia, si alguna lleva en sus entrañas».

Así dijo. Y a él pronto le adormeció el sueño. Ella grabó [1110] en su ánimo la sagaz respuesta; en seguida se levantó de su lecho, a través de la casa; y acudieron las sirvientas, presurosas detrás de su dueña. En silencio llamó a su heraldo y le habló, exhortándole en su prudencia a que el Esónida se [1115] uniera a la joven y no suplicara al rey Alcínoo. Pues él mismo viniendo ante los colcos sentenciaría esto: si era doncella, entregarla para la casa de su padre; mas, si compartía [1120] el lecho con un hombre, no separarla ya de su legítimo amor[736].

Así dijo. Y a él rápidamente sus pies lo llevaban fuera del palacio, para anunciar a Jasón el mensaje favorable de Arete y las decisiones del piadoso Alcínoo. Los encontró [1125] velando con sus armas junto a la nave en el puerto de Hilo cerca de la ciudad[737]. Les expuso todo su mensaje; y alegrose el ánimo de cada uno de los héroes, pues muy grata noticia les comunicó.

En seguida, tras hacer la mezcla en una cratera en honor de los bienaventurados, según el ritual, y depositar unos [1130] corderos piadosamente sobre el altar, en la misma noche disponían para la joven un lecho nupcial en la gruta divina donde ya una vez habitara Macris, la hija del prudente Aristeo, el que descubrió el producto de las abejas y el jugo de la muy laboriosa aceituna[738]. Aquélla al principio acogió [1135] en su regazo al hijo Niseo de Zeus[739] en el interior de Eubea Abántide, y con miel humedeció en derredor su labio reseco, cuando Hermes lo sacó del fuego. Mas la vio Hera y, enfurecida, la expulsó de toda la isla. Ella se estableció, pues, [1140] lejos de allí en la gruta sagrada de los feacios y procuró extraordinaria prosperidad a sus habitantes. Allí entonces extendieron un gran lecho; y sobre él echaron el radiante vellocino dorado, para que fuese una boda honrosa y célebre. Las ninfas, recogiendo flores variopintas, se las llevaban en sus blancos regazos. A todas envolvía un resplandor como

[1145] de fuego, tal era el brillo que de sus dorados flecos destellaba. Y encendía en sus ojos un dulce deseo; mas el pudor contenía a cada una, por más que anhelara ponerle encima su mano[740]. Unas se llamaban hijas del río Egeo, otras moraban [1150] en las cumbres del monte de Mélite[741], y otras eran de los bosques de las llanuras. Pues las había invitado la propia Hera, esposa de Zeus, para honrar a Jasón. Incluso ahora todavía se denomina gruta sagrada de Medea aquella donde los unieron entre sí, luego de extender sus perfumados vestidos. [1155] Ellos, que en sus manos blandían las lanzas guerreras, no fuese que antes la tropa de los enemigos atacara de improviso por la fuerza, con sus cabezas coronadas de frondosos ramos, al ritmo de la armoniosa lira de Orfeo, cantaban el himeneo ante la entrada de la cámara nupcial[742]. No deseaba [1160] el héroe Esónida celebrar su boda en el país de Alcínoo, sino en el palacio de su padre tras volver a Yolco de regreso. Así lo esperaba también la propia Medea. Mas entonces la necesidad los llevó a unirse. Pues nunca la raza de [1165] los sufridos humanos alcanzamos el goce con pie cabal; y siempre algún amargo pesar acompaña a las alegrías[743]. Así también a ellos, aunque disfrutaban de su dulce amor, los dominaba el recelo de si el veredicto de Alcínoo se cumpliría.

[1170] La aurora, alzándose con su luz inmortal, disipaba la oscura noche en el aire. Sonrieron las riberas de la isla y, a lo lejos, los senderos cubiertos de rocío de las llanuras. Había bullicio en las calles. Se movían por la ciudad sus habitantes[744] [1175] y, lejos de allí, los colcos en los confines de la península de Macris[745]. En seguida Alcínoo se encaminó, según los pactos, para pronunciar su determinación sobre la joven. En su mano sostenía el justiciero cetro de oro, bajo el cual muchos en la ciudad se sometían a sus rectas sentencias[746]. [1180] Y tras él, revestidos con armaduras de guerra, los más nobles de los feacios se alineaban en multitud.

Las mujeres salían en masa fuera de las murallas para ver a los héroes, y los campesinos acudían a su encuentro al [1185] oírlas, puesto que Hera había difundido la verídica noticia. El uno traía un cordero escogido de entre sus rebaños; el otro una ternera aún no destinada al trabajo; otros depositaron cerca unas ánforas de vino para hacer la mezcla; y a lo lejos ascendía el humo de los sacrificios. Ellas, cual mujeres [1190] que eran, les llevaban primorosos vestidos, obsequios de oro y además el restante ajuar de que suelen proveerse las recién casadas. Se pasmaban al contemplar la figura y la belleza de tan distinguidos héroes, y entre ellos al hijo de Eagro, que al ritmo de su armoniosa lira y de su canto golpeaba el suelo reiteradamente con su adornada sandalia. Las [1195] ninfas todas a coro, cada vez que ellos evocaban el matrimonio, entonaban el amable himeneo. Y otras veces, en cambio, ellas solas cantaban aparte girando en corro, en tu honor, Hera[747]. Pues tú también pusiste en el ánimo de Arete revelar la sagaz respuesta de Alcínoo. [1200]

Y éste, como al principio había proclamado los términos de su recta sentencia, y ya era conocida la consumación del matrimonio, así la mantuvo firme hasta el final, y ni el miedo funesto ni el grave rencor de Eetes le influyeron. Y los [1205] había obligado con inquebrantables juramentos. Así pues, cuando los colcos comprendieron que reclamaban en vano, y les ordenó u obedecer sus veredictos o apartar sus naves lejos de sus puertos y de su país, entonces ya, por temor a las amenazas de su rey, le pidieron que los acogiera como [1210] aliados[748]. Allí en la isla durante un largo período habitaron entre los feacios, hasta que los Baquíadas, que por su linaje eran de Éfira, se establecieron allí con el tiempo, y ellos marcharon a la isla de enfrente; y desde allí habían de llegar a los montes Ceraunios de los Amantes, y hasta los nesteos [1215] y Órico. Pero esto sucedió en el transcurso de mucho tiempo[749]. Allí todavía reciben sacrificios anuales a las Moiras y a las Ninfas, en el santuario de Apolo Nomio[750], los altares

que Medea fundó. Al partir los Minias, Alcínoo les ofreció muchos obsequios de hospitalidad, y otros muchos Arete, y además entregó a Medea para su séquito doce siervas feacias de su palacio[751].

Al séptimo día dejaron Drépane. Con el alba sobrevino una fuerte brisa bajo el cielo sereno. Y ellos con el soplo del viento presurosos navegaban adelante. Pero ciertamente aún no estaba destinado a los héroes el pisar Acaya, hasta que todavía padecieran también en los confines de Libia. Ya habían dejado atrás el golfo que lleva el nombre de los ambracios, ya el país de los curetes, con las velas desplegadas, y sucesivamente los estrechos islotes junto con las propias Equínades, y se divisaba desde hacía poco la tierra de Pélope[752]; y entonces en medio de su travesía un funesto vendaval de Bóreas los llevó impetuosamente hacia el mar de Libia durante nueve noches enteras y otros tantos días, hasta que penetraron muy adentro en el interior de la Sirte[753], de donde ya no hay regreso atrás para las naves, cuando se han visto forzadas a entrar en este golfo. Pues hay por doquier marisma, por doquier algas espesas de fondo, y sobre ellas borbota silenciosa la espuma del oleaje. En su orilla la arena se extiende hasta el cielo. Y allí ningún animal ni ave se levanta. Allá fue donde la marea —pues a menudo este flujo ora retrocede de la tierra, ora de nuevo, estrepitoso y violento, inunda las costas— los empujó rápidamente a lo más recóndito del litoral, y sólo un poco de la quilla quedó en las aguas. Ellos saltaron de la nave, y la aflicción los invadió al contemplar el cielo y los lomos de la espaciosa tierra que, iguales al cielo, se prolongaban a lo lejos interminables. Ninguna aguada, ni sendero, ni albergue de pastores vislumbraron en lontananza; todo se mantenía en una apacible calma[754]. Y el uno al otro, abatido, se preguntaba:

«¿Qué tierra se ufana de ser ésta? ¿Adónde nos empujaron las tempestades? ¡Ojalá hubiéramos osado, insensibles al

funesto miedo, dirigirnos por la misma ruta a través de las rocas![755]. Sin duda, incluso marchando contra el destino de Zeus, habría sido mejor perecer emprendiendo algo grande. [1255] Mas ahora ¿qué podremos hacer, constreñidos por los vientos a permanecer aquí, aunque sea por poco tiempo? ¡Qué desolado se extiende el litoral de esta tierra inmensa!».

Así decía. Y luego el propio timonel, Anceo, en la impotencia de su infortunio habló a sus compañeros afligidos: [1260]

«Estamos perdidos, sin duda, con el más terrible destino, y no hay escapatoria de la desgracia. Nos aguarda sufrir las peores penalidades, arrojados en este desierto, aunque soplaran vientos desde tierra; puesto que al observar el mar [1265] por todas partes en lontananza veo marismas, y hasta el infinito corre el agua desparramada sobre las blancas arenas. Hace ya tiempo esta sagrada nave se hubiera destrozado miserablemente muy lejos de tierra, pero la propia marea desde [1270] el mar la trajo suspendida. Ahora ésta ha retrocedido hasta el piélago, y sólo discurre un agua salobre intransitable, que cubre un tanto la tierra. Por eso yo os digo que se ha truncado toda esperanza de navegación y de regreso. Que algún otro muestre su pericia; pues puede sentarse al timón [1275] quien desee intentar el retorno. Pero Zeus no quiere en modo alguno, después de nuestras fatigas, concedemos el día del regreso».

Así habló llorando. Y de acuerdo con él, en su aflicción, se pronunciaban cuantos eran expertos en naves. A todos por dentro se les heló el corazón, y la palidez cubrió sus [1280] mejillas. Como los hombres, semejantes a espectros inánimes, deambulan por la ciudad aguardando la llegada de una guerra o de una plaga o bien alguna lluvia inmensa que anegue las incontables labores de los bueyes, o cuando las estatuas [1285] por sí solas destilan sudor de sangre y en los recintos sagrados parecen oírse mugidos, o incluso el sol en mitad del día trae la

noche desde el cielo y los astros brillan radiantes en el firmamento[756]; así entonces los héroes a lo largo de la prolongada costa vagaban angustiados. Sobrevino [1290] en seguida la sombría tarde. Y ellos, rodeándose lastimosamente con sus brazos, se despedían llorosos, para que así por separado cada uno rindiera su aliento sucumbiendo en las arenas. Y marcharon cada cual por su lado a buscar manida más lejos. Con la cabeza envuelta en sus mantos, sin [1295] comer ni beber[757], yacieron durante toda la noche y la mañana ante la muerte más miserable. Aparte las jóvenes apiñadas sollozaban junto a la hija de Eetes. Como cuando solitarios, tras haber caído fuera del hueco de una peña, unos polluelos incapaces de volar pían agudamente, o cuando sobre [1300] los ribazos del Pactolo de hermoso caudal unos cisnes promueven su canto y en torno resuena la rociada pradera y el bello curso del río; así ellas, arrastrando en el polvo sus rubias cabelleras, toda la noche gemían con lastimoso plañido[758].

Y allí mismo todos habrían perdido la vida anónimos y [1305] desconocidos para los hombres de la tierra, los mejores de los héroes, en una empresa inacabada. Pero, mientras se consumían en su impotencia, se apiadaron de ellos las heroínas protectoras de Libia, las que una vez acudieron al encuentro [1310] de Atenea, cuando de la cabeza de su padre surgió toda resplandeciente, y la bañaron en las aguas del Tritón[759]. Era mediodía, y en derredor los más intensos rayos del sol abrasaban Libia[760]. Ellas se presentaron cerca del Esónida y con sus manos suavemente le quitaron el manto [1315] de la cabeza. Pero él apartó su mirada volviéndola hacia otro lado, por respeto a las diosas. Y a él visiblemente, a él solo en su turbación, le hablaron con melifluas palabras[761]:

«Desdichado, ¿por qué tan sumido estás en la impotencia? Sabemos que marchasteis en pos del dorado vellón, sabemos [1320] cada una de vuestras fatigas, cuantos soberbios trabajos en tierra y cuantos sobre las aguas, errantes por el mar, habéis

realizado. Somos diosas locales, solitarias, dotadas de voz, heroínas protectoras e hijas de Libia[762]. ¡Venga, [1325] arriba! No estés ya tan afligido en tu sufrimiento. Y levanta a tus compañeros. Tan pronto como Anfitrite desunza el carro ligero de Posidón, entonces ya pagad compensación a vuestra madre por las fatigas que soportó llevándoos largo tiempo en su vientre. Y aún podréis regresar a la sacrosanta Acaya»[763].

[1330] Así hablaron, y allí donde se habían presentado, desaparecieron al instante junto con su voz. Entonces Jasón, mirando alrededor, se sentó en el suelo y dijo así:

«Sedme propicias, ilustres diosas moradoras del desierto. En cuanto al regreso no comprendo del todo vuestra profecía. [1335] Mas en verdad reuniré a mis compañeros en grupo y les hablaré, por si encontrásemos algún indicio para el retorno; que es mejor el consejo de muchos»[764].

Dijo, y tras levantarse gritaba a sus compañeros a gran distancia, ennegrecido de polvo, como un león que en el bosque ruge buscando a su pareja. Con su poderosa voz retumban [1340] los valles a lo lejos en las montañas; y de miedo se estremecen sobremanera los bueyes del campo y los boyeros. Mas a ellos no les resultó nada espantosa la voz del compañero que llamaba a sus amigos[765]. A su lado se reunieron abatidos. Entonces él los hizo sentarse, entristecidos, [1345] cerca del fondeadero en unión de las mujeres, y les hablaba explicándoles todo con detalle:

«Escuchad, amigos. Pues en mi aflicción tres diosas, ceñidas con pieles de cabra desde lo alto del cuello y en torno a la espalda y las caderas, cual muchachas[766], se presentaron [1350] sobre mi cabeza muy cerca. Me descubrieron retirando mi manto con leve mano, y me ordenaron que despertara y que fuese a haceros levantar; y que a nuestra madre paguemos adecuada compensación por las fatigas que soportó llevándonos largo tiempo en su vientre, en cuanto Anfitrite [1355] desunza el ligero carro de Posidón. Mas yo no puedo

en absoluto comprender este vaticinio. Decían ser heroínas protectoras e hijas de Libia. Y todo cuanto nosotros antes padecimos en tierra o cuanto sobre las aguas, con detalle [1360] aseguraban conocerlo. Y ya no las vi más en el lugar, sino que alguna sombra o nube ocultó entretanto su aparición»[767].

Así dijo. Y ellos se pasmaban todos al escucharlo. Entonces [1365] el mayor de los prodigios acaeció a los Minias. Del mar surgió hacia tierra un portentoso corcel, enorme, con doradas crines ondeando sobre el cuello. Rápidamente sacudió de sus miembros el agua chorreante y se lanzó a la carrera, semejante al viento en sus patas. En seguida Peleo, contento, habló a sus compañeros reunidos:

[1370] «El carro de Posidón yo os aseguro que ahora ya está desuncido por las manos de su esposa querida. Y nuestra madre presiento que no es otra sino la propia nave. Pues en verdad, llevándonos siempre en su vientre, sufre con penosas [1375] fatigas. ¡Ea!, con fuerza inquebrantable y sobre firmes hombros, cargada en alto la llevaremos hacia el interior de la arenosa tierra, por donde condujo adelante sus pasos el raudo corcel. Pues éste no se sumergirá en la árida tierra. Y espero que sus huellas nos indiquen por el Norte alguna ensenada marina»[768].

[1380] Así habló. Y a todos agradó su efectivo plan. Éste es un relato de las Musas, yo canto al dictado de las Piérides. Y escuché esta revelación del todo verídica[769]: que vosotros, ¡oh con mucho los más valerosos hijos de soberanos!, con vuestra fuerza, con vuestra bravura por las desérticas dunas [1385] de Libia, cargada sobre los hombros, llevasteis suspendida la nave y cuanto portabais dentro de la nave durante doce días enteros y doce noches. Mas ¿quién podría siquiera contar la penalidad y el sufrimiento que aquéllos colmaron en su esfuerzo?[770]. Eran ciertamente de la sangre de los inmortales, según el trabajo que arrostraron forzados por la [1390]

necesidad. Y bien lejos adelante, como la llevaban, así la introdujeron con gran alborozo en las aguas de la laguna Tritónide y la descargaron de sus robustos hombros.

Entonces, semejantes a perros rabiosos, se apresuraban a buscar una fuente. Pues la sed abrasadora los agobiaba en su [1395] penalidad y sus dolores. Y no erraron en sus andanzas. Llegaron a un lugar sagrado en que Ladón, el infernal dragón, todavía la víspera guardaba las doradas manzanas en la región de Atlante; y en derredor las ninfas Hespérides se afanaban con amables cánticos[771]. Pero ya entonces aquél, [1400] destrozado por Heracles, estaba echado contra el tronco de un manzano. Sólo el extremo de su cola se movía aún, pero desde la cabeza hasta el final de su negro espinazo yacía inerte. Y al haber dejado las flechas en su sangre el amargo veneno de la hidra de Lema, las moscas se secaban sobre [1405] sus pútridas heridas[772]. Cerca las Hespérides, con sus cándidas manos sobre sus cabezas rubias[773], lanzaban agudos gemidos. Ellos se aproximaron juntos de repente; y aquéllas, ante su presurosa llegada, al punto se tomaron polvo y [1410] tierra allí mismo. Orfeo advirtió el divino prodigio y para ellos las aplacaba con súplicas:

«Deidades hermosas y benévolas, sednos propicias, soberanas, ya si os contáis entre las diosas celestes, ya si entre las infernales, ya si os llamáis ninfas solitarias; venid, ¡oh [1415] ninfas!, sagrada estirpe de Océano[774], y mostradnos, apareciendo visibles ante nosotros que lo deseamos, algún chorro de agua en la roca o alguna sagrada corriente, diosas, que mane de la tierra, con la cual apaguemos nuestra sed, ardiente en extremo. Y si de nuevo algún día llegamos a la [1420] tierra Aquea en nuestras navegaciones, entonces de buen grado os ofreceremos, entre las primeras de las diosas, incontables regalos, libaciones y banquetes»[775].

Así habló suplicando con voz apurada. Aquéllas se apiadaron al instante de sus aflicciones. Y de la tierra hicieron

brotar lo primero de todo hierba, de la hierba en alto germinaban largos retoños, y luego frondosos arbustos crecían erguidos muy por encima del suelo. Héspere tornose un álamo, Eriteide un olmo, y Egle un sagrado tronco de sauce[776]. De aquellos árboles, en fin, tales como eran, aparecieron de nuevo exactamente igual: ¡extraordinaria maravilla! Y Egle se expresó con melifluas palabras respondiendo a sus anhelos:

«Por cierto que, toda una gran ayuda para vuestras fatigas, llegó aquí ese cínico que, tras quitar la vida al dragón guardián, partió llevándose las doradas manzanas de las diosas. Y una pena horrible nos ha dejado. Pues vino ayer un hombre, el más funesto en insolencia y figura, y sus ojos centelleaban bajo su espantosa frente, ¡despiadado! En derredor vestía la piel de un portentoso león, ruda y sin curtir. Llevaba un recio tronco de olivo y un arco, con el que mató a ese monstruo asaeteándolo. Vino, pues, también aquél, como quien a pie recorre la comarca, devorado por la sed; y se apresuraba por este lugar buscando agua, que no había de ver en parte alguna. Mas hay aquí una peña cerca de la laguna Tritónide; y éste, por idea suya o por sugerencia de un dios, con su pie de una patada la golpeó por debajo, y el agua manó en abundancia. Entonces él, con ambas manos y el pecho apoyados en el suelo, de la agrietada peña bebió sin mesura, hasta que, echado hacia delante, igual que una bestia en el pasto, sació su enorme vientre»[777].

Así habló. Y ellos, por donde Egle les indicó la ansiada fuente, allí corrían al punto alegres, hasta encontrarla. Como cuando en torno a su estrecho agujero dan vueltas en masa las hormigas que minan la tierra, o cuando las moscas se precipitan alrededor de una pequeña gota de dulce miel y apretadas se afanan insaciablemente[778]; así entonces los Minias apiñados giraban en torno a la fuente de la roca. Y acaso alguno, jubiloso con sus labios húmedos, exclamó:

«¡Ay, ay!, en verdad que aun estando lejos Heracles salvó a sus compañeros muertos de sed. ¡Ea, si pudiéramos encontrarlo [1460] saliendo a su camino a través del país!»[779].

Dijo. Y en respuesta los adecuados para esta empresa se separaron cada uno por su lado y se lanzaron a indagar. Pues las huellas se habían borrado con los vientos nocturnos [1465] al moverse la arena. Partieron los dos hijos de Bóreas confiados en sus alas, Eufemo fiado en sus ágiles pies, Linceo cuya aguda vista alcanzaba a lo lejos[780], y en quinto lugar con ellos se apresuró Canto. A éste el destino de los dioses y su valor lo empujaron a aquella marcha, para enterarse [1470] con certeza por Heracles dónde había dejado a Polifemo Ilátida; pues le importaba informarse con detalle sobre su compañero. Mas aquél, tras fundar entre los misios una famosa ciudad, en su inquietud por la expedición marchó buscando la Argo lejos a través del continente, hasta llegar al [1475] país de los ribereños cálibes. Allí el destino lo abatió, y su túmulo bajo un encumbrado álamo se erige a escasa distancia del mar[781]. Pero entonces sólo Linceo creyó ver a Heracles a lo lejos en la tierra infinita, tal como uno ve o cree ver [1480] la luna nueva entre las tinieblas[782]. Al volver junto a sus compañeros aseguró que ya ningún otro que lo buscase lo alcanzaría en su camino. Asimismo vinieron Eufemo de pies veloces, y los dos hijos del tracio Bóreas, tras haberse fatigado en vano.

Mas a ti, Canto, las funestas Ceres te atraparon en Libia[783]. [1485] Encontraste unos rebaños paciendo, y los seguía un pastor; el cual en defensa de sus ovejas, mientras querías llevarlas a tus necesitados compañeros, te mató arrojándote una piedra; ya que no era por cierto más débil Cafauro, el [1490] nieto de Febo Licoreo[784] y de Acacálide, la pudorosa joven que antaño Minos a Libia desterrara, su propia hija, que portaba la grávida simiente del dios. Ella alumbró para Febo un hijo ilustre, al que llaman Anfítemis y Garamante.

Anfítemis [1495] luego se unió a una ninfa Tritónide; y ésta alumbró para él a Nasamón y al vigoroso Cafauro, el que entonces mató a Canto por sus corderos[785]. Mas tampoco él escapó a las severas manos de los héroes, cuando supieron qué acción cometió. Después los Minias recogieron el cadáver, tras descubrirlo, y lo sepultaron en tierra llorándolo. Y el [1500] ganado se lo llevaron ellos consigo.

Allí también el mismo día atrapó al Ampícida Mopso el hado implacable; y no evitó su cruel destino con las adivinaciones. Pues no hay escapatoria alguna de la muerte[786]. Yacía entre las arenas, refugiándose del mediodía, una terrible [1505] serpiente. Perezosa para dañar voluntariamente a quien no pretendiera dañarla, tampoco atacaría a quien retrocediese ante ella. Pero aquél al que introduzca su negro veneno, de cuantos seres animados nutre la tierra vivificadora [1510], ni un codo siquiera dista su camino hacia el Hades, ni aunque Peón[787] —si me es lícito hablar abiertamente— le administrara sus pócimas, tan pronto como lo haya rozado sólo con sus dientes. Pues cuando sobre Libia volaba el comparable a los dioses Perseo Eurimedonte —pues también [1515] con ese nombre lo llamaba su madre— llevando al rey la cabeza recién cortada de la Gorgona[788], todas las gotas de negra sangre que cayeron al suelo hicieron germinar la especie de aquellas serpientes[789]. Sobre ésta, en el extremo de su espinazo, apoyó Mopso al avanzar la planta de su pie izquierdo [1520]; y ella por el dolor, enroscándose alrededor de la mitad de la tibia y del músculo, le desgarró la carne con su mordedura. Medea y sus sirvientas huyeron asustadas. Él se palpaba la sangrante herida confiado, porque ésta no le atormentaba en exceso, ¡infeliz! Ciertamente ya bajo su piel [1525] penetraba un sopor que relajaba sus miembros, y una densa niebla se esparcía sobre sus ojos. En seguida doblando en el suelo sus entorpecidos miembros, se enfriaba sin remedio. En torno a él se reunían sus compañeros y el héroe Esónida, pasmados ante la profunda desgracia. Tampoco

después de muerto había de yacer bajo el sol ni por un instante. Pues el veneno por dentro corrompía sus carnes deprisa, y su pelo, putrefacto, se desprendía de la piel[790]. Al punto con sus broncíneas azadas excavaban con premura una tumba profunda. Ellos se rasgaron los cabellos e igualmente las jóvenes, llorando el lastimoso infortunio del difunto. Después de girar tres veces en derredor con sus armas para rendirle honras fúnebres según el ritual, levantaron encima un túmulo de tierra[791].

Pero cuando ya subieron a la nave, al soplar el viento del Sur sobre el mar, trataban de averiguar los pasos para salir de la laguna Tritónide, y durante mucho tiempo no tenían plan alguno y todo el día se dejaban llevar sin rumbo. Como una serpiente, enroscada, traza un tortuoso camino cuando la abrasan los más intensos rayos del sol, y con su silbido revuelve a uno y otro lado su cabeza, y los ojos le brillan en su furor semejantes a destellos de fuego, hasta que penetra en su escondrijo por una hendidura; así la Argo, buscando una boca navegable de la laguna, marchaba errante largo tiempo[792]. En seguida Orfeo los exhortó a exponer fuera de la nave el gran trípode de Apolo como ofrenda para el regreso a las divinidades locales. Y ellos bajando a tierra erigían el presente de Febo[793]. A su encuentro acudió, semejante a un hombre lozano, el poderoso Tritón, y recogiendo del suelo un terrón, lo ofreció a los héroes como obsequio de hospitalidad, y les dijo:

«Aceptadlo, amigos, ya que ahora no dispongo aquí de un obsequio mejor para entregaros en vuestra visita. Mas, si buscáis los pasos de este mar, cual muchas veces ansían los hombres al navegar por tierra extraña, os lo indicaré. Pues mi padre Posidón me hizo ser conocedor de este mar. Y yo reino sobre el litoral, si es que, aun estando lejos, habéis oído nombrar a un tal Eurípilo, nacido en Libia nutricia de fieras»[794].

Así habló. Eufemo de buen grado acogió en sus manos el terrón y le dijo así en respuesta[795]:

«Si por ventura, héroe, conoces Apis y el mar de Minos[796], [1565] contesta verazmente a nuestras preguntas. Pues no vinimos aquí por nuestra voluntad, sino que, tras alcanzar los confines de esta tierra por las tempestades de Bóreas, hemos transportado en alto la nave hasta estas aguas de la laguna, cargados a través del continente. Y no sabemos por [1570] dónde la travesía conduce fuera para llegar a la tierra de Pélope».

Así habló. Él extendió su mano y les mostró a lo lejos el mar y la boca profunda de la laguna, mientras decía:

«Aquélla es la salida hacia el mar, donde mayormente [1575] negrea el fondo inmóvil; y a cada lado las blancas rompientes se erizan brillantes. Una estrecha ruta entre las rompientes permite salir fuera. Y aquel mar bajo la bruma se extiende hasta la divina tierra de Pélope más allá de Creta. Pero, cuando desde la laguna entréis en el marino oleaje, entonces [1580] dirigíos a mano derecha bordeando continuamente la tierra firme, mientras se prolonga hacia el Norte. Y en cuanto la tierra tuerce en la otra dirección formando un recodo, luego desde el saliente cabo se abre una travesía segura para vuestra navegación[797]. ¡Ea!, marchad alegres, y que de vuestro esfuerzo no sobrevenga aflicción alguna que agobie [1585] unos miembros rebosantes de juventud»[798].

Dijo benévolo. Ellos al punto subieron a la nave, ansiosos por salir de la laguna a fuerza de remos. Y ya avanzaban adelante impetuosos. Entretanto Tritón, alzando el gran trípode, les pareció adentrarse en la laguna; y luego ninguno [1590] lo vio, tan de repente se hizo invisible junto con el trípode. A ellos se les regocijó el ánimo, porque uno de los bienaventurados viniera a su encuentro con presagio favorable. Y exhortaban al Esónida a tomar el mejor de entre sus

corderos y sacrificarlo implorando su favor. Al punto él lo escogió con premura y, tras levantarlo, lo degolló sobre la popa y pronunció una plegaria:

«Divinidad que en los confines de esta laguna apareciste, ya si eres Tritón, prodigio marino, ya si te llaman Forcis o Nereo las hijas de las marinas aguas[799], senos propicio y concédenos un feliz término de nuestro regreso».

Dijo, y durante la plegaria le cortó la garganta y lo echó al agua por la popa. Aquél desde el fondo apareció tal como era realmente en su aspecto. Como cuando un hombre lleva al ancho circo del certamen un brioso corcel al que, dócil, tiene agarrado de su espesa crin, y en seguida corre a su lado, y éste le sigue altanero con su cuello erguido, y en su boca chasquea el freno blanquecino al morderlo por ambos extremos[800]; así aquél, sujetando la quilla de la cóncava Argo, la conducía adelante hacia el mar. Su figura desde lo alto de la cabeza y en torno a la espalda y las caderas hasta el vientre se asemejaba del todo a los bienaventurados por su maravillosa prestancia. En cambio por debajo de los flancos se extendía, bifurcándose a uno y otro lado, su cola de cetáceo. Surcaba la superficie del agua con su espinazo, que por el extremo se dividía en curvados aguijones parecidos a los cuernos de la luna[801]. Y la conducía entretanto, hasta que la impulsó adelante a navegar por el mar. Al punto se sumergió en la enorme profundidad; y los héroes lanzaron un clamor al ver ante sus ojos el formidable prodigio.

Allí está el puerto de la Argo[802] y señales de la nave, así como los altares de Posidón y de Tritón, puesto que se detuvieron aquel día. Pero al alba, con las velas desplegadas, manteniendo a su derecha la misma tierra desértica, navegaban con el soplo del Céfiro. Al amanecer siguiente avistaron el cabo y a la vez la ensenada marina que se abre más allá del saliente cabo. En seguida el Céfiro amainaba, sobrevino una brisa del Noto Argestes[803], y

con su silbido alegraron el ánimo. Cuando el sol se puso y ascendió la estrella del pastor[804], que trae reposo a los sufridos labriegos, entonces ya, al faltarles el viento en la oscura noche, después de soltar las velas y tumbar el largo mástil, se esforzaban con los bien pulidos remos toda la noche y por el día, y tras el día a su vez durante la otra noche siguiente. Los acogió a lo lejos la abrupta Cárpatos. Desde allí se disponían a cruzar hasta Creta, la que sobrepasa a las demás islas en el mar[805]. Mas a ellos el broncíneo Talos, arrancando peñascos del sólido promontorio, les impedía atar amarras en tierra a su llegada a la bahía del puerto del Dicte[806]. A éste, que de la broncínea raza de los hombres nacidos de los fresnos quedaba entre los semidioses, el Crónida lo confió a Europa para que fuese guardián de la isla, y tres veces daba la vuelta en torno a Creta con sus broncíneos pies[807]. Ciertamente en el resto de su cuerpo y en sus miembros estaba hecho de bronce y era inquebrantable, pero bajo el tendón, en su tobillo, tenía una vena de sangre, y su fina membrana contenía los límites entre la vida y la muerte. Ellos, aunque dominados por la fatiga, al punto muy temerosos apartaban de tierra la nave con los remos. Y lamentablemente habrían partido lejos de Creta, atormentados por la sed y las aflicciones a un tiempo, si Medea no les hubiese hablado cuando se alejaban:

«Escuchadme; pues creo que yo sola para vosotros abatiré a ese hombre, quienquiera que sea, aunque tenga de bronce todo su cuerpo, a no ser que además posea una vida inagotable. ¡Vamos!, mantened ahí la nave tranquilos fuera del alcance de las piedras, hasta que ceda abatido por mí»[808].

Así dijo. Y ellos sacaron la nave fuera de los proyectiles sobre los remos, a la espera de ver qué plan ejecutaría de improviso. Ella, sosteniendo un pliegue de su purpúreo peplo sobre sus mejillas de uno y otro lado, se encaminó hacia la cubierta; y el Esónida, con la mano de ella cogida en su

mano, la guiaba en su marcha por entre los bancos. Allí con sus encantamientos aplacaba y celebraba a las Ceres, devoradoras de la vida, las veloces perras de Hades, que en su ronda por todo el aire persiguen a los vivos. Prosternándose las invocaba tres veces con encantamientos y tres veces con súplicas. Y revistiéndose de un espíritu perverso, con ojos maléficos hechizó la mirada del broncíneo Talos. Masticaba contra él su terrible cólera y le arrojaba siniestras alucinaciones, en su violenta furia[809].

¡Padre Zeus, en verdad que un gran estupor agita mi espíritu, si ya no sólo por enfermedades y heridas sobreviene la muerte y alguien de lejos nos puede dañar, como éste, aun siendo de bronce, sucumbió abatido por el poder de Medea, la de muchas pócimas![810]. Mientras alzaba pesadas rocas para impedirles llegar a puerto, rozó su tobillo con el filo de un peñasco. Y el icor[811] le brotaba semejante al plomo fundido. No por mucho tiempo se mantuvo ya plantado sobre el eminente promontorio, sino que, como un gigantesco pino allá arriba en las montañas, al que los leñadores dejaron aún medio cortado con sus afiladas hachas al descender del bosque, y durante la noche primero es sacudido por las ráfagas y después se precipita quebrado por su base[812]; así éste por un tiempo se tambaleaba alternativamente sobre sus pies infatigables, y después, debilitado, cayó con inmenso estruendo.

Aquella noche, pues, acampaban en Creta los héroes; y luego, a poco de brillar la aurora, fundaron el santuario de Atenea Minoide, se aprovisionaron de agua y embarcaron, para sobrepasar lo antes posible con los remos el cabo Salmónide[813]. Pero en seguida, mientras navegaban sobre el gran abismo del mar de Creta, los atemorizó la noche que llaman infernal. En esa noche funesta no se distinguían las estrellas ni los destellos de la luna. Se había formado una negra cavidad desde el cielo o alguna otra tiniebla surgida de

los recónditos abismos[814]. Y ellos ni siquiera sabían si [1700] eran llevados por el Hades o por las aguas. Confiaron al mar su regreso, incapaces de conocer adónde los llevaba. Entonces Jasón, alzando los brazos, clamaba a Febo en voz alta invocando su protección; y en su angustia le brotaban lágrimas. Muchos regalos, incontables, prometió llevar a Pito, [1705] muchos a Amiclas, y muchos a Ortigia[815]. Y tú, Letoida, atento bajaste del cielo rápidamente a las rocas Melantias, que se hallan en medio del mar[816]. Y tras saltar encima de una de las dos, con la diestra alzaste en alto tu arco dorado; [1710] y el arco destelló en torno por doquier un luminoso resplandor. A la vista de ellos apareció entonces una isla minúscula de las Espórades, cerca de la pequeña isla de Hipuris. Allí echaron anclas y se detuvieron. En seguida brillaba la naciente [1715] aurora; y ellos en un bosque umbroso construyeron a Apolo un espléndido recinto y un umbrío altar, invocando a Febo Resplandeciente a causa de su visible resplandor. Y llamaron Ánafe a la escarpada isla, porque Febo la hizo aparecer ante ellos en su tribulación[817]. Y ofrecían sacrificios de cuanto los hombres disponen para ofrecer en una costa desierta. Por eso, cuando las siervas feacias de Medea los [1720] vieron hacer libaciones de agua sobre tizones ardientes, entonces ya no podían contener la risa en su pecho, como quienes siempre en casa de Alcínoo contemplaban copiosos sacrificios de bueyes. Los héroes, alegres con la broma, se [1725] mofaban de ellas con descaradas chanzas; y se encendió entre ellos una dulce burla y una querella de invectivas. A partir de aquel juego de los héroes, las mujeres en la isla de igual modo disputan con los hombres, cuando con sacrificios se propician a Apolo Resplandeciente, protector de [1730] Ánafe[818].

Mas cuando de allí también soltaron amarras bajo un cielo apacible, recordó entonces Eufemo un sueño nocturno, por respeto al hijo ilustre de Maya[819]. Pues le pareció que el divino terrón[820], en su mano sobre el pecho, era regado por

blancas gotas de leche, y que del terrón, por pequeño que fuera, surgía una mujer semejante a una doncella; y se había unido a ella en amor, dominado por un incontenible deseo; pero se lamentaba como de haberse unido a una hija, a la que él mismo criara con su leche. Mas ella lo reconfortaba con melifluas palabras:

«Soy de la estirpe de Tritón, nodriza de tus hijos, amigo, no hija tuya. Pues Tritón y Libia son mis padres. Pero déjame junto a las doncellas de Nereo, que habite en el mar cerca de Ánafe. Saldré después a los rayos del sol, bien dispuesta para tus descendientes».

A su corazón trajo el recuerdo de esto y lo relató al Esónida. Entonces éste, meditando en su ánimo las profecías del Flechador[821], suspiró y dijo:

«¡Ay, ay!, en verdad te ha correspondido una gran y espléndida gloria. Pues, si echas al mar el terrón, los dioses formarán una isla, donde habitarán los hijos más jóvenes de tus hijos, ya que Tritón te lo entregó como obsequio de hospitalidad de la tierra Libia. Sin duda no fue ningún otro de los inmortales sino aquél, quien te lo procuró al venir a nuestro encuentro».

Así habló. Eufemo no desdeñó la respuesta del Esónida y, dichoso con las profecías, lanzó al fondo el terrón. De éste emergió a la superficie una isla, Calista, sagrada nodriza de los hijos de Eufemo, los cuales antes en otro tiempo habitaban Lemnos de los sintios, y expulsados de Lemnos por los tirrenos llegaron a Esparta como colonos; y luego, tras abandonar Esparta, el noble hijo de Autesión, Teras, los condujo a la isla Calista, que su nombre cambió, Teras, por el tuyo. Pero esto sucedió después de Eufemo[822].

Desde allí en un vuelo dejaron en su travesía el incontable oleaje y se detuvieron en las costas de Egina. Al punto ellos entablaron una leal competición por la aguada, a

ver quién, tras aprovisionarse, llegaría antes hasta la nave. Pues a un tiempo la necesidad y una fuerte brisa los apremiaba. [1770] Allí aún ahora, cargados con ánforas llenas sobre los hombros, los hijos de los mirmidones deprisa con sus ágiles pies compiten por la victoria en un certamen[823].

Sedme propicios, raza de los héroes bienaventurados, y que estos cantos de año en año sean más dulces de cantar para los hombres[824]. Pues alcanzo ya el término glorioso de [1775] vuestras fatigas, porque ninguna prueba más os acaeció al regresar desde Egina, ni se levantaron tempestades de vientos, sino que, después de sobrepasar tranquilamente la tierra Cecropia y Áulide, por el interior de Eubea, y las ciudades [1780] de los locrios de Opunte[825], desembarcasteis con júbilo en las costas de Págasas[826].

[570] Las Musas eran hijas de Zeus y Mnemósine. En este preludio la tradicional invocación a la Musa (cf. *Odisea* I 1, 10) se combina con una presencia relevante de la voz del poeta, que finge dudar en su tratamiento del tema (cf. CALÍMACO, *Himno* I 4-5).

[571] Este consejo de nobles colcos, que se reúne en palacio, debe distinguirse de la asamblea del pueblo (III 576 ss.; IV 214).

[572] Imagen inspirada en *Ilíada* X 360-364.

[573] La *hipótesis* es un recurso propio del estilo épico para marcar un giro en la narración: véase I 492-494; I 1298-1301; IV 1305-1309; y, por ejemplo, *Ilíada* V 311-313, XI 310-312; *Odisea* V 425-437.

[574] Las doncellas consagraban un mechón de su cabello con ocasión de su boda.

[575] La imprecación contra Jasón recuerda el célebre comienzo de la *Medea* de EURÍPIDES.

[576] Compárese EURÍPIDES, *Medea* 255-258, donde ella misma se ve como una cautiva, privada de su patria y su familia.

[577] La abertura de las puertas por efecto de la magia o ante una divinidad es un motivo común en la poesía y en los papiros mágicos (cf. *Ilíada* VIII 393; CALÍMACO, *Himno* II 6; QUINTO DE ESMIRNA, XII 511-512).

[578] Recuérdense las actividades mágicas de Medea citadas en III 528-533. Véase también OVIDIO, *Heroidas* VI 83-92.

[579] La Luna (Selene) era hija del Titán Hiperión.

[580] La Luna se enamoró del pastor Endimión, al que visitaba en el monte Latmo en Caria (cf. escolio a IV 57-61). Las hechiceras con sus artes podían atraer la Luna (cf. III 533), forzándola a visitar al amado también de noche (así se explicaba el fenómeno de los eclipses). Esta forma de monólogo recuerda el apóstrofe de Posidón a Ulises en *Odisea* V 377-379.

[581] El mismo esquema numérico se halla en *Ilíada* XI 462-463 (gritos de Ulises) y TEÓCRITO, XIII 58-59 (gritos de Hilas). Véase también III 654 y IV 478.

[582] Recuérdese el ofrecimiento de Jasón en III 1128-1130. Medea exige un compromiso de matrimonio sancionado por solemne juramento ante testigos y aporta como dote el vellocino. (Esta práctica del consentimiento mutuo aparece en época helenística.) Así, de la tutela del padre pasará bajo la tutela de su futuro marido (al que en adelante ya no llamará «extranjero») y no quedará desprotegida.

[583] Gesto que sanciona la promesa, como en I 842 o en *Ilíada* XXI 286.

[584] En la versión de las *Naupactias* (frags. 6-8 BERNABÉ), Afrodita infundía en Eetes el deseo de yacer con su esposa y entretanto los argonautas huyen con Medea que lleva consigo el vellocino de palacio.

[585] El instintivo gesto de Medea, cargado de patetismo, recuerda el adiós de Jasón a su tierra patria en I 534-535.

[586] La consecución del vellocino se enmarca entre dos referencias temporales (IV 109-184), como también otros episodios del poema (I 1172-1279; II 669-721; III 1191-1224).

[587] Sobre el viaje de Frixo y el sacrificio del carnero, véase II 1141-1149.

[588] Jasón y Medea llegan al bosque de Ares: cf. II 404-407.

[589] Probablemente Ea es llamada Titánide por la ascendencia de su rey Eetes, hijo de Helios y nieto del Titán Hiperión.

[590] Mediante un río Lico (distinto al de Bitinia citado en II 724), el poeta imagina una conexión entre el Araxes (que desemboca en el Mar Caspio) y el Fasis (que desemboca en el Mar Negro, cuya parte oriental es aquí llamada Mar Caucásico).

[591] El pasaje, con idéntica imagen del terror, es imitado por VIRGILIO, *Eneida* VII 511-518.

[592] Medea trata de hipnotizar al dragón haciéndole fijar sus ojos en ella (cf. la hipnosis de Talos en IV 1669-1672).

[593] La acumulación de epítetos referidos a Hécate recuerda el estilo de los himnos y las letanías, como en III 861-862. El Sueño *(Hýpnos)* como soberano supremo aparece ya en *Ilíada* XIV 233 (véase también *Himno Órfico* LXXXV).

[594] El dragón es hijo de la Tierra (Gea): cf. II 1208-1215.

[595] Considerado un antídoto contra las serpientes.

[596] En otra versión del mito (FERECIDES, 3 frag. 31 JAC.) Jasón mataba al dragón. La captura del vellocino es una escena representada con frecuencia en el arte figurativo.

[597] Los aposentos de las mujeres solían estar en el piso superior de la casa: *Odisea* I 328-331 (Penélope); LISIAS, I 9-10; Mosco, *Europa* 6.

[598] En I 774-781 la imagen de la doncella y del esplendor luminoso aparecen también ligados a la belleza de Jasón.

[599] Estratagema usada ya en II 1060 ss. contra las aves de Ares.

[600] La lucha por la patria y la familia, evocada en los últimos versos, es un tema heroico tradicional: cf. *Ilíada* XV 661-666 (arenga de Néstor); CALINO, 1, 6-8; ESQUILO, *Persas* 402-405 (clamor guerrero de los griegos en Salamina). La arenga de Jasón, cargada de resonancias de la épica guerrera (jefe que exhorta a su tropa antes del combate), entraña cierta ironía, pues en realidad incita a la huida.

[601] La escena de la partida es imitada por FILÓSTRATO EL JOVEN *(Descripciones de cuadros* XI).

[602] La multitud de los colcos es ilustrada con imágenes de inspiración homérica: cf. *Ilíada* II 799-801; IV 422-427 (y TEÓCRITO, XVI 60-61); VI 146-148. Véase la recreación de *Eneida* VI 305-312.

[603] Eetes tiene la intención de quemar la nave (III 581-582).

[604] Recuérdese la partida de Eetes armado en III 1225-1245. La figura de Apsirto-Faetonte, auriga del carro de su padre (tirado por caballos de Helios), es análoga a Faetonte hijo de Helios, que perece también ocupando el puesto del padre (IV 597-603).

[605] Como en III 579-605, el discurso de Eetes se presenta en estilo indirecto. Compárese el pasaje paralelo de CALÍMACO (frag. 7, 27-34 PF.) sobre la reacción del soberano, donde pone por testigos a Helios y al río Fasis.

[606] La navegación de regreso bordea también la costa meridional del Ponto hasta Paflagonia.

[607] Los ritos a Hécate son secretos. Semejante reticencia por motivos religiosos se impone el poeta para los misterios de Samotracia en I 919-921. Cf. también *Himno Hom*. II 476-479; CALÍMACO, frag. 75, 4-9 PF.

[608] Tebe, hija de Tritón (antiguo nombre del Nilo), es la heroína epónima de Tebas de Egipto. Argos alude a la ruta que pretendía seguir en su frustrado viaje a Orcómeno (cf. II 1152-1153) para evitar el paso de las Simplégades.

[609] Dánao, el ancestro de los dánaos (argivos), procedía de Egipto.

[610] Según la tradición, los arcadios eran una población autóctona y antiquísima (cf. escolio a IV 263-264ab; HERÓDOTO, I 66; LICOFRÓN, 482). Apidaneos es sinónimo de peloponesios, por el nombre de su legendario rey Apis.

[611] Véase III 1085-1090.

[612] Eeria *(ēeríē)* significa «Brumosa». Las crecidas del Nilo, que fertilizan la tierra egipcia, recibían explicaciones diversas (cf. HERÓDOTO, II 19 ss.; escolio a IV 269-271a). Sobre la antigüedad de los egipcios compárese HERÓDOTO, II 2-3 y PLATÓN, *Timeo* 22-23.

[613] HERÓDOTO (II 102-110) narra esta fabulosa expedición del faraón Sesostris, y menciona las estelas dejadas en recuerdo de sus victorias y la fundación de la Cólquide por colonos egipcios. Cf. también DIODORO SÍC., I 53-58.

[614] Al norte de Escitia, en el país de los hiperbóreos. En la primitiva geografía los ríos eran concebidos como brazos de un Océano exterior que rodea el contorno de la tierra (cf. IV 629-634).

[615] Río de Acarnania que desemboca en el mar Jonio. La ruta propuesta supone una conexión fluvial entre el Mar Negro («oriental») y el Adriático («golfo» del mar de Trinacria o Sicilia) mediante una bifurcación del Istro (Danubio). Sobre este itinerario, cf. Introd. C-4.

[616] A la altura del cabo Carambis (cf. II 360-363, 943) la Argo deja la navegación costera y cruza el Ponto en dirección Noroeste, siguiendo la señal de Hera (un meteorito o meteoro luminoso: cf. III 1377-1379). El hijo de Lico, Dáscilo, había embarcado para servirles de guía (II 802-805).

[617] Este grupo de colcos encontrará a los argonautas en Drépane-Corcira (IV 1000 ss.). La flota de los colcos también se divide en CALÍMACO (frags. 9-11

PF.), donde los argonautas en cambio regresan por el Bósforo.

618 La desembocadura del Istro, cuyo número de bocas varía en los geógrafos antiguos, forma un delta *(Peúkē* o isla «de los pinos»): mientras los argonautas penetran en el río por su boca superior, más lejana, los colcos lo hacen por la inferior, y así atraviesan delante «el istmo» (¡de la península balcánica!) y llegan antes al «golfo» del mar Jonio (el Adriático).

619 Una tradición muy extendida consideraba la Argo como la primera nave (cf. ERATÓSTENES, *Catast*. 35; OVIDIO, *Met*. VI 721; LUCANO, III 193). APOLONIO la presenta como la mejor de las naves (I 113-114; 111 340-346), pero se hace eco de aquella tradición al describir la admiración que su visión provoca: el tema del espanto de los pastores reaparece en ACCIO (*Medea* 391 ss. RIBBECK = CICERÓN, *Sobre la nat. de los dioses* II 89); véase también I 547-552.

620 Pueblos todos ribereños del Istro (Danubio).

621 Lugares que no son localizables con certeza.

622 Las más septentrionales del archipiélago de las Libúrnides en el Mar de Crono (Adriático Norte). El pueblo de los brigos habitaba la costa de Iliria (cf. IV 469-470).

623 En la costa iliria del Adriático, hacia el Sur, por donde era previsible que los argonautas intentaran pasar.

624 Eetes había puesto como exigencia el rescate de Medea (IV 231-235).

625 Como luego el rey Alcínoo en IV 1176-1179.

626 Este verso (348a = II 1186) debe de ser una interpolación.

627 Medea recuerda las súplicas de Jasón (III 985-988) y sus promesas de matrimonio y de protección (IV 95-98, 194-198).

628 El alción, un ave marina de canto triste y lastimero, era asociado a la melancolía y la soledad (cf. *Ilíada* IX 561-564; ALCMÁN, frag. 26 PAGE; OVIDIO, *Met*. XI 410-750).

629 La expresión evoca las palabras de Andrómaca a Héctor en *Ilíada* VI 429-430.

630 Hera, protectora de Jasón y diosa del matrimonio.

631 Al tenebroso infierno.

632 La imprecación de Medea apunta, con trágica ironía, al futuro exilio de ambos en Corinto.

633 Este discurso de Medea, que tiene su modelo en EURÍPIDES, *Medea* 465-519, ha sido imitado a su vez por VIRGILIO, *En*. IV 305 ss. (Dido a Eneas) y OVIDIO, *Met*. VIII 108 ss. (Escila a Minos).

634 Una vez eliminado Apsirto y anulado así el apoyo de los indígenas, los argonautas lucharían contra los colcos solos.

635 Que vendrán a sellar el pacto (v. 435 ss.).

[636] Las tres Gracias *(Cárites)* eran relacionadas con la confección de obras artísticas. Día es una islita al norte de Creta o bien la isla de Naxos.

[637] Otros regalos de las lemnias se mencionan en III 1204-1206 y II 30-32.

[638] Dioniso (cf. II 905 y IV 1134), quien se unió a Ariadna después de ser abandonada por Teseo.

[639] El abandono de Ariadna en Día se halla representado en el cobertor del lecho nupcial de Tetis descrito en CATULO, LXIV 50-266. Recuérdese la versión parcial de la leyenda ofrecida por Jasón en III 997-1005. La historia del manto está cargada de connotaciones y de simbolismo: asociado primero a Ariadna, luego a Hipsípila y ahora a Medea, representa el engaño, el motivo de la amante abandonada que en este pasaje adquiere trágica significación premonitoria respecto a Medea. Compárese la historia del cetro de Agamenón en *Ilíada* II 100-108.

[640] El mensaje de Medea a Apsirto, en estilo indirecto, se expresa de manera tortuosa, como sus planes.

[641] El apóstrofe a Eros tiene su modelo en TEOGNIS, 1231-1234. Véase también SÓFOCLES, *Ant*. 781-801; EURÍPIDES, *Hip*. 525-544. La voz del poeta emerge en la narración con un comentario de tono similar en el episodio de Talos (IV 1673-1677).

[642] Imagen inspirada en *Ilíada* XXI 282-283.

[643] Medea aparta la mirada para no ver el asesinato de su hermano y luego trata en vano de no quedar *manchada* con la sangre del crimen.

[644] La mutilación del cadáver tenía por objeto impedir la venganza de la víctima, mientras que el escupir la sangre es un rito apotropaico, para arrojar la mancha del crimen (compárese SÓFOCLES, *Elec*. 444-446, sobre el asesinato de Agamenón). La repetición por tres veces con valor ritual se encuentra igualmente en I 1057-1059, IV 1535-1536, IV 1668-1669; CALÍMACO, *Himno* VI 13-15.

[645] Así se llamarán, por el nombre de Apsirto, los colcos establecidos allí (vv. 514-515), y Apsírtides las islas (cf. ESTRABÓN, II 5, 20; VII 5, 5).

[646] Ambos símiles son de inspiración homérica: véase *Ilíada* XXII 139-142 y XV 323-326 respectivamente; y aquí I 1049-1050 y II 123-129.

[647] Para despistar a sus perseguidores colcos, los argonautas se dirigen al Norte, hacia la desembocadura del Eridano (Po). La isla de Electris recibe su nombre del «ámbar» *(ḗlektron)* que arrastran las aguas del Erídano (cf. IV 596-626).

[648] Recuérdense las violentas amenazas de Eetes en IV 230-235.

[649] Véase IV 481 y nota.

[650] Pueblo del sur de Iliria, donde se establecieron Cadmo y su esposa Harmonía exiliados de Tebas (cf. EURÍPIDES, *Bac*. 1313 ss.; CALÍMACO, frag. 11 PF.).

[651] Los montes Ceraunios constituyen la frontera natural entre Iliria y el Epiro: el texto griego explica su nombre *(Keraúnia)* a partir de los rayos *(keraunoí)* de Zeus. «La isla de enfrente» es Corcira (Drépane).

[652] Probablemente la península donde está la moderna Zadar, junto a la supuesta desembocadura del Istro y frente al archipiélago de las Libúrnides.

[653] Jasón menciona esta consulta del oráculo délfico en I 360-362 y 412-414. El segundo trípode será depositado en Libia (IV 1547-1550). La función del trípode como talismán recuerda el Paladio en Troya o los restos de Edipo en Atenas (SÓFOCLES, *Ed. en Col*. 1520-1532).

[654] Nausítoo es el padre de Alcínoo, rey de los feacios; y Macris una heroína de Eubea, a quien Hera desterró por haber sido nodriza de Dioniso (cf. IV 1131-1140). Hilo, epónimo de los hileos e hijo de la ninfa Mélite, debe distinguirse de otro Hilo más célebre, hijo de Heracles y Deyanira.

[655] Pueblo vecino de los hileos. Nausítoo facilita la marcha de Hilo (un ciudadano *incómodo* por su noble ascendencia), igual que Eetes había animado la partida de los hijos de Frixo (III 601-602); se trata de un motivo frecuente en las leyendas de fundación.

[656] Italia, llamada así por Ausón, hijo de Ulises y Calipso. Las Ligústides (frente a Liguria) o Estécades («Alineadas») son las islas que bordean el litoral entre Marsella y Antibes: cf. IV 650 ss.

[657] Con la invocación a las Musas acompañada de interrogación retórica, el poeta pretende salvar la diversidad de tradiciones existentes para la ruta de regreso y presentar su relato posterior, a través de numerosos *aitia*, como fundamentado en los testimonios y vestigios *históricos* de la expedición argonáutica. Compárese II 851-853, IV 1620-1622 y, sobre todo, CALÍMACO, frag. 7, 19 PF.

[658] En esta parte del relato Zeus asume temporalmente el tradicional papel de «dios hostil» a los héroes, como Posidón en la *Odisea* o Juno en la *Eneida*.

[659] Los argonautas navegan en dirección sureste bordeando la costa iliria del Adriático, a lo largo de la cual están las Libúrnides.

[660] Frente a la desembocadura del Neretva y distinta, pues, de la Corcira Feacia, que APOLONIO llama Drépane (cf. IV 982 ss.). Cercira o Corcira, hija del dios-río Asopo (que discurre por Fliunte en la Argólide), tuvo de Posidón un hijo, Feace, epónimo de los feacios.

[661] En HOMERO la ninfa Calipso habita la fabulosa isla de Ogigia (cf. *Odisea* VII 244 ss.).

[662] Ante la desembocadura del Erídano (Po): cf. IV 505-506.

[663] Se repite, en parte de modo literal, el prodigio narrado en I 524-527.

[664] Como «Hijos de Zeus» *(Dioscuros)* y, sobre todo, como dioses protectores de los marinos: véase luego IV 650-653 (y también II 806-810). El mar Ausonio es el Tirreno.

[665] La brevedad del relato corresponde a la rapidez de esta prodigiosa navegación hasta el curso superior del Erídano.

[666] Faetonte («Brillante») pereció fulminado por un rayo de Zeus mientras conducía el carro del Sol. Las Helíades (Hijas del Sol), metamorfoseadas en

álamos, lloran la muerte de su hermano y sus lágrimas, gotas de resina fósil, forman el ámbar o *electro*. Véase OVIDIO, *Met*. II 19-400, y la descripción de la escena en FILÓSTRATO, *Descripciones de cuadros* XI.

667 Narración meramente alusiva del mito de Corónide y Asclepio. Para vengar la muerte de su hijo Asclepio, fulminado por Zeus porque había osado resucitar a mortales, Apolo mató a su vez a los Cíclopes, por lo cual hubo de exiliarse un tiempo entre los hiperbóreos o, en la versión corriente, al servicio de Admeto (cf. PÍNDARO, *Pít*. III 24-60; APOLODORO, III 10, 3-4). Lacería es una ciudad de Tesalia, en la ribera del Amiro.

668 El poeta imagina una nueva conexión fluvial, ahora entre el Erídano (Po) y el Ródano a través de los lagos (alpinos?) del país de los celtas, para comunicar el Adriático («mar Jonio») y el golfo de León (del «mar de Cerdeña»). El tercer brazo, que fluye al Océano exterior, sería el Rhin. Las puertas de la Noche se sitúan en el extremo Occidente (cf. HESÍODO, *Teog*. 744-757).

669 En la Selva Negra.

670 Pueblo de la costa mediterránea, al sur de los celtas.

671 Véase IV 553-554 y nota.

672 La apoteosis de los Dioscuros («Hijos de Zeus») como dioses protectores de la navegación, promovida por el rey Lico en II 806-810, es aquí sancionada por el propio Zeus. Esta faceta de Cástor y Polideuces era conocida desde antiguo (cf. *Himno Hom*. XXXIII; ALCEO, frag. 34 LOBEL-PAGE; EURÍPIDES, *Helena* 1495 ss.; TEÓCRITO, XXII 1-22). La doble mención de su culto, en Heraclea y en las islas Estécades, prueba su popularidad en el Egipto helenístico.

673 Pasaje sumamente conciso y críptico (incompleto para algunos editores). En la isla de Etalia (Elba), después de practicar competiciones deportivas, los héroes se limpian el sudor y los unguentos con guijarros de la orilla que en adelante conservaron un color «ferruginoso» (semejante al de la piel); además quedan piedras usadas como «discos» en tales pruebas y otros vestigios. El Puerto de la Argo es la actual Portoferraio (cf. Ps.-ARISTÓTELES, *Mir. Ausc*. 105; ESTRABÓN, V 2, 6).

674 Los argonautas bordean la costa de Italia de Norte a Sur por el mar Tirreno. Eea se localiza en el promontorio Circeo (en el Lacio).

675 El simbolismo del sueño parece claro: «la sangre de su casa» representa la muerte de Apsirto, «la llama» presagia la ineficacia de sus artes mágicas con los argonautas (IV 686-689), y «la sangre de una víctima» alude al sacrificio expiatorio (IV 704 ss.).

676 El limo como principio de generación de los seres vivos posee una larga tradición, paralela a la del *Génesis* (cf. HESÍODO, *Trabajos y días* 60 ss.; ARISTÓFANES, *Aves* 686; HORACIO, *Odas* I 16, 14).

677 El poeta evoca el episodio homérico de Circe, donde la maga transforma a los hombres en animales (*Odisea* X 210 ss.). Pero los imagina con sus metamorfosis incompletas, como a veces en el arte figurado, y conformados de acuerdo con las teorías cosmogónicas de EMPÉDOCLES (31 B 57-62 DIELS-

KRANZ) fundamentalmente. Los cuatro elementos, tierra y agua (al principio confundidos en limo), aire y fuego, generan seres híbridos y monstruosos, que luego, tras un proceso de condensación, la acción del Tiempo (del Amor y la Discordia en Empédocles) ordenó en especies homogéneas.

678 El brillo en los ojos caracteriza en el poema a toda la raza de Helios (cf. IV 727-729). Véase FILÓSTRATO EL JOVEN, VII 1.

679 Es la pérfida invitación de Circe, que suele acabar con los forasteros convertidos en animales (cf. *Odisea* X 230 ss., 312 ss.).

680 En actitud propia de los suplicantes: sentados junto al hogar, silenciosos, y baja la mirada. La espada del crimen también debe ser purificada.

681 La sangre del animal *lava* las manos de Jasón y Medea. Compárese la purificación de Orestes en ESQUILO, *Eum*. 276-283.

682 *Palamnaîos:* 'que castiga y a la vez socorre a los criminales', como glosa el v. 701. La acumulación de epítetos reproduce, en estilo indirecto, la plegaria de Circe.

683 En *Odisea* X 348-359 Circe tiene a su servicio cuatro ninfas.

684 Hipálage: las libaciones, que acompañan a las tortas rituales, son las que se hacen sin vino en el culto a las Erinis (con agua, leche o miel). Cf. ESQUILO, *Eum*. 106-109; CALÍMACO, frag. 681 PF.

685 Zeus.

686 Expresión críptica: Circe desea saber si la joven habla su misma lengua; o bien, desea oír de la joven la lengua de su raza.

687 El poeta presenta las palabras de Medea en estilo indirecto, pero desde la perspectiva parcial del personaje, que omite el crimen cometido y también su amor por Jasón.

688 Hay cierto sarcasmo en la expresión.

689 La fragua de Hefesto, que *Ilíada* XVIII 369-371 sitúa en el Olimpo, fue después identificada con lugares de actividad volcánica: el Etna en Sicilia (CALÍMACO, *Himno* IV 141-146); las islas Lípari o Eolias al norte de Sicilia (TUCÍDIDES, III 88, 3; CALÍMACO, *Himno* III 46-49; TEÓCRITO, II 133-134; APOLONIO).

690 Iris es la mensajera de los dioses. Su triple misión en el pasaje tiene por modelo su visita a Tetis y a Príamo en *Ilíada* XXIV 74 ss. A su vez la mención de Eolo recuerda *Odisea* X 1-27.

691 Nereo (Viejo del Mar) es padre de Tetis y de las demás Nereidas.

692 Pasaje discutido. El poeta parece situar las Rocas *Planctas* o «Errantes» (mencionadas ya en el célebre pasaje de *Odisea* XII 59-72), así como Escila y Caribdis, en el estrecho de Mesina.

693 *Thémis*, consejera de Zeus, personifica la Ley divina.

[694] El poeta combina distintas versiones del mito (cf. *Ilíada* XXIV 59-63; PÍNDARO, *Íst*. VIII 27-47; ESQUILO, *Prom*. 920-925). Las bodas de Tetis y Peleo, padres de Aquiles, fueron uno de los episodios legendarios más célebres.

[695] La tradición de este matrimonio en los Campos Elíseos remonta a ÍBICO (frag. 291 PAGE) y SIMÓNIDES (frag. 558 PAGE). Sobre la crianza de Aquiles por el centauro Quirón, véase I 553-558.

[696] Peleo impidió con su torpeza que Tetis hiciera inmortal al niño Aquiles (cf. IV 869-879).

[697] Sobre la Ofuscación o Desatino *(Ate)*, que a todos, incluso al propio Zeus, confunde, cf. *Ilíada* XIX 91-113.

[698] Compárese la descripción de los peligros de Escila y Caribdis en *Odisea* XII 73-126. Apolonio recompone la genealogía de Escila: hija de Crateis en HOMERO; hija del dios marino Forco (Forcis) y de Hécate en ACUSILAO (2 frag. 42 JAC.).

[699] Esta noción de la velocidad de la luz solar es ilustrada por LUCRECIO, II 142-149. Cf. también III 756-759.

[700] El motivo de la divinidad visible sólo a un héroe recuerda la aparición de Atenea a Aquiles en *Ilíada* I 197 ss.

[701] El poeta se inspira en el episodio paralelo de Deméter y Demofoonte, narrado en *Himno Hom. a Deméter* 235 ss. Según otra versión (cf. escolio a IV 816), Tetis habría hecho perecer a varios hijos, sometiéndolos a la prueba del agua o del fuego para saber si eran mortales, hasta que Peleo salvó a Aquiles.

[702] Breve escena típica de reposo: compárese I 453-459; I 1182-1185; III 1193-1194.

[703] «Florida». En *Odisea* XII 159 las Sirenas ocupan un «prado florido» en su isla. Habitualmente se localiza cerca de Sorrento.

[704] Las Sirenas, asociadas al cortejo de Perséfone (hija de Deméter) ya en EURÍPIDES, *Hel*. 167-178, se metamorfosearon en mujeres-aves cuando aquélla fue raptada por Hades (cf. OVIDIO, *Met*. V 552-563). La imagen de las Sirenas como mujeres con cola de pez no aparece hasta el final de la Antigüedad.

[705] Expresión de origen homérico (*Ilíada* III 152): «delicada», «dulce», «clara».

[706] Curiosamente la música de Orfeo, célebre por su mágico efecto (cf. I 26-31 ; I 569-579), se limita aquí a interferir el canto fascinador de las Sirenas. Compárese el tratamiento del episodio en *Odisea* XII 166-200 y *Arg. Órf.* 1270-1290.

[707] En el monte Érice, situado en el extremo occidental de Sicilia cerca del cabo Lilibeo, había un templo de Afrodita Ericina, fundado por Érice, hijo de la diosa y de Butes (un rey indígena que el poeta identifica con el argonauta: cf. DIODORO SÍC., IV 23 y 83).

[708] La dolorosa continuación del viaje tras la pérdida de un compañero es un motivo común en la *Odisea* (IX 62-63, 105, 565-566; X 133-134).

[709] En el estrecho de Mesina. Véase IV 784 ss.

[710] Una imagen similar puede verse en I 572-574 y Mosco, *Europa* 115-119.

[711] El gesto de levantarse la túnica para correr es un motivo habitual: cf. III 874-875, IV 45-46, 949; *Himno Hom*. II 176-177.

[712] El símil evoca los juegos de Nausícaa en *Odisea* VI 99 ss.

[713] Nótese el marcado contraste de esta travesía (obra exclusiva de la divinidad, que maneja la nave Argo como un juguete) con el paso de las Simplégades, donde el dramático esfuerzo de los héroes recibe la ayuda de Atenea (cf. II 549-606).

[714] El cuadro, de gran riqueza plástica, es comparable al espectáculo de la partida admirado también por los dioses (I 547-558). La actitud de Hefesto recuerda la figura del Hércules Farnesio.

[715] Las Nereidas. El símil está inspirado en *Odisea* V 352-353.

[716] El oricalco es una aleación o metal precioso, no identificable. Ambas hijas del Sol tienen nombres luminosos: *Faetusa*, femenino de Faetonte, significa «Brillante» y *Lampecia* «Resplandeciente» (cf. *Odisea* XII 127-136, 264 ss.). Trinacia o Trinacria es Sicilia.

[717] El color blanco es el apropiado para los rebaños del Sol, como los doce toros consagrados por el rey Augías a su padre Helios (TEÓCRITO, XXV 130-142). Cf. también *Ilíada* III 103-104.

[718] La actual Corfú: en el mar Jonio, delante del estrecho de Otranto y frente a los montes Ceraunios (cf. IV 518-521).

[719] Nombre antiguo de la isla, llamada así por Macris la nodriza de Dioniso: cf. IV 540, 1131-1140. Esta versión del mito de Deméter, diosa de la agricultura, remonta a ARISTÓTELES (frag. 512 ROSE^2).

[720] La isla de los feacios, Esqueria en Homero y Corcira en la tradición usual, es llamada *Drépane* («Hoz») en Apolonio en virtud del *aition* de la emasculación de Urano por su hijo Crono (cf. HESÍODO, *Teog*. 160-187); y los feacios son considerados autóctonos, nacidos de la sangre de Urano caída sobre la tierra. La invocación a las Musas afirma la preferencia del poeta por esta explicación. CALÍMACO (frag. 43, 69-71 PF.) aplicaba ese *aition* al nombre de *Zancle* (Mesina) en Sicilia.

[721] Repetición de I 2-3.

[722] Alcínoo asume el arbitraje que en el encuentro con los colcos mandados por Apsirto se confiaba a reyes locales (cf. IV 347-349).

[723] Los vv. 1011-1057 forman dos escenas simétricas para las que el poeta no precisa el lugar de la acción: probablemente la súplica a la reina tiene lugar en palacio, y el discurso a los argonautas en la nave.

[724] Medea jura por Helios y Hécate, los dioses que le son más familiares (cf. IV 229-230).

[725] Alusión a su virginidad: cf. 1288.

[726] Arete es en Apolonio una generación más joven que en HOMERO. Los buenos augurios de Medea recuerdan los de Ulises en *Odisea* VII 148-150 (y VI 180-182).

[727] La expresión resulta irónica: tan bravos héroes han necesitado la ayuda de una mujer y ahora la abandonan. El discurso reproduce, ante el conjunto de los argonautas, motivos ya expresados por Medea a Jasón en IV 355-390.

[728] Los sarcásticos reproches de Medea constituyen una exhortación al combate, que recuerda formalmente la *epipṓlēsis* o revista de las tropas por Agamenón en *Ilíada* IV 231 -421.

[729] El poeta marca de nuevo el contraste entre la calma nocturna y la turbación interior de Medea (cf. III 744 ss.).

[730] El símil de la hilandera, que en III 291-298 ilustra el enamoramiento de Medea, acentúa en este caso la tonalidad patética del modelo homérico (*Il.* XII 433-435).

[731] La escena (vv. 1068-1111), que en algún punto evoca el engaño de Zeus por Hera *(Ilíada* XIV 353 ss.), perfila un gracioso cuadro de la vida cotidiana muy del gusto helenístico (cf. TEÓCRITO, XXIV 34 ss.).

[732] Expresión proverbial: cf. ESQUILO, frag. 695 METTE; HERÓDOTO, III 53; SÓFOCLES, *Áyax* 362-363. El tema del error aparecía ya en IV 817.

[733] Antíope, hija de Nicteo (de Asopo en I 735), tuvo de Zeus dos gemelos, Anfión y Zeto, y sufrió penalidades por escapar a la ira de su padre (cf. APOLODORO, III 5, 5; escolio a IV 1090).

[734] Dánae, que amada por Zeus alumbró a Perseo, fue arrojada con su hijo al mar en un cofre por su padre Acrisio (cf. SIMÓNIDES, frag. 543 PAGE; ESQUILO, frags. 463-474 METTE; escolio a IV 1091).

[735] Équeto, rey del Epiro, célebre por su crueldad según *Odisea* XVIII 84-87, cegó a su hija Metope, que se había entregado a su amante, y le prometió que recobraría la vista si lograba moler granos de bronce. Los tres ejemplos míticos ilustran la potencial crueldad de Eetes hacia Medea por la incomprensión paterna del amor.

[736] Arete revela el veredicto de Alcínoo inspirada por Hera, según se sabrá luego (IV 1199-1200). La diosa tiene un papel destacado en todo el episodio (cf. IV 1151-1152, 1184-1185).

[737] Hilo, hijo de Heracles y Mélite (cf. IV 537-551), dio nombre a un puerto de la isla, conocido por TUCÍDIDES (III 72, 3; 81, 2).

[738] Aristeo es un héroe civilizador al que se atribuía la invención de la apicultura y la oleicultura (cf. II 506-527).

[739] Dioniso *(Diòs Nysḗion):* cf. II 905. Los abantes son la antigua población de Eubea. Dioniso fue rescatado del seno de su madre, Sémele, cuando ésta fue carbonizada por el rayo de Zeus debido a un engaño de Hera celosa.

[740] Sobre la atractiva luminosidad del vellón, cf. IV 172-178, 184-188.

[741] La ninfa Mélite, hija del río Egeo (cf. IV 538-543), da nombre a la montaña donde el río nace. La misma clasificación de las ninfas (de los ríos, montes y bosques) se halla en I 1226-1227 y III 881-883 (cf. *Odisea* VI 123-124).

[742] La escena (vv. 1128-1160) esboza los ritos ceremoniales del matrimonio: libación, sacrificio, preparación del lecho nupcial (adornado con el radiante vellocino y con flores), cortejo de la novia formado por las ninfas, canto del himeneo. Luego, tras la noche de boda, seguirán los regalos y celebraciones (vv. 1182-1200).

[743] El comentario del poeta refleja una idea pesimista de la condición humana (ya apuntada en I 82). El mismo motivo se halla en CALÍMACO, frag. 298 PF. y QUINTO DE ESMIRNA, VII 635-636.

[744] Un cuadro semejante sobre el despertar progresivo de la ciudad puede verse en CALÍMACO (frag. 260, 63-69 PF.). Recuérdese el cuadro inverso descrito en III 744-750.

[745] Probablemente la actual península de Paleópoli.

[746] Alcínoo responde a la imagen de rey administrador de la justicia conforme a la tradición homérica y hesiódica (*Ilíada* I 237-239, II 204-206; *Teogonía* 80-93; *Trabajos y días* 250-264).

[747] Como diosa del matrimonio, además de protectora de los argonautas. El *himeneo* es un canto nupcial: Orfeo como solista canta la monodia, y las ninfas y los héroes entonan el estribillo coral (cf. SAFO, frag. 194 LOBEL-PAGE; ESQUILO, frag. 124 METTE; ARISTÓFANES, *Aves* 1720 ss.; TEÓCRITO, XVIII; CATULO, LXI, LXII, LXIV).

[748] De igual modo reaccionó el otro destacamento de colcos (IV 511 ss.) y por el mismo motivo (cf. IV 230-235).

[749] Cuando los Baquíadas de Corinto (Éfira) colonizaron Corcira (s. VIII), los colcos pasaron a una de las islas vecinas y luego a las poblaciones citadas de la costa del Epiro (como los otros colcos: cf. IV 518-521). Compárese CALÍMACO, frag. 12 PF., donde la narración también se cierra con un verso análogo (= I 1309).

[750] «Pastoril»: en el mito el dios aparece ligado al cuidado de los rebaños (cf. CALÍMACO, *Himno* II 47-54; TEÓCRITO, XXV 21-22). Las Moiras, diosas del «Destino», estaban relacionadas con las ceremonias nupciales.

[751] La donación de las siervas, que menciona también CALÍMACO (frag. 21, 5-7 PF.), restituye a Medea su séquito de princesa (cf. III 838-840).

[752] Desde Corcira-Drépane los argonautas navegan de Norte a Sur siguiendo la costa de Acarnania («el país de los curetes») y el archipiélago de las Equínades (con sus pequeños islotes) hasta avistar el Peloponeso.

[753] La tempestad, que es un recurso habitual para motivar un giro en el itinerario (cf. I 1016-1018; IV 578-580; y *Odisea* IX 80-84, donde un temporal de nueve días lleva a Ulises al país de los lotófagos), arrastra la nave hacia el Sur hasta la Gran Sirte al oeste de Cirene, en Libia. Cf. la descripción de este golfo en ESTRABÓN, XVII 3, 20 y LUCANO, IX 303 ss.

[754] La descripción refleja bien esa atmósfera de opresiva calma propia de los parajes desérticos, donde cielo y arena se confunden a la vista en el horizonte, y cuya desolación se manifiesta en los personajes.

[755] Los argonautas ignoran que las Simplégades han quedado fijas para siempre (cf. II 1190-1191). La preferencia de una muerte gloriosa frente al anonimato es un rasgo propio del código heroico de la épica homérica (cf. *Od*. V 306-312; *Il*. XXII 304-305).

[756] Este catálogo de calamidades y prodigios constituye un motivo literario tradicional (cf. *Odisea* XX 351-357; DIODORO SÍC., XVII 10; QUINTO DE ESMIRNA, XII 503-520), que en la forma de símil destaca la situación angustiosa de los héroes.

[757] Una situación parecida se describe en II 860-862.

[758] Según la tradición el cisne cantaba del modo más bello antes de morir (cf. ESQUILO, *Agam*. 1444-1445; PLATÓN, *Fedón* 84e). La imagen (inspirada en *Ilíada* II 459-463) resulta, pues, evocadora y sugiere que las mujeres entonan su propio llanto fúnebre. CALÍMACO (*Himno* IV 249-250) menciona también los cisnes del Pactolo (río de Lidia).

[759] El nacimiento de Atenea (toda armada) de la cabeza de Zeus se siruaba junto al río Tritón o la laguna Tritónide (véase IV 1390 ss.), de donde viene a la diosa el epíteto de *Tritogenia* o *Tritónide* (cf. ESQUILO, *Eum*. 292-293; CALÍMACO, frags. 37 y 584 PF.; LUCANO, IX 350-354; PAUSANIAS, IX 33, 8).

[760] El mediodía es hora propicia para las apariciones divinas: cf. CALÍMACO, *Himno* V 72-74.

[761] La aparición de las heroínas guarda semejanza con las escenas homéricas de sueño (cf. *Il*. II 20 ss., XXIII 65 ss.; *Od*. IV 795 ss.). Recuérdese cómo Tetis se apareció también a Peleo solo (IV 852-855). Jasón evita la visión de las diosas que suele acarrear desgracias (cf. II 681-683; CALÍMACO, *Himno* V 78 ss.).

[762] Hijas de Posidón y de Libia, ninfa epónima de la región, de la que a su vez son diosas tutelares.

[763] La enigmática profecía será luego revelada (vv. 1370-1379). Anfitrite es una Nereida esposa de Posidón.

[764] La confianza en la opinión colectiva es un motivo recurrente en el poema: cf. III 171-175; I 665-666.

[765] La imagen, que marca analogía y contraste a la vez, recuerda la comparación de Ulises con un león en su encuentro con Nausícaa (*Odisea* VI 130 ss.).

[766] Cual jóvenes libias, que solían revestirse con pieles de cabra (cf. HERÓDOTO, IV 189).

[767] Con excepción de las palabras proféticas, repetidas casi fielmente, en el discurso puede notarse la variación expresiva con respecto al relato anterior (vv. 1313 ss.), habitual en el estilo de Apolonio.

[768] El caballo, símbolo marino ligado a Posidón, indica el camino para alcanzar de nuevo el mar.

[769] La referencia a las Musas (nacidas en la región de Pieria) pretende salvar la inverosimilitud de un relato heredado de la tradición (cf. PÍNDARO, *Pít*. IV 25-27). Compárese IV 984-985.

[770] La reticencia o interrupción de un relato, recurso frecuente en APOLONIO (cf. I 648-649; I 919-921; IV 247-250), sirve aquí al énfasis de la materia por su carácter inenarrable (cf. *Ilíada* II 487-492).

[771] El jardín de las Hespérides («ninfas del Ocaso») era situado en el extremo Occidente cerca del monte Atlas o Atlante, que aquí se localiza en Libia. Sus manzanas de oro, regalo de la Tierra a Hera en ocasión de su boda con Zeus, eran custodiadas por un dragón, que en Apolonio parece ser hijo de la Tierra. Cf. HESÍODO, *Teog*. 517-520; EURÍPIDES, *Hip*. 742-751; DIODORO SÍC., IV 26; LUCANO, IX 355-367.

[772] La consecución de las manzanas de oro de las Hespérides constituía uno de los doce trabajos de Heracles (cf. APOLODORO, II 5, 11). Para ello el héroe mataba al dragón (cf. PANIASIS, frag. 11 BERNABÉ; EURÍPIDES, *Her*. 394-400), usando en este caso flechas emponzoñadas con veneno de la hidra de Lema (sobre cuyo efecto cf. SÓFOCLES, *Traq*. 695-704), muerta en otro de sus trabajos.

[773] En un típico gesto de duelo.

[774] Orfeo espera que éstas sean ninfas acuáticas, hijas de Océano, y puedan indicarles alguna fuente.

[775] La plegaria de Orfeo responde al estilo del himno *clético* (que invoca la presencia del dios): cf. I 411-424; IV 1597-1600.

[776] Nueva metamorfosis de las Hespérides (cf. vv. 1408-1409).

[777] Esta descripción de Heracles, convencional en sus atributos (ataviado con la piel del león de Nemea y provisto de maza y arco), presenta una imagen brutal, salvaje y un tanto grotesca del héroe, que era común en la poesía (cf. ARISTÓFANES, *Ranas* 549 ss.; CALÍMACO, *Himno* III 145-161). En contraste, su acción resulta salvadora para los argonautas.

[778] Imagen de inspiración homérica (cf. *Il*. XVI 641-644).

[779] La nostalgia de Heracles tras su abandono es un motivo recurrente en el poema: cf. II 144-154; II 772-795.

[780] Héroes dotados de especiales facultades: cf. I 211-223 y II 273 ss. (sobre los Boréadas); 1 179-184 (Eufemo); 1 153-155 (Linceo).

[781] Polifemo, abandonado en Misia con Heracles, fundó la ciudad de Cío: véase I 1321-1323, 1345-1347.

[782] El símil es imitado por VIRGILIO, *En*. VI 453-454.

[783] El destino de Canto era ya anunciado en el catálogo (I 77-85). Las Ceres son genios divinos que representan la muerte (cf. IV 1665-1667).

[784] De la ciudad de Licorea en el Parnaso, consagrada a Apolo.

[785] La leyenda alude a la colonización cretense de la Cirenaica (testimoniada en HERÓDOTO, IV 154, 161). Garamante es el héroe epónimo de los garamantes que habitan el interior de Libia, y Nasamón el ancestro de los nasamones que ocupan el entorno de la Gran Sirte.

[786] Como en la muerte del adivino Idmón (II 815-817), el poeta destaca lo ineludible del destino.

[787] Advocación de Apolo como dios «sanador».

[788] Provisto de unas sandalias aladas y demás equipamiento, Perseo logró cortar la cabeza de la monstruosa Gorgona (Medusa), tarea que le fue impuesta por Polidectes, rey de la isla de Sérifos, adonde había llegado con su madre Dánae (cf. IV 1091-1092; FERECIDES, 3 frag. 11 JAC. = escolio a IV 1515a).

[789] El mismo origen se da a los ofidios en APOLONIO, frag. 4 POWELL; OVIDIO, *Met*. IV 617-620; LUCANO, IX 619-733. En cambio, el dragón que guarda el vellocino se considera nacido de la sangre de otro monstruo, Tifón (II 1209-1215).

[790] La sierpe descrita y los efectos de su mordedura poseen rasgos comunes con la cobra o *aspis* (cf. NICANDRO, *Ter*. 161-189) y también con otras venenosas como el sepedón o *sepe* (cf. NICANDRO, *Ter*. 327-331; LUCANO, IX 762-787; ELIANO, *Hist. anim*. XV 18). Véase también APOLONIO, frag. 3 POWELL.

[791] El mismo ritual fúnebre se practica en honor de Cícico (I 1057-1060). Los cabellos mesados se arrojan sobre el cadáver como ofrenda (cf. *Ilíada* XXIII 135-136).

[792] El símil de la serpiente (cf. HESÍODO, frag. 70, 23 MERK.-WEST) es particularmente adecuado en el contexto del pasaje anterior.

[793] Sobre el trípode véase IV 528-533 y HERÓDOTO, IV 179.

[794] Eurípilo, hijo de Posidón y hermano o personificación de Tritón, es el soberano del país donde se estableció la ninfa Cirene: cf. PÍNDARO, *Pít*. IV 20-37; CALÍMACO, *Himno* II 91-92.

[795] Eufemo, también hijo de Posidón, se apresura a tomar el puñado de tierra libia de la que surgirá Tera, metrópoli de Cirene; y el propio argonauta resultará ser el ancestro de Bato, fundador de Cirene (cf. IV 1731-1764).

[796] Apis alude al Peloponeso, por el nombre de su mítico rey (cf. TEÓCRITO, XXV 183). El mar de Minos es el de Creta.

[797] La travesía por alta mar hacia Creta y el Peloponeso debe arrancar del punto más septentrional de la costa Libia, el cabo Fico (cf. IV 1625 ss.).

[798] Tópico del *propemptikón* o «canto de despedida» (cf. TEOGNIS, 691-692; PÍNDARO, *Olím*. VI 103-104; TEÓCRITO, VII 52 ss.).

[799] Las Nereidas. Forcis o Forco (cf. IV 828-829) es otro dios marino, hermano de Nereo.

[800] Para la imagen del brioso corcel, véase III 1259-1262 y JENOFONTE, *Equit*. X 3-5, 16-17.

[801] La imagen de la media luna para ilustrar la forma de una aleta caudal se halla en OVIDIO, *Met*. III 681-682 (cf. también ELIANO, *Hist. anim*. XV 4). Tritón se muestra ahora con su auténtico aspecto de dios marino, mitad antropomórfico y mitad cetáceo.

[802] Distinto al de la isla de Etalia (IV 654).

[803] Los argonautas navegan con el Céfiro (viento del Oeste) bordeando la costa libia desde la salida de la laguna Tritónide hasta el cabo Fico (y el golfo situado al Este). Desde allí el Noto Argestes o Leuconoto (cf. *Ilíada* XI 305-306; ESTRABÓN, I 2, 21, XVII 3, 21), viento del Suroeste, les lleva rumbo a la isla de Cárpatos.

[804] El lucero vespertino. El atardecer, asociado al regreso del campesino a su cabaña (cf. I 1172-1176; CALÍMACO, frag. 177, 5-6 PF.), señala aquí por contraste el comienzo de un largo esfuerzo para los remeros (cf. II 660-668).

[805] Expresión ambigua: el término *hyperépleto*, un *hápax*, puede interpretarse como «sobrepasar en tamaño o altura», o bien como «estar más adentro en el mar».

[806] Promontorio en el extremo oriental de Creta.

[807] El poeta sigue el mito hesiódico de las razas (*Trabajos y días* 143-160): Talos pertenece a la raza belicosa de bronce, nacida de los fresnos, que precedió a la estirpe de los héroes semidivinos, entre los que se cuentan los argonautas. Cf. APOLODORO, I 9, 26; PS.-PLATÓN, *Minos* 320c.

[808] De nuevo la suerte de los héroes depende sólo de una mujer (cf. III 488, 1026).

[809] Medea afirma el poder mágico de su personalidad y practica el mal de ojo emitiendo imágenes maléficas sobre la víctima (cf. IV 145-148; DEMÓCRITO, 68 A 77 DIELS-KRANZ). Además invoca en este caso a las mortíferas Ceres (cf. EURÍPIDES, *Elec*. 1252; *Antología Pal*. VII 439, 3).

[810] El comentario del poeta (acompañado de una invocación, como en IV 445-449) insiste sobre la fragilidad de la condición humana.

[811] La sangre de los inmortales: cf. III 853.

[812] El símil, que recrea con eficacia el motivo homérico del abatimiento del guerrero (cf. *Ilíada* IV 482-487; XIII 389-391 = XVI 482-484), es imitado por VIRGILIO, *En*. II 626-631.

[813] El actual cabo Sídero, donde también la epigrafia atestigua un santuario de Atenea. La zona oriental de Creta pertenecía al reino de Tolomeo Filadelfo.

[814] El poeta evoca la noción de *cháos* («cavidad»), el tenebroso abismo primordial, para describir esta noche cerrada y oscura (cf. II 1102-1105). El mismo episodio es tratado por CALÍMACO (frags. 18-20 PF.) y CONÓN (26 frag. 1, 49 JAC.).

[815] La plegaria de Jasón es resumida en estilo indirecto. Pito (Delfos), Amiclas cerca de Esparta, y Ortigia (Delos) son lugares célebres por el culto a Apolo. Véase 1418-419, y CALÍMACO, frag. 18, 5-8 PF.

[816] Dos escollos que reciben su nombre de Melas, hijo del fundador de Naxos, que naufragó en estos parajes cerca de Tera.

[817] Tanto el nombre de la isla, *Anáphē* («Aparecida»), como la advocación de Apolo *Aiglḗtēs* («Resplandeciente») se explican en virtud de la luz salvadora del dios (cf. CALÍMACO, frag. 7, 23 PF.). Recuérdese la aparición de Febo al amanecer en II 669-700; y su radiante luminosidad en *Himno Hom*. III 440-445.

[818] El ritual de la *aischrología* de Ánafe, similar a los practicados en Eleusis (*Himno Hom*. II 202-204) o en Lindos (CALÍMACO, frag. 23 PF.), estaría ligado en su origen a cultos agrarios. CALÍMACO (frag. 21 PF.) lo relaciona también con esta escala argonáutica.

[819] Hermes, dios de los sueños.

[820] El que le entregara Tritón: cf. IV 1551-1563.

[821] El oráculo de Apolo, que Jasón había consultado antes de la expedición (cf. 1 209-210; 301-302; 360-361; 412-414).

[822] La leyenda trataba de explicar el surgimiento de Calista («La más hermosa»), una isla de origen volcánico, luego llamada Tera (Santorini): cf. CALÍMACO, frag. 716 PF. (= ESTRABÓN, XVII 3, 21). Los descendientes de Eufemo, nacidos de su unión con una de las lemnias, acabarán por establecerse en la isla de Tera, de donde pasarían a fundar Cirene (631 a. C.). Cf. PÍNDARO, *Pít*. IV 6-65, 256-262; HERÓDOTO, IV 145-157; CALÍMACO, *Himno* II 72-76.

[823] El mismo *aition* de la *hidroforia* de Egina era contado por CALÍMACO (frag. 198 PF.). Los mirmidones eran habitantes autóctonos de Egina, resultado de la metamorfosis de hormigas *(mýrmēkes)* según una leyenda (HESÍODO, frag. 205 MERK.-WEST).

[824] El afán de pervivencia del poeta a través de su obra es un motivo literario que remonta a PÍNDARO (*Pít*. VI 10-17) y que gozará de notable fortuna en la poesía latina augústea (cf. VIRGILIO, *En*. IX 446-449; HORACIO, *Odas* III 30; PROPERCIO, III 2, 17-26; y OVIDIO, *Met*. XV 871-879, también en final de poema).

[825] Desde Egina los argonautas bordean el Ática (el país de Cécrope) y pasan el estrecho de Euripo entre Eubea y el continente, donde está Áulide (ciudad de Beocia) y Opunte (capital de Lócride oriental).

[826] Como el inicio del poema, este epílogo (vv. 1773-1781) imita el estilo de los himnos con su invocación y apóstrofe a los héroes en segunda persona (véase la imitación de CATULO, LXIV 22-24).

FRAGMENTOS

INTRODUCCIÓN

Véase el epígrafe A-4, «Otras obras» de la Introducción general.

Para el texto de los *Fragmentos* sigo la edición de I. U. Powell, *Collectanea Alexandrina*, Oxford, 1925 (págs. 4-8), aunque también he cotejado las ediciones más autorizadas de los autores que los transmiten.

Bibliografía

F. Cassola, *Par. del Pass*. 12 (1957), 192-209.

S. Jackson, «Apollonius of Rhodes: Author of the *Lesbou Ktisis*?», *Quad. Urb. C. C*. 49 (1995), 57-66.

D. N. Levin, «Apolloniana minora», *Trans. Am. Phil. Ass*. 93 (1962), 154-163.

B. Schmid, *Studien zu griechischen Ktisissagen*, T. Doct., Friburgo, 1947.

H. White, «Parthenius and the story of Pisidice», *Maia* 34 (1982), 147-152.

CANOBO

1

Apolonio Rodio en el *Canobo*:

De labor corintia es la forma de las columnas

ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *Corinto*.

2

Apolonio en el *Canobo*:

Te agradará de las naves la dulce travesía

que a los lugareños lleva dones del rico Nilo

ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *chō̆ra*.

3

También Apolonio dice que las llagas de los heridos por una *hemorrois*[1] se corrompen[2].

ESCOLIO A NICANDRO, *Ter*. 303-304 [3].

FUNDACIÓN DE ALEJANDRÍA [4]

4

Por cierto, sobre el origen de los animales venenosos, que proviene de la sangre de los Titanes no puede encontrarse en Hesíodo. Acusilao dice que todos los animales venenosos nacieron de la sangre de Tifón[5]. Apolonio Rodio en la *Fundación de Alejandría* (dice que nacieron) de las gotas de la sangre de la Gorgona[6].

ESCOLIO A NICANDRO, *Ter*. 12a.

FUNDACIÓN DE CAUNO[7]

5

Y no relinchaban al alba los caballos en los establos,

sino que yacían los bueyes junto a sus repletos pesebres,

y para la naves eran transitables las rutas desde la peña
Quelidonia[8]

hasta las Plégades inhóspitas[9] y allá donde las Harpías

sobre la comida de Fineo[10] exhalaban insoportable hedor[11].
[5]

CRAMER, *Anecd. Par.* IV, pág. 16.

Apolonio, al parecer, en un lugar dice que las Simplégades están en el Ponto Euxino, precisamente en la llave del estrecho, y en otro lugar escribe de modo semejante a Licofrón: v. 4.

TZETZES, *Escolio a Licofrón* 1285.

FUNDACIÓN DE CNIDO[12]

6

Secadero (Psicterio): lugar en Tracia, por Heracles que se secó el sudor al vencer en la lucha a Adramiles[13], como dice Apolonio en la *Fundación de Cnido*.

ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *Psyktḗrios*.

FUNDACIÓN DE NÁUCRATIS[14]

7

Apolonio de Rodas o de Náucratis en la *Fundación de Náucratis* dice que Pómpilo, que antes era hombre, se transformó en pez por un amor de Apolo[15]; pues junto a la ciudad de los samios fluye el río Ímbraso[16],

para el cual antaño tras amorosa unión una Quesíade[17],

de noble padre, alumbró a la ninfa Ocírroe[18], bellísima joven,

Ocírroe a quien las Horas[19] concedieron una belleza inmensa.

ATENEO, VII 283e.

8

Enamorado de ésta, Apolo intentó raptarla. Ella, que había hecho la travesía hasta Mileto con ocasión de una fiesta de Ártemis y estaba temerosa de ser raptada, suplicó a un tal Pómpilo, un marinero amigo de su padre, que la llevara a salvo hasta su patria, diciéndole así:

Acrecentando de mi padre, tu amigo, el sentimiento de afecto,

Pómpilo, tú que conoces los rápidos abismos del mar estrepitoso,

sálvame.

ATENEO, VII 283f.

9

Y éste la transportó conduciéndola hasta la orilla. Mas apareció Apolo y raptó a la joven, petrificó la nave y metamorfoseó a Pómpilo en el pez de su mismo nombre; e hizo al

pómpilo, eterno guardián de las rutas de las marineras naves[20]

ATENEO, VII 284a.

FUNDACIÓN DE RODAS

10

Dotio, ciudad de Tesalia[21], … el femenino Doteide y Dotíade … Apolonio Rodio en la *Fundación de Rodas*:

Y cuantos cimientos

de la tierra Dotíade construyeron los antiguos hemonios[22].

ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *Dṓtion*.

11

También Apolonio, el poeta, dice que los rodios ofrecen sacrificios sin fuego por odio a Hefesto a causa del matrimonio, porque persiguió a Atenea queriendo unirse con ella[23].

ESCOLIO A PÍNDARO, *Olím*. VII 86 (48).

FUNDACIÓN DE LESBOS

12

También se cuenta que, cuando Aquiles en una incursión naval devastaba las islas próximas al continente, arribó a Lesbos[24]. Allí atacó y saqueó cada una de sus ciudades. Mas, como los habitantes de Metimna[25] resistían muy firmemente y estaba en gran dificultad por no poder tomar la ciudad, una tal Pisídice de Metimna, hija del rey, tras contemplar a Aquiles desde la muralla, se enamoró de él; y así, enviándole a su nodriza, prometió que le entregaría la ciudad, si él estaba dispuesto a tomarla como esposa. Él de inmediato estuvo de acuerdo. Pero, una vez que se hizo dueño de la ciudad, indignado por la acción, ordenó a sus soldados lapidar a la joven[26]. Menciona también este suceso el autor de la *Fundación de Lesbos* en estos versos[27]:

Entonces el Pelida[28] mató al héroe Lámpeto,

dio muerte también a Hicetaón, hijo del noble

Lepetimno y de Metimna, y al más vigoroso

de los de su patria, hermano de Helicaón,

el poderoso Hipsípilo[29]. Mas la lozana Cipris[30] la ofuscó.

Pues a la joven Pisídice turbó el corazón de amor

por el Eácida[31], cuando lo contempló exultante de coraje

entre los campeones aqueos; y muchas veces al húmedo

aire tendió sus manos[32], deseosa de su amor.

Y luego un poco más abajo:

En seguida acogió al ejército aqueo dentro de su patria

la doncella, descorriendo los cerrojos de las puertas,

y soportó ver con sus propios ojos a sus padres

atravesados por el bronce, y las serviles cadenas de las mujeres

arrastradas a las naves, por las promesas de Aquiles,

[15] para convertirse en nuera de la glauca Tetis[33], para que

los Eácidas fueran sus cuñados y habitar las moradas de Ptía

como discreta esposa de un príncipe[34]. Mas él no iba a

cumplirlo, y se regocijó con el funesto destino de su patria.

Entonces ella conoció una tristísima boda con el Pelida[35],

desdichada, a manos de los argivos, que le dieron muerte [20]

golpeándola con toda su fuerza con numerosas piedras.

PARTENIO, *Narr. Am.* XXI.

EPIGRAMA[36]

13

Calímaco: basura, juguete, cabeza de serrín.

Motivo, Calímaco el autor de los Motivos *(Aitia)*.

Antología Palatina XI 275.

[1] Nombre de una especie de serpiente venenosa, identificable con la víbora hocicuda *(Vipera latastei)* o con la *Aspis cerastes*. Para su caracterización, cf. NICANDRO, *Ter*. 282-319; ELIANO, *Sobre la nat. anim*. XV 13.

[2] Compárese la descripción de la muerte de Mopso en *Arg*. IV 1518-1531.

[3] La adscripción del testimonio a este poema se apoya en el escolio a NIC., *Ter*. 312c («La *hemorrois* mordió a Canobo, el timonel de Menelao, mientras dormía en la playa de Egipto y le inyectó su veneno») y 309-317.

[4] Ciudad fundada por Alejandro Magno el 331 a. C. junto a la desembocadura occidental del Nilo.

[5] Según *Arg*. II 1209-1215, el dragón que guarda el vellocino nació de Gea fecundada por la sangre del monstruoso Tifón.

[6] La misma genealogía de las serpientes puede leerse *en Arg*. IV 1513-1517; OVIDIO, *Met*. IV 617-620; LUCANO, IX 619-733.

[7] Ciudad de Caria, en la costa Suroeste de Asia Menor. De esta obra hay testimonio en PARTENIO, *Narr. Am*. I (*«Sobre Lirco*. La historia está… y en Apolonio Rodio, en el *Cauno»*) y XI (*«Sobre Bíblide*. Cuenta la historia … y Apolonio Rodio en la *Fundación de Cauno»*).

[8] El cabo Quelidonio está en Licia.

[9] Las rocas Plégades o Simplégades, localizadas en el Bósforo, flanqueaban el acceso al Ponto Axino («Inhóspito»), llamado por eufemismo Euxino («Hospitalario»). Cf. *Arg*. II 547-606.

[10] La morada de Fineo se situaba sobre la costa del Bósforo: cf. *Arg*. II 176 ss.

[11] El fragmento parece describir la calma, tanto en los animales como en el mar que bordea la costa occidental de Asia Menor.

[12] Ciudad de la costa de Caria.

[13] Este tipo de *aition* etimológico, que explica un nombre de lugar a partir de un detalle legendario, es frecuente en la literatura helenística, tan amante de la erudición.

[14] Ciudad situada en la parte occidental del delta del Nilo, fundada hacia el 620 a. C.

[15] Pómpilo es el nombre de un pez: *Naucrates ductor*, pez «escolta» o «piloto», porque suele acompañar a las naves, considerado también sagrado (cf. ATENEO, 282e-284e; ELIANO, *Sobre la nat. anim*. II 15; XV 23; OPIANO, *Hal*. I 186-212; OVIDIO, *Hal*. 100-101; PLINIO, *Hist. Nat*. XXXII 153). La leyenda del marinero Pómpilo es etiológica: trata de explicar, mediante la metamorfosis, el origen de las características de este pez.

[16] La isla de Samos, por donde discurre el Ímbraso, es una de las Espórades.

[17] Quesíades son llamadas las ninfas del cabo Quesión en Samos (cf. NICANDRO, *Alex*. 151). Quesíade es también una advocación de Ártemis como diosa del lugar (cf. CALÍMACO, *Himno* III 228).

[18] El nombre de *Ōkyróē* («De rápido curso») expresa su condición de ninfa acuática, hija del río Ímbraso.

[19] Las Horas o Estaciones son divinidades que personifican la época de la belleza y la lozanía.

[20] Para este fragmento sigo el texto de la edición de ATENEO a cargo de CH. B. GULICK.

[21] La ciudad y llanura de Dotio está en la Pelasgiótide: cf. HESÍODO, frag. 65 MERK.-WEST; ESTRABÓN, IX 5, 22; XIV 1, 40.

[22] Antiguo nombre de los tesalios.

[23] El texto alude a un episodio mítico bien conocido: la ocasión en que Hefesto trató de unirse a Atenea, diosa casta y virgen por excelencia, intento del que nació Erictonio (cf. APOLODORO, III 14, 6). Los sacrificios sin fuego (elemento del que Hefesto es el dios tutelar) se practicaban en Lindos en honor de la diosa Atenea. PÍNDARO (*Olím*. VII 39-51) narra la institución de este peculiar culto con otra etiología. Véase también DIODORO SÍC., V 56.

[24] A estas incursiones de pillaje, realizadas por los griegos durante los años del asedio de Troya, se alude en *Ilíada* IX 270 ss. y en TUCÍDIDES, I 11.

[25] Ciudad de la costa norte de Lesbos.

[26] Una leyenda similar, acerca de la toma por Aquiles de la ciudad de Monenia o Pédaso, narraba ya HESÍODO (frag. 214 MERK.-WEST = escolio a *Ilíada* VI 35). Por lo demás, el tema de la joven que entrega su patria al enemigo por amor es muy frecuente: se encuentra en las célebres leyendas de Escila y de Tarpeya, así como en las narradas en PARTENIO, V 6 y XXII. Incluso la leyenda de Medea y la de Ariadna guardan un sustancial parecido.

[27] Aunque el nombre del autor no consta, la atribución del fragmento a Apolonio es muy verosímil: sabemos que escribió varios poemas sobre *Fundaciones;* y además el fragmento contiene notables paralelos con el estilo de Apolonio en el metro, en el léxico y en ciertas expresiones (frag. 12, 6 ≃ *Arg*. I 1232; frag. 12, 19 ≃ *Arg*. III 374).

[28] Aquiles, hijo de Peleo.

[29] El pasaje evoca un típico catálogo de combatientes caídos al estilo épico: cf. *Ilíada* XIV 511-516 y *Arg*. I 1040-1047.

[30] La diosa Afrodita, llamada así por haber llegado a la isla de Chipre tras su nacimiento en el mar.

[31] Aquiles, nieto de Éaco. Mi interpretación del pasaje se basa en expresiones paralelas como *Arg*. I 1232 y PARTENIO, *Narr. Am*. IV 3.

[32] En actitud de súplica a Afrodita.

[33] La madre de Aquiles, una de las Nereidas, recibe como divinidad marina el epíteto de «glauca», aplicado al mar con frecuencia en Homero y otros poetas.

[34] Ptía, en Tesalia, es la patria de Aquiles, donde reina su familia, los Eácidas o descendientes de Éaco.

[35] Compárese la expresión de *Arg*. III 374.

[36] Muy probablemente el epigrama es espurio: cf. Introd., A-2.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

A. *El poeta*

1. Vida—2. Apolonio y Calímaco—3. Una «pre-edición de las *Argonáuticas*—4. Otras obras

B. *El mito*

C. *El poema*

1. Composición—2. Estructura—3. Técnica y elementos narrativos—4. Geografía y cronología—5. Personajes—6. Lengua, metro y estilo—7. Las *Argonáuticas* y la poesía helenística

D. *Pervivencia y transmisión*

1. Influjo y pervivencia—2. El texto griego y su transmisión—3. La traducción

BIBLIOGRAFÍA

ARGONÁUTICAS

Canto I

Canto II

Canto III

Canto IV

FRAGMENTOS

INTRODUCCIÓN

Fragmentos